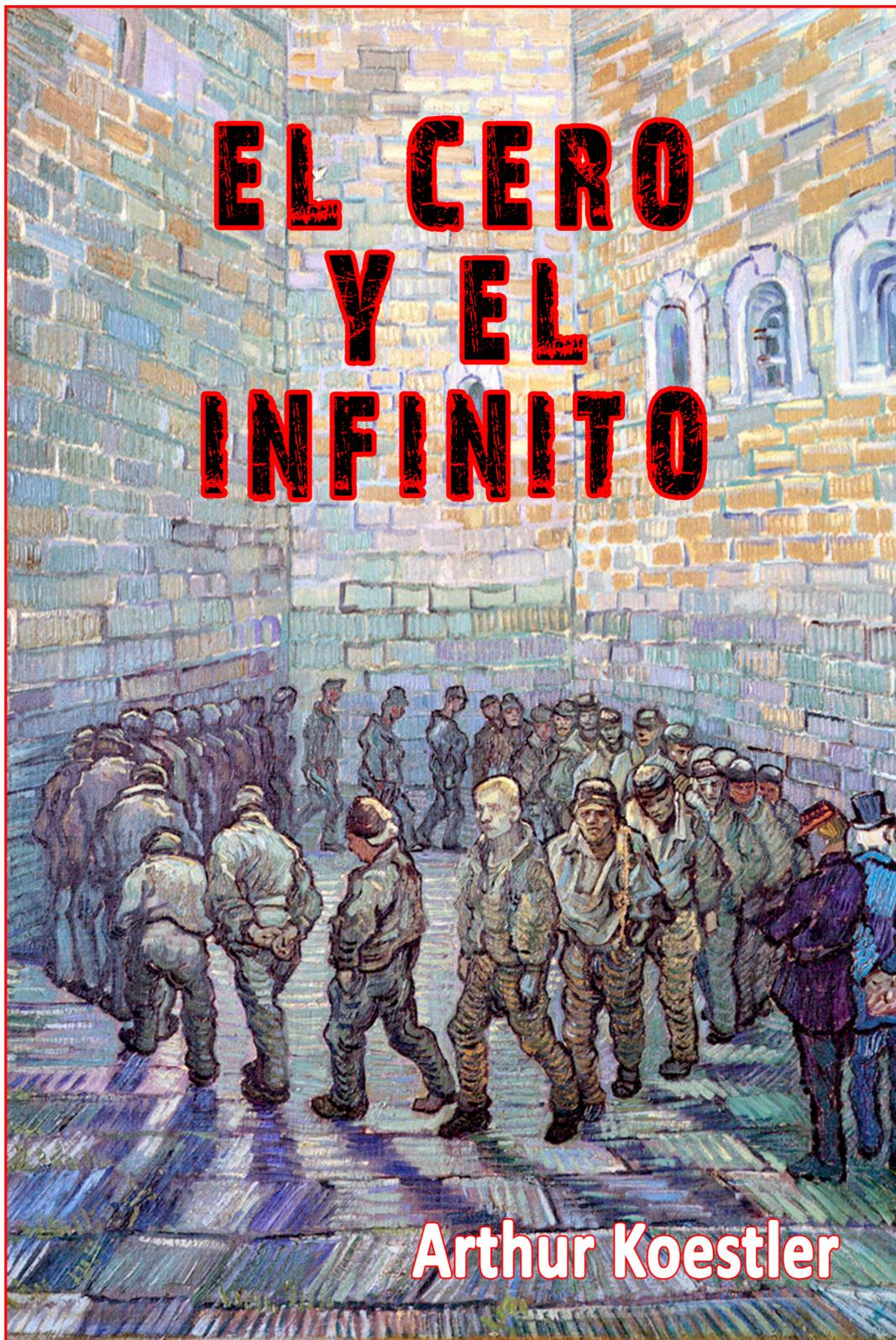


EL CERO Y EL INFINITO



Arthur Koestler

RUBASHOV, miembro de la vieja guardia bolchevique y héroe de la Revolución Soviética, ha sido encarcelado acusado de traición al gobierno de Moscú. Es incitado a autoinculparse de una serie de delitos y traiciones que no ha cometido, pero que termina por confesar.

Esta obra cumbre de la literatura política nos ofrece un testimonio excepcional de la angustia que sufrieron cientos de antiguos miembros del partido de Lenin que desaparecieron, fueron encarcelados y juzgados o llegaron a autoinmolarse.

Indudablemente, el poder bolchevique devoraba a sus hijos.

Arthur Koestler

EL CERO Y EL INFINITO

Título original: *Sonnenfinsternis*

Arthur Koestler, 1940

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRIMER INTERROGATORIO

SEGUNDO INTERROGATORIO

TERCER INTERROGATORIO

LA FICCIÓN GRAMATICAL

ACERCA DEL AUTOR

Los personajes de este libro son ficticios, pero las circunstancias históricas que determinaron sus actos son reales. La vida de N. S. Rubashov es una síntesis de la vida de algunos de los hombres que fueron víctimas de los llamados Procesos de Moscú. Varios de ellos fueron conocidos personalmente por el autor.

Este libro está dedicado a su memoria

PARÍS, Octubre de 1938 – Abril de 1940

Aquel que instaure una dictadura y no mata a Bruto, o aquel que funda una república y no mata a los hijos de Bruto, sólo gobernará un corto tiempo.

MAQUIAVELO: *Discursos.*

Hombre, hombre, no se puede vivir enteramente sin piedad.

DOSTOIEWSKI: *Crimen y Castigo.*

PRIMER INTERROGATORIO

Nadie puede gobernar sin culpas.

SAINT-JUST

1

Rubashov permaneció unos segundos apoyado en la puerta que se acababa de cerrar violentamente a sus espaldas, y encendió un cigarrillo. A su derecha, sobre la cama, había dos frazadas bastante limpias y un colchón de paja que parecía recién relleno. A su izquierda, el lavabo carecía de tapón, aunque el grifo funcionaba, y el balde que se encontraba a su lado había sido desinfectado recientemente y no despedía mal olor. Las paredes eran de ladrillos macizos y capaces de ahogar el ruido producido por cualquier golpe, aunque el lugar por donde entraban los tubos de la calefacción y del agua había sido revocado con yeso y resonaba bien. Por otra parte, el caño

mismo de la calefacción parecía ser buen conductor del sonido. La ventana comenzaba a la altura de los ojos, y se podía ver el patio sin necesidad de encaramarse. Aparentemente, todo estaba en orden.

Rubashov bostezó, quitóse el abrigo, lo enrolló y lo colocó como almohada sobre el colchón.

Luego se asomó al patio, donde la nieve rielaba amarillenta bajo la doble iluminación de la luna y de las lámparas eléctricas. En todo el contorno del patio, a lo largo de las paredes, habían limpiado una estrecha vereda destinada a los ejercicios diarios. No había amanecido aún, y las estrellas brillaban todavía, claras y frías, a pesar de los focos.

Sobre la plataforma del muro exterior, frente a la celda de Rubashov, se paseaba un soldado con el fusil al hombro, marcando cada paso como en un desfile. De cuando en cuando, la luz amarillenta de las lámparas destellaba en su bayoneta.

Sin apartarse de la ventana, Rubashov se quitó los zapatos, apagó el cigarrillo, y después de dejar la colilla en el suelo junto a la cabecera de la cama, permaneció sentado en el colchón unos minutos. Luego se levantó y volvió a asomarse a la ventana: el patio continuaba en calma, y el centinela acababa de dar media vuelta; sobre la torrecilla de la ametralladora se veía un trozo de la Vía Láctea.

Se tendió sobre el camastro y se envolvió en la manta de arriba. Eran las cinco de la mañana y parecía improbable que, en invierno, alguien se levantase allí antes de las siete.

Tenía mucho sueño. Pensando en ello, consideró que era difícil que le sometiesen a un interrogatorio antes de tres o cuatro días. Se quitó los lentes y los puso en el suelo embaldosado, junto a la colilla, sonrió y cerró los ojos; la manta lo envolvía con su calor y se sentía protegido. Por primera vez en muchos meses, no temía a sus sueños.

Cuando unos minutos después el carcelero apagó la luz desde afuera, mirando antes por la mirilla de la puerta, Rubashov, excomisario del Pueblo, dormía con la espalda vuelta a la pared, la cabeza apoyada en el brazo izquierdo, que, extendido, salía rígidamente fuera del lecho, dejando caer la mano, que colgaba suelta y se contraía a veces durante el sueño.

2

Una hora antes, cuando los dos oficiales del Comisariato del Interior habían llamado a su puerta con el propósito de arrestarlo, Rubashov estaba soñando justamente que venían a detenerlo.

Los golpes redoblaban, y Rubashov se esforzaba en despertarse, con la práctica que ya tenía de desprenderse de las pesadillas producidas por su primer encarcelamiento, pesadillas que se repetían periódicamente a través de los años, con la regularidad de un mecanismo de relojería.

A veces, mediante un poderoso esfuerzo de voluntad, conseguía detener el mecanismo, arrancándose del sueño por su propia decisión; pero esta vez no pudo lograrlo. Las últimas semanas lo habían dejado exhausto, y por más que se agitaba y transpiraba dormido, el reloj continuaba marchando y la pesadilla seguía.

Soñaba, como de costumbre, que estaban martillando la puerta, y que afuera había tres hombres que venían a detenerlo. Podía verlos a través de la puerta cerrada, de pie y dando golpes, con sus flamantes uniformes del tipo elegante que usaban los guardias pretorianos de la dictadura alemana; en las gorras y en las mangas llevaban la insignia del partido, la agresiva cruz gamada; con sus manos libres empuñaban pistolas, grotescamente grandes, y sus correaes olían a cuero fresco.

Después entraban en la habitación, y se ponían junto a su cabecera; dos de ellos eran muchachos campesinos, prematuramente desarrollados, con gruesos labios y ojos de pescado; el tercero era bajo y rechoncho. Se quedaban de pie al lado de la cama, con la pistola en la mano, y respirándole encima con fuerza. Era tal la quietud, que se oía claramente el jadeo asmático del oficial grueso.

Luego alguien, en el piso de arriba, quitaba el tapón de un desagüe, y el agua corría suavemente hacia abajo por las tuberías de las paredes.

El mecanismo de relojería se iba deteniendo; el martilleo en la puerta de Rubashov se hizo más fuerte; los dos hombres que habían venido a prenderlo daban golpes alternativamente y se

soplaban en las manos heladas. Pero Rubashov no llegaba a despertarse, aunque sabía que la escena que iba a seguir en el sueño era particularmente dolorosa; los tres hombres alrededor de su cama, y él, tratando de ponerse la bata sin poder conseguirlo, porque una de las mangas estaba al revés y no podía meter el brazo; luchaba inútilmente hasta que una especie de parálisis se apoderaba de él. No podía moverse, aunque todo dependía de que pudiera introducir a tiempo el brazo en la manga; y esta atormentadora impotencia persistía unos segundos, durante los cuales Rubashov gemía dolorosamente mientras sentía que un sudor frío le bañaba las sienes, y oía el golpeteo de la puerta, que penetraba en su sueño como un lejano redoble de tambores; el brazo que tenía debajo de la almohada se retorció en febril esfuerzo para encontrar la manga de la bata, hasta que, por último, se sentía aliviado por el primer golpe que le asestaban, encima de una oreja, con la culata de una pistola...

Con la sensación familiar, repetida y vivida una y otra vez, más de cien veces, de ese primer golpe –desde el cual databa su sordera– solía, ordinariamente, despertarse. Durante unos momentos continuaba estremeciéndose, y la mano, trabada debajo de la almohada, seguía buscando la manga de la bata; pero, por regla general, todavía le quedaba por sufrir la última y peor etapa antes de despertarse del todo: una vertiginosa e informe sensación de que este despertar era el verdadero sueño, y que realmente se encontraba tendido en el húmedo suelo de piedra del oscuro calabozo, con el balde a sus pies, y, junto a su cabeza, un jarro con agua y unas cortezas de pan...

Esa vez también, durante unos segundos, siguió con la mente entorpecida, y en la incertidumbre de si su mano tropezaría con el conmutador de la luz o con el balde.

Luego se encendió la luz y las nieblas se disiparon. Rubashov respiró profundamente varias veces, como un convaleciente, con las manos replegadas sobre el pecho, gozando la deliciosa sensación de la libertad y la seguridad. Se secó con la sábana la frente y la calva que tenía en la parte posterior de la cabeza, y pestañeó, mirando con renovada ironía el grabado en color del Número Uno, el jefe del Partido, que colgaba sobre su lecho en la pared del cuarto; y en las paredes de todas las habitaciones próximas, por encima o por debajo de la suya, y en todas las paredes de la casa, de la ciudad, de todo el enorme país por el cual había combatido y sufrido, y que ahora había vuelto a ampararlo en su regazo protector. Ya estaba completamente despierto, pero los golpes en la puerta continuaban.

3

Los dos hombres que habían venido a detener a Rubashov estaban afuera, en el oscuro rellano de la escalera, consultándose mutuamente. El portero Vassilij, que los había acompañado hasta allí, permanecía junto a la abierta puerta del ascensor, jadeante de temor; era un hombre viejo y delgado, y por encima del roto cuello del antiguo capote militar que se había puesto sobre el camisón, aparecía una ancha cicatriz rojiza que le daba un aspecto escrofuloso. Era la consecuencia de una

herida en el cuello que había recibido cuando pertenecía al regimiento de voluntarios que mandaba Rubashov. Con el tiempo, Rubashov había sido enviado al extranjero, y Vassilij había oído de él solo en forma ocasional y siempre por el periódico que su hija le leía por las noches, y que traía los discursos que Rubashov pronunciaba en los congresos. Esos discursos eran largos y difíciles de entender, y Vassilij nunca podía encontrar en ellos el tono de voz del pequeño y barbado jefe de voluntarios que pronunciaba juramentos tan hermosos que hasta la propia Santa Virgen de Kazán hubiera tenido que sonreír al oírlos. De ordinario, el portero se dormía en medio de la lectura de estos discursos, pero siempre se despertaba cuando su hija, elevando solemnemente la voz, llegaba a los párrafos finales y a los aplausos. A cada una de las exclamaciones de ritual: «¡Viva la Internacional!», «¡Viva la Revolución!», «¡Viva el Número Uno!», Vassilij agregaba un sentido «Amén» para sus adentros, sin que su hija pudiera oírlo; luego se quitaba la chaqueta, se persignaba secretamente, y con conciencia culpable se iba a la cama. Sobre su cabecera también colgaba un retrato del Número Uno, y al lado una fotografía de Rubashov vestido de jefe de voluntarios, la que habría determinado su prisión también, si hubiese sido hallada.

En la escalera hacía frío y estaba muy oscuro y silencioso. El más joven de los dos funcionarios del Comisariato del Interior propuso romper a tiros la cerradura de la puerta.

Vassilij se apoyaba contra la puerta del ascensor; no había tenido tiempo de calzarse bien las botas y el temblor de las manos le impedía atarse los cordones. El mayor de los dos hombres no dio su conformidad a los tiros, pues la detención

debía llevarse a cabo discretamente. Los dos se soplaban las heladas manos y empezaron otra vez a golpear la puerta; el más joven daba con la culata del revólver. Unos pocos pisos debajo, una mujer empezó a gritar con voz penetrante, y el oficial joven dijo a Vassilij: «Dígale que se calle». «¡Silencio!» –gritó Vassilij–. «Es la autoridad», y la mujer se calló en seguida. El guardia empezó entonces a golpear la puerta con los pies, haciendo un ruido que llenó toda la escalera. Por fin, la puerta cedió.

Los tres entraron y se colocaron alrededor de la cama de Rubashov; el joven, con la pistola en la mano, mientras, el más viejo se mantenía rígidamente cuadrado. Vassilij se quedó unos pasos detrás de ellos, apoyado en la pared. Rubashov estaba todavía secándose el sudor de la nuca, y los miró con ojos miopes y soñolientos. Entonces el oficial joven dijo: «Ciudadano Nicolás Salmanovich Rubashov, queda arrestado en nombre de la ley». Rubashov buscó los lentes debajo de la almohada y se enderezó un poco; con los lentes puestos, sus ojos tenían la expresión que Vassilij y el oficial más antiguo conocían de las viejas fotografías y grabados, y esto hizo que el guardia se cuadrara aún más rígidamente, mientras el joven, que había crecido bajo nuevos héroes, dio un paso en dirección al lecho, y los tres advirtieron que iba a hacer o decir algo brutal para disimular su torpeza.

–Sáqueme de encima esa pistola, camarada –dijo Rubashov–, y díganme qué desean de mí.

–¿No ha oído que está arrestado? –dijo el muchacho–. Vístase y no haga bulla.

–¿Tienen alguna orden? –preguntó Rubashov.

El oficial más antiguo sacó un papel del bolsillo, se lo entregó, y se quedó otra vez en posición de firme.

Rubashov lo leyó con atención.

–Muy bien –dijo–; nunca acaba uno de saber cosas. Pueden irse al diablo.

–Póngase sus ropas y dese prisa –repitió el muchacho, cuya brutalidad se veía que no era fingida, sino natural.

«Hermosa generación hemos producido», pensó Rubashov, recordando los carteles de propaganda en los cuales siempre se pintaba a la juventud con caras sonrientes. Se sentía muy cansado.

–Deme la bata, en lugar de hacer tonterías con el revólver –le dijo al muchacho, que se sonrojó sin contestar.

El oficial más viejo le dio la bata a Rubashov, que empezó a introducir el brazo en la manga.

–Esta vez entra, por fin –dijo con una sonrisa forzada; los otros tres no entendieron, limitándose a mirarlo mientras se iba levantando lentamente de la cama y recogía su arrugada ropa.

La casa había quedado en silencio después de los chillidos de la mujer, pero tenían la sensación de que todos los vecinos estaban despiertos en sus camas, conteniendo el aliento.

Entonces oyeron el ruido del agua que corría suavemente por las cañerías al quitar alguien, en uno de los pisos superiores, el tapón de un desagüe.

4

Delante de la puerta principal estaba el automóvil en que habían venido los guardias: un modelo americano reciente. Todavía era de noche y el chofer encendió los faros; la calle estaba dormida o pretendía estarlo. Subieron al auto, primero el joven, luego Rubashov y, por último, el oficial más antiguo. El chofer, que también vestía uniforme, puso el coche en movimiento. Al volver la esquina terminó el pavimento de asfalto; a pesar de que estaban todavía en el centro de la ciudad y los edificios que se veían alrededor eran grandes y modernos, con nueve y diez pisos, las calles carecían de pavimentación y se rodaba sobre el barro helado, con una delgada capa de nieve acumulada en las grietas. El chofer conducía a paso de hombre y el coche, a pesar de sus magníficos elásticos, crujía como una carreta de bueyes.

–Más rápido –dijo el joven, que no podía soportar el silencio en el vehículo.

El chofer se encogió de hombros sin volver la cabeza. Había mirado a Rubashov con indiferencia y antipatía cuando este subió al auto, lo que recordó a Rubashov un accidente que había sufrido hacía algún tiempo, y cómo el conductor de la

ambulancia lo había mirado de la misma manera. El lento y vacilante recorrido, a través de las calles muertas, con la oscilante luz de los faros delante, era difícil de soportar.

–¿Está muy lejos?... –preguntó Rubashov sin mirar a sus compañeros, y casi iba a agregar: «el hospital».

–Algo más de media hora –contestó el uniformado más antiguo.

Rubashov sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo, se llevó uno a la boca y ofreció automáticamente a los demás; el guardia joven rehusó bruscamente, pero el viejo tomó dos y le dio uno al chofer, que se llevó la mano a la gorra y ofreció fuego a los demás mientras conducía con una sola mano. Rubashov se sintió aliviado, y al mismo tiempo molesto consigo mismo. «Vaya un momento para sentirse sentimental», pensó, pero no pudo resistir a la tentación de hablar y de despertar un poco de simpatía en torno.

–Lástima de coche –dijo–. Los autos extranjeros cuestan un dineral, y al cabo de medio año de rodar en nuestras carreteras están inservibles.

–Tiene usted razón; nuestros caminos están en muy mal estado –afirmó el oficial viejo, y por su tono comprendió Rubashov que se daba cuenta de su angustia.

Esto le hizo sentirse como un perro al que han echado un hueso, y decidió no hablar más. Pero de pronto, el guardia joven exclamó agresivamente:

–¿Son mejores los caminos en los países capitalistas?

Rubashov sonrió burlonamente.

–¿Ha estado alguna vez en el extranjero? –le preguntó.

–Sé muy bien lo que pasa sin haber estado, y no necesita usted contarme historias.

–¿Por quién me toma? –replicó Rubashov con mucha calma. Pero sin poder evitarlo añadió–: En realidad, debería usted estudiar un poco la historia del Partido.

El guardia joven guardó silencio, mirando fijamente la espalda del conductor, y nadie habló más. Por tercera vez, el chofer desahogó el motor, y volvió a lanzarlo de nuevo, al mismo tiempo que soltaba unas palabrotas. Traquetearon por los suburbios; todas las míseras casuchas de madera eran del mismo estilo, y sobre sus siluetas contrahechas brillaba la luna, pálida y fría.

5

En cada uno de los pasillos de la nueva cárcel modelo, la luz eléctrica estaba encendida. Su resplandor se extendía pálidamente por las galerías de hierro, sobre las desnudas paredes blanqueadas, en las puertas de las celdas con las tarjetas con los nombres, y sobre los negros agujeros de las

mirillas. Esa luz descolorida y el extraño sonido sin eco de sus pasos en el enlosado pavimento eran tan familiares a Rubashov, que durante unos segundos se forjó la ilusión de que estaba soñando otra vez. Hizo un esfuerzo por creer que todo aquello no era real. «Si llego a convencerme de que estoy soñando, esto se convertirá en un sueño», se decía.

Y llegó a pensar con tal intensidad que casi se creyó mareado, pero inmediatamente se avergonzó de sí mismo. «Hay que acabar con esto –pensó–, y llegar hasta el fin.» Se detuvieron delante de la celda número 404; encima de la mirilla había una tarjeta con su nombre: «Nicolás Salmanovich Rubashov». «Todo lo han preparado primorosamente», pensó, pero la vista de su nombre en la tarjeta le hizo una pavorosa impresión.

Se le ocurrió pedir una manta más, pero antes de poder expresar su deseo, la puerta se cerró tras él, con estrépito.

6

A intervalos regulares, el carcelero atisbaba por la mirilla de la celda de Rubashov, que estaba echado en el camastro; Solo su mano se contraía, de vez en cuando, durante el sueño. Al lado de la cabecera estaban los lentes y la colilla que había dejado sobre las baldosas.

A las siete de la mañana, dos horas después de su encierro en la celda 404, despertó a Rubashov un toque de clarín. Había

dormido sin sueños, y tenía la cabeza despejada. El toque se repitió tres veces, y cuando los ecos temblorosos se apagaron, reinó un silencio de mal augurio.

Todavía no era día claro, y los contornos del balde y del lavabo se entreveían vagamente; la reja de la ventana formaba un dibujo negro que se destacaba sobre los vidrios empañados, y en el lado superior izquierdo, un cristal roto había sido sustituido por un parche de papel de diario.

Rubashov se sentó en la cama, recogió los lentes y la colilla del cigarrillo y volvió a tenderse; se puso los lentes y encendió la colilla. El silencio continuaba. En todas las celdas blanqueadas de ese gran panal de hormigón, los hombres se levantaban simultáneamente de sus camastros, maldiciendo y buscando a tientas sobre las baldosas, pero en las celdas para incomunicados no se oía nada, excepto, de vez en cuando, los pasos de alguien que transitaba por el pasillo. Rubashov sabía que estaba en un calabozo de incomunicados, y que permanecería en él hasta el momento de ser fusilado. Se pasó los dedos por la corta barba puntiaguda, siguió fumando la colilla y permaneció tendido.

«De modo que me fusilarán», pensaba Rubashov, mientras seguía con un parpadeo el movimiento del dedo gordo del pie, que sobresalía verticalmente en el extremo del camastro. Se sentía tibio, seguro y muy fatigado; y no se habría opuesto a tener que ir así, con esa somnolencia, hacia la muerte, si solo lo dejaban permanecer acostado bajo la frazada caliente.

«De manera que te fusilarán», se decía a sí mismo. Al mover lentamente los dedos del pie dentro del calcetín, recordó un verso en el que se comparaban los pies de Cristo con una corza blanca dentro de un matorral. Limpió los lentes en la manga con el gesto familiar a sus amigos. En el calor de la cama se sentía casi perfectamente feliz, y no temía más que una cosa: tener que levantarse y moverse. «De modo que serás destruido», se dijo a sí mismo a media voz, y encendió otro cigarrillo, aunque no le quedaban más que tres. Los primeros cigarrillos le causaban a veces en el estómago vacío una ligera sensación de embriaguez; se encontraba ya en ese peculiar estado de excitación que le era tan familiar como consecuencia de sus anteriores experiencias en la proximidad de la muerte. Se daba cuenta, al mismo tiempo, que ese estado era censurable y, desde cierto punto de vista, inadmisibles, pero en aquel momento no sentía inclinación alguna a colocarse en ese punto de vista. En lugar de ello, se dedicaba a observar el movimiento de sus dedos dentro del calcetín, y sonreía. Una cálida ola de simpatía por su propio cuerpo, que de ordinario no le producía atracción alguna, lo invadía, y el sentimiento de su propia aniquilación lo llenaba de una autopiedad deliciosa.

«La vieja guardia ha muerto –se decía a sí mismo–; somos los últimos y vamos a ser destruidos».

«La juventud dorada, muchachos y muchachas, se convierte en polvo, igual que los deshollinadores». Procuraba recordar la melodía de la canción, pero solo la letra acudía a la memoria. «La vieja guardia ha muerto», se repetía, y trataba de recordar sus caras, pero únicamente unas pocas acudían al recuerdo. Del primer presidente de la Internacional, que había sido ejecutado

como traidor, solo podía recordar un trozo de su chaleco a cuadros, estirado por un vientre abultado. Nunca llevaba tiradores, sino un cinturón de cuero. El segundo primer ministro del Estado Revolucionario, también ejecutado, se mordía las uñas en los momentos de peligro... «La historia te rehabilitará», pensaba Rubashov, sin particular convicción. ¿Qué sabe la historia de comerse las uñas? Seguía fumando y pensando en los muertos, y en las humillaciones que habían precedido a su muerte. Pero, a pesar de eso, no podía llegar a odiar al Número Uno como debiera. Con frecuencia miraba el grabado en colores que colgaba sobre su cama, y procuraba excitar el odio contra la persona allí representada, a la que habían dado muchos nombres, de los cuales solamente había prevalecido el de Número Uno. El horror que emanaba de él consistía, sobre todo, en la posibilidad de que tuviese razón, y de que todos aquellos a quienes había mandado ejecutar tuviesen que admitir, ya con la bala que había de matarlos tocándoles la nuca, que su condena era justa. No existía ninguna certidumbre; únicamente la apelación a ese oráculo burlón llamado Historia, que daba su sentencia cuando el apelante se ha convertido en polvo.

Rubashov tenía la impresión de que lo estaban espiando a través de la mirilla, y, aun sin mirar, se daba cuenta de que una pupila pegada al agujero estaba atisbando la celda; a los pocos momentos la llave rechinó en la pesada cerradura, tardando algún tiempo en abrirse la puerta. El carcelero, un viejo en zapatillas, se asomó:

–¿Por qué no se ha levantado? –preguntó.

–Estoy enfermo –dijo Rubashov.

–¿Qué le pasa? El doctor no lo puede ver antes de mañana.

–Dolor de muelas –dijo Rubashov.

–Conque dolor de muelas, ¿eh? –repuso el carcelero, y salió rápidamente, cerrando la puerta con violencia.

«Ahora por lo menos me dejarán tranquilo», pensó Rubashov, pero la idea ya no le producía ningún placer. El olor rancio de la manta empezó a molestarle, y se la quitó de encima.

Procuró otra vez seguir los movimientos de los dedos de los pies, pero le aburría. En el talón de cada media había un agujero, y aunque hubiera querido zurcirlos, se lo impedía la idea de tener que llamar al carcelero y pedirle hilo y aguja, sabiendo que esta última se la negarían de todos modos. Le entró de pronto un salvaje anhelo de tener un periódico, y el deseo era tan grande que casi podía oler la tinta de imprenta y oír el crujido de las páginas; tal vez había estallado una revolución la noche última, o el jefe de Estado había sido asesinado, o un americano había descubierto el medio de contrarrestar la fuerza de la gravedad. Su arresto no podía haberse publicado todavía; dentro del país lo mantendrían secreto durante un tiempo, pero en el extranjero la noticia se filtraría pronto y empezarían a publicar antiguas fotografías suyas, sacadas de los archivos de los diarios, juntamente con una serie de tonterías acerca de él y del Número Uno. Ya no deseó el periódico, pero en cambio deseó saber con igual vehemencia lo que pasaba en el cerebro del Número Uno. Lo veía sentado, grave y sombrío, con los codos apoyados en el escritorio dictando lentamente a un taquígrafo. Otras personas, al dictar, se paseaban, lanzando

anillos de humo al fumar o jugaban con una regla. El Número Uno no se movía, no jugaba, no echaba anillos de humo... Rubashov se dio cuenta súbitamente de que había estado paseando de un extremo a otro de la celda durante los últimos cinco minutos; se había levantado de la cama sin darse cuenta, y seguía su vieja manía de no pisar en los recuadros de las baldosas, cuyo dibujo ya se había aprendido de memoria. Pero sus pensamientos no abandonaban al Número Uno ni por un segundo; al Número Uno, que, sentado ante su escritorio y dictando, inmovible, se había convertido, poco a poco, en el bien conocido grabado que colgaba sobre todos los techos y alacenas del país, y que clavaba a todo el mundo sus ojos helados.

Rubashov se paseaba a lo largo de la celda, desde la puerta a la ventana y vuelta, entre el balde, el lavabo y el camastro, seis pasos y medio para allá, seis pasos y medio para acá; al llegar a la puerta se volvía a la derecha, y al llegar a la ventana, a la izquierda. Era una vieja costumbre de la cárcel; si no se cambia la dirección de las vueltas es fácil marearse. ¿Qué habría en el cerebro del Número Uno? Se pintaba a sí mismo, en su imaginación, con acuarela de color gris sobre una hoja de papel estirada en un tablero de dibujo y sujeta con alfileres, una sección transversal de ese cerebro. Las circunvoluciones se henchían como entrañas, enlazándose unas con otras como culebras musculares, hasta que se esfumaban, vagas y brumosas, como las espirales de las nebulosas en las cartas astronómicas... ¿Qué pasaría en las inflamadas circunvoluciones? Se tiene conocimiento de todo lo que sucede en las lejanas nebulosas de los cielos, pero nada se sabe de las circunvoluciones cerebrales; esta es, probablemente, la causa

de que la historia tenga más de oráculo que de ciencia. Quizás algún día, mucho más tarde, se enseñe esto por medio de tablas estadísticas, juntamente con las secciones transversales. El maestro escribirá en la pizarra una fórmula algebraica que represente las condiciones de vida de las masas de una nación dada, en un particular período: «Aquí tienen ustedes, ciudadanos, los factores objetivos que condicionan este proceso histórico». Y señalando con el puntero un paisaje gris brumoso, entre el segundo y tercer lóbulo del cerebro del Número Uno: «Y aquí ven ustedes la reflexión subjetiva de esos factores: esto fue lo que, en el segundo cuarto del siglo XX determinó el triunfo de las ideas totalitarias en la Europa Oriental». Hasta que no se llegue a este nivel científico, la política no será más que puro diletantismo, simple superación y magia negra...

Rubashov oyó el ruido de varias personas que marchaban a paso redoblado por el pasillo, y su primer pensamiento fue: «Ahora empezarán los castigos». Se detuvo en medio de la celda, escuchando, con el mentón inclinado hacia adelante. Los pasos militares hicieron alto frente a una de las celdas próximas, se oyó una voz baja de manda, y sonaron las llaves. Después, silencio.

Rubashov se quedó inmóvil, de pie entre el camastro y el balde, conteniendo la respiración y esperando el primer grito. Recordaba que ese primer grito de dolor, en el que el terror todavía predominaba sobre el daño físico, era generalmente el peor; lo que seguía era ya más soportable, porque uno se acostumbraba a ello, y después de cierto tiempo se llega incluso a deducir el método de tortura por el tono y ritmo de los alaridos. Hacia el final, casi todos se conducían del mismo modo,

aunque los temperamentos y la expresión de las voces fuesen distintos: los chillidos se debilitaban y se iban transformando en gemidos y sollozos; casi inmediatamente se oía un portazo.

Las llaves tintineaban otra vez, y el primer alarido de la próxima víctima era proferido, con frecuencia, antes que lo tocasen, a la simple vista de los hombres en el umbral.

Rubashov permaneció de pie en medio de la celda, esperando el primer grito. Se limpió los lentes en la manga, y se afirmó a sí mismo que no gritaría esta vez, sucediera lo que sucediese; se repitió la frase como si estuviera rezando un rosario. Seguía de pie y esperando, pero el grito no llegó. Oyó luego un ligero sonido metálico, una voz murmuró algo, y la puerta se cerró; los pasos siguieron hasta la celda contigua.

Rubashov se acercó a la mirilla y atisbó el pasillo, en el que los hombres estaban parados casi enfrente de su celda, en la número 407. Allí estaba el viejo carcelero con dos ordenanzas que llevaban un recipiente con té, otro que cargaba una canasta con trozos de pan negro, y dos oficiales uniformados, con pistolas; no eran los castigos, era el desayuno.

Al número 407 le estaban dando el pan, pero Rubashov no podía verlo, pues estaría probablemente en posición reglamentaria, un paso detrás de la puerta. Solo podía ver sus brazos y manos; los primeros, desnudos y muy delgados, como dos varillas paralelas, salían de la puerta hacia el corredor. Las palmas de las manos del invisible número 407 estaban vueltas hacia arriba, ahuecadas en forma de tazón, y cuando tomó el

pan, cerró las manos y se retiró a la oscuridad del calabozo. La puerta se cerró de golpe.

Rubashov se retiró de la mirilla y reanudó el paseo. Dejó de limpiar los lentes con la manga, se los puso, y respiró profundamente con sensación de alivio; empezó a silbar una melodía y esperó el desayuno. Recordaba con un vago sentimiento de malestar aquellos brazos flacos y las retorcidas manos, que le traían a la memoria algo que no podía definir. El contorno de aquellas manos extendidas y aun las sombras que caían sobre ellas le eran familiares, pero se le había ido del recuerdo como se desvanece una vieja melodía o el olor de una callejuela estrecha de un puerto.

7

La procesión en el pasillo había abierto y cerrado una fila de puertas, pero no la suya.

Rubashov volvió a la mirilla para ver si por fin venían. Sentía un gran deseo de tomar té caliente. El recipiente estaba humeando, y se veían flotar en la superficie finas rebanadas de limón. Se quitó los lentes y pegó un ojo a la mirilla, con lo que su alcance de visión llegaba a cuatro de las celdas opuestas: las que tenían los números 401 al 407.

Por encima de las celdas corría una estrecha galería de hierro; detrás había más celdas en el piso segundo. La procesión volvía

justamente a lo largo del corredor desde la derecha; evidentemente, servían primero a los números impares y después a los pares. Ahora estaban frente al número 408. Rubashov solo veía las espaldas de los dos hombres de uniforme con cartucheras en las cinturas; los demás quedaban fuera de su ángulo visual. Se oyó el portazo, y pasaron al número 406.

Rubashov volvió a ver el recipiente humeante y al asistente con la cesta del pan donde solo quedaban algunos trozos. La puerta del número 406 se cerró en seguida; la celda estaba vacía. La procesión se aproximó, pasó, por delante de su puerta, y se detuvo en la celda número 402.

Rubashov empezó a golpear la puerta con los puños. Vio cómo los dos asistentes con el recipiente se miraban el uno al otro y luego a su puerta. El carcelero estaba entretenido abriendo la cerradura del número 402 e hizo como que no oía; los dos hombres de uniforme estaban de espaldas a la mirilla de Rubashov; dieron el pan al habitante de la celda 402, la procesión empezó a moverse y Rubashov golpeó más fuerte. Se quitó un zapato y empezó a dar golpes con él en la puerta.

El más grande de los dos hombres con uniforme se volvió, miró sin expresión hacia la puerta de Rubashov, y dio la vuelta otra vez en dirección contraria. El carcelero cerró de golpe la puerta del número 402, y los ordenanzas que llevaban el caldero se detuvieron indecisos. El hombre de uniforme que se había vuelto dijo algo al viejo carcelero, que se encogió de hombros y con las llaves sonando se acercó a la puerta de Rubashov. Los ordenanzas con el caldero lo siguieron, mientras el que llevaba el pan dijo algo por la mirilla al número 402.

Rubashov dio un paso atrás, y esperó que la puerta se abriese. La tensión, interior que sentía cesó súbitamente; ya no le importaba tomar té o no tomarlo; el té del caldero ya no humeaba, y las rodajas de limón que flotaban sobre el líquido pálido-amarillento parecían arrugadas y recocidas.

La llave giró en la cerradura, luego una pupila miró a través de la mirilla, desapareció, y la puerta se abrió.

Rubashov estaba sentado en el camastro poniéndose otra vez el zapato, y el carcelero mantuvo abierta la puerta para que pasase el hombre grande uniformado, de cabeza redonda, con el cráneo afeitado y ojos inexpresivos. Crujían sus botas al andar y también el uniforme; Rubashov pensó que podía oler el cuero de la cartuchera. Se detuvo cerca del balde, y miró alrededor de la celda, que parecía haberse empequeñecido con su presencia.

–No ha limpiado usted la celda –le dijo a Rubashov–; seguramente conoce el reglamento.

–¿Por qué no me han traído el desayuno? –preguntó Rubashov, examinando al oficial a través de los cristales de sus lentes.

–Si quiere discutir conmigo, empiece por ponerse de pie –ordenó el oficial.

–No tengo el más mínimo deseo de discutir, ni aun de hablar con usted –contestó Rubashov, mientras continuaba atándose el zapato.

–Entonces no aporree la puerta la próxima vez, o le serán aplicadas las medidas disciplinarias –miró alrededor de la celda y continuó, dirigiéndose al viejo carcelero–. El preso no tiene trapo para limpiar el piso.

El carcelero dijo algo al asistente que llevaba el pan, y el asistente desapareció corriendo por el corredor; los otros dos asistentes estaban en la puerta contemplando la escena con curiosidad. El segundo oficial, vuelto de espaldas, permanecía en el pasillo con las piernas abiertas y las manos cruzadas por detrás de la espalda.

El preso tampoco tiene plato para comer –dijo Rubashov, todavía ocupado en atarse el zapato–. Me figuro que quieren ustedes evitarme el trabajo de una huelga de hambre. Admiro sus nuevos métodos.

–Está usted equivocado –dijo el oficial, mirándole sin expresión. Tenía una ancha cicatriz en el afeitado cráneo, y llevaba la cinta de la Orden Revolucionaria en el ojal.

«Después de todo, eso quiere decir que estuvo en la guerra civil» –pensó Rubashov–, «pero eso fue hace mucho tiempo y ahora no tiene importancia.»

–Está equivocado. Se le dejó sin desayuno porque usted informó que estaba enfermo.

–Dolor de muelas –dijo el viejo carcelero, que estaba apoyado en la puerta. Aún llevaba zapatillas y tenía el uniforme arrugado y salpicado de grasa.

–Como usted quiera –concedió Rubashov. Tuvo en la punta de la lengua la pregunta de si la última palabra del régimen era tratar a los enfermos con una dieta obligatoria, pero se contuvo.

Estaba ya harto de la escena.

El asistente encargado del pan regresó corriendo, resollando, y agitando un trapo sucio que entregó al carcelero, y que este tiró en un rincón junto al balde.

–¿Tiene usted alguna otra petición que hacer? –preguntó el oficial sin ironía.

–Que me dejen solo y termine esta comedia –dijo Rubashov.

El oficial se volvió para retirarse, y el carcelero agitó su manajo de llaves, mientras Rubashov se dirigió hacia la ventana volviéndoles la espalda. Cuando la puerta se cerró, recordó que había olvidado lo principal, y de un salto volvió a la puerta.

–¡Papel y lápiz! –gritó junto a la mirilla, y quitándose los lentes pegó un ojo al agujero para ver si volvían. Había gritado muy fuerte, pero la procesión siguió adelante como si no le hubiese oído.

Lo último que vio fue la espalda del oficial con el cráneo afeitado, y el ancho cinturón de cuero del que pendía la funda del revólver.

Rubashov reanudó su paseo por la celda, seis pasos y medio hasta la ventana, seis pasos y medio de vuelta hasta la puerta. La escena lo había irritado, y recapituló sus menores detalles mientras limpiaba los lentes con la manga. Procuró mantener vivo el odio que durante unos pocos minutos había sentido hacia el oficial de la cicatriz, pensando que podría darle vigor para la lucha que se avecinaba. En lugar de ello, volvió a caer en la familiar y fatal posición de ponerse él mismo en lugar de su oponente, y contemplar la escena con los ojos del otro. Allí estaba sentado, ese hombre Rubashov, pequeño, barbudo y arrogante, atándose el zapato de la manera más provocativa sobre el transpirado calcetín.

Desde luego, este Rubashov tenía sus méritos y un gran pasado, pero una cosa era verlo en la tribuna de un congreso y otra sentado en el camastro del calabozo. «De manera que este es el legendario Rubashov» –pensaba Rubashov poniéndose en lugar del oficial de los ojos inexpresivos–; «chilla por el desayuno como un escolar y ni siquiera se avergüenza de ello; no ha limpiado la celda; tiene agujeros en los calcetines. No cabe duda de que es un intelectual quejumbroso, que ha conspirado contra la ley y el orden, sea por dinero o por principios, lo mismo da. Nosotros no hicimos la revolución para que se aprovechen de ella cuatro maniáticos, y aunque él ayudó a hacerla y en aquellos tiempos era un hombre, ahora es viejo y se las da de virtuoso, así que está maduro para la liquidación. Tal vez también entonces lo estaban; en la revolución hubo muchas burbujas que reventaron después. Si aún tuviera un vestigio de autorrespeto, habría limpiado su celda.»

Durante unos segundos, Rubashov estuvo dudando entre limpiar realmente el calabozo o no hacerlo, y quedó en medio del cuarto sin saber qué decidir; luego volvió a ponerse los lentes y se apoyó en la ventana.

El patio estaba ahora iluminado por la luz del día, una luz grisácea teñida de amarillo, no del todo hostil y que anunciaba más nieve. Era alrededor de las ocho, y solo habían transcurrido tres horas desde su llegada a la cárcel. Los muros que rodeaban el patio parecían los de un cuartel; había rejas de hierro en todas las ventanas, y detrás estaba tan oscuro que no era posible ver nada, ni siquiera si había alguien asomado a las rejas para mirar, como lo estaba haciendo él mismo, la nieve del patio. Era una nieve limpia, ligeramente endurecida, que hubiese crujido al andar sobre ella. A los dos lados de la vereda que corría alrededor del patio, a unos diez pasos de los muros, había montículos de nieve, hechos para despejar el camino. En la plataforma opuesta del muro se paseaba un centinela; al volverse, escupió y se inclinó para mirar dónde y cómo había caído.

«La vieja enfermedad –pensó Rubashov–. Los revolucionarios no deben pensar a través de las mentes de los otros.»

«O tal vez sí deben, o por lo menos, debieran.»

»¿Cómo puede uno cambiar el mundo identificándose con todo el mundo?

»¿Y de qué otro modo puede uno cambiarlo?

»Aquel que comprende y perdona, ¿dónde puede encontrar una razón para obrar?

»¿Y dónde puede no encontrarla?

»Me fusilarán» –pensaba Rubashov–; «mis motivos no les interesan.» Y apoyó la frente en los vidrios de la ventana. El patio estaba blanco e inanimado.

Así permaneció un momento sin pensar, sintiendo el fresco del vidrio sobre la frente. Luego, poco a poco, tuvo conciencia de un ruido leve, pero persistente en la celda.

Se volvió entonces para escuchar. Los golpes eran tan suaves, que al principio no pudo distinguir de qué pared provenían. De pronto, cesaron. Comenzó entonces él mismo a golpear en la pared opuesta al balde, en dirección al número 406, pero no obtuvo respuesta. Probó en la otra pared, que lo separaba del número 402, cerca del camastro. Allí le contestaron. Rubashov se sentó cómodamente en la cama, desde donde podía vigilar la mirilla, con el corazón agitado. El primer contacto era siempre emocionante.

El número 402 estaba ahora dando golpecitos regularmente: tres veces con cortos intervalos, luego una pausa, después otras tres veces y otra pausa, y así sucesivamente.

Rubashov repitió las mismas señales para indicar que le oía; estaba ansioso por saber si el otro conocía el alfabeto «cuadrático», porque de otra manera hubiera sido engorroso enseñárselo.

La pared era gruesa, con muy poca resonancia, y tenía que pegar la cabeza al muro para oír mejor, sin perder de vista la mirilla. El número 402 tenía evidentemente mucha práctica; transmitía distintamente y sin apresuramiento, con algún objeto duro, tal vez con un lápiz. Mientras Rubashov iba recordando los números, procuraba representarse el cuadrado de las letras con sus veinticinco compartimientos, cinco líneas horizontales con cinco letras cada una. El número 402 dio cuatro golpes, indicando la fila cuarta: de la P a la T; luego dos, es decir, la columna segunda de la hilera: la letra Q. Dejó transcurrir una pausa y marcó cinco golpes: quinta fila, de la U a la Z, y, tras un intervalo, uno más: U. Otra pausa. Dos –F a J– y cuatro: I. Uno –A a E– y cinco: E. Tres –L a O– y tres: N.

Los golpes cesaron:

–¿QUIÉN?

«Es una persona práctica» –pensó Rubashov–. «Necesita saber desde el principio con quién habla.» Según la etiqueta de los revolucionarios deberían haber empezado con un ligero comentario político, haber dado después las novedades, luego hablar de comidas y de tabaco, y solamente mucho después, pasados unos días, presentarse. Pero había que tener presente que, hasta entonces, las experiencias de Rubashov se extendían a países en los que el Partido era el perseguido, no el perseguidor, y los miembros del Partido, por razones de conspiración, se conocían unos a otros únicamente por sus nombres de pila, cambiándolos con tanta frecuencia que aun los nombres llegaban a perder toda significación. Aquí,

evidentemente, era distinto, y Rubashov dudó entre dar o no su nombre.

El número 402 se impacientaba y volvió a transmitir otra vez:

-¿QUIÉN?

«Bien, ¿por qué no?», pensó Rubashov, y transmitió su nombre completo: NICOLÁS SALMANOVICH RUBASHOV, después de lo cual esperó el resultado.

Durante largo rato no hubo respuesta, y Rubashov se sonreía pensando en la sorpresa que había dado a su vecino. Esperó un minuto y luego otro. Finalmente se encogió de hombros y se levantó del camastro, volviendo a sus paseos a lo largo de la celda, pero a cada vuelta se detenía para escuchar si sonaban los golpes en la pared; esta permanecía muda.

Se limpió los lentes con la manga, y continuó lentamente, con pasos cansados, hasta la puerta, asomándose a la mirilla para ver el pasillo.

El corredor estaba vacío; las lámparas eléctricas esparcían su luz gastada y descolorida, y no se oía el más ligero sonido. ¿Por qué se habría quedado mudo el número 402?

«Probablemente por miedo; está asustado y no quiere comprometerse», pensaba Rubashov.

Tal vez el número 402 era un preso no político, un doctor o ingeniero que temblaba al pensar en su peligroso vecino; y, ciertamente, carecía de experiencia política; no hubiera

preguntado, si no, el nombre desde el principio. Presumiblemente, estaría mezclado en algún asunto de sabotaje, y era indudable que ya llevaba mucho tiempo preso, dada la perfección de su transmisión por golpecitos.

«Está devorado por el deseo de probar su inocencia. Todavía no se ha dado cuenta de lo poco que influye para su libertad que sea realmente culpable o no lo sea. No tiene idea de los intereses más altos que están en juego. Lo más probable es que esté en este momento sentado en su camastro, escribiendo su centésima protesta a las autoridades, que estas no leerán jamás, o la centésima carta a su mujer, que nunca recibirá; se ha dejado crecer la barba en su desesperación (una barba negra a lo Pushkin), ha tomado la costumbre de no lavarse, de morderse las uñas y tiene sueños eróticos en pleno día. Nada es peor, en la cárcel, que la conciencia de la propia inocencia, porque impide la aclimatación y mina la moral...» De pronto, empezaron otra vez los golpecitos.

Rubashov se sentó rápidamente en el camastro, pero había perdido ya las dos primeras letras; el número 402 estaba ahora transmitiendo rápidamente y con menos claridad; evidentemente, estaba muy excitado:

«... DIERON TU MEREcido.»

«Te dieron tu merecido.»

Esto era inesperado. El número 402 era un conformista. Odiaba a los heréticos opositores, como él, y creía que la historia corría sobre rieles tras un plan infalible y un infalible conductor: el Número Uno. Creía que su propio arresto era el resultado de

un error, y que todas las catástrofes de los últimos, años (desde China a España, desde el hambre al exterminio de la vieja guardia) eran o bien accidentes lamentables, o hechos originados por los diabólicos enredos de Rubashov y sus amigos de la oposición. La barba a lo Pushkin del número 402 se desvaneció; lo veía ahora con una cara de fanático, completamente afeitada; mantenía su celda escrupulosamente limpia y estrictamente de acuerdo con el reglamento. No tenía sentido discutir con él; esta categoría carecía en absoluto de comprensión. Pero tampoco tenía sentido cortar las relaciones con lo que sería su único y quizás último contacto con el mundo.

–¿QUIÉN? –preguntó Rubashov, transmitiendo muy clara y lentamente.

La respuesta llegó en forma agitada e irregular:

–NO LE IMPORTA.

–COMO USTED QUIERA –transmitió Rubashov, y se puso de pie para continuar sus meditaciones por la celda, dando la conversación por terminada.

Pero los golpecitos empezaron nuevamente, esta vez más audibles y sonoros; evidentemente, el número 402 se había quitado un zapato para dar más énfasis a sus palabras:

–¡VIVA S. M. EL EMPERADOR!

«Así que es eso –pensó Rubashov–. Todavía existen contrarrevolucionarios auténticos. Y nosotros creíamos que a estas alturas solamente existían en los discursos del Número

Uno, que los empleaba para dar una explicación a sus fracasos. Pero aquí tenemos uno de carne y hueso, una real coartada para el Número Uno, que acaba de gritar con toda su alma: ¡Viva el Emperador!...»

–AMÉN –transmitió Rubashov con sonrisa burlona.

La respuesta vino inmediatamente, todavía más sonora que antes:

–¡CERDO!

Rubashov se divertía. Se quitó los lentes y empezó a transmitir con el aro metálico a fin de cambiar el tono, dándole uno más lento y distinguido.

–NO ACABO DE ENTENDER.

El número 402 parecía frenético, y empezó a transmitir, PERR..., pero la «O» no llegaba. En lugar de eso, la furia se le aplacó súbitamente, y preguntó:

–¿POR QUÉ LO HAN ENCERRADO?

Qué conmovedora simplicidad... La cara del número 402 sufrió una nueva transformación, y se convirtió en la de un joven oficial de la Guardia Imperial, hermoso y estúpido; tal vez hasta usase monóculo. Rubashov continuó transmitiendo con sus lentes:

–DIVERGENCIAS POLÍTICAS.

Siguió una corta pausa. Evidentemente, el número 402 se estaba devanando el cerebro para encontrar una respuesta irónica, que llegó, por último:

–¡BRAVO! LOS LOBOS SE DEVORAN ENTRE SÍ.

Rubashov no contestó, pues ya estaba cansado de este entretenimiento, y empezó otra vez sus divagaciones. Pero el oficial del número 402 se había vuelto conversador, y transmitió:

–RUBASHOV...

Bien, ya iba marginando lo familiar.

–¿QUÉ? –contestó Rubashov.

El número 402 parecía dudar, pero luego llegó una frase bastante extensa:

–¿CUÁNDO SE ACOSTÓ POR ÚLTIMA VEZ CON UNA MUJER?

Con seguridad que el número 402 llevaba un monóculo, y probablemente estaba transmitiendo con él, mientras el ojo donde lo encajaba de ordinario se contraía en un tic nervioso, pero eso a Rubashov no le resultaba repelente. Al contrario, el hombre se mostraba tal cual era, y eso era más agradable que si se hubiese dedicado a transmitir proclamas monárquicas. Rubashov meditó un momento, y luego contestó:

–HACE TRES SEMANAS.

La respuesta llegó inmediatamente:

–CUÉNTEME TODOS LOS DETALLES.

Bueno, eso era ir realmente un poco lejos, y el primer impulso de Rubashov fue dar por terminada la conversación, pero recordó que el hombre podía ser muy útil como un eslabón de enlace con el número 400 y las celdas subsiguientes.

La celda de la izquierda estaba evidentemente vacía, y allí se rompía la cadena. Buscando qué contestar, Rubashov recordó un viejo cuplé de preguerra que había oído cuando era estudiante, en algún cabaret, donde unas señoritas con medias negras bailaban el cancan francés. Suspiró con resignación y empezó a transmitir con el aro de los lentes:

–PECHOS BLANCOS COMO LA NIEVE, EN FORMA DE COPA DE CHAMPAÑA...

Esperaba que esto fuese lo que el otro quería, y así era, aparentemente, porque el número 402 urgió:

–SIGA, SIGA, DÉ MÁS DETALLES.

Esta vez, con seguridad, se estaba retorciendo nerviosamente los bigotes, que debían ser recortados, con pequeñas puntas. «Que el diablo se lleve a este individuo», pensaba Rubashov, pero era la única conexión, y había que contemporar. ¿De qué hablan los oficiales durante el rancho? De mujeres y caballos. Rubashov se limpió los lentes en la manga, y transmitió cuidadosamente:

–MUSLOS COMO LOS DE UNA YEGUA SALVAJE.

Se detuvo, agotado. Con la mejor buena voluntad del mundo no podía hacer ya más. Pero el número 402 estaba muy satisfecho.

–¡BUEN MUCHACHO! –transmitió con entusiasmo, y seguramente se estaba riendo a carcajadas, aunque nada se oía, y se golpeaba los muslos y se retorció el bigote, aunque nada se veía. La abstracta obscenidad de aquella pared embarazaba a Rubashov.

–SIGA –urgió el número 402.

Rubashov no podía más. Eso es TODO, le transmitió, e inmediatamente se arrepintió. No había que disgustar al número 402. Pero por fortuna el número 402 no se ofendió, sino que siguió transmitiendo obstinadamente con su monóculo:

–SIGA, SIGA, POR FAVOR...

Rubashov había adquirido ya suficiente práctica en la transmisión, para no tener que contar los signos, sino que los transformaba automáticamente en percepción acústica, y le parecía que realmente oía la voz del número 402 pidiendo más material erótico. La lastimosa petición se repetía:

–POR FAVOR, POR FAVOR...

El número 402 era a no dudarlo joven todavía; probablemente se había criado en el destierro, en el seno de una antigua familia de soldados; había vuelto a su país con un pasaporte falso... y se

estaba atormentando a sí mismo. Con seguridad se tiraba del pequeño bigote, se había encajado el monóculo, y miraba desconsoladamente a la blanqueada pared.

–MÁS, POR FAVOR, POR FAVOR...

Mirando sin esperanza a la muda y blanqueada pared, contemplando las manchas causadas por la humedad, que poco a poco empezaban a tomar la forma de una mujer, con los pechos como copas de champaña y los muslos como los de una yegua salvaje...

–DEME MÁS DETALLES, POR FAVOR.

Tal vez se había arrodillado en el camastro con las manos ahuecadas como el preso del número 407 las había puesto para recibir su pedazo de pan.

Y ahora, por último, Rubashov recordó qué experiencia le había traído a la memoria aquel ademán, el ademán implorante de unas manos flacas, extendidas. Pietà...

9

Pietà... La galería de pinturas de una ciudad de Alemania meridional, un lunes por la tarde.

No había un alma en el museo, a excepción de Rubashov y el joven a quien había ido a buscar, y la conversación tuvo lugar en un redondo sofá, forrado de felpa, situado en el centro de una habitación vacía, de cuyas paredes colgaban toneladas de opulentas carnes femeninas, pintadas por los maestros flamencos. Ello sucedía en el año 1933, durante los primeros meses de terror, poco antes del arresto de Rubashov. El movimiento había sido derrotado, sus miembros declarados fuera de la ley, y perseguidos y apaleados a muerte. El Partido no era ya una Organización política, sino una masa informe y sanguinolento con mil brazos y mil cabezas. Lo mismo que el pelo y las uñas de un hombre continúan creciendo después de muerto, el movimiento continuaba esporádicamente en las células individuales, músculos y nervios del Partido. A lo largo de todo el país existían pequeños grupos de hombres y mujeres que habían sobrevivido a la catástrofe y continuaban conspirando clandestinamente, reuniéndose en cuevas, en bosques, en estaciones de ferrocarril, en los museos y en algunas sociedades deportivas. Estas personas tenían que cambiar constantemente de domicilio, y también de nombre y de hábitos, conociéndose unos a otros solamente por sus nombres de pila, e ignorando los domicilios. Cada uno tenía que confiar su vida en el otro, y no daban más detalles que los estrictamente necesarios. Se dedicaban a imprimir folletos por medio de los cuales procuraban convencerse a sí mismos y a los demás de que aún estaban vivos. Por la noche se deslizaban por las callejuelas estrechas de los barrios bajos, y escribían en las paredes viejos lemas y consignas para probar que aún vivían. Muy poca gente leía o veía los folletos, y los arrugaban rápidamente, estremeciéndose ante esos mensajes de los muertos. Se subían de noche a las chimeneas de las fábricas e izaban la vieja

bandera, siempre con la misma intención de hacer patente su existencia, pero los letreros y las banderas desaparecían rápidamente, para volver a aparecer al día siguiente. A través de todo el país existían pequeños grupos de gente que se denominaban a sí mismos «los muertos en vacaciones» y que dedicaban su vida a demostrar que todavía seguían viviendo.

Estos grupos no tenían comunicación entre sí; el sistema nervioso del Partido estaba destrozado, y cada grupo se las arreglaba por sí mismo. Pero, gradualmente, empezaron a lanzar nuevos tentáculos, en forma de respetables viajantes de comercio que venían del extranjero con falsos pasaportes y baúles de doble fondo; eran los correos.

De ordinario los prendían, torturaban y decapitaban, pero otros ocupaban su lugar, y aunque el Partido permanecía muerto y no podía moverse ni respirar, su pelo y sus uñas continuaban creciendo; los jefes enviaban desde el exterior corrientes eléctricas que galvanizaban los miembros muertos, y ocasionaban convulsiones espasmódicas en el cuerpo del cadáver.

Pietà... Rubashov se olvidó del número 402, y reanudó sus paseos de seis pasos y medio; se veía otra vez sentado en el sofá de felpa en la galería de pinturas, que olía a polvo y a cera de limpiar pisos. Había ido directamente de la estación, al lugar de la cita, y había llegado unos pocos minutos antes de la hora. Estaba bastante seguro de que no lo habían seguido; su maleta, que contenía un muestrario de instrumental para dentistas, las últimas novedades de una casa holandesa, estaba en el guardarropa; y él, sentado en el sofá redondo, mirando a través

de sus lentes hacia las masas de carne opulenta, colgadas de las paredes, esperaba.

El joven, a quien conocía por el nombre de Ricardo, y que era en aquel entonces jefe del grupo del Partido en esa ciudad, llegó con unos minutos de retraso. Nunca había visto a Rubashov, ni tampoco este a él. Ya había recorrido dos galerías vacías, cuando vio a Rubashov sentado en el sofá, y en la rodilla de este un libro: el Fausto de Goethe, de la edición universal de Reclam. El joven vio el libro, miró apresuradamente alrededor, y tímidamente se sentó sobre el borde del sofá, a más de medio metro de Rubashov, con la gorra en las rodillas. Era cerrajero de oficio y llevaba un traje negro de domingo, sabiendo que su blusa de trabajo resultaría extraña en el museo.

–Bueno –le dijo–, le ruego me perdone la tardanza.

–Bien –repuso Rubashov–, ocupémonos primero de su gente. ¿Tiene usted una lista?

El joven llamado Ricardo movió la cabeza.

–Yo no llevo listas –dijo–, todo lo llevo en la cabeza, direcciones y demás.

–Bien –dijo Rubashov–, pero ¿qué ocurriría si lo prendieran a usted?

–Para tal caso –dijo Ricardo– he dado una lista a Anny. Anny es mi esposa.

Se detuvo y tragó saliva, moviendo de arriba abajo la nuez y, por vez primera, miró a Rubashov cara a cara. Tenía los ojos inflamados, con el globo ligeramente prominente y cubierto por una red de venas rojizas; la barba de varios días se hacía más visible sobre el cuello negro del traje de domingo.

–Detuvieron a Anny anoche –dijo, y se quedó mirando a Rubashov, mientras este leía en sus ojos la infantil esperanza de que él, el enlace del Comité Central, hiciese un milagro y le ayudase.

–¿De veras? –dijo Rubashov, frotando los lentes con la manga–. Así que la policía tiene la lista.

–No –contestó Ricardo–, porque mi cuñada estaba en la casa cuando vinieron por ella y pudo esconderla. Mi cuñada es de entera confianza; está casada con un policía, pero es de las nuestras.

–Bueno –dijo Rubashov–, ¿dónde estaba usted cuando detuvieron a su mujer?

–Así fue como pasó –contestó Ricardo–. No duermo en mi casa desde hace tres meses.

Tengo un amigo que es operador en un cine, y cuando se acaba la función me quedo a dormir en la cabina, desde la que se puede salir directamente a la calle por la salida de emergencia, y cine gratis... –hizo una pausa y tragó saliva–. Usted sabe, Anny tenía siempre entradas gratuitas que le daba mi amigo; cuando se apagaban las luces miraba al aparato de proyección, y si bien

no me podía ver, yo sí la veía a ella algunas veces cuando la pantalla estaba muy iluminada...

Se detuvo. Justamente enfrente había colgado un cuadro que representaba El juicio Final: una serie de querubines de cabellos rizados y rotundos traseros, revoloteando en medio de una tormenta, mientras tocaban largas trompetas. A la izquierda de Ricardo había un dibujo a pluma de un maestro alemán, del que Rubashov solo podía ver una parte, pues el resto lo ocultaban el respaldo del sofá y la cabeza de Ricardo. Las delgadas manos de la Virgen, vueltas hacia arriba, tomaban la forma de una taza, y encima se veía un trozo de cielo vacío cubierto con líneas horizontales a pluma. No podía ver más porque mientras hablaban, la cabeza de Ricardo permanecía inmovible en la misma posición sobre el cuello rojizo, encorvado ligeramente.

–Lo siento –dijo Rubashov–; ¿cuántos años tiene su mujer?

–Diecisiete –repuso Ricardo.

–¿De veras? Y usted, ¿cuántos años tiene?

–Diecinueve –contestó Ricardo.

–¿Tienen hijos? –preguntó Rubashov, y alargó la cabeza a un lado, pero no podía ver más del dibujo.

–El primero viene en camino –contestó Ricardo, que estaba sentado sin hacer movimiento, como si fuera de plomo.

Hubo después un intervalo, y luego Rubashov le pidió que le dijera la lista, que consistía en unos treinta hombres, de los

miembros del Partido. Hizo algunas preguntas y anotó varias direcciones en su libro de pedidos para la casa holandesa de instrumental, mezclados con los nombres y señas de una larga lista de dentistas locales, respetables ciudadanos sacados de la guía de teléfonos. Cuando terminaron, Ricardo dijo:

–Ahora me gustaría darle un corto informe sobre nuestro trabajo, camarada.

–Bueno –dijo Rubashov–, escucho.

Ricardo dio su informe; seguía sentado con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, separado más de medio metro de Rubashov sobre el estrecho sofá de felpa, con sus grandes manos sobre las rodillas del traje dominguero, y sin cambiar de posición ni un solo instante mientras hablaba. Contó lo de las banderas en las chimeneas, los letreros en las paredes y los folletos que dejaban en los retretes de las fábricas, inflexible y objetivo como un tenedor de libros. Enfrente, los rollizos ángeles tocaban las trompetas en la tormenta y, detrás de su cabeza, una invisible Virgen María extendía sus delgadas manos; a lo largo de todas las paredes, pechos, muslos y caderas colosales los estaban contemplando.

Rubashov se acordó de los pechos en forma de copas de champaña, y se quedó parado en la tercera losa negra contada a partir de la ventana, escuchando si el número 402 continuaba aún con sus golpes. Nada se oía. Entonces se acercó a la mirilla y contempló la celda 407, cuyo ocupante había alargado las manos hacia afuera para coger el pan, y vio la puerta gris de acero con su pequeña mirilla negra. Como siempre, la luz

eléctrica alumbraba el pasillo, que estaba helado y silencioso; resultaba difícil creer que vivieran seres humanos detrás de aquellas puertas.

Mientras el joven llamado Ricardo estaba dando su informe, Rubashov no lo interrumpió. De los treinta hombres y mujeres que se habían agrupado con Ricardo luego de la catástrofe, solo quedaban diecisiete. Dos, un obrero de una fábrica y su amiga, se habían arrojado por la ventana cuando fueron a buscarlos. Otro había desertado, saliendo de la ciudad y desapareciendo. Otros dos se sospechaba que estaban al servicio de la policía, pero no era seguro. Tres habían abandonado el Partido como protesta contra la política del Comité Central: dos de ellos habían formado otro grupo de oposición, y el tercero se había unido a los moderados. Cinco habían sido detenidos la última noche, juntamente con Anny, y se sabía que por lo menos dos de estos cinco ya no vivían. Así, solo quedaban diecisiete, que continuaban repartiendo folletos y poniendo letreros en las paredes.

Ricardo dijo todo esto con el más minucioso detalle, para que Rubashov pudiera darse cuenta de todas las conexiones particulares y causas que eran especialmente importantes; ignoraba que el Comité Central tenía destacado un hombre en el grupo, que había comunicado hacía tiempo casi todos estos hechos a Rubashov, e ignoraba que este hombre era precisamente el amigo del cine en cuya cabina dormía y que había sido durante bastante tiempo el amante de su mujer, Anny, detenida la noche anterior. Nada de esto sabía Ricardo, pero Rubashov sí lo sabía. El movimiento estaba en ruinas, pero todavía funcionaba el departamento de información y control,

probablemente lo único que marchaba, y en aquella fecha Rubashov estaba a la cabeza de ese departamento. El muchacho con el cuello de toro, vestido con su traje de domingo no sabía nada de eso; solo sabía que Anny había sido detenida y que era preciso seguir distribuyendo folletos y pintando letreros, y que Rubashov era un camarada del Comité Central del Partido, en el que había que confiar como en un padre; también sabía que no se debe demostrar este sentimiento, ni mostrar ninguna debilidad.

Aquel que era blando y sentimental no servía para la tarea y tenía que ser separado del movimiento, echado a un lado en oscura soledad.

Se oyeron pasos que se aproximaban por el pasillo. Rubashov se acercó a la puerta, se quitó los lentes y pegó un ojo a la mirilla. Dos guardias con correajes y revólver conducían a un joven campesino a lo largo del corredor, y detrás venía el viejo carcelero con su manajo de llaves. El mozo tenía un ojo hinchado y sangre seca en el labio superior, y al pasar se iba limpiando con la manga la nariz sangrante, pero su cara, carecía de expresión. Más allá, en el pasillo, fuera del alcance de visión de Rubashov, abrieron la puerta de una celda y la cerraron de golpe; seguidamente, los guardias y el carcelero regresaron solos.

Rubashov siguió paseándose en su calabozo. Se veía a sí mismo sentado en el sofá de felpa al lado de Ricardo, sintiendo el silencio que reinó cuando este acabó su informe. Ricardo no se movió, siguió sentado con las manos en las rodillas y esperando, tal como si se hubiese confesado, a un sacerdote y

esperase de este la sentencia. Durante largo rato Rubashov tampoco dijo nada. Luego exclamó:

–Bien, ¿eso es todo?

El muchacho asintió. La nuez se le movía de arriba abajo.

–Hay algunas cosas que no están claras en su informe –continuó Rubashov–. Habla usted de folletos que redactan, y que ya conocemos. Usted sabe que su contenido ha sido objeto de críticas, por contener frases que son inaceptables para el Partido.

Ricardo lo miró con temor y se sonrojó; Rubashov veía cómo la piel que cubría sus pómulos se encendía y la red de venillas que surcaba los globos de sus inflamados ojos se hacía más densa.

–Por otra parte –continuó Rubashov–, les hemos enviado repetidamente material impreso para su distribución, entre el cual figuraba la edición especial en tamaño pequeño del órgano oficial del Partido. Usted recibió ese material.

Ricardo asintió, pero el acaloramiento no desaparecía de su rostro.

–Pero ustedes no lo han distribuido, y ni siquiera lo menciona en su informe. Y en vez de él, hacen circular un material redactado por ustedes mismos, sin el control y la aprobación del Partido.

–Pe... pero tenemos que hacerlo así –dijo Ricardo con gran esfuerzo.

Rubashov lo miró atentamente a través de sus lentes; no se había dado cuenta antes de que el muchacho tartamudeaba. «Es curioso» –pensó–; «este es el tercer caso en dos semanas. Tenemos un número sorprendente de gente con defectos físicos y mentales en el Partido, sea a causa de las circunstancias en las cuales trabajamos, o bien porque el mismo movimiento provoca una selección al revés...»

–De... debe usted co... comprender, compañero –decía Ricardo con creciente angustia–, que el tono de la propaganda que envían ustedes n... no es el apropiado, p... porque...

–Hable con tranquilidad –ordenó Rubashov súbitamente en tono severo–, y no vuelva la cabeza hacia la puerta.

Un hombre joven, de elevada estatura, con el uniforme negro de los guardaespaldas del régimen, había entrado en el salón con una muchacha, una rubia exuberante, a quien traía abrazada por las caderas, con el brazo de ella sobre su hombro. No se fijaron en Rubashov ni en su acompañante, y se detuvieron frente a los ángeles trompeteros, con las espaldas vueltas hacia el sofá.

–Siga hablando –dijo Rubashov en voz baja y calmada, y automáticamente sacó la cigarrera del bolsillo, pero recordó que no se debía fumar en los museos y se la volvió a guardar. El muchacho estaba como paralizado y miraba fijamente a la pareja–. Siga hablando –repitió Rubashov con tranquilidad–.

¿Por qué tartamudea como un chiquillo? Conteste y no mire para allá.

–A... algunas veces –logró decir Ricardo con gran esfuerzo.

La pareja siguió andando a lo largo de la hilera de cuadros, y se detuvo frente al desnudo de una mujer gorda, que estaba echada en un lecho de raso mirando al espectador. El hombre dijo algún chiste, porque la muchacha trató de contener la risa, y miró de pasada a las dos figuras del sofá; avanzaron luego un poco, para contemplar una naturaleza muerta, con faisanes y frutas.

–¿D... deberíamos irnos? –preguntó Ricardo.

–No –contestó Rubashov, quien temía que si se levantaban la agitación del muchacho iba a delatarlos–. Pronto se irán, y como estamos vueltos de espaldas a la luz no nos pueden ver con claridad. Respire profundamente y con lentitud varias veces. Eso ayuda.

La muchacha siguió riéndose, y la pareja se acercó lentamente a la salida, volviendo la cabeza al pasar al lado del sofá. Iban justamente a salir cuando la muchacha señaló con el dedo el dibujo de la Pietà, y se detuvieron para contemplarlo.

–¿E... es muy fastidioso cu... cuando e... empiezo a tar... tartamudear? –preguntó Ricardo en voz baja mirando al suelo.

–Hay que aprender a dominarse –replicó Rubashov secamente, pues no podía ahora permitir que ningún sentimiento de intimidad se introdujera en la conversación.

–D... dentro de un minuto estaré mejor –dijo Ricardo mientras la nuez le subía y bajaba convulsivamente–. Anny siempre se reía de mí, sabe usted.

Mientras la pareja permaneció en el salón, Rubashov no pudo dirigir la conversación, y la espalda del hombre de uniforme lo clavaba al lado de Ricardo. El peligro común ayudó al muchacho a vencer su timidez, y se acercó un poco a Rubashov.

–A p... pesar de eso me quería –continuó muy bajito, cayendo en otra clase de agitación–. Nunca sabía cómo entenderla. N... no quería t... tener el niño, pero tampoco s... se atrevía a a... abortar. Quizás no le hagan nada por estar embarazada. ¿Cr... cree usted que p... pegan también a las m... mujeres que s... se encuentran en ese estado?

Con la barbilla, le indicó al guardia de uniforme, que en aquel instante volvía la cabeza hacia Ricardo, y durante un segundo se miraron uno al otro. El guardia dijo algo en voz baja a la muchacha, que también volvió la cabeza. Rubashov cogió de nuevo la pitillera, pero esta vez no la llegó a sacar del bolsillo. La muchacha dijo algo a su acompañante, y tiró de él hacia afuera; salieron los dos, mientras el hombre hacía alguna resistencia; por último, se oyó la risa de la muchacha, y los pasos que se alejaban.

Ricardo volvió la cabeza, siguiéndolos con los ojos, y al moverse, Rubashov pudo mirar mejor el dibujo; vio al fin los delgados brazos de la Virgen, hasta el codo; eran unos brazos flacos, casi de niña que se elevaban ingravidos hacia la invisible cruz.

Rubashov miró el reloj, y el muchacho se movió un poco en el sofá separándose de él.

–Debemos llegar a una conclusión –dijo Rubashov–. Si le entiendo bien, usted dice que, deliberadamente, no distribuyeron ese material de propaganda porque no estaban conformes con su contenido. Pero tampoco nosotros aprobamos el contenido de sus libelos, y usted debe comprender, camarada, que ciertas consecuencias se han de derivar de esto.

Ricardo volvió hacia él sus enrojecidos ojos y bajó la cabeza.

–Usted sabe que el material que nos enviaron estaba lleno de insensateces –dijo con voz opaca y sin tartamudear.

–A mí no me parece –repuso Rubashov secamente.

–Ustedes escriben como si nada hubiera pasado –continuó Ricardo con la misma voz cansada–. El Partido está hecho trizas, pero continúan escribiendo frases acerca de nuestra voluntad inquebrantable de victoria..., la misma clase de embustes que traían los comunicados de la Gran Guerra. A cualquiera que se lo enseñamos le dan ganas de escupir, y ustedes deben saberlo.

Rubashov se quedó mirando al muchacho, que ahora estaba sentado con el cuerpo inclinado hacia adelante, los codos en las rodillas y la barbilla apoyada en sus puños rojos, y replicó secamente:

–Por segunda vez me adjudica una opinión que no comparto, y me veo obligado a pedirle que no continúe haciéndolo.

Ricardo lo miró con una expresión de incredulidad en los inflamados ojos. Rubashov continuó:

–El Partido está sufriendo una prueba severa, pero otros partidos revolucionarios han pasado por pruebas aún más arduas. El factor decisivo es nuestra inquebrantable voluntad, y todo aquel que se ablande en estos momentos no puede continuar en nuestras filas. Todo el que contribuya a infundir pánico hace el juego a nuestros enemigos, y no nos importa cuáles pueden ser sus motivos, sino el hecho de que su posición constituye un peligro para nuestro movimiento y tiene que ser tratado como tal.

Ricardo continuaba sentado con la barbilla entre las manos y la cara vuelta hacia Rubashov.

–De modo que soy un peligro para el movimiento –dijo– y estoy haciendo el juego a nuestros enemigos. Probablemente me pagan por hacerlo. Y a Anny también...

–En sus folletos –continuó Rubashov en el mismo tono seco de voz–, que usted reconoce haber escrito, aparecen con frecuencia frases como esta: «Hemos sufrido una derrota, una catástrofe ha caído sobre el Partido, hay necesidad de empezar de nuevo cambiando radicalmente de táctica.»

Todo esto es derrotismo. Las consecuencias son desmoralizadoras y embotan el espíritu combativo del Partido.

–Yo solo sé –repuso Ricardo– que se debe decir la verdad a la gente, que, además, la conoce en cualquier caso. Es ridículo pretender lo contrario.

–En el último congreso del Partido –siguió diciendo Rubashov– se votó una resolución que hacía ver que el Partido no había sufrido derrota alguna, y que únicamente había llevado a cabo una retirada estratégica; desde entonces no hay ninguna nueva razón que aconseje un cambio de política.

–Pero eso es idiota –afirmó Ricardo.

–Si sigue usted hablando en ese tono –dijo Rubashov–, temo mucho que tengamos que dar por terminada nuestra conversación.

Ricardo se quedó silencioso por algún tiempo, y el salón empezó a oscurecerse. Los contornos de los ángeles y las mujeres de las paredes se volvieron más suaves e imprecisos.

–Lo siento mucho –dijo Ricardo–. Quiero decir que la orientación del Partido es equivocada.

Usted habla de una retirada estratégica cuando la mitad de la gente ha sido asesinada, y los que quedan están tan contentos de hallarse todavía vivos que se pasan al otro lado en cantidad. Esas resoluciones que ustedes fabrican en el extranjero no las entienden aquí...

Las facciones de Ricardo se hacían cada vez más vagas en la creciente oscuridad. Hizo una pausa, y luego añadió:

–Supongo que Anny hizo también una «retirada estratégica» anoche. Por favor, usted debe entenderme. Aquí todos vivimos en la selva...

Rubashov esperó hasta ver si tenía algo más que añadir, pero Ricardo no dijo nada. La oscuridad caía ahora rápidamente y Rubashov se quitó los lentes y los limpió en la manga.

–El Partido no puede equivocarse nunca –afirmó–. Si usted o yo podemos equivocarnos, el Partido no. El Partido, camarada, es más que usted y que yo, y que miles de otros como usted o como yo. El Partido es la encarnación de la idea revolucionaria en la historia, y la historia no sabe de escrúpulos ni de vacilaciones. Inerte e infalible, continúa su camino hacia la meta, y en cada vuelta de su órbita suelta el fango que ha recogido y los cuerpos de los ahogados. La historia conoce su destino y nunca se equivoca, y el que no tiene absoluta fe en la historia no pertenece al Partido.

Ricardo no dijo nada; con la cara vuelta hacia Rubashov y la cabeza apoyada en las manos, continuó inmovible. Como continuaba callado, este prosiguió:

–Usted ha impedido la distribución del material de propaganda, es decir, ha suprimido la voz del Partido, y en cambio ha repartido folletos en los que cada una de las palabras era falsa y perjudicial. Usted ha escrito: «Los restos del movimiento revolucionario tienen que reagruparse, y todas las fuerzas hostiles a la tiranía deben unirse; tenemos que suspender todas nuestras discordias internas y empezar de nuevo el combate todos juntos.» Esto es un error. El Partido no debe unirse con los moderados, porque estos, incluso admitiendo su buena fe, han traicionado el movimiento innumerables veces, y lo volverán a hacer la próxima vez, y la otra, y la que venga después de esa.

El que llega a un compromiso con ellos entierra la revolución. Usted escribió: «Cuando hay fuego en la casa todos deben ayudar a apagarlo, y si continuamos nuestras disputas sobre puntos de doctrina, pronto quedaremos convertidos en cenizas.» Esto es falso, porque nosotros combatiremos el fuego con agua, mientras que los otros combaten arrojando aceite sobre él. Por consiguiente, hay que decidir primordialmente cuál es el mejor método, el agua o el aceite, antes de unificar una brigada de incendios... De esta manera no se puede dirigir la política; es imposible tomar como normas la desesperación y las pasiones. La órbita del Partido está claramente definida, como una estrecha senda a través de las montañas. El menor paso en falso, a la derecha o a la izquierda, lo lleva a uno al precipicio. El aire está enrarecido en la altura, y el que se marca está perdido.

La oscuridad era ya tan intensa que Rubashov no podía distinguir las manos del dibujo; súbitamente una campana sonó dos veces, aguda y penetrante: en un cuarto de hora se cerraría el museo. Miró el reloj; tenía aún que decir la palabra decisiva y entonces todo habría concluido.

Ricardo seguía inmóvil a su lado, con los codos en las rodillas.

–Sí, no tengo nada que contestar a todo eso –dijo finalmente, y otra vez su voz sonaba opaca y muy fatigada–. Lo que usted dice es indudablemente verdad, y el símil acerca del camino en la montaña muy apropiado. Pero yo sé que estamos derrotados y los pocos que quedan están desertando continuamente. Tal vez hace demasiado frío en nuestro sendero de montaña. Los contrarios tienen siempre música y banderas llamativas, y se

sientan alrededor de un buen fuego; quizás han ganado por eso. Y también porque nos están machacando los huesos.

Rubashov escuchaba en silencio, esperando saber si el muchacho tenía algo más que decir, antes de pronunciar la sentencia definitiva. Dijese Ricardo lo que dijera, ya no podía influir en la resolución en forma alguna; pero a pesar de ello seguía aguardando.

La pesada silueta de Ricardo estaba cada vez más envuelta en la oscuridad; se había movido un poco más lejos sobre el redondo sofá y allí estaba sentado, con los hombros doblados y la cara casi oculta entre las manos. Rubashov, sentado derecho en el sofá, seguía esperando; sentía un ligero dolor en la mandíbula superior, probablemente la raíz de algún diente cariado. Después de un rato oyó la voz de Ricardo, que preguntaba:

–¿Qué me va a pasar a mí ahora?

Rubashov se tocó con la lengua el diente que le dolía; sentía necesidad de tocarlo con el dedo antes de pronunciar las palabras decisivas, pero se dominó, y dijo con serenidad:

–Tengo que informarle, Ricardo, en cumplimiento de un acuerdo del Comité Central, que ha dejado de ser miembro del Partido.

Ricardo no se movió, y Rubashov continuó esperando un momento antes de levantarse.

Ricardo permaneció sentado, levantó solamente la cabeza, lo miró y preguntó:

–¿Para eso vino usted?

–Principalmente –contestó Rubashov, que a pesar de sentir la necesidad de irse, continuaba enfrente de Ricardo, esperando.

–¿Qué va a ser de mí, ahora? –preguntó Ricardo. Rubashov no contestó. Después de un rato, Ricardo continuó–: Supongo que tampoco podré seguir durmiendo en la cabina de mi amigo.

Después de un momento de vacilación, Rubashov contestó:

–Será mejor que no lo haga.

Y se sintió disgustado consigo mismo por haberlo dicho, aunque no estaba seguro de que Ricardo hubiese entendido el significado de la frase. Y siguió mirando a la figura sentada en el sofá.

–Será mejor que salgamos separados. Adiós.

Ricardo se enderezó un poco, pero continuó sentado. En la semioscuridad, Rubashov solo podía adivinar la expresión de sus ojos inflamados, ligeramente prominentes, pero fue en realidad esta imagen imprecisa y brumosa de la figura sentada la que se estampó en su memoria para siempre.

Salió de la habitación y atravesó la inmediata, que estaba igualmente oscura y vacía. Sus pasos hacían crujir el piso, y solo cuando hubo llegado a la salida recordó que había olvidado

mirar el cuadro de la Pietà, del que únicamente conocía el detalle de las manos dobladas en forma de copa y parte de los delgados brazos, hasta el codo.

Se detuvo en los escalones que daban acceso a la puerta; el diente le dolía cada vez más, y en la calle hacía frío. Se ajustó la bufanda de color gris descolorido que llevaba alrededor del cuello; las lámparas de la calle ya estaban encendidas en la gran plaza cuadrada donde estaba el museo, que a esas horas se hallaba muy tranquila, con pocos transeúntes, y, más lejos, la campana de un estrecho tranvía resonaba en la avenida bordeada de olmos. Se preguntó si podría encontrar un taxi en las cercanías.

En el último escalón lo alcanzó Ricardo, jadeante, y Rubashov siguió derecho sin acortar ni apresurar el paso, y sin volver la mirada. Ricardo le llevaba media cabeza y era mucho más ancho, pero caminaba con los hombros encogidos, agachándose a la altura de Rubashov y acortando el paso.

Al cabo de un momento, le preguntó:

–¿Fue una advertencia la que usted me hizo cuando le pregunté si podía seguir viviendo con mi amigo y usted me contestó: «Será mejor que no lo haga»?

Rubashov vio un taxi con los faros encendidos que venía por la avenida, se detuvo en el borde de la acera esperando que se acercase. Ricardo estaba de pie a su lado.

–No tengo nada más que decirle, Ricardo –dijo Rubashov, y llamó al taxi.

–Camarada, p... pero usted n... no puede d... denunciarme, camarada... –dijo Ricardo. El taxi disminuyó su velocidad y no se hallaba ya más que a unos veinte pasos. Ricardo estaba agachado delante de Rubashov, le había cogido por la manga y hablaba a la altura de su cara, haciéndole sentir su aliento y una ligera humedad en la frente.

–Yo no soy un enemigo del Partido –decía Ricardo–; usted no puede echarme a los lobos, c... camarada...

El taxi se detuvo junto a la acera, y el chofer debía seguramente haber oída la última palabra.

Rubashov calculó con rapidez que no había manera de echar a Ricardo. Un policía estaba parado en la otra esquina. El chofer, un viejuelo, vestido con una chaqueta de cuero, los miraba con ojos inexpresivos.

–A la estación –dijo Rubashov, y subió al taxi. El chofer cerró la portezuela. Ricardo se quedó en el borde de la acera con la gorra en la mano, y la nuez subiéndole y bajándole rápidamente. El taxi arrancó y pasó al lado del policía. Rubashov prefería no mirar atrás, pero sabía que Ricardo continuaba en el cordón de la acera mirando las luces rojas del automóvil.

Durante unos minutos rodaron por calles concurridas, y el chofer volvió la cabeza varias veces como si quisiese asegurarse de que su pasajero continuaba en el interior del taxi; Rubashov no conocía la ciudad lo suficiente como para estar seguro de que iban camino de la estación. Poco a poco las calles se iban quedando desiertas, y al final de una avenida apareció un

edificio macizo, con un gran reloj iluminado: estaban en la estación.

Rubashov salió del automóvil y le preguntó al chofer cuánto le debía, pues en aquella ciudad los coches de alquiler no llevaban taxímetro aún.

–Nada –contestó el chofer. Tenía la cara vieja y arrugada, y extrajo un sucio trapo del bolsillo de su chaqueta de cuero, sonándose las narices con ceremonia.

Rubashov lo miró atentamente a través de los lentes; estaba seguro de que no había visto antes aquella cara. El chofer guardó el pañuelo.

–A las personas como usted, señor, no les cobro nada –dijo, y se agachó para coger el freno de mano. De pronto le alargó una mano con gruesas venas seniles y uñas negras–. Buena suerte, señor –le dijo sonriendo tímidamente a Rubashov–; si su joven amigo necesita alguna vez algo, ya sabe que mi parada está enfrente del museo. Puede usted anotar mi número, señor, y enviárselo.

Rubashov observó que a su derecha había un mozo de estación, apoyado en un poste, que los estaba mirando, y no tomó la mano del chofer, sino que depositó una moneda en ella y entró en la estación sin decir palabra.

Tuvo que esperar una hora hasta la salida del tren, y entretanto tomó una taza de mal café en la cantina; el diente le seguía doliendo. En el tren se quedó dormido y soñó que tenía que ir corriendo delante de la locomotora, mientras Ricardo y el

chofer del taxi estaban subidos en ella y querían que la máquina le pasase por encima porque no había pagado el taxi. Las ruedas venían rechinando cada vez más próximas y sus piernas se negaban a moverse. Se despertó con náuseas y sintió un sudor frío en la frente, mientras sus compañeros de compartimiento lo miraban con ligero asombro.

Afuera era de noche, el tren corría en la oscuridad por un país enemigo, el asunto con Ricardo estaba terminado, y el diente le seguía doliendo. Una semana después estaba en la cárcel.

10

Rubashov apoyó la frente en la ventana y miró hacia abajo, al patio. Tenía las piernas cansadas y estaba mareado de tanto paseo en redondo; miró el reloj; faltaba un cuarto de hora para las doce, así que había estado paseando en su celda casi cuatro horas sin parar, desde que el primer recuerdo de la Pietà le vino a la mente. Esto no le sorprendía, pues estaba bien al tanto del modo de soñar despierto en las cárceles, de la intoxicación que emana de las paredes blanqueadas. Recordó a un camarada más joven, que era ayudante de peluquero, y que le contaba cómo en su segundo y peor año de confinamiento solitario había llegado a soñar durante siete horas seguidas, con los ojos abiertos. Mientras lo hacía había andado veintiocho kilómetros en una celda que no alcanzaba a dos metros de largo, y se había llenado los pies de ampollas sin darse cuenta.

Esta vez el hábito se había manifestado muy rápidamente; y el primer día habíase entregado a ese vicio, que en sus experiencias previas había tardado siempre algunas semanas. Otra cosa extraña era que había estado soñando con el pasado, mientras que los soñadores crónicos de las cárceles casi siempre lo hacían con el porvenir, y si recordaban lo pasado era únicamente para pensar en cómo pudo haber sido, y nunca en cómo fue realmente.

Rubashov se preguntaba qué otras sorpresas le podía tener reservadas su mecanismo mental, sabiendo por experiencia que la confrontación con la muerte siempre lo altera y provoca las reacciones más sorprendentes, como le ocurre a la aguja de una brújula cuando se acerca al polo magnético.

El cielo estaba cargado de una inminente nevada, y en el patio dos hombres daban su paseo diario por la vereda abierta en la nieve. Uno de ellos miraba repetidamente a la ventana de Rubashov. Por lo visto, la noticia de su detención ya se había extendido. Era un hombre flaco y extenuado, con la piel amarilla y labio leporino, con un delgado impermeable que aferraba a la altura de los hombros como si estuviera helándose. El otro paseante era más viejo y estaba arropado con una manta. No se hablaban durante el paseo, y al cabo de diez minutos, fue a buscarlos un oficial de uniforme, armado con una cachiporra de goma y un revólver. La puerta donde el oficial los esperaba estaba justamente enfrente de la celda de Rubashov, y antes de que se cerrase, el hombre del labio leporino miró una vez más hacia su ventana. Seguramente no podía ver a Rubashov, que quedaba en la sombra visto desde el patio, pero a pesar de eso sus ojos se detuvieron en la ventana como si lo buscase. «Te veo

y no te conozco, tú no me ves y es evidente que me conoces», pensaba Rubashov. Se sentó en la cama y llamó al número 402.

–¿QUIÉNES SON?

Se le ocurrió que el número 402 estaría probablemente ofendido y que no le contestaría.

Pero el oficial parecía no ser rencoroso y le respondió inmediatamente:

–POLÍTICOS.

Rubashov se quedó sorprendido, porque se había figurado que el hombre del labio leporino tenía aspecto de criminal.

–¿DE SU CLASE? –preguntó.

–NO; DE LA SUYA –transmitió el número 402, seguramente sonriendo con cierta satisfacción. La siguiente frase sonó más fuerte; tal vez los golpes los daría con el monóculo.

–LABIO LEPORINO, MI VECINO, EL NÚMERO 400, FUE TORTURADO AYER.

Rubashov se quedó silencioso durante un minuto, limpiando los lentes en la manga, aunque solo los usaba para transmitir. Quería haber preguntado: «¿por qué?»; pero, en vez de ello, transmitió:

–¿Cómo?

El número 402 respondió lacónicamente:

–BAÑO DE VAPOR.

Rubashov había sido apaleado repetidamente durante su último encarcelamiento, pero de ese procedimiento de tortura no sabía más que lo que había oído. Había aprendido que todos los dolores físicos eran soportables si uno sabía de antemano exactamente lo que le iba a pasar; eran algo así como una operación quirúrgica; por ejemplo, la extracción de una muela. Lo que resultaba realmente malo era lo desconocido, que no daba lugar a prever las propias reacciones, y sin una escala para calcular la capacidad de resistencia. Y lo peor era el temor de que en esas circunstancias se podía hacer o decir algo de lo que no había manera de arrepentirse ni volverse atrás.

–¿POR QUÉ? –preguntó Rubashov.

–DIVERGENCIAS POLÍTICAS –transmitió el número 402 con ironía.

Rubashov se colocó otra vez los lentes y buscó en el bolsillo el paquete de cigarrillos; vio que solo le quedaban dos. Entonces transmitió:

–¿CÓMO VAN LAS COSAS CON USTED?

–MUY BIEN, GRACIAS... –respondió el número 402, y concluyó la conversación.

Rubashov se encogió de hombros, encendió su penúltimo cigarrillo, y continuó sus paseos.

Era extraño, pero la idea de lo que le aguardaba lo hacía casi feliz, sintiéndose abandonado por su antigua melancolía, con la cabeza más clara y los nervios tensos. Se lavó cara, brazos y pecho en el agua fría del lavabo, se enjuagó la boca, y se secó con el pañuelo. Luego silbó unos pocos compases y sonrió. Lo hacía siempre lamentablemente fuera de tono, y recordó que pocos días antes alguien le había dicho: «Si el Número Uno fuese entendido en música, ya habría encontrado hace tiempo un pretexto para fusilarlo.»

«Lo haré de todos modos», había contestado, sin creerlo realmente.

Encendió su último cigarrillo y, con la cabeza despejada, se puso a pensar en la línea de conducta que debía seguir cuando lo interrogasen, sintiendo la misma confianza tranquila y serena que experimentaba cuando daba un examen en sus épocas de estudiante. Empezó a tratar de recordar todos los pormenores que conocía respecto al «baño de vapor», imaginándose la situación en detalle, y procurando analizar las sensaciones físicas que debería esperar, con el objeto de hacerlas menos temibles. Lo más importante era que no le tomasen desprevenido, y estaba seguro de que no lo conseguirían, del mismo modo que tampoco los otros lo habían conseguido; sabía que no diría nada que no quisiese decir, y lo único que deseaba era empezar de una vez.

Volvió a acordarse del sueño de antes: Ricardo y el chofer del taxi persiguiéndole porque no les había pagado y los había traicionado.

«Ahora voy a pagar por todas», pensó con una sonrisa desmañada.

El último cigarrillo estaba llegando a su fin. Le quemaba ya las puntas de los dedos y lo dejó caer al suelo.

Iba a aplastarlo, pero lo pensó mejor: se agachó, recogió la colilla y la apagó lentamente, contra el revés de la mano, apoyándola sobre las venas azules. Aguantó el dolor por espacio de medio minuto, que contó con el reloj, y quedó satisfecho consigo misma, porque no había movido la mano ni una sola vez durante los treinta segundos. Después continuó su paseo.

El ojo que lo había estado observando durante varios minutos a través de la mirilla, se retiró.

11

La comitiva del almuerzo pasó por el corredor. La celda de Rubashov fue nuevamente dejada atrás. Como quería ahorrarse la humillación de observar a través de la mirilla, no pudo enterarse de lo que llevaban, pero el olor de la comida llenó su celda, y era bueno.

Sintió un gran deseo de fumar otro cigarrillo. Debía procurarse cigarrillos de algún modo, para poder concentrarse. Eran para él más importantes que la comida. Esperó media hora después del reparto del almuerzo, y empezó a golpear la puerta. Al cabo de

un cuarto de hora el viejo carcelero se acercó arrastrando los pies.

–¿Qué desea? –le preguntó con su tono agrio habitual.

–Que me traigan cigarrillos de la cantina –contestó Rubashov.

–¿Tiene vales de la cárcel?

–Me quitaron el dinero al entrar contestó Rubashov.

–Entonces tiene que esperar a que se lo cambien por los vales.

–¿Cuánto tarda eso en este establecimiento modelo?
–preguntó Rubashov.

–Puede usted escribir una carta de queja dijo el viejo.

–Sabe usted muy bien que no tengo papel ni lápiz replicó Rubashov.

–Para comprar material de escribir necesita tener vales repuso el carcelero.

Rubashov sentía que iba perdiendo los estribos, por la sensación familiar de opresión en el pecho y ahogo en la garganta, pero pudo dominarse. El viejo vio las pupilas de Rubashov relucir vivamente a través de los lentes, lo que le recordaba los grabados en color con el retrato de Rubashov vestido de uniforme, que, en los años pasados, se veían en todas partes; sonrió con despecho senil y retrocedió un paso.

–Es usted una... basura recalcó Rubashov lentamente, volviéndole la espalda y aproximándose a la ventana.

–Daré parte de que usted emplea un lenguaje insultante dijo la voz del viejo carcelero a sus espaldas, y cerró dando un portazo.

Rubashov limpió los lentes en la manga y esperó hasta que su respiración se hiciera más serena. Tenía que conseguir esos cigarrillos; de lo contrario, no podría seguir conteniéndose. Se impuso una espera de diez minutos, y luego llamó al número 402:

–¿TIENE USTED TABACO?

Tuvo que esperar un poco la contestación, que llegó clara y espaciada:

–NO PARA USTED.

Rubashov volvió lentamente a la ventana. Se imaginaba al joven oficial con su pequeño bigote y el monóculo encajado, mirando con una sonrisa estúpida la pared que los separaba; el ojo detrás del cristal era vidrioso, con el rojizo párpado levantado. Probablemente pensaba: «¿Puedes esperarlo?». Y también: «Canalla, ¿a cuántos de los míos has fusilado?» Rubashov miraba hacia la pared blanqueada, sintiendo que el otro estaba de pie tras ella, con la cara vuelta hacia él; creía oírlo respirar agitadamente. «Sí, ¿a cuántos de los tuyos habré fusilado? Me gustaría saberlo.» No podía recordarlo, ya que eso había pasado hacía muchos años, durante la guerra civil, pero calculaba que serían entre setenta y un centenar. ¿Qué

importaba eso? Era una cosa natural, colocada en un plano completamente distinto del caso de Ricardo, y lo volvería a hacer otra vez hoy. ¿Hasta en el caso de que hubiese podido prever que la revolución iba a elevar al poder al Número Uno? Sí. Aun así.

«Contigo» –pensaba Rubashov mirando a la pared blanqueada detrás de la cual estaba el otro (que mientras tanto seguramente habría encendido un cigarrillo y estaría echando el humo contra la pared)–, «contigo no tengo cuenta alguna que ajustar. A ti no te debo nada. Entre los dos no hay ni lenguaje ni moneda comunes... Bueno, ¿qué quieres ahora?»

Porque el número 402 había empezado a transmitir otra vez, y Rubashov volvió a la pared...

«LE VOY A MANDAR TABACO», oyó, y luego, más débilmente, cómo el número 402 golpeaba su puerta para llamar la atención del carcelero.

Rubashov contuvo el aliento; a los pocos minutos oyó el chancleteo del anciano aproximándose por el pasillo.

El carcelero no abrió la puerta del 402, sino que le preguntó por la mirilla:

–¿Qué desea?

Rubashov no pudo oír la respuesta, aunque le hubiese gustado oír la voz del número 402.

Luego el viejo dijo en voz alta, de modo que Rubashov lo oyese:

–No está permitido. Es contra el reglamento.

Tampoco Rubashov pudo oír la contestación. Luego el carcelero añadió:

–Lo denunciaré por usar un lenguaje insultante.

Y sus pasos se perdieron sobre las baldosas del corredor.

Durante algún tiempo reinó el silencio. Después, el número 402 transmitió:

–MALA SUERTE.

Rubashov no contestó. Se paseaba de un lado a otro, sintiendo que el ansia de fumar le cosquilleaba las membranas de su seca garganta. Pensó en el número 402. «A pesar de todo, lo volvería a hacer» –se dijo a sí mismo–. «Era necesario y justo. Pero tal vez tenga también alguna deuda contigo. ¿Debe uno también pagar por los actos que fueron justos y necesarios?»

La sequedad de la garganta aumentaba, y sentía opresión en la frente. Siguió incansablemente sus paseos, y al par que pensaba, sus labios empezaron a moverse.

«¿Debe uno pagar también por los actos justos? ¿Existirá otra regla además de la regla de la razón?»

«¿Pesará más intensamente la deuda sobre el hombre justo cuando se lo juzgue por esta otra regla? ¿Acaso se habrá duplicado su deuda, porque los otros no sabían lo que hacían?...»

Rubashov se quedó parado en la tercera baldosa negra a contar de la ventana. ¿Qué era esto? ¿Un soplo de locura religiosa? Se percató de que hacía varios minutos que estaba hablando solo, a media voz. Y a pesar de que se observaba, sus labios, independientes de su voluntad, se movían y decían:

–Yo pagaré.

Por primera vez desde su arresto, Rubashov estaba asustado. Buscó sus cigarrillos. Pero no le quedaba ninguno.

Y entonces oyó otra vez el delicado golpeteo en la pared, sobre su cama. El número 402 tenía un mensaje para él:

–LABIO LEPORINO LE ENVÍA SUS SALUDOS.

Reprodujo en su mente la cara amarilla del hombre, vuelta hacia su ventana. El mensaje le hacía sentir desasosiego.

Transmitió:

–¿CÓMO SE LLAMA?

El número 402 contestó:

–NO LO QUIERE DECIR; PERO LE ENVÍA SUS SALUDOS.

12

Durante la tarde, Rubashov se encontró aún peor; experimentó un intermitente ataque de escalofríos. Otra vez le había empezado a doler el diente, uno de los incisivos superiores, conectado al nervio orbitario. No había comido nada desde su detención, mas no por eso sentía hambre.

Procuraba reconcentrar su pensamiento, pero los estremecimientos que sufría y la comezón y el cosquilleo de la garganta se lo impedían. Sus pensamientos giraban alternativamente entre dos polos: el desesperado deseo de fumar y la frase: «Yo pagaré.»

Los recuerdos se le sobreponían, zumbando y susurrando en sus oídos. Las caras y las voces iban y venían, y cuando trataba de retener alguna, le lastimaba; todo su pasado estaba en carne viva y cada contacto le dolía. Su pasado era el movimiento, el Partido; el presente y el futuro también pertenecían al Partido, estaban inseparablemente enlazados con su destino, pero su pasado era idéntico a él. Y era este pasado el que se veía súbitamente puesto en tela de juicio. El cuerpo del Partido, caliente y animado, se le aparecía cubierto de llagas, de llagas venenosas, de estigmas sangrientos. ¿Cuándo y dónde han existido en la historia santos con tantas imperfecciones? ¿Cuándo una buena causa había estado peor representada? Si el Partido encarna la voluntad de la historia, entonces la misma historia era defectuosa.

Rubashov contempló las manchas de humedad en las paredes de su celda. Tiró después de la frazada de la cama y se la envolvió alrededor de los hombros; apresuró el paso, marchando con pasitos cortos y rápidos, dando súbitas vueltas al llegar a la puerta y a la ventana, pero los estremecimientos seguían corriendo hacia abajo por su espalda. El zumbido en sus oídos continuó, mezclado con voces vagas y suaves; no podía distinguir si venían del pasillo o si estaba sufriendo alucinaciones: «Es el nervio orbitario –se decía–, todo esto viene de la carie de la raíz de ese diente. Se lo diré al médico mañana, pero mientras tanto hay mucho que hacer. Hay que encontrar la causa del fracaso del Partido. Todos los principios de que partíamos eran exactos, pero nuestros resultados han sido fallidos. Este es un siglo enfermo, y aunque nosotros diagnosticamos la enfermedad y sus causas con una exactitud microscópica, cada vez que aplicamos el bisturí aparece un nuevo tumor. Nuestras intenciones eran fuertes y puras y el pueblo debería habernos amado.»

Pero nos odia. ¿Por qué somos tan odiados y detestados?

«Les trajimos la verdad, y en nuestra boca sonó a mentira; les trajimos la libertad, y en nuestras manos pareció un látigo; les trajimos la vida plena, y donde se oyó nuestra voz, los árboles se secaron, con un susurro de hojas muertas; les trajimos la promesa del porvenir, pero nuestra, lengua tartamudeó y salieron ladridos de nuestros labios...»

Rubashov se estremeció. Un cuadro se le presentó ante los ojos, una gran fotografía en un marco de madera: los delegados al primer congreso del Partido. Se sentaban a una larga mesa de

pino, algunos con los codos apoyados en ella y otros con las manos en las rodillas, barbudos y entusiastas, mirando hacia la lente del fotógrafo. Encima de cada cabeza había un pequeño círculo con un número, que correspondía a un nombre impreso al pie del retrato. Todos tenían un aspecto solemne, con excepción del anciano que presidía, que tenía una expresión socarrona y divertida en los oblicuos ojillos tártaros. Rubashov estaba sentado en el segundo lugar a su derecha, con los lentes sobre la nariz. El Número Uno se encontraba casi al final de la mesa, con su aspecto pesado y cuadrado. Parecía una reunión del consejo municipal de una ciudad, y la realidad era que estaban preparando la más grande revolución en la historia de la humanidad. En aquel tiempo, ese puñado de hombres constituía una especie enteramente nueva: la de los filósofos militantes, y les eran tan familiares las cárceles de todas las ciudades europeas como a un viajante de comercio le son sus hoteles. Soñaban con el poder con el objeto de abolir el poder; soñaban con dominar al pueblo para apartarlo poco a poco del hábito de ser dominado. Todos sus pensamientos se convertían en realidades y veían cumplidos todos sus sueños. ¿Dónde estaban ahora esos hombres? Sus cerebros, que habían cambiado el curso de la historia del mundo, habían recibido una carga de plomo. Unos en la frente, otros en la nuca. De ellos, solo dos o tres sobrevivieron, dispersos por el mundo, acabados. Y él mismo; y el Número Uno.

Sentía mucho frío y deseó con vehemencia un cigarrillo. Se veía a sí mismo otra vez en el viejo puerto belga, escoltado por el alegre y pequeño Loewy, que era un poco jorobado y fumaba una pipa de marinero. Olía de nuevo el olor del puerto, mezcla de algas podridas y de petróleo, y oía la música del carillón en la

torre del viejo edificio consistorial; veía las estrechas callejas con las ventanas salientes, de cuyas rejas las prostitutas del puerto colgaban durante el día la ropa lavada.

Eso ocurría dos años después del caso de Ricardo. No habían logrado probar nada contra él. Se había mantenido callado mientras le pegaban, había permanecido silencioso en tanto le arrancaban los dientes a golpes, le destruían el oído y le rompían los lentes. Había guardado silencio y lo había negado todo, mintiendo de un modo frío y circunspecto. Se había paseado en su calabozo, y se había arrastrado sobre las baldosas de la oscura celda de castigo; había tenido miedo, pero había continuado pensando en la manera de defenderse, y cuando lo sacaban de su desmayo con un balde de agua fría, encendía un cigarrillo y seguía mintiendo. En aquellos días no le sorprendía el odio de los que le torturaban, ni adivinaba por qué les era tan detestable. Todo el mecanismo legal de la dictadura lo trituró entre sus dientes, pero no pudieron probar nada contra él. Cuando lo pusieron en libertad, lo expulsaron, llevándolo en aeroplano a su país, hacia el hogar de la Revolución. Hubo recepciones, jubilosas manifestaciones populares y brillantes desfiles militares. Hasta el Número Uno apareció frecuentemente en público junto a él.

No había vivido en su país natal desde hacía años y encontraba que todo había cambiado mucho. La mitad de los hombres barbudos de la fotografía ya no existían, y sus nombres no podían mencionarse sin maldecir su memoria, con excepción del anciano de los oblicuos ojillos tártaros, el antiguo jefe, que había muerto a tiempo. Las masas lo reverenciaban como a Dios Padre, y al Número Uno como al Hijo; pero de él se murmuraba

que había alterado el testamento del anciano jefe para quedarse con la herencia. Los pocos de los hombres barbudos de la vieja fotografía que quedaban vivos no eran reconocibles; habíanse afeitado la cara y estaban gastados y desilusionados, llenos de cínica melancolía. De tiempo en tiempo, el Número Uno sacrificaba una nueva víctima entre ellos. Entonces todos se golpeaban el pecho y, a coro, se arrepentían de sus pecados. A los quince días de su llegada, cuando todavía tenía que andar con muletas, Rubashov solicitó una nueva misión en el extranjero. «Parece que tiene usted mucha prisa por irse», le dijo el Número Uno, mirándolo a través de una nube de humo. A pesar de haber estado veinte años juntos en los puestos directivos del Partido, se trataban con puntillosa ceremonia. Sobre la cabeza del Número Uno estaba colgado el retrato del viejo jefe; al lado había estado el grupo con las cabezas numeradas, pero ya había desaparecido. La conversación fue corta; no duró más que unos minutos, y al despedirse, el Número Uno le estrechó la mano con efusión singular. Mucho tiempo después Rubashov dedicó largas horas a interpretar el significado de aquel efusivo apretón de manos, y también el de la irónica mirada que el Número Uno le lanzó desde tras de las nubes de humo. Luego Rubashov salió de la habitación cojeando, apoyado en las muletas; el Número Uno no lo acompañó hasta la puerta. Al día siguiente salía de su país con rumbo a Bélgica.

A bordo del barco mejoró ligeramente, y meditó sobre la tarea que lo aguardaba. El pequeño Loewy, con su pipa de marinero, fue a recibirlo; era el jefe local de la sección del Partido de los trabajadores del muelle, y le gustó a primera vista. Fue guiando a Rubashov a través de los muelles y de las estrechas calles

serpenteantes, tan orgulloso como si los hubiera construido él mismo. En todas las tabernas tenía conocidos, trabajadores del puerto, marineros y prostitutas, que le ofrecían un trago, mientras él saludaba levantando la pipa a la altura de la oreja. Hasta el policía de tránsito de la plaza del mercado le guiñaba un ojo al pasar, y los marineros camaradas de los barcos extranjeros, que no podían hacerse comprender, le daban cariñosas palmadas en el hombro deforme. Rubashov veía todo eso con moderada sorpresa. No, el pequeño Loewy no era odioso ni detestable. La sección de los trabajadores del puerto en esta ciudad era una de las secciones del Partido mejor organizadas en el mundo.

Por la noche, Rubashov, el pequeño Loewy y algunos camaradas se sentaron en una de las tabernas del puerto, y entre ellos, un cierto Paul, secretario de organización de la sección. Era un exluchador, calvo, picado de viruelas, con grandes orejas salientes. Llevaba una negra tricota marinera debajo del abrigo, y un gorro oscuro en la cabeza. Tenía la habilidad de mover las orejas hasta el punto de levantar el gorro y dejarlo caer después. Con él estaba un tal Bill, un exmarinero que había escrito una novela sobre la vida en los barcos; fue famoso durante un año y luego cayó en el olvido; ahora escribía artículos para los periódicos del Partido. Los otros eran pesados trabajadores del puerto, aficionados a beber fuerte. Llegaban nuevos parroquianos que se sentaban o quedaban de pie junto a la mesa, pagaban una vuelta y se iban. El grueso tabernero se acercaba a hacerles compañía en cuanto tenía un momento libre. Sabía tocar una especie de armónica. Mucha gente estaba borracha.

Rubashov había sido presentado a la concurrencia por el pequeño Loewy como un «compañero del otro lado», sin más comentario. El pequeño Loewy era el único que conocía su identidad, y como las personas que se sentaban a la mesa vieron que Rubashov no era de humor comunicativo, o que tenía razones para no serlo, no le hicieron muchas preguntas. Las pocas que le hacían se referían a las condiciones materiales de vida en el Otro Lado, los salarios, el problema de la tierra y el desarrollo de la industria. Todo lo que le decían revelaba un sorprendente conocimiento de los detalles técnicos, juntamente con una ignorancia igualmente sorprendente de la situación general y la atmósfera política del Otro Lado. Hacían preguntas sobre el desarrollo de la producción en la industria metalúrgica ligera, como niños que preguntaran acerca del tamaño exacto de las uvas de Canaán. El viejo cargador del muelle que había estado de pie junto al bar sin tomar nada durante un rato, hasta que el pequeño Loewy lo llamó y le ofreció una copa, le dijo a Rubashov, después de haberle dado la mano:

–Usted se parece mucho al viejo Rubashov.

–No es la primera vez que me lo dicen –contestó Rubashov.

–Rubashov, ese sí que es un hombre –afirmó, el viejo obrero, vaciando de un trago su vaso.

No hacía más que un mes que habían soltado a Rubashov, y no hacía seis semanas que sabía que iba a escapar con vida. El grueso tabernero siguió tocando su armónica, Rubashov encendió un cigarrillo y mandó traer bebida para todos;

bebieron a su salud y a la salud del pueblo del Otro Lado, y el secretario Paul hizo bailar su sombrero de arriba abajo con las orejas.

Poco después, Rubashov y el pequeño Loewy estuvieron un rato juntos en un café, cuyo dueño había cerrado ya las puertas, apilado las sillas sobre las mesas y permanecía dormido apoyado en el mostrador. El pequeño Loewy le contó la historia de su vida, sin que Rubashov se lo hubiese pedido. Este preveía complicaciones para el día siguiente; no podría evitar que todos los camaradas le quisiesen referir su historia. Verdaderamente habría deseado irse, pero se sintió súbitamente muy cansado; había exagerado su resistencia física, después de todo, así que se quedó y escuchó.

Resultó que el pequeño Loewy no era natural del país, aunque hablaba el idioma como si lo fuera y conocía a todo el mundo. Realmente había nacido en una ciudad de Alemania meridional; aprendió el oficio de carpintero; tocó la guitarra y dio lecciones sobre el darwinismo en las excursiones domingueras del club revolucionario de la juventud. Durante los agitados meses que transcurrieron antes de que la dictadura asaltase el poder, cuando el Partido estaba necesitando armas con urgencia, se llevó a cabo en aquella ciudad un atrevido plan, que consistió en transportar, un domingo por la tarde, cincuenta fusiles, veinte pistolas y dos ametralladoras livianas, con municiones, en un carro de mudanzas, desde la estación de policía situada en el barrio más populoso de la ciudad. La gente que iba en el furgón había enseñado una orden escrita, cubierta de sellos oficiales, y estaba acompañada por dos falsos policías vestidos de uniforme. Las armas se encontraron después en otra ciudad al

hacer un registro en el garaje de un miembro del Partido. El asunto nunca se aclaró del todo, y el día siguiente al suceso el pequeño Loewy desapareció de la ciudad. El Partido le había prometido un pasaporte y documentos de identidad, pero nunca los recibió, porque el emisario de las altas esferas de la organización que le iba a traer el pasaporte y el dinero para el viaje, no concurrió al lugar de la cita.

–Siempre pasa lo mismo con nosotros –agregó el pequeño Loewy filosóficamente. Rubashov no contestó.

A pesar de eso, el pequeño Loewy se las arregló para escapar y, eventualmente, cruzar la frontera. Pero como existía una orden de arresto contra él, y su fotografía con el hombro deformado era exhibida en todos los puestos de policía, el conseguirlo le costó varios meses de vagabundeo a través del país. Cuando fracasó la cita con el camarada de las «altas esferas», solo le quedaba en el bolsillo dinero para tres días. «Había creído siempre que solo en los libros la gente se alimenta con cortezas de árboles –subrayó–. Los plátanos silvestres cuando son jóvenes saben mejor.» El recuerdo le impelió a levantarse y a traer un par de salchichas del mostrador. Rubashov recordó la sopa de la cárcel y las huelgas de hambre, y las compartió con él.

Por último, el pequeño Loewy consiguió atravesar la frontera francesa, pero como no tenía pasaporte fue detenido al cabo de pocos días; antes de soltarlo le dijeron que tenía que irse a otro país. «Lo mismo me podían haber dicho que me fuera a la luna», observó. Pidió ayuda al Partido, pero como no lo conocían le dijeron que tenían que indagar primero en su país de origen.

Siguió vagabundeando y al poco tiempo fue detenido otra vez y condenado a tres meses de cárcel.

Cumplió la sentencia, y, entretanto, le dio a su compañero de calabozo, que era un mendigo profesional, un curso sobre las resoluciones del último congreso del Partido. En recompensa, el otro le enseñó una manera de ganarse la vida cazando gatos y vendiendo las pieles.

Cuando terminaron los tres meses, lo llevaron de noche a un bosque en la frontera belga. Los gendarmes le dieron pan, queso y un paquete de cigarrillos franceses. «Sigue derecho» –le dijeron–, «y en media hora estarás en Bélgica. Si te sorprendemos otra vez aquí, te machacaremos la cabeza.»

Durante varias semanas el pequeño Loewy vagabundó por Bélgica; acudió otra vez al Partido en busca de ayuda y recibió la misma respuesta que en Francia. Como ya estaba harto de cortezas de plátano, trató de vivir con el negocio de los gatos; era bastante fácil cazar un gato, y por la piel daban, si el gato era joven y no tenía sarna, dinero suficiente para comprar medio pan y un paquete de tabaco para pipa. Pero entre la captura y la venta se intercalaba una serie de operaciones desagradables. Se hacía más rápido si uno tomaba las orejas con una mano y con la otra la cola y se le partía el espinazo con la rodilla. Las primeras veces daba náuseas, pero pronto uno se acostumbraba. Desgraciadamente, lo detuvieron al cabo de unas pocas semanas, porque también en Bélgica se presupone, que uno debe tener papeles de identidad, y siguió otra vez la misma historia: detención, orden de expulsión, reincidencia, segundo arresto, cárcel. Y luego, dos gendarmes belgas, una noche lo

llevaron a la frontera francesa. Le dieron pan, queso y un paquete de cigarrillos belgas. «Sigue derecho –le dijeron–, y en media hora estarás en Francia. Si te sorprendemos otra vez aquí, te machacaremos la cabeza.»

En el transcurso del siguiente año, lo pasaron de contrabando tres veces de uno a otro país, con la complicidad de las autoridades belgas y francesas, según fuera el caso. Le dijeron que este juego lo habían practicado durante años con algunos de su clase.

Una vez y otra apeló al Partido, ya que su principal ansiedad era la pérdida del contacto con el movimiento. «No hemos recibido notificación de su llegada de la organización a que dice pertenecer» –le contestaba siempre el Partido–. «Tenemos que esperar que respondan a nuestra consulta. Si es verdad que es usted miembro del Partido, tiene que guardar su disciplina.»

En el ínterin, el pequeño Loewy continuó su comercio gatuno, y se dejó contrabandear de cuando en cuando a uno y otro lado de la frontera. Por último, la dictadura se estableció en su país, y un año después el pequeño Loewy, a quien esos repetidos viajes no le sentaban bien, empezó a escupir sangre y a soñar con gatos; le parecía que todo lo que tocaba tenía olor a gato: la comida, la pipa, y hasta las bondadosas prostitutas viejas que de vez en cuando le daban cobijo. «Aún no hemos recibido contestación a nuestro pedido», le decía el Partido. Y al cabo de otro año se puso en claro que los camaradas que podían haber dado informes sobre el pequeño Loewy habían sido asesinados, encarcelados o habían desaparecido. «Sentimos mucho no poder hacer nada por usted» –dijo el Partido–. «Usted no ha

venido con autorización oficial, y es probable que lo haya hecho contra la opinión del Partido. ¿Cómo lo vamos a saber? Una colección de espías y de agentes provocadores tratan de introducirse en nuestras filas. El Partido tiene que tomar precauciones.»

–¿Para qué me cuenta usted todo esto? –preguntó Rubashov, que sintió no haberse ido antes.

El pequeño Loewy se sirvió un vaso de cerveza del barril y saludó con la pipa.

–Porque es instructivo –le dijo–. Porque es un ejemplo típico. Le podría citar a usted cientos.

Durante muchos años los mejores de nosotros se han visto destruidos de esa manera.

El Partido se está fosilizando cada vez más; tiene gota y varices en todos los miembros. No se puede hacer una revolución de este modo.

«Algo más podría decir sobre eso», pensó Rubashov; pero no dijo nada.

Sin embargo, la historia del pequeño Loewy tuvo un final inesperado y feliz. Mientras estaba cumpliendo una de sus innumerables condenas, se encontró con el exluchador Paul como compañero de celda. Paul trabajaba por aquel entonces en los muelles, y estaba en la cárcel por haber recordado durante una trifulca en una huelga su antiguo oficio, y hecho uso de la llave «doble Nelson» contra un guardia. Esta llave consiste

en pasar un brazo por debajo de la axila del contrario, tomándolo por detrás, y en doblarle la cabeza con el otro hasta que las vértebras del cuello empiezan a crujir. Esto siempre era muy aplaudido en la lucha libre, pero tuvo que aprender, a su costa, que en la lucha de clases no se permite la «doble Nelson».

El pequeño Loewy y el exluchador Paul se hicieron amigos, y como resultó que Paul era el secretario administrativo de la sección del Partido en el Sindicato de Trabajadores del Puerto, en cuanto salieron le procuró los documentos necesarios y le buscó trabajo; de modo que Loewy pudo obtener su reingreso en el Partido. En consecuencia, el pequeño Loewy pudo continuar dando conferencias sobre el darwinismo y sobre el último congreso del Partido a los obreros del muelle, como si nada hubiese pasado. Era feliz, y se olvidó de los gatos y de su rabia contra los burócratas del Partido, y al cabo de seis meses lo eligieron Secretario Político de la sección local. Todo está bien cuando termina bien.

Y Rubashov deseaba con todo su corazón, viejo y cansado como se sentía, que aquello acabara bien. Pero sabía para qué había sido enviado allí, y todavía le faltaba adquirir una virtud revolucionaria, la virtud de la autodecepción. Miró con tranquilidad a su interlocutor a través de los lentes; el pequeño Loewy no comprendió el significado de la mirada, se azoró un poco y sonriendo saludó con la pipa. Rubashov estaba pensando en los gatos, y notaba con horror que no podía dominar los nervios y que quizás había bebido demasiado, porque no podía desprenderse de la obsesión de agarrar al pequeño Loewy por las orejas y las piernas y romperle el espinazo contra la rodilla, con su hombro deformado y todo. Se estaba sintiendo mal, y se

levantó para irse. El pequeño Loewy lo acompañó hasta su casa; suponía que Rubashov estaba sufriendo un súbito ataque de depresión y permaneció respetuosamente silencioso. Una semana después, el pequeño Loewy se ahorcaba.

Entre aquella noche y la muerte del pequeño Loewy se realizaron varias dramáticas reuniones en la célula del Partido. Los hechos eran simples.

Hacía dos años que el Partido había ordenado a todos los trabajadores del mundo que combatieran la nueva dictadura que se acababa de establecer en el corazón de Europa, por medio de un bloqueo económico y político. No se podía comprar mercancías procedentes del país enemigo, ni tampoco dejar pasar los cargamentos consignados a su enorme industria de guerra. Las secciones del Partido ejecutaron estas órdenes con entusiasmo, y los trabajadores del muelle de aquel pequeño puerto se negaron a cargar o descargar mercancías con destino a ese país o procedente de él. Otros sindicatos se les unieron. La huelga era difícil de llevar. Hubo conflictos con la policía, con muertos y heridos.

El resultado final de la lucha estaba todavía indeciso, cuando arribó al puerto una pequeña flota compuesta de cinco curiosos y anticuados barcos de carga; cada uno llevaba pintado en la popa el nombre de un gran héroe de la Revolución en el extraño alfabeto que se usaba en el Otro Lado; en las proas flameaba la bandera de la Revolución. Los trabajadores en huelga los recibieron con entusiasmo y empezaron inmediatamente la descarga de las bodegas. Después de varias horas se dieron cuenta de que el cargamento consistía en ciertos minerales

raros, que venían consignados a la industria de guerra del país boicoteado.

La sección del Partido de los trabajadores del muelle convocó inmediatamente una reunión del comité, que acabó a golpes, y las acaloradas disputas se esparcieron a través del movimiento por todo el país. La prensa reaccionaria explotó el suceso con escarnio. La policía cesó de oponerse a la huelga, proclamando su neutralidad y dejando que los trabajadores del puerto decidiesen por sí mismos si iban o no a continuar descargando los barcos de la curiosa flotilla negra. Los jefes del Partido dieron órdenes para que cesase la huelga y se descargasen los barcos. Dieron explicaciones razonables y argumentos sutiles para justificar, la conducta del País de la Revolución, pero pocos fueron los convencidos. La sección se dividió renunciando la mayoría de los miembros más antiguos.

Durante muchos meses el Partido fue casi inexistente, pero poco a poco, a medida que se acentuaba la crisis industrial del país, volvió a ganar su fuerza y popularidad.

Habían pasado dos años. Otra voraz dictadura en el sur de Europa, empezó otra guerra de saqueo y conquista en África, y otra vez el Partido ordenó un boicot, que recibió una respuesta aún más entusiasta que la pasada. En esta ocasión los gobiernos de casi todos los países del mundo habían decidido impedir el suministro de materias primas al país agresor.

Sin materias primas, y particularmente sin petróleo, el agresor estaría perdido. Este era el estado de cosas cuando otra vez la curiosa flotilla negra hizo su aparición. El más grande de los

barcos llevaba en la popa el nombre de un hombre que había alzado su voz contra la guerra y que había sido asesinado; en sus mástiles ondeaba la bandera de la Revolución y en las bodegas llevaban petróleo para el agresor. Un día antes de que arribasen al puerto, ni el pequeño Loewy ni sus amigos sabían nada de su llegada. La misión de Rubashov era prepararlos para ello.

El primer día no había dicho nada, limitándose a tantear el terreno. Pero a la mañana del día siguiente la discusión comenzó en la sala de reuniones del Partido.

Era una habitación enorme, desnuda, sucia, y amueblada con esa falta de cuidado que hace que las oficinas del Partido se parezcan unas a otras en todas las ciudades del mundo. Esto era, en buena parte, el resultado de la pobreza, pero principalmente consecuencia de una tradición ascética y sombría. Las paredes estaban cubiertas con viejos cartelones electorales, frases hechas de intención política, y comunicados escritos a máquina. En un rincón había un viejo mimeógrafo cubierto de polvo; en otro, un montón de ropas usadas destinadas a las familias de los huelguistas, y cerca de ellas, una pila de volantes y folletos. La larga mesa la constituían dos tablas paralelas apoyadas en caballetes, y las ventanas aparecían embadurnadas de pintura, como si el edificio estuviese a medio acabar. Sobre la mesa colgaba una bombilla eléctrica cuyo cordón pendía del techo, y al lado varias tiras de papel matamoscas. Alrededor de la mesa se sentaban el contrahecho, pequeño Loewy, el exluchador Paul, el escritor llamado Bill y otros tres más.

Rubashov habló durante un rato. El ambiente le era familiar; su fealdad tradicional le hacía sentirse como en su casa. Se

encontraba plenamente convencido de la necesidad y utilidad de su misión, y no llegaba a comprender cómo, en la ruidosa taberna, la noche anterior, había experimentado un sentimiento de desasosiego. Explicó objetivamente, y no sin cierto calor, el real estado de las cosas, aunque sin mencionar todavía el verdadero objetivo de su venida. El bloqueo mundial contra el agresor había fracasado a causa de la codicia e hipocresía de los gobiernos europeos, algunos de los cuales guardaban aún la apariencia de continuar el boicot, mientras otros ni siquiera eso conservaban. El Estado agresor necesitaba petróleo. Durante los últimos años el País de la Revolución había cubierto gran parte de esta necesidad. Si ahora interrumpía los envíos, otros países aprovecharían para arrebatarse ese mercado; en verdad, no podían pedir nada mejor para expulsar al País de la Revolución de los mercados mundiales. Rasgos románticos de esta clase hubieran perjudicado el desarrollo de la industria del Otro Lado, y con ello el movimiento revolucionario en todo el mundo. Las deducciones eran claras.

Paul y los tres obreros del puerto asentían. Pensaban con lentitud, y todo lo que el camarada del Otro Lado les decía les sonaba de modo completamente convincente, siendo un discurso más bien teórico, sin consecuencias inmediatas para ellos. No podían ver hacia dónde se dirigía, puesto que nada sabían de la flotilla negra que se acercaba al puerto. Solo el pequeño Loewy y el escritor de la cara torcida, cambiaron una mirada rápida; Rubashov los observó, y terminó más secamente, sin ningún calor en la voz:

–Esto es realmente todo lo que tenía que decirles en cuestión de principios. Esperamos que cumplan las instrucciones del

Comité Central y que expliquen el pro y el contra del asunto a los demás camaradas menos evolucionados políticamente en caso de que alguno de ellos guarde alguna duda. Por el momento, no tengo nada más que decir.

Hubo un silencio que duró un minuto. Rubashov se quitó los lentes y encendió un cigarrillo. El pequeño Loewy dijo en un tono de voz indiferente:

–Damos gracias al orador. ¿Hay alguien que quiera hacer alguna pregunta?

Nadie habló. Al cabo de un rato uno de los obreros del puerto dijo torpemente:

–No hay que decir mucho sobre eso. Los camaradas del Otro Lado deben saber bien de qué se trata. Nosotros, desde luego, continuaremos trabajando por el boicot. Pueden confiar en nosotros. En este puerto no se mandará nada a esos cerdos.

Los otros dos compañeros asintieron, y el luchador Paul lo confirmó: «Aquí, no»; hizo un ademán belicoso y movió las orejas.

Durante un momento, Rubashov creyó que solo se le opondría una fracción, pero poco a poco se dio cuenta de que no lo habían entendido. Miró al pequeño Loewy, con la esperanza de que aclarara la cuestión, pero este mantuvo los ojos bajos y guardó silencio. De pronto, el escritor exclamó, acentuando su tic nervioso:

–¿No podrían elegir esta vez otro puerto para sus pequeños negocios? ¿Siempre debe ser el nuestro?

Los obreros del muelle lo miraron con sorpresa, sin entender lo que quería decir por «negocios»; la idea de la flotilla negra que se iba aproximando a sus costas estaba más lejos que nunca de su imaginación. Pero Rubashov había esperado esta pregunta:

–Es a la vez política y geográficamente conveniente –dijo–; las mercancías se llevarán desde aquí por tierra. No tenemos, naturalmente, ninguna razón para guardar nada secreto, pero nos parece más prudente evitar una algarada, que la prensa reaccionaria aprovecharía para sus fines.

El escritor volvió a cambiar una mirada con el pequeño Loewy. Los obreros del puerto miraron a Rubashov sin comprender; se podía ver el esfuerzo que hacían por enterarse. De pronto, Paul dijo con voz cambiada y ronca:

–¿De qué estamos tratando aquí?

Todos lo miraron. Su cuello estaba rojo, y miraba a Rubashov con ojos salientes. El pequeño Loewy dijo con cierto trabajo:

–¿Ahora te enteras?

Rubashov los miró alternativamente, y luego dijo con calma:

–No he entrado todavía en detalles. Se espera que los cinco barcos de carga enviados por el Comisariato de Asuntos

Extranjeros lleguen mañana por la mañana, si el tiempo no lo impide.

Aun así, todavía, transcurrieron algunos minutos antes de que todos comprendieran. Nadie dijo una palabra; todos miraban a Rubashov. Luego Paul se levantó lentamente, tiró la gorra al suelo, y salió de la habitación. Dos de sus compañeros se quedaron mirándolo. Nadie hablaba. Entonces el pequeño Loewy se aclaró la garganta y dijo:

–El camarada ha explicado las razones de este negocio; si ellos no entregan la mercancía otros lo harán. ¿Alguien desea hacer uso de la palabra?

El cargador que ya había hablado se removió en la silla y dijo:

–Ya conocemos esa canción. En una huelga hay gente que dice: «Si yo no hago ese trabajo algún otro lo hará.» Ya hemos oído bastante de eso. Así es como hablan los esquirols.

Hubo otra pausa. Se oyó un portazo en la calle al salir Paul. Entonces Rubashov dijo:

–Camaradas, los intereses de nuestro desarrollo industrial del Otro Lado son antes que todo.

El sentimentalismo no nos lleva a ninguna parte. Piensen en ello.

El obrero del muelle echó adelante la barbilla y dijo:

–Ya hemos pensado y hemos oído bastante. Ustedes, los del Otro Lado deben dar el ejemplo. El mundo entero está pendiente de ello. Hablan de solidaridad, de sacrificio, de disciplina, y al mismo tiempo están utilizando su flota para sabotear la huelga.

Entonces el pequeño Loewy levantó la cabeza súbitamente; estaba pálido. Saludó a Rubashov con la pipa y dijo en voz baja y rápida:

–Lo que el camarada ha dicho es también mi opinión. ¿Tiene alguien algo más que añadir? Se suspende la reunión.

Rubashov salió de la habitación apoyado en sus muletas. Los acontecimientos siguieron su curso previsible e inevitable. Mientras la anticuada flotilla entraba en el puerto, Rubashov cambió unos cuantos telegramas con la autoridad competente del Otro Lado. Tres días después los dirigentes de la sección de trabajadores del muelle fueron expulsados del Partido, y el pequeño Loewy denunciado en el órgano oficial de prensa del Partido como un agente provocador. Al cabo de tres días, el pequeño Loewy se había ahorcado.

13

La noche fue aún peor. Rubashov no pudo dormir hasta la aurora. Los escalofríos le recorrían el cuerpo a intervalos regulares, el diente le latía. Tenía la sensación de que todos los

centros nerviosos estaban sensibles e inflamados, y a pesar de eso, se veía forzado a evocar dolorosamente escenas y voces. Pensaba en el joven Ricardo con su traje negro dominguero y los ojos inflamados.

«Pero usted no puede echarme a los lobos, camarada...» Pensaba en el pequeño contrahecho Loewy: «¿Alguien desea hacer uso de la palabra?» Había tantos que hubieran deseado hablar, verdaderamente. Pero el movimiento carecía de escrúpulos, y continuaba su camino imperturbablemente hacia la meta, depositando en cada meandro de su curso los cadáveres de los ahogados. Su curso tenía muchas vueltas y revueltas, porque tal era la ley de su misma existencia, y quienquiera que no fuera capaz de seguirlo en su tortuoso camino, era arrojado a la orilla: tal era la ley. Los motivos de cada individuo le tenían sin cuidado, y no le importaba su conciencia, ni se preocupaba de lo que pasaba en su cabeza ni en su corazón. El Partido no conocía más que un delito: apartarse del camino señalado; y un solo castigo: la muerte. La muerte no constituía ningún misterio para el movimiento, ni había nada exaltado en relación con ella: no era más que la solución lógica para las divergencias políticas.

Hasta poco antes de las primeras horas de la mañana no logró Rubashov conciliar el sueño, cayendo agotado en el camastro, y otra vez lo despertó el toque de corneta que anunciaba un nuevo día; poco después el viejo carcelero y dos guardias lo condujeron al médico.

Rubashov esperaba poder leer los nombres escritos en las tarjetas de la puerta de las celdas del número 402 y de Labio

Leporino, pero se lo llevaron en dirección opuesta. La celda de su derecha estaba vacía. Era una de las últimas de ese extremo del pasillo; el ala de las celdas de incomunicados estaba cerrada por una pesada puerta de hormigón armado que el carcelero abrió con algún trabajo. Entraron entonces en una larga galería, Rubashov detrás del carcelero y luego los dos guardias de uniforme. Aquí todas las tarjetas clavadas en las puertas de las celdas llevaban varios nombres, y se oía hablar, reír y aun cantar dentro de ellas, Rubashov advirtió que se hallaban en la sección de detenidos de menor cuantía. Pasaron delante de la peluquería, cuya puerta estaba abierta; un preso con la aguda cara de pájaro de viejo presidiario, se estaba haciendo afeitar, y a dos labriegos les estaban cortando el pelo al rape; los tres volvieron con curiosidad las cabezas para ver pasar a la comitiva. Llegaron a una puerta que tenía pintada una cruz roja; el carcelero llamó respetuosamente y entró con Rubashov, quedándose los guardias afuera.

La enfermería era pequeña y mal ventilada. Olía a ácido fénico y a tabaco. Un balde y dos recipientes estaban llenos hasta el borde de trozos de algodón y vendas sucias. El médico se hallaba sentado ante una mesa, de espaldas a ellos, leyendo el periódico y masticando pan con grasa; el periódico estaba sobre un montón de instrumentos quirúrgicos, pinzas y jeringas. Cuando el carcelero cerró la puerta, el doctor volvió lentamente la cabeza, de cráneo excepcionalmente pequeño, y recubierto de una pelusilla blanca que recordaba el plumón de un avestruz.

–Dice que tiene dolor de muelas comunicó el carcelero.

–¿Dolor de muelas? –dijo el médico, mirando más allá de Rubashov–; abra la boca, pronto.

Rubashov lo miró a través de sus lentes.

–Debo indicarle –dijo con tranquilidad– que soy un preso político y tengo derecho a un tratamiento correcto.

El médico volvió la cabeza hacia el viejo.

–¿Quién es este pájaro?

El carcelero dio el nombre de Rubashov. Durante un segundo sintió los redondos ojos de avestruz clavados en él, y luego el doctor dijo:

–Tiene usted la cara hinchada. Abra la boca.

A Rubashov no le dolía el diente en aquel momento, pero abrió la boca.

–No tiene usted ningún diente en todo el lado izquierdo de la mandíbula superior dijo el doctor, tocando con el dedo el interior de la boca de Rubashov. De pronto, este se puso pálido y tuvo que apoyarse contra la pared.

–Aquí está –dijo el médico–; la raíz del segundo diente de la derecha está rota y ha quedado dentro de la encía.

Rubashov respiró profundamente varias veces. Los latidos del dolor le pasaban de la mandíbula al ojo, y de este al dorso de la

cabeza; sentía cada pulsación aisladamente y a intervalos regulares. El médico se sentó y cogió el periódico.

–Si quiere –dijo– puedo extraerle esa raíz –y se llevó a la boca un trozo de pan pringado–. Pero aquí no tenemos anestésicos, desde luego. La operación dura entre media hora y una hora.

Rubashov oía la voz del médico como a través de una niebla. Se apoyó contra la pared y respiró profundamente.

–Gracias –dijo–, ahora no. Se acordó de Labio Leporino, del «baño de vapor» y de su ridícula actitud del día anterior, cuando se había aplicado el cigarrillo en el revés de la mano. «Las cosas irán mal», pensó.

Cuando regresó a la celda se dejó caer en el camastro y se durmió en seguida.

A mediodía, cuando llevaron la sopa ya no lo pasaron por alto, y a partir de entonces recibió sus raciones regularmente. El dolor se hizo más tolerable. Rubashov tuvo la esperanza de que el absceso se abriera por sí mismo.

Tres días después lo llevaron a sufrir el primer interrogatorio.

Eran las once de la mañana cuando fueron a buscarlo. Por la solemne expresión del carcelero, Rubashov adivinó inmediatamente hacia dónde se dirigían. Lo siguió con la serena indiferencia que siempre había sentido en los momentos de peligro, como un regalo inesperado de misericordia.

Fueron por el mismo camino que tres días atrás habían recorrido para la visita al médico. La puerta de hormigón armado nuevamente se abrió y se cerró con un chirrido. «Es extraño» –pensaba Rubashov– «lo rápidamente que se acostumbra uno a un ambiente cargado»; parecía que hacía años que estaba respirando el aire de ese pasillo, como si la atmósfera enrarecida de todas las cárceles que había conocido se hubiese acumulado allí.

Pasaron delante de la barbería y de la puerta del doctor, que estaba cerrada: tres presos estaban fuera esperando su turno, custodiados por un soñoliento guardián.

Más allá de la puerta del médico, era terreno desconocido para Rubashov. Pasaron al lado de una escalera de caracol que bajaba a las profundidades del edificio. ¿Qué habría allí? ¿Almacenes, calabozos de castigo? Rubashov procuraba adivinar con el interés de un experto. No le gustaba el aspecto de aquella escalera.

Cruzaron un patio estrecho y sin ventanas, una especie de túnel ciego, bastante oscuro, por sobre el cual se veía un trozo

de cielo abierto. Al otro lado del patio los corredores eran más brillantes; las puertas ya no eran de hormigón, sino de madera pintada, con manijas de bronce, y se veía pasar por ellas a ocupados funcionarios; detrás de una puerta se oía una radio, y detrás de otra el ruido de una máquina de escribir. Se encontraban en el departamento administrativo.

Se detuvieron en la última puerta, al final del pasillo; el carcelero llamó. Alguien estaba adentro hablando por teléfono, y una voz calmosa contestó: «Un minuto, por favor», y siguió pacientemente diciendo «sí» y «de acuerdo», en el aparato. La voz parecía familiar a Rubashov, pero no acababa de identificarla; era una voz agradable, masculina, ligeramente ronca, que él había oído con seguridad en alguna parte. «Entre», dijo la voz; el carcelero abrió la puerta y la cerró inmediatamente detrás de Rubashov. Este vio un escritorio; detrás de él se sentaba su antiguo amigo de colegio y comandante de batallón, Ivanov, que lo miraba sonriendo mientras colgaba el receptor.

–De modo que estamos aquí otra vez dijo Ivanov.

Rubashov permaneció junto a la puerta.

–Qué agradable sorpresa repuso secamente.

–Siéntate dijo Ivanov con un ademán cortés. Se había levantado, y de pie le llevaba media cabeza a Rubashov. Lo miró sonriendo. Los dos se sentaron, Ivanov detrás de la mesa y Rubashov enfrente. Se miraron uno al otro con curiosidad durante un momento: Ivanov con su sonrisa casi tierna. Rubashov expectante y en guardia. Su mirada se dirigió a la pierna derecha de Ivanov, debajo de la mesa.

–Oh, eso está bien –dijo Ivanov–. Pierna artificial con coyunturas automáticas e inoxidables de lámina cromada; puedo nadar, montar a caballo, conducir un auto y bailar. ¿Quieres un cigarrillo?

Y le alargó una cigarrera de madera.

Rubashov se quedó mirando los cigarrillos, y pensó en la primera visita que había hecho al hospital después que le habían amputado la pierna a Ivanov. Este le había pedido que le procurase veronal, y en una discusión que duró toda la tarde había tratado de convencerlo de que todos los hombres tienen derecho al suicidio. Rubashov le había pedido algún tiempo para reflexionar, y aquella misma noche fue transferido a otro sector del frente. Pasaron unos años antes de que volviera a encontrarse con Ivanov. Miraba los cigarrillos en la caja de madera, hechos a mano con tabaco rubio americano.

–¿Es esto todavía un preludio no oficial, o han empezado ya las hostilidades? –preguntó Rubashov–. En el último caso, no tomaré ninguno; ya conoces la etiqueta.

–Tonterías –dijo Ivanov.

–Bueno, llamémoslas tonterías –dijo Rubashov, y encendió un cigarrillo, empezando a inhalar profundamente, pero procurando no dejar traslucir su satisfacción–. ¿Y cómo sigue el reumatismo del hombro? –preguntó.

–Bien, gracias –dijo Ivanov–. ¿Y cómo sigue tu quemadura?

Se sonreía, y señalaba inocentemente hacia la mano izquierda de Rubashov, en cuyo revés, entre las venas azuladas, en el lugar donde tres días antes había aplastado la colilla de su cigarrillo, había una ampolla del tamaño de una moneda de cobre. Durante un minuto, la mirada de ambos se fijó en esa mano, que yacía sobre la rodilla. «¿Cómo sabe eso?», pensó Rubashov. «Me ha hecho espiar», y sentía más vergüenza que rabia. Dio una chupada más al cigarrillo y lo tiró.

–En lo que a mí se refiere, ha terminado la parte no oficial –dijo.

Ivanov seguía fumando, haciendo anillos con el humo, y lo miraba con la misma irónica sonrisa.

–No te pongas agresivo –le dijo.

–¿En qué quedamos? –dijo Rubashov–. ¿He sido yo el que te ha detenido o ha sido tu gente la que me ha detenido?

–Te hemos detenido –repuso Ivanov. Apagó el cigarrillo, encendió otro y alargó la cigarrera a Rubashov, que no se movió–. El diablo te lleve –dijo Ivanov–, ¿has olvidado ya la historia del veronal? –Se inclinó hacia adelante y echó el humo en la cara de Rubashov–. No quiero que te fusilen –dijo lentamente. Se reclinó otra vez en el sillón–. El diablo te lleve –repitió sonriendo.

–Muy enternedor, viniendo de ti –dijo Rubashov–. ¿Y por qué razón quieren fusilarme tus amigos?

Ivanov dejó transcurrir unos segundos. Seguía fumando y dibujaba figuras con un lápiz en el papel secante. Parecía estar buscando las palabras exactas.

–Escucha, Rubashov –dijo finalmente–; hay una cosa que quisiera indicarte. Tú has dicho repetidamente «ustedes», refiriéndote al Estado y al Partido, como algo opuesto a «yo», esto es, Nicolás Salmanovich Rubashov. Para el público se necesita, desde luego, una justificación legal con pruebas. Para nosotros, lo que te he dicho debiera ser suficiente.

Rubashov meditó sobre esto; y se quedó algo desconcertado. Por un momento fue como si Ivanov hubiese hecho resonar un diapasón con el cual su mente estuviese sincronizada, y al que respondiese con su propio acorde. Todo lo que él había creído, aquello por lo que había combatido, y que había predicado durante los últimos cuarenta años acudió a su imaginación con fuerza irresistible. El individuo no era nada, el Partido lo era todo, la rama que se desgaja del árbol tiene que secarse... Rubashov se limpió los lentes en la manga. Ivanov estaba sentado erguido en su sillón; ya no sonreía. De pronto, la mirada de Rubashov se fijó en una mancha cuadrada que había en la pared, una mancha de color un poco más claro que el resto del empapelado. Se dio cuenta instantáneamente de que el cuadro con las cabezas barbadas y los nombres numerados había estado colgado allí. Ivanov siguió su mirada sin cambiar de expresión.

–Tu argumentación es algo anacrónica –dijo Rubashov–. Como has observado correctamente, nosotros estábamos acostumbrados a usar siempre el plural, evitando en todo lo que

fuera posible la primera persona de singular. Yo casi he perdido el hábito de esa forma de expresarme; tú todavía la conservas. Pero ¿quién es ese «nosotros» en cuyo nombre hablas tú hoy? Sería preciso volver a definirlo. Esta es la cuestión.

–Esa es enteramente mi propia opinión –repuso Ivanov– y me alegro de que hayamos llegado al corazón del asunto tan pronto. Dicho en otras palabras: tú estás convencido de que «nosotros», es decir, el Partido y las masas que hay detrás, no representan ya los intereses de la Revolución.

–Yo dejaría fuera a las masas –dijo Rubashov.

–¿Desde cuándo tienes ese supremo desprecio por la plebe? –repuso Ivanov–. ¿Tiene ello algo que ver con el cambio gramatical a la primera persona del singular?

Se inclinó sobre la mesa con un aspecto de burlona benevolencia. Ahora su cabeza tapaba la mancha clara en la pared, y, de pronto, Rubashov recordó la escena de la galería de pinturas, cuando la cabeza de Ricardo se interponía entre él y las plegadas manos de la Pietà. Y en el mismo instante, un espasmo de dolor le corrió de la mandíbula a la frente y el oído. Durante un segundo cerró los ojos. «Ya he empezado a pagar», pensó. Un instante más tarde no recordaba si había dicho en voz alta esas palabras.

–¿Qué quieres decir? –preguntó la voz de Ivanov, que sonaba inmediata a sus oídos, un poco burlona y ligeramente sorprendida.

El dolor fue disminuyendo y una quietud pacífica invadió su mente.

–Dejemos fuera a las masas –repitió–. Tú no entiendes nada de ellas. Probablemente, yo tampoco. Hubo un tiempo cuando el grandioso «nosotros» aún existía, en el que comprendimos a las masas como quizá nadie las haya comprendido jamás; penetramos en sus profundidades y trabajamos con la amorfa materia prima de la historia misma...

Sin darse cuenta, había tomado un cigarrillo de la cajita de Ivanov, que estaba abierta sobre la mesa. Ivanov se inclinó hacia adelante y se lo encendió.

–En aquellos tiempos –siguió Rubashov–, nos llamaban el Partido de la Plebe. ¿Qué sabían los demás de historia? Ondulaciones pasajeras, pequeños remolinos y olas que se rompen. Todos se extrañaban de las formas cambiantes de la superficie sin poder explicarlas. Pero nosotros bajamos a las profundidades, llegando a las entrañas de las masas anónimas y amorfas, que en todos los tiempos constituyeron la sustancia de la historia, y fuimos los primeros en encontrar las leyes de sus movimientos. Habíamos descubierto las leyes de su inercia, del lento cambio de su estructura molecular y de sus repentinas erupciones. Esto fue lo que constituyó la grandeza de nuestra doctrina.

Los jacobinos eran moralizantes; nosotros éramos empíricos. Excavamos en el fango primitivo de la historia y allí descubrimos sus leyes. Llegamos a saber más de lo que los hombres han

sabido nunca acerca del género humano, y por eso nuestra revolución triunfó. Y ahora todo lo han vuelto a enterrar...

Ivanov seguía sentado con el cuerpo echado hacia atrás y las piernas estiradas, escuchando y dibujando figuras en el papel secante.

–Sigue –dijo–, tengo curiosidad por saber hacia dónde te diriges.

Rubashov fumaba con delicia. Sentía que la nicotina lo mareaba ligeramente después de su larga abstinencia.

–Como puedes observar, me estoy condenando yo mismo con lo que digo –continuó, y miró sonriendo a la mancha clara en la pared, donde había estado la fotografía de la vieja guardia. Esta vez Ivanov no siguió su mirada–. Bien –continuó Rubashov–, uno más o menos no importa mucho. Todo está enterrado: los hombres, sus conocimientos y sus esperanzas. Han matado el «nosotros»; lo han destrozado. ¿Se atreven a sostener sinceramente que las masas aún están detrás de ustedes? Otros usurpadores en Europa pretenden lo mismo con igual razón.

Tomó otro cigarrillo y lo encendió él mismo esta vez, pues Ivanov no se movió.

–Perdona el tono pomposo –continuó–, pero ¿es que realmente creen que el pueblo está detrás de ustedes? Los soporta, callado y resignado, igual que soporta a otros en otros países, pero no hay ninguna respuesta en sus entrañas. Las masas se han vuelto otra vez sordas y mudas, se han convertido en la gran incógnita silenciosa de la historia, tan indiferente a los

sucesos como lo es el mar a los barcos que surcan su superficie. Cada luz que pasa se refleja en sus ondas, pero debajo hay oscuridad y silencio. Hace mucho tiempo, «nosotros» removimos esas profundidades, pero eso se acabó. Dicho en otras palabras –hizo una pausa y se puso los lentes–, en aquellos días hacíamos historia, ahora ustedes hacen política. En esto se compendia toda la diferencia.

Ivanov se recostó en su sillón y siguió soplando anillos con el humo de su cigarrillo.

–Lo siento mucho, pero no alcanzo a comprender la diferencia –dijo–. Quizá seas tan amable como para explicarla.

–Ciertamente –repuso Rubashov–. Una vez hubo un matemático que dijo que el álgebra era una ciencia para la gente perezosa, puesto que uno no conoce el valor de X , pero opera él como si lo conociese. En nuestro caso, X representa a las masas anónimas, al pueblo. La política es el arte de hacer operaciones con esta X sin preocuparse por conocer su naturaleza real, mientras que hacer historia consiste en dar a X el valor exacto que debe tener en la ecuación.

–Muy bonito –dijo Ivanov–. Pero, desgraciadamente, algo abstracto. Para volver a cosas más tangibles, tú dices, en consecuencia, que «nosotros», es decir, el Partido y el Estado, ya no representamos los intereses de la Revolución, ni de las masas, o, si quieres, el progreso de la humanidad.

–Esta vez has comprendido –dijo Rubashov sonriendo; Ivanov no respondió a su sonrisa.

–¿Desde cuándo tienes esta opinión?

–Se ha ido formando gradualmente durante los últimos años
–contestó Rubashov.

–¿No me lo podrías decir con más precisión? ¿Un año? ¿Dos?
¿Tres años?

–Esa es una pregunta estúpida –repuso Rubashov–. ¿A qué edad te convertiste en adulto? ¿A los diecisiete años? ¿A los dieciocho y medio? ¿A los diecinueve?

–Quien se hace pasar por estúpido eres tú –dijo Ivanov–. Cada paso en el desarrollo espiritual es el resultado de una experiencia definida. Si tienes interés en saberlo, yo me hice hombre a los diecisiete años, la primera vez que fui desterrado.

–Entonces eras realmente una buena persona –dijo Rubashov–; olvidémoslo –y otra vez miró a la mancha de la pared y tiró el cigarrillo.

–Te repito mi pregunta –insistió Ivanov inclinándose ligeramente hacia adelante–. ¿Desde cuándo has pertenecido a la oposición organizada?

Sonó el timbre del teléfono. Ivanov levantó el receptor, contestó: «Estoy ocupado», y lo volvió a colgar. Se echó atrás en el sillón, estiró las piernas y aguardó la respuesta de Rubashov.

–Sabes tan bien como yo que nunca he pertenecido a ninguna organización de oposición.

–Como quieras –siguió Ivanov–; me pones en la desagradable obligación de tener que actuar como un burócrata. –Y abrió un cajón, del que sacó un legajo de papeles ordenados en carpetas–. Empecemos con el año 1933 –dijo, esparciendo los papeles delante de él–. Establecimiento de la dictadura y aplastamiento del Partido en el país donde la victoria parecía más segura. Tú fuiste enviado allí clandestinamente, con la misión de hacer una purga y reorganizar las filas...

Rubashov se había acomodado en la silla, mientras escuchaba su biografía. Pensó en Ricardo y en la media luz de la avenida enfrente del museo, donde había parado el taxi.

–... Tres meses después te detienen. Dos años de cárcel. Conducta ejemplar: no te pueden probar nada. Te sueltan; regreso triunfal...

Ivanov hizo una pausa, lo miró rápidamente y continuó:

–Mucho te festejaron a tu vuelta. Entonces no nos vimos; probablemente, estabas demasiado ocupado... No lo tomé a mal, dicho sea de paso. Después de todo, no se podía esperar que te acordaras de todos los viejos amigos. Pero te vi dos veces en los mítines, arriba, en la tribuna; todavía andabas con muletas y parecías muy agotado. Lo lógico habría sido que te hubieras ido a un sanatorio por unos cuantos meses a reponerte, para ocupar después algún puesto en el Gobierno, ya que te habías pasado cuatro años en misiones en el extranjero. Pero apenas habían transcurrido quince días, cuando ya estabas pidiendo que te mandaran fuera otra vez...

Se echó bruscamente hacía adelante poniendo la cara cerca de Rubashov:

–¿Por qué?... –preguntó, y por primera vez su voz era dura–. ¿Quizás no te sentías a gusto aquí? Durante tu ausencia habían ocurrido en el país ciertos cambios, que tú, evidentemente, desaprobabas.

Esperó la contestación de Rubashov, pero este permaneció sentado tranquilamente en la silla, limpiando los lentes en la manga, sin responder.

–Eso pasaba poco después que la primera hornada de la oposición había sido convicta y liquidada. Tú tenías amigos íntimos entre ellos. Cuando se supo a qué grado de degeneración había llegado la oposición, hubo en todo el país una explosión de indignación. Tú no dijiste nada. Y al cabo de una quincena, te marchaste otra vez al extranjero, aunque no podías aún caminar sin muletas...

A Rubashov le parecía que olía otra vez el olor de los muelles del pequeño puerto, una mezcla de algas y de petróleo; veía al luchador Paul meneando las orejas; al pequeño Loewy saludando con su pipa... Se había ahorcado colgándose de una viga en su bohardilla. El arruinado caserón temblaba cada vez que un camión pasaba por la calle, y le contaron a Rubashov que cuando encontraron al pequeño Loewy, su cuerpo giraba lentamente sobre sí mismo; de manera que creyeron, por un momento, que aún se movía...

–Terminada con éxito tu misión, fuiste nombrado jefe de la delegación comercial de nuestro país en B. También esta vez

cumpliste tu tarea irreprochablemente; el nuevo tratado comercial con B. constituyó un éxito completo. En apariencia tu conducta seguía siendo ejemplar y sin tacha. Pero seis meses después de haber tomado posesión de tu cargo, dos de tus más cercanos colaboradores, uno de ellos tu secretaria, Arlova, tuvieron que ser llamados por ser sospechosos de conspirar en la oposición. Esta sospecha quedó confirmada en la investigación judicial. Se esperaba que los condenaras públicamente. Permaneciste silencioso...

»Pasados otros seis meses, recibiste orden de volver; entretanto, continuaban los preparativos para la segunda audiencia, ante los tribunales, de los acusados de pertenecer a la oposición. Tu nombre suena repetidamente en las audiencias; Arlova se refiere a ti para justificarse. En estas circunstancias, la prolongación de tu silencio podía parecer una confesión de culpabilidad; tú lo sabías, y sin embargo te negaste a hacer una declaración pública hasta que el Partido te mandó un ultimátum. Solamente entonces, cuando tu cabeza estaba en juego, te dignaste hacer una protesta de lealtad, que, automáticamente, selló la suerte de Arlova. Su destino, ya sabes, fue...

Rubashov guardaba silencio y notaba que el diente le empezaba a doler otra vez. Sí; conocía el final de Arlova. Y también el de Ricardo, y el del pequeño Loewy. Y también el suyo propio.

Miró a la mancha en la pared, única señal que habían dejado los hombres con la cabeza numerada.

También sabía cuál había sido su destino. Por una sola vez, la Historia había tomado un curso que, al menos, prometía una forma de vida más digna para la humanidad; ahora todo se había acabado.

Entonces..., ¿a qué venía toda esta conversación y toda esta ceremonia? Si algo sobrevivía a la destrucción de los seres humanos, esa muchacha, Arlova, estaría ahora en algún lugar del gran vacío, mirando aún con sus mansos ojos de vaca al camarada Rubashov, que había sido su ídolo, y que la había enviado a la muerte... El diente le dolía cada vez más.

–¿Quieres que te lea la declaración pública que hiciste entonces? –preguntó Ivanov.

–No, gracias –contestó Rubashov, y observó que su voz sonaba ronca.

–Como recuerdas, tu declaración, que también pudiera llamarse confesión, terminaba con una rotunda condena a la oposición, al mismo tiempo que hacía patente tu adhesión incondicional tanto a la política del Partido como a la persona del Número Uno.

–¡Basta! –dijo Rubashov con voz apagada–; tú bien sabes cómo se obtienen esa clase de declaraciones, y si no lo sabes, mejor para ti. Por el amor de Dios, acabemos esta comedia.

–Casi hemos terminado –continuó Ivanov–; hemos llegado a una fecha dos años anterior a la presente. Durante estos dos años has sido presidente del Trust Estatal del Aluminio. Hace un año, en ocasión de la tercera serie de juicios contra la oposición,

el acusado principal mencionó tu nombre repetidamente, en forma harto oscura. Nada tangible sale a la luz, pero la sospecha cunde en las filas del Partido. Entonces haces una nueva declaración pública en la que proclamas una vez más tu devoción a la política seguida, y condenas el crimen de la oposición en términos todavía más contundentes... Eso ocurrió hace seis meses. Y ahora acabas de reconocer que durante años habías considerado la política seguida como equivocada y perjudicial...

Hizo una pausa y se acomodó confortablemente en el sillón.

–Tus primeras declaraciones de lealtad –continuó– eran, por consiguiente, simples medios para conseguir un fin. Te ruego que te des cuenta de que no estoy predicando moral. Nos hemos educado los dos en la misma tradición y tenemos el mismo concepto sobre la materia. Tú estabas convencido de que nuestra política estaba equivocada y de que tu orientación era la verdadera.

Decir esto abiertamente en aquella época hubiera significado tu expulsión del Partido, con la consiguiente imposibilidad de continuar trabajando en pro de tus propias ideas. De manera que tuviste que arrojar lastre para poder servir a la política que, en tu opinión, era la única justa. Desde luego, en tu lugar, yo hubiera procedido de la misma manera. Hasta aquí, todo está en regla.

–¿Y lo que sigue? –preguntó Rubashov.

Ivanov le sonrió de nuevo amablemente.

–Lo que yo no entiendo –dijo– es esto: admites ahora, abiertamente, que durante años has tenido la convicción de que nosotros estábamos llevando la Revolución a la ruina, y al mismo tiempo niegas que hayas pertenecido a la oposición, y que hayas conspirado contra nosotros. ¿Esperas verdaderamente que pueda creer que hayas permanecido con los brazos cruzados en tanto que, según tu creencia, estábamos conduciendo al país y al Partido a su destrucción?

Rubashov se encogió de hombros y dijo:

–Tal vez estaba ya demasiado viejo y derrotado..., pero puedes creer lo que quieras.

Ivanov encendió otro cigarrillo y su voz se hizo tranquila y penetrante:

–¿Es que realmente quieres que crea que sacrificaste a Arlova y negaste a esos –y señaló con su barbilla la mancha de la pared–, únicamente para salvar tu propia cabeza?

Rubashov estaba silencioso. Pasó bastante tiempo, y la cabeza de Ivanov se inclinaba cada vez más sobre el escritorio.

–No te entiendo –dijo–. Hace media hora me hiciste un discurso lleno de los ataques más apasionados contra nuestra política; con solo una mínima parte de tus palabras sobraría para condenarte. Y ahora niegas la simple deducción lógica de que has pertenecido a un grupo de la oposición, cosa de la que, dicho sea de paso, tenemos todas las pruebas necesarias.

–¿De veras? –dijo Rubashov–. Y si tienen todas las pruebas ¿para qué necesitan mi confesión? ¿Pruebas de qué, a propósito?

–Entre otras –afirmó Ivanov lentamente–, pruebas de un plan para atentar contra la vida del Número Uno.

Otra vez siguió un silencio, y Rubashov se puso los lentes.

–Permíteme hacerte una pregunta a mi vez –dijo–. ¿Crees verdaderamente esa estupidez, o solo aparentas creerla?

En los ojos de Ivanov apareció la misma casi tierna sonrisa de antes:

–Ya te lo he dicho. Tenemos pruebas. Para ser más exacto, tenemos confesiones. Para ser más exacto aún, la confesión del hombre que iba a cometer personalmente el atentado, a instigación tuya.

–Te felicito –dijo Rubashov–. ¿Cómo se llama ese hombre?

Ivanov siguió sonriendo.

–Esa es una pregunta indiscreta.

–¿Puedo leer esa confesión? ¿O tener un careo con ese hombre?

Ivanov sonrió. Con amistosa burla, echó el humo del cigarrillo a la cara de Rubashov. A este no le era agradable la broma, pero no movió la cabeza.

–¿Recuerdas el veronal? –dijo lentamente–. Me parece que te lo he preguntado ya una vez.

Ahora se han invertido los papeles; hoy eres tú quien está a punto de arrojarse al precipicio; no cuentes con mi ayuda para eso. Tú me convenciste entonces de que el suicidio era un gesto de romanticismo pequeño burgués. Y ahora yo evitaré que tú te suicides. Entonces estaremos en paz.

Rubashov seguía silencioso. Meditaba sobre si Ivanov estaba mintiendo o era sincero, y al mismo tiempo sentía el impulso, un impulso casi físico de tocar con los dedos la mancha de la pared... «Nervios» –pensó–, «obsesiones.» Se acordó de sus manías de no pisar sobre las losetas negras, de frotar los lentes con la manga... y vio que lo estaba haciendo otra vez.

–Tengo curiosidad de saber –dijo en alta voz– qué es lo que proyectas hacer para mi salvación. La forma en que me estás interrogando me parece que tiende justamente a todo lo contrario.

La sonrisa de Ivanov se hizo más amplia todavía.

–Eres un viejo tonto –le dijo, y alargando la mano por encima de la mesa agarró un botón de la chaqueta de Rubashov–. Tengo que obligarte a hacer explosión, no sea que se te ocurra estallar en el peor momento. ¿No te has dado cuenta de que no hay ningún taquígrafo en la habitación?

Tomó un cigarrillo de la pitillera y se lo metió a la fuerza en la boca a Rubashov, sin soltar el botón de la chaqueta.

–Te conduces como un chiquillo –le dijo–, como un chiquillo romántico. Ahora vamos a componer una pequeña y bonita confesión y habremos acabado por hoy.

Rubashov consiguió finalmente desprenderse de los dedos de Ivanov, y lo miró con fijeza a través de los lentes:

–¿Y qué vamos a manifestar en esa confesión...? –preguntó.

Ivanov no se dejó abatir y continuó con viveza:

–La confesión dirá que tú admites que desde tal y cual año has pertenecido a tal y cual grupo de oposición; pero que niegas categóricamente y con todo énfasis haber planeado u organizado un asesinato; y que, por el contrario, te retiraste del grupo cuando conociste los propósitos terroristas y criminales que proyectaba la oposición.

Por primera vez desde el comienzo de la conversación, Rubashov sonrió también.

–Si ese es el objeto de toda esta palabrería –dijo–, la podemos dar por terminada ahoramismo.

–Déjame terminar lo que iba a decirte –repuso Ivanov sin demostrar impaciencia–. Sabía, desde luego, que te ibas a oponer. Vamos a considerar primero el lado sentimental o moral del asunto. Puedes estar seguro de que no vas a entregar a nadie con lo que declares. Todos ellos fueron detenidos hace tiempo, mucho antes de que tú lo fueses, y la mitad ha sido liquidada; tú lo sabes muy bien. De los demás nosotros podemos conseguir otras confesiones un poco mejores que estas inofensivas

fruslerías; más aún: cualquier confesión que deseemos... Me parece que te hablo claro y que mi franqueza te convencerá.

–Dicho de otra manera: tú no crees la historia de ese misterioso atentado o complot contra el Número Uno –dijo Rubashov–. Entonces, ¿por qué no me careas con el individuo X, autor de la supuesta confesión?

–Piensa en ello un poco –repuso Ivanov–; ponte tú mismo en mi lugar. Después de todo, nuestras posiciones pudieran muy bien estar invertidas, así que encuentra la respuesta por ti mismo.

Rubashov lo pensó.

–Has recibido desde arriba instrucciones precisas sobre el modo de conducir mi caso –dijo.

Ivanov sonrió:

–Eso es plantear la cuestión demasiado crudamente. En realidad, no se ha decidido todavía si tu caso pertenece a la categoría A o a la categoría P. ¿Conoces los términos?

Rubashov asintió; los conocía.

–Ahora empiezas a comprender –dijo Ivanov–. A, significa caso de resolución administrativa, y P, quiere decir juicio público ante un tribunal. En su gran mayoría, los casos políticos se juzgan administrativamente, es decir, todos aquellos que no se considera conveniente que se oigan en vista pública... Si te clasifican en la categoría A, sales de mi jurisdicción. El

procedimiento administrativo es secreto y, como tú sabes, bastante sumario. No hay ocasión para hacer careos ni nada de esas cosas. Recuerda a... –e Ivanov citó tres o cuatro nombres, lanzando una fugitiva mirada a la mancha sobre la pared.

Cuando se volvió a Rubashov de nuevo, este observó por primera vez un cierto aire atormentado en su cara, una fijeza en sus ojos como si no mirara a él, sino a alguien a cierta distancia detrás de él.

Ivanov repitió otra vez, en tono más bajo, los nombres de sus antiguos amigos.

–Los conocía tan bien como tú –continuó–. Pero debes concederme que nosotros estamos tan convencidos de que ellos y tú significan el fin de la Revolución, como tú lo estás de lo contrario.

Este es el punto esencial. Los procedimientos se deducen por lógica pura, y no podemos permitirnos el lujo de perdernos en sutilezas judiciales. ¿Las tuvieron ustedes mismos, en su tiempo?

Rubashov no contestó.

–Todo depende –continuó Ivanov– de que te clasifiquen en la categoría P, y de que tu caso continúe en mis manos. Sabes bien cuál es el criterio con que se seleccionan los casos que se llevan a audiencia pública. Yo tengo necesidad de demostrar que existe una cierta voluntad de tu parte. Es para eso que necesito tu declaración en la que incluyas una confesión parcial. Si actúas como héroe, e insistes en dar la impresión de que no se puede

conseguir nada de ti, serás liquidado sobre la base de la confesión de X. Por el contrario, si haces una confesión parcial, hay una base para continuar el examen y hacerlo más completo. Sobre esta base, me será posible obtener un careo; refutaremos los peores puntos de la acusación y admitiremos la culpabilidad dentro de límites cuidadosamente definidos. Aun así, no esperes sacar menos de veinte años, pero eso significa, de hecho, dos o tres años y luego una amnistía. De modo que en cinco años, estarás otra vez en la palestra. Ahora, ten la bondad de meditar con calma antes de contestarme.

–Lo he pensado ya –contestó Rubashov–, y no acepto tu proposición. Lógicamente, puedes estar en lo cierto. Pero ya he tenido bastante de esta clase de lógica. Estoy cansado, y no tengo ganas de seguir este juego más tiempo. Hazme el favor de ordenar que me conduzcan a mi celda.

–Como quieras –dijo Ivanov–. Nunca supuse que aceptarías inmediatamente. De ordinario, esta clase de conversación produce un efecto retardado. Tienes quince días por delante. Cuando lo decidas, pide que te traigan nuevamente ante mí o envíame una declaración escrita. No dudo que lo harás.

Rubashov se levantó, e Ivanov también, destacándose media cabeza sobre el otro. Tocó un timbre que había al lado de la mesa, y mientras esperaban que llegase el carcelero para buscar a Rubashov, le dijo:

–En tu último artículo, hace pocos meses, escribiste que en la próxima década se decidirá la suerte de la humanidad en nuestra era. ¿No deseas estar aquí para entonces?

Y sonrió otra vez a Rubashov.

En el pasillo se oían pasos que se aproximaban, y la puerta se abrió. Dos guardianes entraron y saludaron. Sin una palabra, Rubashov se colocó entre ellos, y empezaron a andar hacia su celda.

Los ruidos en el corredor habían cesado; de algunas celdas llegaban suaves ronquidos, que sonaban como gemidos. Por todo el edificio, las luces eléctricas, pálidas, amarillentas, seguían alumbrando.

SEGUNDO INTERROGATORIO

Cuando la existencia de la Iglesia se ve amenazada, deja de estar sujeta a los mandamientos de la moral. Cuando la unidad es el fin, todos los medios están santificados: engaño, traición, violencia, simonía, prisión y muerte. Porque el orden es para el bien de la comunidad, y el individuo debe ser sacrificado al bien común.

DIETRICH VON NIEHEIM, Obispo de Verden,
De schismate libri III, A. D., 1411.

1

EXTRACTO DEL DIARIO DE N. S. RUBASHOV, EN EL QUINTO DIA DE SU CAUTIVERIO.

La última verdad ha sido siempre la penúltima falsedad. Aquel que demuestra tener razón al final, parece equivocado y dañino al principio.

Pero ¿quién demostrará que está en lo cierto? Ello solo se sabrá después. Mientras tanto, está obligado a actuar a crédito y a vender su alma al diablo, en espera de la absolución de la historia.

Se dice, que el Número Uno tiene constantemente El Príncipe de Maquiavelo en su mesa de noche. Debiera tenerlo, porque desde que ese libro se escribió nada importante se ha dicho acerca de las reglas de la ética política. Nosotros fuimos los primeros que cambiamos la ética liberal del siglo diecinueve del «juego limpio» por la ética revolucionaria del siglo veinte.

También en eso tuvimos razón; una revolución conducida según las reglas del cricquet es un absurdo. La política puede ser relativamente limpia en los períodos tranquilos de la historia, pero en los momentos críticos la única regla posible es la vieja norma de que el fin justifica los medios. Nosotros introdujimos un neomaquiavelismo en este siglo; los otros, las dictaduras contrarrevolucionarias, no han hecho más que imitarnos torpemente. Nosotros éramos neomaquiavelistas en nombre de la razón universal, y en eso residía nuestra grandeza; los otros lo hacían en nombre de un romanticismo nacionalista, y ese era su anacronismo. Por ello es, que al fin, la historia nos absolverá; pero no a ellos...

A pesar de todo, estamos, por el momento, actuando y pensando a crédito. Como hemos tirado por la borda todas las convenciones y reglas de una moral de cricquet, nuestro único principio-guía es el de la lógica consecuente. Estamos bajo la terrible obligación de seguir nuestro pensamiento hasta sus últimas consecuencias y de actuar de acuerdo con él.

Navegamos sin lastre; por lo tanto, cada golpe en el timón es cuestión de vida o muerte.

Hace poco tiempo, nuestro principal experto en cuestiones agrícolas, B..., fue fusilado con treinta de sus colaboradores porque sostenía que el abono compuesto con nitrato artificial era superior a la potasa. El Número Uno es partidario de la potasa, por consiguiente, B... y los otros treinta tenían que ser fusilados como saboteadores. En un país donde la agricultura está nacionalmente centralizada, la alternativa de potasa o nitrato es de capital importancia: puede decidir el resultado de la Próxima guerra. Si el Número Uno tuvo razón, la historia lo absolverá y la ejecución de los treinta y un hombres será una simple bagatela. Pero si estaba equivocado...

Esto solo es lo que importa: quién está en lo cierto de manera objetiva. Los moralistas de cricquet están agitados por un problema muy distinto: el de si B. actuaba subjetivamente de buena fe cuando recomendaba el nitrato. Si no era así, de acuerdo con la ética sustentada, B. debería ser fusilado, aunque después se comprobara, con todo, que el nitrato hubiera sido mejor. Si obraba de buena fe, hubiera debido ser absuelto y se le debería permitir que continuase haciendo propaganda para el empleo del nitrato, aunque después resultara que el país se había arruinado por ello...

Esto es, desde luego, una completa estupidez. Para nosotros, la cuestión de la buena fe subjetiva no presenta ningún interés. El que se equivoca, debe pagar; el que tiene razón será absuelto. Tal es la ley del crédito histórico; esa era nuestra ley.

La historia nos ha enseñado que con frecuencia las mentiras son más útiles que la verdad, porque el hombre es un ser perezoso y hay que guiarlo a través del desierto durante cuarenta años, antes que adelante un paso en el camino de su desarrollo. Y hay necesidad de llevarlo por el desierto con amenazas y promesas, por medio de terrores imaginarios y de imaginarios consuelos, de forma que no se siente prematuramente a descansar y se entretenga adorando becerros de oro.

Nosotros aprendimos la historia de modo más completo que los otros, y nos diferenciamos de ellos en nuestra consistencia lógica. Sabemos que las virtudes no cuentan en la historia, que los crímenes quedan sin castigo, pero también sabemos que todo error tiene sus consecuencias, que se pagan hasta la séptima generación. Por consiguiente, concentramos todo nuestro esfuerzo en prevenir los errores, arrancando hasta su última raíz y destrozando la semilla. Nunca en la historia como en nuestro caso se ha concentrado en tan pocas manos un poder tan grande para actuar sobre el futuro de la humanidad. Cada idea equivocada que seguimos es un crimen contra las futuras generaciones. Por lo tanto, tuvimos necesidad de castigar las ideas equivocadas con la misma pena con que otros castigan los crímenes: con la muerte.

Fuimos tomados por locos porque seguimos cada pensamiento hasta su consecuencia final, y obramos de acuerdo con ello. Fuimos comparados con la Inquisición, porque, como ella, sentíamos constantemente el peso de la responsabilidad por la superindividual vida futura, y, realmente, nos parecíamos a los grandes inquisidores en que perseguíamos las semillas del

mal no solamente en las acciones de los hombres, sino en sus pensamientos. No admitíamos ninguna esfera privada, ni aun dentro del cráneo del hombre. Vivíamos bajo la coacción de continuar lo empezado hasta su conclusión final, y nuestra mente estaba cargada hasta tal punto, que la más ligera colisión ocasionaba un corto circuito mortal. Esto nos condenaba a una destrucción mutua.

Yo fui uno de ellos. Yo he pensado y actuado como debí hacerlo; he destrozado personas a las que quería, y dado poder a otras que no me gustaban. La Historia me colocó en el puesto que tuve, y he agotado el crédito que me concedió; si acerté, no tengo nada de que arrepentirme; si cometí errores, pagaré.

Pero ¿cómo se puede decidir en el presente lo que se juzgará como verdad en el futuro?

Estamos haciendo el papel de profetas sin tener el don de la profecía, reemplazando la visión por deducciones lógicas; pero aunque todos hemos arrancado del mismo punto de partida, los resultados a que llegamos son divergentes. La prueba se opone a la prueba, y finalmente tenemos que recurrir a la fe, a una fe axiomático en la exactitud del propio razonamiento.

Este es el punto crucial. Hemos tirado todo el lastre por la borda, y estamos pendientes de una sola ancla: la fe en nosotros mismos. La geometría es la realización más pura de la razón humana, pero los axiomas de Euclides no se pueden demostrar, y aquel que no crea en ellos ve derrumbarse todo el edificio.

El Número Uno tiene fe en sí mismo: rudo, lento, sombrío e inmovible. La cadena de su ancla es la más sólida de todas. La mía se ha desgastado mucho en los últimos años...

El hecho es que ya no creo en mi infalibilidad. Y por esto estoy perdido.

2

Al día siguiente del primer interrogatorio de Rubashov, el magistrado examinador, Ivanov, y su colega Gletkin, estaban sentados en la cantina después de comer. Ivanov se sentía cansado y apoyaba su pierna artificial en una segunda silla; se había aflojado el cuello de su uniforme. Se sirvió un poco del vino barato que suministraba la cantina, y miró sorprendido a Gletkin, que se sentaba derecho en su silla, apretado en su uniforme almidonado que crujía a cada uno de sus movimientos.

No se había quitado ni siquiera el cinturón del revólver, aunque debía estar también bastante cansado. Gletkin vació su vaso; la visible cicatriz que tenía en la cabeza afeitada había enrojecido ligeramente. Un poco más allá, otros tres oficiales estaban sentados a otra mesa, dos jugando al ajedrez, y el tercero mirando.

–¿Qué sucede con Rubashov? –preguntó Gletkin.

–Sigue un camino equivocado –contestó Ivanov–; pero como continúa tan dialéctico como siempre, acabará por capitular.

–No lo creo –repuso Gletkin.

–Lo hará –dijo Ivanov–. Cuando lo haya pensado todo y alcance la conclusión lógica, capitulará. Por consiguiente, lo mejor que se puede hacer con él es dejarlo en paz. He dado orden de que le lleven papel, lápiz y cigarrillos, con el objeto de acelerar el proceso de su pensamiento.

–Creo que es una equivocación –dijo Gletkin.

–A ti no te es simpático –dijo Ivanov–. Creo que tuviste una escena con él hace pocos días, ¿verdad?

Gletkin recordó la escena de Rubashov sentado en el camastro y poniéndose el zapato sobre el calcetín agujereado.

–Eso no viene al caso –dijo–. No importa su personalidad. El procedimiento es el que yo considero inadecuado. Nunca se entregará por esos medios.

–Cuando Rubashov capitule –afirmó Ivanov–, nunca será por cobardía, sino por razonamiento lógico. No vale la pena emplear con él los sistemas brutales. Está hecho de un material especial, que se endurece a medida que se le golpea.

–Eso solo son palabras –dijo Gletkin–. No existe un ser humano que pueda resistir una cantidad indefinida de opresión física; nunca he visto ninguno que sea capaz de ello. La

experiencia me demuestra que la resistencia del sistema nervioso del hombre está limitada por la naturaleza.

–No me gustaría caer en tus manos –dijo Ivanov sonriendo, pero con una pizca de inquietud–. De cualquier modo, eres una viva refutación a tu teoría.

Su mirada sonriente se dirigió por espacio de un segundo a la rojiza cicatriz en el cráneo de Gletkin. La historia de esa cicatriz era bien conocida. Durante la guerra civil, Gletkin cayó en manos del enemigo, y para sacarle ciertas informaciones lo torturaron, atándole una mecha encendida en la cabeza afeitada. Pocas horas después se recapturó la posición y lo encontraron desmayado: la mecha había ardidido hasta el fin: Gletkin había guardado silencio.

Miró a Ivanov con sus ojos sin expresión.

–Eso son también palabras –dijo–. Yo no cedí porque perdí el sentido; si llego a seguir consciente otro minuto, seguramente hubiera hablado. Es un problema de naturaleza física –Vacío el vaso con el ademán deliberado. Los puños de la camisa crujieron cuando lo volvió a colocar en la mesa, y continuó–: Cuando volví en mí, al principio estaba convencido de que «había» hablado; pero los dos suboficiales que fueron liberados conmigo aseguraron lo contrario. Por lo tanto, me condecoraron. Es totalmente una cuestión física; el resto no es más que cuento de hadas.

Ivanov estaba bebiendo también –ya había consumido bastante del vino barato– y se encogió de hombros.

–¿Desde cuándo has elaborado esa notable teoría sobre la resistencia física? Después de todo, durante los primeros años esos procedimientos no existían, y es que, en aquel tiempo, estábamos aún llenos de ilusiones. Abolición de la pena y de las represalias por el crimen; sanatorios–jardines llenos de flores para los elementos asociales. ¡Cuánta farsa!

–No creo que lo sea –dijo Gletkin–. Tú eres un cínico. Dentro de cien años habremos alcanzado todo eso. Pero primero tenemos que ganarlo. Cuanto más rápido, mejor. La única ilusión fue creer que ya había llegado la hora. Cuando me destinaron aquí por primera vez, yo también tenía esa ilusión, y la mayor parte de los demás, casi todos, por decirlo así, también creían en ella; y quisimos empezar en seguida con los jardines de flores. Fue una equivocación. Dentro de cien años será posible investigar las razones y los instintos sociales de los delincuentes. Pero hoy no hay más remedio que trabajar con su constitución física y aplastarlos, física y mentalmente, si es necesario.

Ivanov se preguntaba si Gletkin estaba borracho, pero veía por sus ojos tranquilos e inexpresivos que no lo estaba. Le sonrió algo vagamente y sentenció:

–En una palabra, yo soy el cínico y tú eres el moralista.

Gletkin no contestó. Se sentaba tieso en la silla, con su uniforme almidonado; el cinturón y la funda del revólver olían a cuero fresco.

–Hace varios años –dijo por fin–, me trajeron a un pequeño campesino para que lo interrogase. Eso fue en provincia, cuando todavía creíamos en la teoría de los jardines de flores, como tú

la llamas. El interrogatorio se llevó a cabo en forma absolutamente caballeresca. El campesino había enterrado su cosecha; era en los comienzos de la colectivización de la tierra. Yo me atuve estrictamente a lo que el reglamento prescribía, y le expliqué, de modo amistoso, que nosotros necesitábamos el grano para alimentar a la cada vez más creciente población de las ciudades, y también para la exportación, a fin de reconstruir nuestras industrias. Le pedí, pues, que hiciese el favor de decirme dónde tenía enterrada su cosecha. El campesino había hundido la cabeza entre los hombros desde su llegada a mi despacho, esperando una paliza. Conocía bien su casta, puesto que yo mismo he nacido en el campo. Cuando, en lugar de pegarle, empecé a razonar con él, a hablarle como a un igual y a llamarle «ciudadano», me tomó por un tonto, y así lo vi en la expresión de sus ojos. Le estuve hablando por espacio de media hora, y no abrió la boca una sola vez: alternativamente, se hurgaba la nariz y se rascaba las orejas. Seguía hablando, aunque me daba cuenta de que todo aquello le parecía una magnífica broma y de que no me escuchaba. Los argumentos no penetraban en sus oídos, estaban taponados por la cera secular de una patriarcal parálisis mental. Me atuve estrictamente a los reglamentos, y ni siquiera se me ocurrió que pudiera haber otros procedimientos...

»En aquellos meses tuve entre veinte y treinta casos como ese todos los días, y a mis colegas les pasaba igual. La Revolución estaba en peligro de zozobrar ante esos gordos campesinos. Los obreros estaban desnutridos, y distritos enteros se veían asolados por el hambre y la fiebre tifoidea; no teníamos crédito para levantar nuestra industria de armamentos y esperábamos ser atacados de un mes a otro. Más de doscientos millones en

oro permanecían ocultos en los calcetines de lana de esos individuos y la mitad de las cosechas estaba enterrada. Y cuando los interrogábamos los llamábamos “ciudadanos”, mientras ellos pestañeaban con ojos estúpidos y socarrones, creían que aquello era broma y se hurgaban las narices.

»El tercer, interrogatorio de mi hombre tuvo lugar a las dos de la madrugada, y yo había estado trabajando dieciocho horas seguidas. Acababan de despertarlo; estaba borracho de sueño y asustado... y se traicionó. Desde entonces, interrogo a mi gente, con preferencia, a altas horas de la noche. Una vez se me quejó una mujer de que la había tenido aguardando de pie, delante de mi despacho, toda la noche, esperando que le llegara el turno. Le temblaban las piernas y estaba completamente agotada; se durmió en medio del interrogatorio. La desperté y siguió hablando, con voz ininteligible, sin darse plena cuenta de lo que decía, y se volvió a dormir otra vez. La volví a despertar, y se conformó con todo, firmando su declaración sin leerla, con tal que la dejaran dormir. Su marido había escondido dos ametralladoras en el pajar, y había persuadido a los labradores a que quemaran el grano, porque se le había aparecido el Anticristo en sueños. Aquella mujer había estado toda la noche de pie por un descuido de mi sargento, pero desde entonces procuro que se repitan tales descuidos. Hay casos testarudos que necesitan estar de pie sin moverse durante cuarenta y ocho horas. Después de eso, la cera se les funde en los oídos y uno puede hablar con ellos.

Los dos jugadores de ajedrez que estaban en el otro rincón del salón terminaron una partida y empezaron otra. El tercero ya se

había ido. Ivanov miraba fijamente a Gletkin mientras este hablaba.

Su voz era tan sobria e inexpresiva como siempre.

–Las experiencias de mis colegas eran parecidas, y se convencieron de que ese era el único modo de obtener resultados. El reglamento se cumplía, y no se tocaba a ningún preso, pero ocurría a veces que presenciaban, desde luego accidentalmente, la ejecución de algún condenado. El efecto de esas escenas era en parte mental y en parte físico. Otro ejemplo: había baños y duchas por razones de higiene, pero en invierno, no funcionaban a veces las cañerías del agua caliente, debido a dificultades técnicas, y la duración de los baños dependía de los encargados. Otras veces, por el contrario, el agua caliente marchaba demasiado bien, cosa que también dependía de los encargados, que eran todos viejos camaradas que no necesitaban instrucciones detalladas; se daban cuenta perfectamente de lo que estaba en juego.

–Con esto basta –dijo Ivanov.

–Me has preguntado cómo llegué a elaborar mi teoría, y te lo estoy explicando –dijo Gletkin–. Lo que importa es que uno tenga presente la necesidad lógica de todo eso, pues de otro modo se hace uno cínico, como tú. Se está haciendo tarde y tengo que irme.

Ivanov vació su vaso y acomodó su pierna artificial sobre la silla, pues otra vez sentía dolores reumáticos en el muñón. Estaba disgustado consigo mismo por haber iniciado la conversación.

Gletkin pagó, y cuando el mozo de la cantina se hubo alejado, preguntó:

–¿Qué se va a hacer con Rubashov?

–Ya te he dicho mi opinión –le contestó Ivanov–, hay que dejarlo en paz.

Gletkin se puso de pie, y sus botas crujieron; se apoyó en la silla donde Ivanov tenía la pierna artificial.

–Reconozco sus méritos pasados –dijo–, pero hoy se ha convertido en un ser tan dañino como lo era mi rollizo campesino; solo que más peligroso.

–Le he dado quince días de plazo para reflexionar –dijo Ivanov mirando los ojos inexpresivos de Gletkin–, y hasta entonces quiero que se le deje en paz.

Ivanov había hablado en tono oficial y Gletkin era su subordinado; este saludó y salió de la cantina haciendo crujir las botas.

Ivanov permaneció sentado; se bebió otro vaso, encendió un cigarrillo y sopló el humo enfrente de él. Al cabo de un momento se levantó y cojeó hacia los dos oficiales para observar la partida de ajedrez.

3

Desde su primer interrogatorio, el nivel de vida de Rubashov había, mejorado milagrosamente. Ya a la mañana siguiente el viejo carcelero le había llevado papel, lápiz, jabón y una toalla. También le dio vales por la cantidad de dinero que tenía en su poder cuando fue detenido, y le explicó que con eso tenía derecho a pedir tabaco y un suplemento de comida de la cantina de la cárcel.

Rubashov pidió sus cigarrillos y algún alimento. El viejo seguía tan agrio y lacónico como siempre, y, aunque de mala manera, llevó rápidamente lo que Rubashov le había pedido. Durante un momento Rubashov pensó en hacer llamar un médico de afuera, pero lo olvidó, pues el diente ya no le dolía, y en cuanto pudo lavarse y tuvo algo que comer, se sintió mucho mejor.

Habían limpiado la nieve del patio, y los presos salían en grupos para hacer su ejercicio diario.

El paseo había estado interrumpido a causa de la nieve, y solamente a Labio Leporino y a su compañero les concedían diez minutos al día, tal vez por orden especial del médico; cada vez que entraban o salían al patio, Labio Leporino miraba a la ventana de Rubashov. El gesto era tan claro que excluía toda posibilidad de duda.

Cuando no estaba trabajando en sus notas o paseando en la celda, se asomaba a la ventana, apoyaba la frente contra el vidrio y contemplaba a los presos durante sus rondas de ejercicio. Iban en grupos de doce, y caminaban, por parejas, a una distancia de diez pasos unos de otros. En medio del patio

había cuatro guardias de uniforme, que vigilaban que los presos no hablaran, y formaban el centro de un círculo cuya circunferencia recorrían aquellos lentamente por espacio de veinte minutos exactos. Después eran conducidos otra vez al edificio por la puerta de la derecha, mientras que, simultáneamente, otro grupo de doce entraba por la puerta de la izquierda, y comenzaban las mismas monótonas vueltas durante el mismo tiempo.

Los primeros días, Rubashov había buscado alguna cara familiar, pero no vio ninguna. Eso lo alivió, pues por el momento necesitaba evitar todos los recuerdos posibles a fin de no distraerse de la tarea que se había impuesto, que consistía en llegar a una conclusión en sus ideas, que le pusiese de acuerdo con el pasado y con el porvenir, con los vivos y con los muertos. Todavía le quedaban diez días de plazo que le había concedido Ivanov.

No podía ordenar sus pensamientos más que escribiéndolos, pero el escribir lo agotaba tanto, que lo más que podía dedicar a esa tarea, era una o dos horas al día. El resto del tiempo el cerebro trabajaba por su propia cuenta.

Rubashov había creído siempre conocerse bastante bien. Carente de prejuicios morales, no se hacía ilusiones sobre el fenómeno llamado «primera persona del singular», y daba por hecho, sin particular emoción, que este fenómeno estaba dotado de ciertos impulsos que la gente se resiste generalmente a admitir. Ahora, cuando se quedaba con la frente apoyada en la ventana, o se paraba de pronto en la tercera baldosa negra, hacía inesperados descubrimientos. Descubría que esos

procesos comúnmente conocidos como monólogos, son en realidad diálogos de clase especial; diálogos en los cuales un interlocutor permanece silencioso, mientras el otro, contra todas las reglas gramaticales, se dirige a él empleando el pronombre «yo», en vez del «tú», para deslizarse dentro de su confianza y sondear sus intenciones; pero el silencioso interlocutor sigue callado, rehúye la observación, y hasta se niega a ser localizado en el tiempo y en el espacio.

Ahora, sin embargo, le parecía a Rubashov que el interlocutor habitualmente silencioso hablaba algunas veces, aunque sin dirigirse a él y sin ningún pretexto visible; su voz sonaba totalmente extraña a Rubashov, que escuchaba con sincera sorpresa, encontrando que sus propios labios se estaban moviendo. Estas experiencias no tenían nada de místico ni misterioso, sino que eran de carácter bien concreto; y a través de su observación se fue convenciendo poco a poco de que existía un componente por entero tangible en esta primera persona del singular, que había permanecido silencioso durante tantos años, y que ahora había decidido hablar.

Este descubrimiento preocupaba a Rubashov más intensamente que los detalles de su conversación con Ivanov. Consideraba como cosa resuelta no aceptar la proposición de Ivanov, y negarse a seguir el juego; en consecuencia, no le quedaba más que un tiempo muy limitado de vida, y esta convicción formaba la base de sus reflexiones.

No pensaba en absoluto sobre la absurda historia de un complot contra la vida del Número Uno; estaba mucho más interesado en la personalidad de Ivanov. Este decía que sus

papeles hubieran podido estar invertidos, y en eso tenía indudablemente razón. El desenvolvimiento de ambos había sido gemelo, y aunque no procedieran del mismo óvulo, se habían nutrido por el mismo cordón umbilical de una convicción común; el ambiente intenso del Partido había moldeado y grabado el carácter de ambos durante los años decisivos del desarrollo. Ambos tenían los mismos patrones morales, la misma filosofía y pensaban en los mismos términos. Sus posiciones podían evidentemente estar cambiadas. Entonces Rubashov hubiera estado sentado en el sillón detrás del escritorio, e Ivanov en la silla delante, y desde esa posición, Rubashov hubiera utilizado probablemente los mismos argumentos que Ivanov. Las reglas del juego eran fijas. Solo admitían variaciones de detalle.

Se había apoderado de él el viejo impulso de pensar con la mente de los demás. Se sentaba en el sillón de Ivanov viéndose a sí mismo con los ojos de este en situación de acusado, como él había mirado a Ricardo y al pequeño Loewy. Veía un Rubashov envilecido, la sombra de un antiguo compañero, y comprendía la mezcla de ternura y desprecio con que Ivanov lo había tratado.

Durante la discusión se había preguntado repetidas veces si Ivanov era sincero o hipócrita, si estaba armando una trampa o si realmente deseaba mostrarle un camino de escape. Ahora, puesto en el lugar de Ivanov, se daba cuenta de que este había sido sincero, tan sincero –o tan poco– como él en los casos de Ricardo y del pequeño Loewy.

Estas reflexiones tomaban también la forma de un monólogo, pero siguiendo líneas familiares; el ente recién descubierto, el interlocutor silencioso, no participaba en él. Aunque se suponía que era la persona a la que se dirigían todos los monólogos, siempre permanecía mudo, y su existencia se limitaba a una abstracción gramatical llamada «primera persona del singular». Las preguntas directas y las meditaciones lógicas no le inducían a hablar; sus frases venían sin causa visible y, cosa por demás extraña, siempre acompañadas de un violento dolor de diente. Su esfera mental parecía limitarse a unas cuantas partes desconectadas y diversas, tales como las manos ahuecadas de la Pietà, los gatos del pequeño Loewy, la música de la canción con el estribillo de «se convierte en polvo», o una frase particular que Arlova había pronunciado en una ocasión particular. Sus medios de expresión eran igualmente fragmentarios: por ejemplo, el impulso de limpiar los lentes en la manga, los deseos de tocar la mancha de la pared en el despacho de Ivanov, los involuntarios movimientos de los labios que murmuraban expresiones sin sentido, tales como: «Yo pagaré», y el estado semiconsciente provocado por los sueños con que se representara, despierto, los episodios pasados de su vida.

Rubashov procuraba estudiar esta recién descubierta entidad lo mejor que le era posible, durante los paseos que daba en la celda, y con la reserva innata en el Partido de no emplear la primera persona del singular, la había bautizado con el nombre de «ficción gramatical».

Probablemente, no le quedaban más que unas semanas de vida, y sentía una especial urgencia por aclarar este asunto, «en pensar sobre él hasta llegar a su conclusión lógica». Pero la

esfera de acción de la «ficción gramatical» parecía empezar justamente donde acababa el «pensar hasta llegar a una conclusión». Constituía evidentemente una parte importante de su ser el permanecer fuera del alcance del pensamiento lógico, y tomarlo a uno desprevenido, como en una emboscada, y atacarle con dolores de muelas y sueños estando despierto. De esta manera pasó Rubashov el séptimo día de su cautiverio, el tercero después del primer interrogatorio, reviviendo un período pasado de su existencia; sus relaciones con la muchacha Arlova, la que había sido fusilada.

Establecer el momento exacto en que empezaba a soñar despierto, era tan imposible como determinar el instante en que uno se queda dormido. Durante la mañana del séptimo día había estado trabajando en sus notas. Luego, presumiblemente, se había levantado para estirar las piernas, y solo cuando oyó el ruido de la llave en la cerradura se dio cuenta de que era ya mediodía, y de que había estado paseando durante un gran número de horas. Se había puesto la manta sobre los hombros sin darse cuenta, porque, probablemente, también durante bastantes horas, había estado rítmicamente sacudido por una especie de escalofrío, sintiendo las pulsaciones de dolor del diente subir hasta las sienas. Sin darse cuenta, fue tomando a cucharadas la sopa con que los guardianes le habían llenado el plato, y continuó sus paseos. El carcelero, que lo observaba de tiempo en tiempo por la mirilla, veía que tiritaba con los hombros encogidos y que sus labios se movían.

Una vez más Rubashov respiró el aire de su antigua oficina de la delegación comercial, impregnada del olor, particularmente familiar, del cuerpo de Arlova, lento, pesado y bien formado;

una vez más veía la curva de su inclinado cuello sobre la blusa blanca, la cabeza doblada sobre el cuaderno de notas mientras él dictaba, y sus redondos ojos siguiendo sus paseos a través de la habitación en los intervalos entre las frases. Usaba siempre blusas blancas, de la misma clase que habían usado las hermanas de Rubashov en su hogar bordadas con Morcillas en el cuello alto, y siempre los mismos aros baratos que sobresalían un poco de sus mejillas cuando inclinaba la cabeza sobre el cuaderno. Por sus maneras lentas y pasivas parecía estar hecha para ese trabajo, y, ejercía un extraño efecto sedante sobre los nervios de Rubashov, cuando este se había excedido en su tarea. Se había hecho cargo de ese puesto de jefe de la delegación comercial en B. inmediatamente después del incidente con el pequeño Loewy, y se había lanzado de cabeza al trabajo, muy agradecido al Comité Central por haberle proporcionado esta actividad burocrática. Era rarísimo que las primeras figuras del movimiento internacional fuesen empleadas en servicios, diplomáticos. El Número Uno, presumiblemente, tenía intenciones especiales respecto de él, porque de ordinario las dos jerarquías se mantenían estrictamente separadas, sin que se les permitiera tener contacto a una con otra, y a veces hasta seguían políticas opuestas. Solo cuando se la miraba desde un punto de vista más elevado, ya en la proximidad del Número Uno, se resolvían las aparentes contradicciones, y los motivos se aclaraban.

Rubashov necesitó algún tiempo para acostumbrarse a ese nuevo modo de vida, y le divertía tener un pasaporte diplomático que hasta era auténtico y con su verdadero nombre; le divertía también tomar parte en las recepciones oficiales vestido de etiqueta, así como que los policías se

cuadrasen delante de él o lo saludasen, mientras otros, inconfundiblemente vestidos de negro, y que en otro tiempo lo seguían, buscando un pretexto para echarle mano, lo hiciesen ahora impulsados únicamente por el deseo de velar por su seguridad.

Al principio se sentía extraño en la atmósfera de la delegación comercial, que estaba adjunta a la Legación. Se daba cuenta de que en un ambiente burgués hay que ser representativo y hacer su papel en el juego, y veía que el juego estaba tan bien ensayado que era difícil distinguirlo de la realidad. Cuando el primer secretario de la Legación llamó la atención de Rubashov sobre la conveniencia de ciertos cambios en su manera de vestir y género de vida (este primer secretario, antes de la Revolución, había sido monedero falso en interés del Partido), no lo hizo en tono de camaradería y con buen humor, sino con tanto tacto y razones tan minuciosas que la escena llegó a serle embarazosa y le crispó los nervios.

Rubashov tenía a sus órdenes doce personas, cada una con una categoría claramente definida: había un primer y un segundo ayudante, un primero y un segundo contador, secretarios y secretarios adjuntos. Rubashov tenía la impresión de que entre ellos lo consideraban como una mezcla de héroe nacional y capitán de bandidos. Lo trataban con un respeto exagerado y al mismo tiempo con una tolerancia indulgentemente superior. Cuando un secretario de la Legación tenía que informarlo acerca de un documento, hacía un esfuerzo por expresarse en los términos más simples, como si tratara con un salvaje o con un niño. La secretaria privada, Arlova, era la que menos le atacaba los nervios; lo único que no podía entender

era cómo usaba zapatos de charol con tacones tan ridículamente altos, al mismo tiempo que sus simples graciosas blusas y faldas.

–¿Por qué nunca dice nada, camarada Arlova? –preguntó, en una ocasión, y se arrellanó en el cómodo sillón que había detrás de la mesa del despacho.

–Si usted quiere –dijo ella con su voz soñolienta–, le repetiré cada vez la última palabra de la frase que usted me dicta.

Todos los días se sentaba enfrente de la mesa, con su blusa bordada, su pesado y bien proporcionado busto inclinado sobre su cuaderno de notas, con la cabeza doblada y los aros colgando paralelos a las mejillas. La única nota que desentonaba eran los zapatos de charol con los empinados tacones, pero en cambio nunca cruzaba las piernas, como la mayoría de las mujeres que Rubashov, conocía. Casi siempre la veía por detrás o medio de perfil, a causa de su costumbre de dictar paseándose, y lo que recordaba de ella con más claridad era la curva de su cuello doblado, con la nuca ni afeitada ni cubierta de vello, y la piel blanca y estirada sobre las vértebras; debajo se veían los bordados del cuello de la blusa blanca.

En su juventud, Rubashov no había tenido tiempo de ocuparse de mujeres, que casi siempre eran camaradas, y sus pocas aventuras se iniciaban de ordinario en una discusión que se prolongaba hasta tan tarde que el que era invitado del otro perdía el último tranvía para volver a su casa.

Después de la poco afortunada tentativa para iniciar una conversación pasaron otros quince días. Al principio Arlova

había repetido realmente la última palabra de cada frase con su voz soñolienta, y luego lo había ido dejando, así que cuando Rubashov hacía una pausa, la habitación quedaba otra vez silenciosa y saturada de su perfume hogareño.

Una tarde, con gran sorpresa suya, Rubashov se detuvo detrás de su silla, le puso las manos ligeramente sobre los hombros, y le preguntó si querría salir con él por la noche. Ella no rehusó el contacto, asintió silenciosamente y ni siquiera volvió la cabeza. No era costumbre de Rubashov hacer frívolos juegos de palabras, pero aquella misma noche no pudo evitar decirle con una sonrisa:

«Cualquiera podía haber dicho que aún seguías tomando el dictado.»

El contorno de sus grandes y bien formados pechos se recortaba tan familiar en la oscuridad del cuarto, que parecía que ella había estado siempre allí. Solo que ahora los aros reposaban sobre la almohada. Sus ojos tenían la misma expresión de siempre en el momento de pronunciar la frase que habría de quedar grabada en la memoria de Rubashov de manera tan indestructible como las manos plegadas de la Pietà, o el olor a algas de la pequeña ciudad portuaria:

–Tú siempre podrás hacer de mí lo que desees.

–Pero ¿por qué? –preguntó Rubashov, sorprendido y ligeramente alarmado.

Ella no contestó. Probablemente estaría ya dormida. En su sueño, la respiración era tan inaudible como cuando despierta.

Rubashov nunca había podido notar si respiraba en realidad; jamás la había visto con los ojos cerrados, y eso le hacía aparecer extraña la cara, que encontraba mucho más expresiva que con los ojos abiertos; también le extrañaban las sombras oscuras de las axilas, y la barbilla, que siempre había visto inclinada junto al pecho, y que ahora tenía erguida, como la de un muerto.

Pero el ligero y casto perfume del cuerpo le seguía siendo familiar, aun estando dormida.

Al día siguiente, y todos los días siguientes, se sentó otra vez en su despacho con su blusa blanca, inclinada sobre el cuaderno; la noche siguiente, y todas las noches siguientes, el contorno de sus pechos se destacó sobre el fondo oscuro de las cortinas de la cama. Rubashov vivía, tanto de día como de noche, en la atmósfera de su cuerpo grande y perezoso. Su conducta durante el trabajo no cambió, y tanto su voz como la expresión de sus ojos continuaron siendo las mismas: nunca se permitió ni la más leve sombra de una alusión.

De tiempo en tiempo, cuando Rubashov se cansaba de dictar, se detenía detrás de su silla y le ponía las manos en los hombros, sin decir una palabra, sintiendo cómo debajo de la blusa los cálidos hombros seguían inmóviles; luego, habiendo encontrado la frase buscada, reanudaba su paseo por la habitación, como de costumbre, y continuaba dictando.

A veces agregaba sarcásticos comentarios a lo que dictaba, y entonces ella suspendía su trabajo y esperaba, lápiz en mano, a que terminase, pero jamás, sonreía ante sus ironías, y Rubashov nunca supo qué opinaba sobre ellas. Solo una vez, luego de una

broma particularmente peligrosa sobre ciertos hábitos personales del Número Uno, le dijo de pronto, con su voz soñolienta: «No deberías decir esas cosas delante de la gente, deberías ser más cuidadoso...» Pero de vez en cuando, especialmente cuando llegaban circulares o instrucciones de arriba, él sentía la necesidad de desahogarse con alguna ingeniosa herejía.

Por entonces se estaba preparando el segundo gran proceso contra la oposición, y el aire de la Legación se había enrarecido en alto grado. De la noche a la mañana, fotografías y retratos que habían estado durante años colgados en las paredes, desaparecieron dejando solo las manchas claras, que saltaban a la vista. El personal limitaba sus conversaciones a los asuntos de servicio, y se hablaban unos a otros con exagerada y reservada urbanidad. En las comidas en la cantina de la Legación, cuando era inevitable cambiar algunas palabras, se atenían al cuestionario de frases oficiales, lo que, en la atmósfera familiar, resultaba grotesco y producía cierta inquietud; después de pedirse mutuamente el salero o la mostaza, se decían unos a otros las palabras solemnes del manifiesto del último congreso del Partido.

Ocurría con frecuencia que alguno protestaba contra una supuesta interpretación, a su juicio falsa, de algo que acababa de decir, y pedía a sus vecinos que fueran testigos, con exclamaciones precipitadas, tales como: «Yo no he dicho eso» o bien: «Eso no es lo que yo quería decir.» La cosa en su conjunto daba a Rubashov la impresión de una extraña y ceremoniosa pantomima con figuras animadas, moviéndose sobre alambres, en la que cada una decía las frases hechas que correspondían al

papel que representaba. Únicamente Arlova, con su manera de ser silenciosa y adormilada, parecía no haber cambiado.

No solo desaparecieron los retratos de las paredes, sino que también los estantes de libros sufrieron una curiosa «purga», desapareciendo discretamente ciertas obras y folletos, ordinariamente después de la llegada de un nuevo mensaje de Allá. Mientras dictaba, Rubashov hacía sobre todo eso sarcásticos comentarios que Arlova recibía en silencio. Muchos de los libros sobre comercio exterior y hacienda se quitaron de los estantes, por haber sido detenido su autor, el Comisario del Pueblo de Hacienda; también casi todos los informes de los antiguos congresos del Partido sobre estas materias. Muchos libros y referencias de libros acerca de la historia y antecedentes de la Revolución; gran parte de las obras de autores contemporáneos sobre jurisprudencia y filosofía; todos los folletos que trataban del control de la natalidad; los manuales sobre la estructura de las fuerzas armadas del Partido; tratados sobre los sindicatos y el derecho a la huelga en el Estado del Pueblo; prácticamente todos los estudios de los problemas político-constitucionales que tuviesen más de dos años de escritos, y, finalmente, hasta los volúmenes de la Enciclopedia publicada por la Academia Nacional, ya que habían prometido enviar en breve una nueva edición revisada.

Llegaron también nuevos libros, y los clásicos de ciencias sociales aparecieron con otras notas marginales y distintos comentarios; las antiguas historias fueron reemplazadas por historias nuevas; y los viejos recuerdos de los jefes revolucionarios muertos se cambiaron por otros recuerdos diferentes de los mismos difuntos. Rubashov recalca con

ironía a su secretaria que, lo único que les faltaba por hacer eran nuevas ediciones revisadas de los números atrasados de todos los periódicos.

Mientras tanto, unas semanas antes había llegado de Allá una orden para designar un nuevo bibliotecario que asumiría la responsabilidad política del contenido de los estantes de la Legación; y designaron a Arlova para este puesto. Al principio Rubashov se había limitado a murmurar algo sobre un «jardín de infantes», y creía que todo aquello no era más que una imbecilidad hasta la noche en que, en la reunión semanal de la célula de la Legación, Arlova fue objeto de repetidos ataques de diversos sectores. Tres o cuatro oradores, entre ellos el primer secretario, se levantaron para quejarse de que algunos de los más importantes discursos del Número Uno no se encontrasen en la biblioteca, de que, por el contrario, esta estuviese atestada de obras de oposición, y de que figurasen en ella muchos libros cuyos autores estaban acusados de espías, de traidores y de agentes de potencias extranjeras; a tal punto, que era difícil evitar la sospecha de una premeditada intención.

Los oradores hablaban seca y desapasionadamente, como de asuntos de negocios. Usaban frases escogidas con cuidado y parecía que se daban unos a otros las claves de los argumentos previamente convenidos. Todos los discursos concluían con que el principal deber del Partido era estar en guardia y denunciar los abusos, sin consideración; los que no cumpliesen con este deber se hacían cómplices de los viles saboteadores. Arlova, llamada para declarar, dijo con su habitual ecuanimidad que estaba muy lejos de abrigar ningún mal propósito, y que había seguido todas las instrucciones recibidas; pero mientras hablaba

con su voz profunda, ligeramente confusa, se quedó mirando durante unos momentos a Rubashov, cosa que nunca había hecho en presencia de otros.

La reunión concluyó imponiendo a Arlova una «seria amonestación».

Rubashov, que conocía demasiado bien los procedimientos que últimamente empleaba el Partido, se inquietó. Presumía que reservaban algo para Arlova, y se sentía impotente, por no tener algo tangible contra qué combatir.

El ambiente de la Legación se enrareció aún más, Rubashov dejó de hacer comentarios personales mientras dictaba y eso le produjo un singular sentimiento de culpabilidad. No hubo aparentemente cambio alguno en sus relaciones con Arlova, pero esa curiosa sensación de culpabilidad, debida únicamente al hecho de que no se atrevía a repetir sus ingeniosas frases al dictar, le impedía también detenerse detrás de la silla de Arlova y poner las manos sobre sus hombros, como acostumbraba hacerlo antes. Después de una semana, Arlova no fue al cuarto de Rubashov por la noche, ni tampoco las noches siguientes. Pasaron tres días antes de que Rubashov se atreviera a preguntarle las razones. Ella, con su voz soñolienta, respondió algo sobre neuralgias, y Rubashov no insistió. A partir de entonces no volvió más, con una sola excepción.

Fue tres semanas después de la reunión de la célula en que se había acordado hacerle «una seria amonestación», y quince días después de la interrupción de sus visitas. Su conducta fue casi la de siempre, pero, durante toda la noche, Rubashov tuvo la

sensación de que ella esperaba palabras decisivas. Lo único que pudo decirle, sin embargo, fue que estaba muy contento de que hubiese vuelto, y que se sentía cansado y extenuado, lo que era verdad. Durante la noche observó que estaba despierta, mirando, en la oscuridad con los ojos abiertos. No podía desprenderse de esa atormentadora sensación de culpabilidad, y, además, le dolía otra vez el diente. Esa fue su última visita.

Al día siguiente, antes de que Arlova llegase a la oficina, el secretario dijo a Rubashov, en un tono que quería ser confidencial, pero con cada frase cuidadosamente formulada, que el hermano y la cuñada de Arlova habían sido detenidos Allá. El hermano de Arlova se había casado con una extranjera, y los dos estaban acusados de mantener conexiones desleales con el país natal de la mujer, en beneficio de la oposición.

Unos minutos después llegó Arlova a la oficina, y se sentó, como siempre, en la silla situada enfrente de la mesa, con su blusa bordada, inclinándose ligeramente hacia adelante. Rubashov se paseó detrás de ella, y durante todo el tiempo tuvo delante de sus ojos su cuello doblado, con la piel ligeramente estirada sobre las vértebras. No podía separar la vista de aquel trozo de piel, y sentía una inquietud que llegaba a convertirse en malestar físico. No podía abandonar el pensamiento de que Allá, a los condenados a muerte, se los fusilaba por la espalda.

En la siguiente reunión de la célula del Partido, se destituyó a Arlova de su cargo de bibliotecaria por falta de confianza política, de acuerdo con una propuesta del primer secretario.

Nadie hizo comentario alguno y no hubo discusión. Rubashov, que por entonces sufría intolerables dolores de muelas, se excusó de acudir a la reunión. Unos días después, llegó la orden de regreso para Arlova y otro funcionario. Sus antiguos colegas no volvieron a mencionar sus nombres, pero durante los meses que continuó en la Legación, antes de que a él mismo lo hicieran regresar, el casto perfume de su cuerpo grande y perezoso se mantuvo adherido a las paredes de su cuarto, sin dejarlo jamás.

4

ARRIA LOS POBRES DEL MUNDO.

A partir de la mañana del décimo día después de la detención de Rubashov, su nuevo vecino de la izquierda, el ocupante de la celda número 406, transmitía las mismas palabras a intervalos regulares, siempre con el mismo error al deletrear: «Arria» en vez de «Arriba». Rubashov había tratado varias veces de empezar una conversación con él, y mientras Rubashov transmitía, su nuevo vecino escuchaba en silencio, pero la única respuesta que lograba era un montón de letras inconexas que terminaban siempre con el verso mal escrito:

–ARRIA LOS POBRES DEL MUNDO.

El nuevo vecino fue traído a la celda la noche anterior. Rubashov se había despertado, pero solo oyó sonidos apagados y el ruido de la cerradura de la puerta del número 406. Por la

mañana, después del primer toque de diana, el número 406 había empezado a transmitir: ARRIA LOS POBRES DEL MUNDO. Transmitía con rapidez y destreza, empleando la técnica de un virtuoso, de manera que sus equivocaciones con la palabra ARRIBA y la falta de sentido del resto, debían de ser originadas por causas mentales y no técnicas. Probablemente, el nuevo vecino tenía alteradas las facultades mentales.

Después del desayuno, el joven oficial del número 402 dio la señal de que quería conversar: entre él y Rubashov se había establecido una especie de amistad. El oficial con el monóculo y el pequeño bigote levantado debía debatirse en un estado de aburrimiento crónico, porque siempre estaba muy agradecido a Rubashov, hasta por los más pequeños ratos de charla que le dedicaba.

Cuatro o cinco veces al día, llamaba humildemente y le pedía:

–HÁBLEME.

Rubashov rara vez estaba de humor para hacerlo, y, además, no sabía de qué hablar con el número 402. Generalmente, este transmitía clásicas anécdotas de casino de oficiales. Luego de su desenlace sucedía siempre un silencio doloroso. Eran viejas historias, de una obscenidad patriarcal, y uno podía imaginarse cómo, después de haberlas dicho, el número 402 esperaba oír los rugidos de risa de su interlocutor, y cómo encararía desesperadamente a la pared sorda y blanqueada.

Tanto por simpatía como por buena educación, Rubashov transmitía de vez en cuando un fuerte ¡JA! ¡JA! con el aro de sus lentes, como un sustitutivo de la risa, y entonces el número 402

no podía contenerse, e imitando un acceso de alegría, golpeaba la pared con los puños y los zapatos, transmitiendo ¡JA! ¡JA!, y haciendo pausas de vez en cuando para estar seguro de que Rubashov lo acompañaba en sus carcajadas. Si este permanecía silencioso, le reprochaba: «¿POR QUÉ NO SE RÍE...?» Para que lo dejase en paz, Rubashov transmitía uno o dos ¡JA! ¡JA!, y entonces el número 402 le comunicaba:

–CÓMO NOS ESTAMOS DIVIRTIENDO.

Algunas veces insultaba a Rubashov. Ocasionalmente, si no obtenía respuesta, le transmitía todos los versos de una vieja e interminable canción militar; llegó a ocurrir que Rubashov, que se paseaba sin hacerle caso, se sorprendía tarareando el estribillo de la antigua marcha, que sus oídos habían registrado de modo completamente inconsciente.

A pesar de todo eso, el número 402 era útil. Llevaba allí más de dos años, conocía a las autoridades, estaba en comunicación con varios vecinos y oía todas las murmuraciones, así que parecía informado de todo lo que pasaba dentro del recinto de la cárcel.

A la mañana siguiente de la llegada del número 406, cuando el oficial inició la conversación acostumbrada, Rubashov, le preguntó cómo se llamaba el nuevo vecino, a lo que el número 402 replicó:

–RIP VAN WINKLE.

El número 402 era aficionado a las adivinanzas, que daban, según él, un elemento de interés a la conversación. Rubashov

hurgó en su memoria. Recordó entonces la historia del hombre que habiendo dormido durante veinticinco años, se encontró con un mundo desconocido al despertar.

–¿HA PERDIDO LA MEMORIA? –preguntó.

El número 402, satisfecho de su habilidad, le dijo a Rubashov lo que sabía. El número 406 había sido profesor de sociología en un pequeño Estado del sudeste de Europa. Terminada la primera guerra tomó parte en la revolución que estalló en su país, como ocurrió en muchos países de Europa por esas fechas. Se organizó una «Comuna», que vivió románticamente algunas semanas y tuvo el usual y sangriento final. Los jefes del movimiento revolucionario habían sido simples aficionados, pero la represión que siguió se llevó a cabo con una competencia más que profesional, y el número 406, a quien la Comuna había dado el sonoro título de «secretario de Estado para el esclarecimiento del Pueblo», fue condenado a la horca. La ejecución se retrasó un año, y entonces le conmutaron la sentencia por la de cadena perpetua, de la que cumplió veinte años en la cárcel.

La mayor parte de la pena la pasó en confinamiento solitario, sin comunicación con el mundo exterior y sin poder leer un solo periódico. Se habían olvidado completamente de él, en aquel país sudoriental en el que la administración de justicia tenía un carácter más bien patriarcal. Por fin, alrededor de un mes atrás, lo habían puesto en libertad por una amnistía, y, lo mismo que Rip van Winkle, después de veinte años de sueño, se encontró otra vez sobre la tierra.

Sin pensarlo mucho, tomó el primer tren para la tierra de sus sueños y justamente catorce días después de haber llegado, estaba otra vez en la cárcel. Quizá, después de veinte años de soledad, se había vuelto demasiado locuaz. Tal vez le había dicho a la gente lo que, pensando noche y día en su calabozo, él se había imaginado que debiera ser la vida aquí. Es probable que hubiera preguntado por las señas de sus viejos amigos, los héroes de la Revolución, ignorando que no habían sido más que traidores y espías. Quién sabe si había llevado una corona de flores a una tumba a la que era poco razonable hacerlo, o deseado hacer una visita a su ilustre vecino de celda, el camarada Rubashov.

Ahora se podría preguntar qué era mejor: dos décadas de sueños sobre el camastro de una celda oscura, o dos semanas de realidad a la luz del día. Tal vez no estaba ya enteramente en su juicio. Esa era la historia de Rip van Winkle...

Poco tiempo después que el número 402 acabó de transmitir su largo informe, Rip van Winkle empezó otra vez, repitiendo cinco o seis veces su mutilado verso, ARRIA LOS POBRES DEL MUNDO, y luego calló.

Rubashov se tiró en la tarima y cerró los ojos. La «ficción gramatical» se hizo sentir una vez más, no expresándose con palabras, sino con una vaga inquietud que quería decir:

«También tendrás que pagar por eso, porque también de eso eres responsable; porque tú actuabas mientras él soñaba.»

La misma tarde llevaron a Rubashov a que lo afeitaran.

Esta vez la comitiva se componía solamente del viejo carcelero y de un guardián uniformado; el primero arrastraba los pies dos pasos delante de Rubashov, y el soldado marchaba dos pasos detrás. Pasaron frente a la puerta del número 406, pero no había tarjeta con el nombre. En la peluquería solo estaba uno de los dos presos que desempeñaban el oficio: era evidente el deseo de evitar que Rubashov estableciera demasiadas relaciones.

Se sentó en el sillón. La habitación estaba relativamente limpia, y hasta tenía un espejo; se quitó los lentes y se miró: no encontró ningún cambio, excepto la maraña en las mejillas.

El peluquero trabajó en silencio, rápida y cuidadosamente. La puerta de la habitación permaneció abierta; el carcelero se había ido y el guardia presenciaba la operación apoyado en el quicio. La espuma tibia del jabón hacía feliz a Rubashov, y sentía una ligera tentación de añorar los pequeños placeres de la vida. Le hubiera gustado charlar con el barbero, pero sabía que eso estaba prohibido y no quería comprometerlo, siéndole agradable su cara, ancha y abierta, que más bien le hubiera hecho pasar por un herrero o un mecánico. Cuando terminó la enjabonada y le pasó la navaja por la cara, le preguntó si la hoja arañaba, dirigiéndose a él como «ciudadano Rubashov».

Era esta la primera frase que oía desde su entrada en la habitación, y a pesar del tono corriente que el peluquero le había dado, adquiriría para él una significación especial. Luego volvió el silencio. El soldado encendió un cigarrillo y el peluquero recortó el cabello y la perilla de Rubashov con movimientos rápidos y precisos; mientras se mantenía inclinado, sus miradas se cruzaron un instante, y el preso, con dos dedos, bajó el cuello

de la camisa de Rubashov, como queriendo cortar el pelo con más facilidad. Cuando retiró la mano, Rubashov sintió el contacto de una pequeña bolita de papel dentro del cuello. Unos minutos después había terminado la operación, y lo condujeron otra vez a su celda. Se sentó en la cama, con los ojos en la mirilla para estar seguro de no ser observado; sacó la bolita de papel, la estiró y la leyó. No contenía más que tres palabras, aparentemente escritas con prisa:

«Muere en silencio.»

Rubashov arrojó el pedazo de papel en el balde y empezó otra vez sus reflexiones. Era el primer mensaje que recibía del exterior. Cuando estaba preso en país enemigo recibía con frecuencia recados, que lograban hacerle llegar a la prisión, y en los que ordinariamente le pedían que levantase su voz de protesta, devolviendo sus acusaciones a sus acusadores. ¿Habría también momentos en la historia en los que el revolucionario tenía el deber de guardar silencio? ¿Habría también recodos en el curso de la historia donde una sola cosa se requería de él; una sola cosa había que hacer: morir en silencio?

Los pensamientos de Rubashov fueron interrumpidos por las llamadas del número 402, que había empezado sus golpes inmediatamente después de su vuelta. Estaba lleno de curiosidad y quería saber a dónde había ido Rubashov en aquella salida.

–A AFEITARME –explicó.

–YA ME TEMÍA LO PEOR –repuso el número 402 con interés.

–DESPUÉS DE USTED –transmitió Rubashov.

Como de costumbre, el número 402 era un oyente agradecido.

–¡JA! ¡JA! –se expresó–. USTED ES UN DEMONIO...

Aunque parezca extraño, este viejo cumplido dio cierta satisfacción a Rubashov. Envidiaba al número 402, cuya casta poseía un rígido código del honor, donde se prescribía cómo vivir y cómo morir, al que podía uno aferrarse. Para su propia clase no había reglas establecidas; todo tenía que improvisarse.

Ni aun para morir había etiqueta. ¿Qué era más honorable morir en silencio, o retractarse públicamente para continuar sus propósitos? Él había sacrificado a Arlova, porque consideraba su propia existencia más valiosa para la Revolución. Ese fue el argumento decisivo que sus amigos utilizaron para convencerle; el deber de quedar en reserva para después era un deber más importante que los mandamientos de la moral; no había más deber que el de permanecer en el país y el de estar preparado. «Puedes hacer de mí lo que quieras», le dijo Arlova, y él lo había hecho. ¿Por qué debía de tratarse él mismo con más consideración? «En la próxima década se decidirá el destino de nuestra era», había glosado Ivanov. ¿Podría evadirse de su obligación por un mero disgusto personal por cansancio y vanidad? ¿Y si, después de todo, el Número Uno tuviera razón? ¿Y si aquí, entre inmundicia, sangre y mentiras se estuviera colocando, al fin y al cabo, los grandiosos cimientos del futuro? ¿No había sido siempre la historia una constructora inhumana y sin escrúpulos, mezclando en su mortero sangre, lágrimas y fango?

Morir en silencio, desvanecerse en sombras, eso era fácil de decir...

Rubashov se detuvo súbitamente en la tercera baldosa negra, y se escuchó a sí mismo repetir varias veces: «morir en silencio», en un tono de irónica desaprobación, como si estuviera subrayando su total absurdo...

Y solo entonces se dio cuenta de que su resolución de no aceptar el ofrecimiento de Ivanov no era tan inquebrantable como había creído. Ahora hasta le parecía discutible que hubiese pensado seriamente en rehusar el plan propuesto y en retirarse de la escena sin pronunciar una palabra.

5

El nivel de vida de Rubashov siguió mejorando, y en la mañana del undécimo día lo sacaron por primera vez al patio para hacer ejercicios.

El viejo carcelero fue a buscarlo poco después del desayuno, acompañado por el mismo guardián que lo había escoltado a la peluquería, y le informó que, desde aquel día en adelante, se le permitiría hacer diariamente veinte minutos de ejercicio en el patio. Rubashov fue agregado a la «primera ronda», que empezaba poco después del desayuno, y el carcelero le leyó las prescripciones del reglamento: estaba prohibido hablar con el compañero de ronda, o cualquier otro preso; hacer señas,

cambiar mensajes escritos o salirse de la línea; cualquier infracción a estas reglas estaba castigada con la inmediata privación del paseo; y otras faltas más graves, con el encierro por cuatro semanas en un calabozo oscuro. Luego el carcelero cerró la celda con un portazo, y los tres empezaron a andar. Después de unos pasos, el viejo se detuvo y abrió la puerta del número 406.

Rubashov, que se había quedado detrás, al lado del guardia, y a cierta distancia de la puerta, vio el interior de la celda de Rip van Winkle, que estaba acostado en el camastro. Llevaba botas negras, abotonadas, y pantalones ceñidos, desgastados en los fondillos, pero bien cepillados y todavía en buen uso. El carcelero leyó otra vez los artículos del reglamento; las piernas en los pantalones ceñidos se arrastraron con algún trabajo fuera de la cama, y un viejecillo apareció en la puerta guiñando los ojos. Tenía la cara cubierta por una enmarañada barba gris; con su notable pantalón usaba un chaleco negro con una cadena de reloj, de metal, y una chaqueta de tela negra.

Se quedó parado en la puerta contemplando a Rubashov con cierta curiosidad; saludó luego de manera amistosa, y los cuatro comenzaron la marcha.

Rubashov esperaba encontrarse con una persona que no estaba en su sano juicio, pero entonces cambió de opinión. A pesar del tic nervioso de una de sus cejas, originado probablemente por los años de confinamiento solitario en un calabozo oscuro, los ojos de Rip van Winkle eran claros y estaban llenos de una amistosa y algo infantil ternura. Andaba con cierto trabajo, pero con pasos decididos, aunque cortos, y dirigía a

Rubashov de vez en cuando una mirada amigable; al bajar las escaleras el hombrecillo tropezó, y se hubiera caído de no agarrarlo el guardián por un brazo. Rip van Winkle murmuró unas palabras, en voz demasiado baja para que Rubashov las entendiera, pero con las que evidentemente daba gracias cortésmente, y el guardia replicó con una sonrisa estúpida. Luego, pasando por una ancha puerta, llegaron al patio, donde los demás presos estaban ya ordenados por parejas y, en medio del patio, los cuatro guardias; sonaron dos cortos silbidos y la ronda empezó.

El cielo estaba claro, de un curioso color azul pálido, y el aire impregnado del peculiar aspecto que le da la nieve. Rubashov había olvidado traer su manta, y temblaba de frío. Rip van Winkle se había liado a los hombros una vieja y gastada manta de color gris, que el carcelero le alargó al entrar en el patio. Andaba en silencio detrás de Rubashov, con pasitos firmes y cortos, guiñando de vez en cuando al pálido azul del cielo que se extendía sobre su cabeza; la manta gris le llegaba a la rodilla, envolviéndolo como una campana. Rubashov procuraba adivinar cuál era la ventana de su celda y dio con ella, sucia y oscura como las otras, sin que se pudiera ver nada detrás. Fijó los ojos durante un momento en la ventana del número 402, pero todo lo que alcanzaba a ver eran los vidrios detrás de las rejas; al número 402 no lo autorizaban a salir para hacer ejercicio, ni tampoco lo llevaban a la peluquería, ni era interrogado; en, realidad, nunca lo había oído salir de la celda.

Andaban en silencio, describiendo lentos círculos alrededor del patio. Entre la enmarañada barba gris, los labios de Rip van Winkle se movían imperceptiblemente, como si murmurase algo

para sí mismo que Rubashov no llegaba a entender. Al fin comprendió que estaba susurrando la melodía de: ARRIBA LOS POBRES DEL MUNDO. No estaba loco, pero en los siete mil días y noches que había durado su encarcelamiento, se había vuelto, evidentemente, algo raro. Rubashov lo observaba de costado y procuraba darse cuenta de lo que significaba el estar apartado del mundo durante dos décadas. Veinte años antes, los automóviles eran raros y tenían formas extrañas; no había radio y los nombres de los jefes políticos actuales eran completamente desconocidos. Nadie preveía los movimientos de masas, los grandes derrumbamientos políticos, ni los serpenteantes caminos, los asombrosos cambios y etapas que el Estado revolucionario iba a recorrer; en aquel tiempo se creía que las puertas del reino de Utopía estaban abiertas, y que el género humano se hallaba en sus umbrales.

Rubashov advirtió que por mucho que forzase la imaginación no llegaría a darse cuenta de lo que pasaba en la mente de su vecino, a pesar de toda su práctica de pensar con «la mente de los demás». Podía hacerlo sin mucho esfuerzo en el caso de Ivanov, o del Número Uno, y hasta del oficial con el monóculo, pero en el caso de Rip van Winkle fallaba; lo miraba de reojo, y en aquel momento el viejo volvió la cabeza hacia él y sonrió; con la manta, agarrada con ambas manos alrededor de los hombros, andaba a su lado con pasitos cortos, tarareando de manera casi inaudible los compases de ARRIBA LOS POBRES DEL MUNDO.

Cuando los condujeron de vuelta al edificio, al llegar a la puerta de su celda, el viejo se volvió y saludó a Rubashov, guiñando los ojos con una expresión completamente cambiada, aterrorizada y sin esperanza; Rubashov creyó que lo iba a llamar,

pero el carcelero había cerrado ya la puerta de la celda número 406. Cuando Rubashov quedó encerrado en la suya, fue derecho a la pared y empezó a llamar, pero Rip van Winkle no contestó.

El número 402, en cambio, que los había estado mirando desde su ventana, quería le contara hasta el más mínimo detalle sobre el paseo. Rubashov tuvo que informarle del olor del aire, si hacía mucho frío o solamente fresco, si se había encontrado con otros presos en el pasillo y, si, después de todo, le había sido posible cambiar algunas palabras con Rip van Winkle. Rubashov contestó pacientemente todas las preguntas. Si se comparaba con el número 402, a quien no se le permitía salir, casi se consideraba un ser privilegiado; lo compadecía con toda el alma y casi experimentaba un sentimiento de culpabilidad.

Los días siguientes, los guardias fueron a buscar a Rubashov para su paseo, a la misma hora después del desayuno. Rip van Winkle fue siempre su compañero de ronda. Daban vueltas lentamente uno al lado del otro, cubiertos con sus mantas y en silencio; Rubashov sumido en sus pensamientos, mirando atentamente a través de sus lentes a los otros presos o las ventanas del edificio; el viejo, con la barba un poco más crecida y su bonachona e infantil sonrisa, tarareando su eterna canción.

Ya habían salido tres veces juntos sin hablarse una sola palabra, aunque Rubashov veía que los guardias no se preocupaban seriamente de que se cumpliese la regla del silencio; había otras parejas en el círculo que hablaban sin cesar: mirando fijamente al frente y modulando las palabras con la técnica de las prisiones, tan familiar a Rubashov, de no mover los labios.

El tercer día, Rubashov se llevó el libro de notas y el lápiz, metidos en el bolsillo exterior izquierdo de su abrigo y sobresaliendo un poco. Al cabo de diez minutos, el viejo lo notó, y se animaron sus ojos; miró de soslayo a los guardias que estaban hablando animadamente y no parecían interesarse en los presos, y entonces, sacó rápidamente el cuaderno y el lápiz del bolsillo de Rubashov y empezó a escribir algo al amparo de su manta acampanada. Lo terminó con rapidez, arrancó la hoja y se la pasó a Rubashov, quedándose con el cuaderno y el lápiz. Rubashov se aseguró de que los guardias no lo veían y miró la hoja. Nada escrito aparecía sobre ella; solo era un dibujo, un croquis geográfico del país donde estaban, dibujado con sorprendente exactitud, con las ciudades principales, los ríos y las montañas, con una bandera plantada en medio llevando el emblema de la Revolución.

Cuando dieron otra media vuelta, el número 406 arrancó una segunda hoja y se la puso en la mano a Rubashov. Contenía el mismo dibujo de antes, un mapa exactamente idéntico del país de la Revolución. El número 406 se le quedó mirando, esperando sonriente el efecto. Rubashov se sentía ligeramente embarazado bajo su mirada, y murmuró algo. El viejo, entonces, le guiñó:

–También puedo hacerlo con los ojos cerrados –le dijo. Rubashov asintió.

–Usted no me cree –dijo el viejo sonriendo–, pero lo he estado practicando veinte años.

Miró rápidamente hacia los guardias, cerró los ojos y, sin alterar el paso, empezó a dibujar en una nueva página escondida en la manta. Tenía los ojos apretados con fuerza, y andaba con la barbilla saliente, como un hombre ciego. Rubashov miraba con ansiedad a los guardias, temerosos de que el viejo tropezase o se saliese de la fila. Pero en otra media vuelta el dibujo estaba acabado, quizás algo menos seguro que los anteriores, pero igualmente exacto; solo que el emblema de la bandera estaba dibujado en un tamaño desproporcionadamente grande.

–¿Ahora me cree? –susurró el número 406, sonriendo feliz.

Asintió Rubashov, y entonces la cara del viejo se oscureció; Rubashov reconoció la expresión de temor que ponía cada vez que lo encerraban en la celda.

–No lo pude evitar –murmuró a Rubashov–. Me hicieron tomar un tren equivocado.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó Rubashov.

–Me llevaron a otra estación –dijo sonriendo gentil y tristemente–; creyeron que no lo notaría. No le diga a nadie que lo sé –susurró otra vez, indicando a los guardias con un guiño.

Rubashov hizo un gesto afirmativo. Poco después sonó el silbato que anunciaba el fin del paseo.

Al pasar por la puerta de entrada, hubo otro momento en que no los observaban. Los ojos del número 406 otra vez lucían claros y amistosos.

–¿Tal vez le ocurrió a usted lo mismo? –le preguntó con simpatía, Rubashov asintió.

–No hay que abandonar la esperanza; algún día llegaremos a pesar de todo... –dijo Rip van Winkle señalando el mapa arrugado en la mano de Rubashov.

Entonces metió el lápiz y el cuaderno en el bolsillo de Rubashov. Al subir las escaleras estaba otra vez tarareando su canción.

6

Llegó la víspera del fin del plazo concedido por Ivanov, y, al servírsele la cena, Rubashov tuvo la sensación de que había algo desusado en el aire, sin poder explicarse qué. El alimento se distribuyó con arreglo a la rutina, y el melancólico toque de trompeta sonó puntualmente a la hora prescrita, pero, a pesar de eso, Rubashov tenía la impresión de que la atmósfera estaba tensa.

Quizás uno de los ordenanzas lo había mirado más expresivamente que de costumbre, o tal vez la voz del viejo carcelero tenía una resonancia curiosa. Rubashov no lo sabía, pero no podía trabajar, sintiendo la tensión en los nervios, como los reumáticos presienten una tormenta.

No bien hubo cesado el toque de silencio, se puso a mirar al pasillo, en el que las lámparas eléctricas estaban a media luz por falta de corriente, iluminando débilmente las baldosas; el silencio en el corredor parecía más profundo y desesperanzado que nunca. Rubashov se acostó en el camastro, volvió a levantarse, se esforzó por escribir unas cuantas líneas, apagó el cigarrillo y encendió otro. Se asomó al patio, donde había empezado a fundirse la nieve, que aparecía sucia y blancuzca bajo el cielo nublado; en el parapeto opuesto, el centinela se paseaba con su fusil. Volvió a observar el corredor a través de la mirilla: silencio, desolación y luz eléctrica.

Contra su costumbre, y a pesar de la hora tardía, llamó al número 402.

–¿ESTÁ USTED DORMIDO? –le preguntó.

Durante un momento no hubo contestación, y Rubashov esperó desilusionado, hasta que empezaron los golpes de respuesta, algo más lentos y suaves que de costumbre:

–No. ¿LO SIENTE USTED TAMBIÉN?

–SENTIR, ¿QUÉ? –preguntó Rubashov, mientras respiraba con trabajo, acostado en el camastro y transmitiendo con los lentes.

Otra vez el número 402 pareció dudar, y cuando contestó lo hizo tan débilmente que daba la impresión de hablar con voz baja:

–MÁS VALE QUE SE VAYA A DORMIR...

Rubashov seguía acostado en el camastro, le avergonzaba que el número 402 le hablase en aquel tono paternal. Estaba de espaldas en la oscuridad, y dirigía los ojos a los lentes que tenía en la mano medio levantada. El silencio era tan penoso que lo sentía zumbiar en sus oídos. De pronto, empezó a sonar la pared:

–ES CURIOSO QUE USTED LO SIENTA TAMBIÉN.

–¿SENTIR QUÉ? ¡EXPLÍQUESE! –transmitió Rubashov, sentándose en la cama.

El número 402 pareció pensarlo otra vez; después de un momento dijo:

–ESTA NOCHE VAN A LIQUIDAR ALGUNAS DIFERENCIAS POLÍTICAS.

Rubashov entendió, y se apoyó contra la pared, esperando oír más, pero el número 402 no continuó. Al cabo de algún tiempo preguntó:

–¿EJECUCIONES?

–Sí –contestó lacónicamente el número 402.

–¿CÓMO LO SABE USTED? –preguntó Rubashov con interés.

–ME LO HA DICHO LABIO LEPORINO.

–¿A QUÉ HORA SERÁ?

–NO LO SÉ –y después de una pausa–: PRONTO.

-¿SABE LOS NOMBRES?

-NO -contestó el número 402, y después de otra pausa agregó-: DE SU CLASE. DIVERGENCIAS POLÍTICAS.

Rubashov se dejó caer bruscamente y esperó. Luego de un momento se puso los lentes y colocó un brazo bajo la nuca. Nada se oía de afuera. Cada uno de los movimientos y ruidos en el edificio le llegaba embotado y helado en la oscuridad.

Rubashov no había sido nunca testigo de una ejecución, exceptuando una que estuvo a punto de ser la suya; pero eso había sido durante la guerra civil. No se podía imaginar bien que la misma cosa sucediese en circunstancias normales, formando parte de la rutina diaria. Sabía vagamente que las ejecuciones se llevaban a cabo de noche, en las celdas, y que mataban al condenado de un balazo en la nuca, pero desconocía los detalles. En el seno del Partido la muerte no constituía ningún misterio, ni tenía aspecto romántico, sino que era una consecuencia lógica, un factor con el que había que contar, y que más bien tenía un carácter abstracto. No se hablaba con frecuencia de la muerte, ni se empleaba la palabra «ejecución», siendo la expresión acostumbrada «liquidación física». Y estas palabras, «liquidación física», no evocaban tampoco más que una idea concreta: la cesación de la actividad política. El acto de morir, en sí mismo, no era más que un detalle técnico que no presentaba interés; la muerte, como factor de una ecuación lógica, había perdido todas sus características corporales.

Rubashov miraba en la oscuridad a través de sus lentes. ¿Habrían empezado ya los trámites? ¿O todavía habría que

esperar? Se había quitado los zapatos y los calcetines, y sus pies desnudos se destacaban vagamente al extremo de la manta. El silencio era aún más extraordinario. No era la simple y agradable ausencia de ruido, sino un silencio vibrante como el parche de un tambor.

Rubashov se miraba los pies desnudos y movía lentamente los dedos, que le parecían grotescos y misteriosos, como si los pies tuvieran vida propia. Se sentía consciente de su propio cuerpo con desacostumbrada intensidad, apreciando el tibio roce de la manta con sus piernas y la presión de la mano sobre el cuello. ¿Dónde tendría lugar la «liquidación» física?

Tenía una vaga idea de que sería en los sótanos, a los que se bajaba por aquella escalera que había más allá de la peluquería. Olía el cuero del correa de Gletkin, y oía el crujir de su uniforme. ¿Qué le diría a la víctima? ¿«Ponte de cara a la pared»? ¿Agregaría «por favor»? ¿O le diría: «no te asustes que no hace daño»? Tal vez le hiciera fuego sin previo aviso, por detrás, mientras iba andando, pero la víctima estaría constantemente volviendo la cabeza. Quizás ocultaría el revólver en la manga como el dentista oculta las tenazas. Quizás otros estarían también presentes. ¿Qué aspecto tendrían? ¿Caería la víctima de espaldas o de frente? ¿Pediría auxilio? Tal vez fuera necesario el tiro de gracia para rematarlo.

Rubashov seguía fumando y mirándose los dedos. Había tal quietud, que se podía oír arder el papel del cigarrillo. Aspiró el humo profundamente. «Tonterías –se dijo a sí mismo–; folletines baratos.» En verdad, él nunca había creído en la realidad técnica de la «liquidación física». La muerte era una

abstracción, especialmente la propia. Probablemente, todo había terminado ya, y lo pasado carecía de sentido. Todo estaba oscuro y tranquilo, y el número 402 había dejado de transmitir.

Rubashov hubiera querido que alguien gritara afuera, para romper ese silencio sobrenatural.

Husmeaba, y observó que hacía algún tiempo que tenía en los nervios olfatorios el casto perfume de Arlova, y que hasta los cigarrillos olían como ella; recordó que llevaba una pitillera de cuero en el bolso, y cada cigarrillo que sacaba olía a los polvos que usaba... El silencio persistía, y solo el camastro crujía débilmente al moverse.

Rubashov pensaba levantarse y encender otro cigarrillo, cuando los golpecitos en la pared empezaron otra vez.

–YA VIENEN.

Se puso a escuchar, pero no oía más que sus propias pulsaciones martilleándole las sienas.

Esperó, y el silencio se hizo más espeso. Se quitó los lentes y transmitió:

–NO OIGO NADA...

Durante algún tiempo el número 402 no contestó, pero de pronto empezó muy fuerte:

–NÚMERO 380. PÁSELO.

Rubashov se sentó rápidamente, comprendiendo. La noticia había sido transmitida a través de once celdas, por los vecinos del número 380. Los ocupantes de las celdas entre la 380 y la 402 formaban una cadena acústica en la oscuridad y en el silencio. Estaban indefensos, encerrados dentro de cuatro paredes, y esta era su forma de solidaridad. Rubashov saltó del camastro, se acercó con los pies desnudos a la pared de enfrente, quedándose junto al balde, y empezó a transmitir al número 406:

–ATENCIÓN. NÚMERO 380 VA A SER FUSILADO AHORA. PÁSELO.

Se quedó escuchando. El balde olía mal, sus vapores habían reemplazado al perfume de Arlova. No hubo respuesta. Rubashov se trasladó rápidamente al otro lado, y esta vez transmitió, no con los lentes, sino con los nudillos de la mano:

–¿QUIÉN ES EL NÚMERO 380?

Otra vez no hubo respuesta. Rubashov se dio cuenta de que, como él mismo, el número 402 se estaba moviendo como un péndulo entre las dos paredes de su celda. En las otras once celdas que los separaban de la 380, los ocupantes con los pies desnudos, corrían silenciosos de un lado para otro. Ahora el número 402 estaba otra vez en su pared, y anunciaba:

–AHORA LE ESTÁN LEYENDO LA SENTENCIA. PÁSELO.

Rubashov repitió la misma pregunta:

–¿QUIÉN ES?

Pero el número 402 se había ido ya al otro lado. Aunque no valía la pena transmitir el mensaje a Rip van Winkle, Rubashov se fue al lado del balde y se lo pasó, movido por un oscuro sentimiento del deber. Sentía que la cadena no debía romperse. Pero la proximidad del balde lo enfermaba. Se pasó al otro lado y esperó. No se oía el más mínimo sonido de afuera, y solo la pared repiqueteaba:

–ESTÁ GRITANDO PIDIENDO AUXILIO.

–ESTÁ GRITANDO PIDIENDO AUXILIO –retransmitió al número 406. Escuchó. Nada se oía. Rubashov tuvo miedo de descomponerse la próxima vez que se acercara al balde.

–AHORA LO TRAEN. ESTÁ GRITANDO Y LUCHA, PÁSELO –transmitió el número 402.

–¿CÓMO SE LLAMA? –preguntó otra vez Rubashov rápidamente, antes que el otro hubiese concluido su frase. Esta vez consiguió la respuesta:

–BOGROV. OPOSITOR. PÁSELO.

Rubashov sintió que las piernas le flaqueaban, súbitamente. Se apoyó contra el muro y dio la información al número 406:

–MIGUEL BOGROV, ANTIGUO MARINERO DEL ACORAZADO «POTEMKIN». COMANDANTE DE LA FLOTA DEL ESTE. CONDECORADO CON LA PRIMERA ORDEN REVOLUCIONARIA. LO LLEVAN A LA MUERTE.

Se limpió el sudor de la frente. Se sentía enfermo con el olor del balde. Concluyó:

–PÁSELO.

No podía traer a la memoria las facciones de Bogrov, pero veía claramente la silueta de su gigantesca figura, los torpes y nervudos brazos, las pecas en la ancha cara, de nariz ligeramente respingada. Habían sido compañeros de destierro desde el año 1905, y Rubashov le había enseñado a leer y escribir, y los rudimentos del pensamiento histórico; desde entonces, estuviera Rubashov donde estuviese, recibía dos veces al año una carta escrita a mano, que acababa indefectiblemente con las palabras «Tu camarada, fiel hasta la tumba, Bogrov».

–AHORA LLEGAN –transmitió el número 402, tan fuerte, que Rubashov, que estaba al lado del balde con la cabeza apoyada en la pared, lo oyó a través de la celda:

–ASÓMESE A LA MIRILLA. REDOBLE. PÁSELO.

Rubashov se enderezó y transmitió el mensaje al número 406:

–ASÓMESE A LA MIRILLA. REDOBLE. PÁSELO.

Se arrastró al otro lado de la celda y esperó. Todo estaba tan silencioso como antes.

A los pocos minutos llegó la llamada:

–AHORA.

A lo largo del pasillo corría el bajo y resonante sonido de un redoble de tambores con sordina. No eran golpes débiles ni fuertes: los hombres que ocupaban las celdas que iban de la 380 a la 402 formaban la cadena acústica, imitando el sordo y solemne redoble de una serie de tambores, traídos por el viento. Rubashov estaba con los ojos pegados en la mirilla, y se unió al coro batiendo con ambas manos rítmica y lentamente contra la puerta. Con asombro comprobó que la oleada de sonido continuaba hacia su derecha, a través del número 406 y más allá; Rip van Winkle debía haber entendido, después de todo. También él golpeaba. Al mismo tiempo Rubashov oyó a la izquierda, más allá del alcance de su visión, el rechinar de las puertas de hierro que rodaban en sus correderas. El redoble a su izquierda se hizo ligeramente más fuerte; se dio cuenta de que la puerta de hierro que separaba las celdas de comunicados ordinarios, se había abierto. Se oyó el tintineo de un manajo de llaves, y la puerta se cerró otra vez, oyéndose los pasos que se aproximaban, acompañados de ruidos, como si se arrastrase algo por las losas. El redoble a la izquierda se elevó de tono, en un apagado crescendo, pero el campo de visión de Rubashov, limitado por las celdas 401 y 407, continuaba vacío. Los ruidos se aproximaban rápidamente, y ahora se distinguía también como gemidos y sollozos de niño. Los pasos se apresuraron, el redoble a la izquierda disminuyó ligeramente, aumentando a la derecha.

Rubashov seguía redoblando, perdiendo gradualmente la sensación del tiempo y del espacio, y oyendo el hueco resonar como el de los tambores de caníbales en una selva; podían haber sido gorilas que estaban de pie detrás de los barrotes de sus jaulas golpeándose el pecho que resonaba como un tambor;

aproximó el ojo a la mirilla; levantábase y bajaba alternativamente al compás del redoble. Como antes, veía solamente la luz pálida y amarillenta de las lámparas eléctricas en el pasillo, y no divisaba más que las puertas de los números 401 y 407, pero el redoble aumentó los ruidos de arrastre y los gemidos se escucharon más cerca. De pronto, unas figuras imprecisas entraron en el campo de su visión: allí estaban. Rubashov cesó en sus golpes y miró. Un segundo después habían desaparecido.

Lo que había visto durante ese segundo quedó grabado para siempre en su memoria. Dos figuras mal alumbradas, de uniforme, grandes e indistintas, arrastraban a una tercera, que traían agarrada por debajo de los brazos. La figura central colgaba como muerta; todavía presentaba una cierta rigidez de muñeca y se alargaba por detrás en toda su longitud, con la cara vuelta al suelo y el vientre arqueado hacia abajo. Las piernas se arrastraban con los zapatos resbalando por las puntas, produciendo el ruido que se oía a distancia. Blancuzcos mechones de pelo le colgaban sobre la cara, vuelta hacia las losas y con la boca abierta, de la que salía saliva que se mezclaba con el sudor que le corría por la barbilla abajo. Cuando lo sacaron del campo visual de Rubashov, arrastrándolo hacia la derecha a lo largo del corredor, los ruidos de los pies y los gemidos se fueron debilitando hasta que se perdieron, llegando a sus oídos solamente un eco quejumbroso formado por tres letras: «u-a-u». Pero antes de dar vuelta, cerca de la peluquería, Bogrov rugió dos veces, y esta vez Rubashov no distinguió solo las vocales, sino la palabra completa, oyó claramente su propio nombre: Rubashov.

Entonces, como si fuera una señal, volvió a reinar el silencio. Las lámparas eléctricas brillaron como de costumbre, el corredor siguió vacío. Únicamente en la pared junto al balde, el número 406 transmitía:

–ARRIA LOS POBRES DEL MUNDO.

Rubashov estaba acostado otra vez en el camastro, sin recordar cómo había llegado allí.

Persistía el redoble en sus oídos, pero el silencio era ahora un silencio ordinario, vacío y mitigado.

El número 402 estaba, probablemente, durmiendo. Bogrov, o lo que quedase de él, había muerto seguramente a esas horas.

«Rubashov, Rubashov...» Ese último grito se había grabado con caracteres indelebles en su memoria acústica. La imagen óptica era menos precisa, y todavía le costaba trabajo identificar a Bogrov en aquel trágico y lamentable muñeco, con la cara rígida chorreando, arrastrando las piernas, que había pasado delante de su campo de visión por unos segundos. Únicamente ahora se acordó del pelo blanco. ¿Qué le habrían hecho a Bogrov? ¿Qué le habrían hecho a ese robusto y vigoroso marinero para arrancarle de la garganta esos gemidos infantiles? ¿Habría gimoteado lo mismo Arlova, al ser arrastrada por el corredor?

Rubashov se incorporó y apoyó la frente contra el muro detrás del cual dormía el número 402; temía descomponerse otra vez. Hasta entonces no se había imaginado la muerte de Arlova con tal detalle; había sido siempre para él un suceso abstracto, que

le había dejado un sentimiento de intensa inquietud, pero sin que hubiese tenido nunca dudas sobre la corrección lógica de su conducta. Ahora, con las náuseas que le revolvían el estómago y le arrancaban un sudor frío de la frente, su pasada manera de pensar le parecía una locura. Los gemidos implorantes de Bogrov desequilibraban la ecuación lógica. Hasta entonces, Arlova no había sido más que un factor en la ecuación, un factor despreciable al lado de los intereses en juego. Pero la ecuación ya no se mantenía. La visión de las piernas de Arlova, con sus zapatos de alto tacón arrastrándose por el pasillo, desbarataba el equilibrio matemático, y el factor despreciable se convertía en inconmensurable, llegaba a ser absoluto. Los gemidos de Bogrov, el tono infrahumano con que había gritado su nombre, el hueco resonar de los redobles, llenábanle los oídos y ahogaban la tenue voz de la razón, cubriéndola, tal como el ruido del mar en las rompientes cubre los gritos de los ahogados.

Agotado, Rubashov cayó dormido sentado, la cabeza apoyada en la pared y los lentes delante de los ojos cerrados.

7

Gemía en su sueño, y la pesadilla de su primer arresto había vuelto a perseguirlo; la mano, colgando fuera de la cama, buscaba la manga de la bata, y aguardaba el golpe que había de liquidarlo, pero no llegó.

En lugar de eso se despertó, porque alguien había encendido de pronto la luz eléctrica en su celda. Una figura estaba delante de su cama, mirándole. Había dormido un cuarto de hora a lo sumo, pero después de sus sueños siempre necesitaba algún tiempo para recobrase. Se quedó haciendo guiños a la luz brillante, con su mente trabajando en forma activa sobre sus hipótesis habituales, como si estuviera siguiendo inconscientemente un ritual. Estaba en un calabozo, pero no en un país enemigo; eso era solo parte del sueño. De manera que era libre, pero faltaba el retrato del Número Uno colgado sobre su cama y, por otro lado, allí estaba el balde. Además, Ivanov estaba de pie delante de su lecho, fumando y arrojándole el humo a la cara. ¿Era esto también parte del sueño? No, Ivanov era real, el balde también era real. Estaba en su propio país, pero se había convertido en un país enemigo, e Ivanov, que había sido su amigo, era también ahora su enemigo; y los gemidos de Arlova tampoco eran un sueño. Pero no, no había sido Arlova, sino Bogrov, que había pasado delante de sus ojos arrastrado como un muñeco de cera. El camarada Bogrov, fiel hasta la tumba, que había gritado su nombre: eso no era un sueño. Arlova, por otra parte, había dicho: «Puedes hacer de mí lo que quieras»...

–¿Te sientes mal? –preguntó Ivanov.

Rubashov lo miró haciendo guiños, cegado por la luz:

–Dame la bata –dijo.

Ivanov lo seguía observando. El lado derecho de la cara de Rubashov estaba hinchado.

–¿Quieres un poco de coñac? –preguntó Ivanov. Sin aguardar la réplica, se acercó cojeando a la mirilla y dijo unas palabras a alguien en el corredor, mientras los ojos de Rubashov lo seguían, parpadeando. Su ofuscamiento seguía. Estaba despierto, pero pensaba, veía y oía como en una niebla.

–¿Tú también has sido arrestado? –preguntó.

–No –contestó Ivanov con calma–: solo he venido a hacerte una visita. Me parece que tienes un poco de fiebre.

–Dame un cigarrillo –le pidió Rubashov, y aspiró profundamente una o dos veces, con lo que se le aclaró algo la vista. Se tendió otra vez, y siguió fumando y mirando al techo.

Se abrió la puerta de la celda, y apareció un carcelero con una botella de coñac y un vaso; esta vez no era el viejo de costumbre, sino un joven delgado, de uniforme, con lentes con armadura de metal. Saludó a Ivanov, le alargó la botella y el vaso y cerró la puerta desde afuera, oyéndose sus pasos al alejarse por el pasillo.

Ivanov se sentó en el borde del camastro y llenó el vaso.

–Bebe –le dijo. Rubashov vació el vaso. Las brumas que empañaban su mente se aclararon, ordenándose los sucesos y las personas; su primera y segunda prisión, Arlova, Bogrov e Ivanov, en el tiempo y en el espacio–. ¿Te duele algo? –preguntó Ivanov.

–No –dijo Rubashov. La única cosa que aún no entendía era la presencia de Ivanov en su celda.

–Tienes la cara muy hinchada, y probablemente también fiebre.

Rubashov se levantó del camastro, fue a observar por la mirilla el pasillo, que estaba vacío, y dio varias vueltas por la celda hasta que la mente se le aclaró del todo. Entonces se detuvo frente a Ivanov, que se había sentado a los pies del camastro, haciendo, pacientemente, anillos de humo.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó.

–Necesito hablar contigo –le contestó Ivanov–. Acuéstate otra vez, y bebe un poco más de coñac.

Rubashov lo miraba irónicamente, pestañeando a través de sus lentes.

–Hasta ahora llegué a creer que estabas obrando de buena fe –le dijo–. Ahora veo que eres un cerdo. ¡Fuera de aquí!

Ivanov no se movió.

–¿Serías tan amable de darme los motivos de esas afirmaciones? –le contestó.

Rubashov se apoyó contra el muro del número 406 y se quedó mirando a Ivanov de arriba abajo, mientras este seguía fumando con tranquilidad.

–Primer punto –explicó Rubashov–: Tú conocías mi amistad con Bogrov. Por ello, cuidaste de que Bogrov, o lo que quedaba de él pasara por delante de mi celda en su, último viaje, como

un recordatorio. Para tener la seguridad de que no me fuera a perder el espectáculo, la ejecución de Bogrov se anuncia discretamente de antemano, en la hipótesis de que mis vecinos me transmitieran la noticia, como en realidad sucedió. Otro detalle delicado del organizador es informar a Bogrov de mi presencia aquí, justamente antes de que lo arrastren, en la seguridad de que este choque final le arrancaría alguna manifestación audible, lo que también sucedió. Todo está calculado para producirme un estado de depresión. Y en esta hora oscura, el camarada Ivanov se me aparece como un salvador, con una botella de coñac debajo del brazo. Sigue una conmovedora escena de reconciliación, caemos uno en brazos del otro, se cambian evocaciones sentimentales de la guerra e, incidentalmente, se firma el papel con mi confesión. Después el prisionero se duerme dulcemente, el camarada Ivanov se va de puntillas con la declaración firmada en el bolsillo, y a los pocos días recibe un ascenso... Ahora haz el favor de largarte.

Ivanov no se movió. Lanzaba bocanadas de humo, sonreía y enseñaba sus dientes de oro.

–¿Crees realmente que yo tengo una mentalidad tan primitiva? –le preguntó–. O dicho con más precisión, ¿crees de verdad que yo soy tan mal psicólogo?

Rubashov se encogió de hombros.

–Me disgustan tus artimañas –le contestó–. Yo no puedo echarte de la celda, pero si te queda un vestigio de vergüenza, déjame solo. No puedes imaginarte cómo me repugnas.

Ivanov recogió el vaso del suelo, lo llenó y se lo bebió.

–Te propongo el siguiente convenio –le dijo–: Déjame hablar durante cinco minutos sin interrumpirme, escuchando con atención lo que te diga. Después, si insistes en que me vaya, me iré.

–Te escucho –dijo Rubashov. Se recostó en la pared opuesta a Ivanov y echó una mirada al reloj.

–En primer lugar –continuó Ivanov– y para desvanecer las posibles dudas o ilusiones que pudieras abrigar, Bogrov ha sido fusilado. En segundo lugar, ha permanecido en la prisión durante algunos meses, y al final ha sido torturado durante varios días. Si mencionas esta confidencia en el tribunal público, o se la transmites siquiera a tus vecinos, estoy acabado. En cuanto a las razones para tratar a Bogrov de este modo, ya hablaremos luego. En tercer lugar, fue intencionado que pasase delante de tu celda, e intencionado que supiese que estabas aquí. Y cuarto, esta treta indecente, como tú la llamas, no fue dispuesta por mí, sino por mi colega Gletkin, contra mis instrucciones expresas.

Hizo una pausa. Rubashov continuaba apoyado en la pared sin decir nada.

–Yo nunca hubiera cometido tal error –continuó Ivanov–, no por consideración a tus sentimientos, sino porque es contrario a mi táctica y al conocimiento que tengo de tu psicología. Tú has mostrado recientemente una tendencia a sentir escrúpulos humanitarios y otros sentimentalismos por el estilo. Además, todavía no has digerido completamente la historia de Arlova, y la escena de Bogrov solo puede intensificar tu depresión y tus

tendencias moralizantes; esto era muy fácil de prever, y únicamente un chapucero en psicología como Gletkin podía cometer tal error. Gletkin me ha estado aturdiendo los oídos durante los últimos diez días para que utilizásemos «métodos duros» en tu caso. Por una parte, le disgustas desde que le enseñaste los agujeros de tus calcetines; y por otra, su única experiencia ha sido con campesinos. Todo esto es para aclarar el asunto de Bogrov. El coñac, desde luego, lo mandé traer, porque estabas medio atontado cuando entré en la celda. No tengo ningún interés en que te emborraches. No tengo interés en que sufras choques morales. Todo ello no es más que una elaboración de tu espíritu exaltado. Yo te necesito sobrio y dialéctico. Mi único deseo es que sigas pensando con tranquilidad sobre tu caso hasta llegar a una conclusión, porque cuando hayas pesado el pro y el contra en todos sus aspectos, y sacado el resultado lógico, entonces, y solamente entonces, capitularás.

Rubashov se encogió de hombros, pero antes que pudiera replicar, Ivanov continuó:

–Sé que estás convencido de que no vas a capitular, Contéstame solamente a una cosa: Si te convences de la necesidad lógica y de la razón objetiva de capitular, ¿qué harás?

Rubashov no contestó inmediatamente; tenía la vaga sensación de que la discusión había tomado un giro que no debía haber permitido. Transcurrieron los cinco minutos, y no había insistido en que se fuera Ivanov; y eso solo, en aquellos momentos, era una traición hacia Bogrov, y también hacia Arlova, Ricardo y el pequeño Loewy.

–Vete –insistió– es inútil.

Y advirtió entonces que durante unos minutos se había estado paseando frente a Ivanov.

–Advierto por el tono de tu voz –repuso este, que continuaba sentado en el camastro– que reconoces que soy inocente en el asunto de Bogrov. ¿Por qué quieres entonces que me vaya? ¿Por qué no contestas a lo que te he preguntado? –Y se inclinó un poco hacia adelante, mirando con leve burla a Rubashov. Luego dijo lentamente, recalcando cada palabra–: Porque mi manera de pensar y de argumentar es la tuya propia, y temes despertar un eco dentro de tu cabeza. Dentro de un momento dirás: Vade retro, Satanás.

Rubashov no contestó; siguió paseando cerca de la ventana, enfrente de Ivanov, sintiéndose incapaz de razonar con argumentos claros. La sensación de haber pecado, lo que Ivanov llamaba «exaltación moral», no se podía expresar en fórmulas lógicas, sino que caía dentro del dominio de la «ficción gramatical». Y al mismo tiempo, cada frase de Ivanov despertaba, efectivamente, un eco en su interior, y presentía que no habría debido nunca dejarse arrastrar a esa discusión, que era como un plano inclinado y resbaladizo, donde no había manera de evitar el deslizarse.

–Vade retro, Satanás –repitió Ivanov, sirviéndose otro vaso de coñac–. Antiguamente, las tentaciones eran de naturaleza carnal. Hoy toman la forma de razonamientos puros. Los valores cambian. Me gustaría escribir una «Pasión» en la que Dios y el Diablo disputaran por el alma de San Rubashov. Después de una

vida pecadora, él ha vuelto a Dios, a un dios con la doble papada de un liberalismo industrial y de una caridad de sopas del Ejército de Salvación. Satanás, por el contrario, es delgado, ascético y un fanático devoto de la lógica. Ha leído a Maquiavelo, a Ignacio de Loyola, a Marx y a Hegel; aparece frío y despiadado a los ojos del género humano, como consecuencia de una especie de misericordia matemática. Su castigo es verse obligado a hacer siempre aquello que más le repugna; así, tiene que matar para que desaparezcan los asesinos; tiene que sacrificar corderos para evitar futuros sacrificios; que apalear a la gente para que aprendan a no dejarse apalear; tiene que desprenderse de toda clase de escrupulosa moral; y tiene que arrostrar el odio de la humanidad a causa de su amor por ella, un amor abstracto y geométrico. ¡Vade retro, Satanás! El camarada Rubashov prefiere convertirse en un mártir. Los redactores de la prensa liberal, que lo odiaban durante su vida, lo santificarán después de muerto. Ha descubierto que posee una conciencia, y una conciencia lo hace a uno tan inadecuado para la revolución como una doble papada. La conciencia se come al cerebro como si fuera un cáncer, hasta que desaparezcan los últimos restos de materia gris. Satanás es vencido y se retira, pero no imagines que se va rechinando los dientes y escupiendo fuego en su furia, sino que se limita a encogerse de hombros. Ya te he dicho que es flaco y ascético, y ha visto a muchos perder el coraje y escurrirse fuera de las filas con pretextos pomposos...

Ivanov hizo otra pausa y se bebió otro vaso de coñac. Rubashov se paseaba de acá para allá enfrente de la ventana; al cabo de un momento, preguntó:

–¿Por qué ejecutaron a Bogrov?

–¿Por qué? A causa del asunto de los submarinos –contestó Ivanov– en lo referente al tonelaje. Una vieja querrela cuyos comienzos deben ser familiares. Bogrov era partidario de la construcción de submarinos de gran tonelaje y extenso radio de acción. El Partido prefiere submarinos pequeños de corto alcance; es evidente que por el mismo dinero se puede construir tres veces submarinos pequeños que grandes. Ambas partes desplegaron convincentes razones técnicas, los expertos hicieron gran alarde de fórmulas algebraicas, dibujos y planos, pero el problema real radica en otra esfera. Grandes submarinos equivalen a una política de agresión para impulsar la revolución mundial. Pequeños submarinos significan: defensa de costas, es decir, autodefensa y aplazamiento de la revolución mundial... Este último es el punto de vista del Número Uno y del Partido.

»Bogrov tenía mucha influencia en la flota y entre los oficiales de la vieja guardia, y no bastaba con hacerlo a un lado; era preciso también desacreditarlo. Se proyectó instruir un proceso contra los partidarios de submarinos de gran radio de acción, acusándolos de saboteadores y traidores, y ya habíamos convencido a algunos ingenieros subalternos para que confesasen públicamente lo que nosotros queríamos. Pero Bogrov se negaba a toda componenda, y seguía declamando en favor de los submarinos de gran tonelaje y de la revolución mundial, con una mentalidad atrasada en dos décadas a la época actual, y sin querer entender que los tiempos están contra nosotros, que Europa atraviesa un período de reacción, que estamos en el seno de la ola, y hay que esperar que llegue la próxima y nos eleve a la cresta. En una sesión pública ante el

tribunal, solo hubiera sembrado confusión entre la gente; en consecuencia, no quedaba más solución que la liquidación administrativa. ¿No hubieras hecho tú lo mismo en nuestra posición?

Rubashov no le respondió. Dejó de pasear, y otra vez se recostó contra la pared del número 406, cerca del balde del que salía un hedor insoportable. Se quitó los lentes, y miró a Ivanov con ojos enrojecidos.

–Tú no lo oíste gemir –le dijo.

Ivanov encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior; también encontraba fétido el olor del balde.

–No –contestó–, no lo oí. Pero he visto y oído cosas semejantes. ¿Y qué?

Rubashov no le contestó. Era inútil explicárselo. Los gemidos y el sordo redoble penetraron otra vez en sus oídos como un eco. Era algo que no podía expresarse. Tampoco se podía expresar la curva de los pechos de Arlova con sus puntas tibias y agudas. Uno no puede expresar nada.

«Muere en silencio», había sido escrito en el mensaje que le llegó por medio del peluquero.

–¿Y qué? –repitió Ivanov. Alargó la pierna y esperó, pero como no obtuvo contestación, siguió hablando–: Si tuviese una pizca de piedad por ti –dijo– me iría ahora mismo dejándote solo.

Pero no tengo una pizca de piedad. Me gusta beber, y durante algún tiempo, como tú sabes, tomaba drogas; pero del vicio de la piedad he conseguido librarme. En cuanto aspiras la más pequeña dosis, estás perdido. El llanto por la humanidad y los lamentos por nosotros mismos constituyen una tendencia patológica de nuestra raza, como tú sabes bien. Nuestros más grandes poetas se suicidaron con este veneno. Hasta los cuarenta o cincuenta años, eran revolucionarios; después la piedad los consumía y el mundo los declaraba santos. Parece que tú tienes la misma ambición; habrá que creer que se trata de un proceso individual, puramente personal, algo inaudito...

Hablaba en un tono de voz algo más alto. Hizo una pausa y lanzó una nube de humo de su cigarrillo.

–Desconfía de estos éxtasis –continuó–. Cada botella de aguardiente contiene una determinada cantidad de éxtasis. Por desgracia, hay poca gente, en primer término entre nosotros, que sepa que los éxtasis de la humillación y del sufrimiento son tan baratos como los que se producen por medios químicos. Cuando volví en mí, después del cloroformo, y me encontré con un cuerpo que acababa en la rodilla izquierda, también experimenté una especie de éxtasis absoluto de infelicidad. ¿Has olvidado los consejos que me dabas entonces?

Se sirvió otro vaso y lo vació.

–Mi punto de vista es este –continuó–: No se puede considerar el mundo como una especie de burdel metafísico para las emociones. Este es nuestro principal precepto. Simpatía, conciencia, disgusto, desesperación, arrepentimiento y

penitencia, constituyen para nosotros una relajación repelente. Sentarse y quedarse hipnotizado mirándose el ombligo; volver la vista y ofrecer humildemente el cuello al revólver de Gletkin, son soluciones fáciles. La más grande tentación para cualquiera de nosotros es renunciar a la violencia, arrepentirse, ponerse en paz consigo mismo. Muy grandes revolucionarios cayeron ante esta tentación, desde Espartaco hasta Danton y Dostoiewski; ellos constituyen la modalidad clásica de traición a la causa. Las tentaciones de Dios fueron siempre más peligrosas para el género humano que las de Satanás.

En tanto que el caos domine el mundo, Dios es un anacronismo, y todos los compromisos con la propia conciencia constituyen una perfidia. Cuando la maldita voz interior te hable, tápate los oídos Buscó la botella detrás de él y se sirvió otro vaso. Rubashov observó que la botella estaba medio vacía. «Todavía te gusta solazarte», pensó.

–Los mayores criminales de la historia –continuó Ivanov– no son del tipo de Nerón y de Fouché, sino del tipo de Gandhi y de Tolstoi. La voz interior de Gandhi ha hecho más para impedir la liberación de la India que los cañones ingleses. Venderse por treinta dineros es una transacción honrada, pero venderse a la propia conciencia de uno es abandonar el género humano. La historia es, a priori, amoral: no tiene conciencia. Pretender conducir la historia con arreglo a las máximas de una escuela dominical, es lo mismo que dejarla ir al garete, y esto lo sabes tú tan bien como yo. Conoces lo que se ventila en esta lucha, y me vienes hablando de los gemidos de Bogrov...

Vació el vaso y añadió:

–O con remordimientos de conciencia por aquella gorda de Arlova.

Rubashov sabía de antiguo que Ivanov podía aguantar mucha bebida, sin que se advirtiese en él más cambio que una manera de hablar ligeramente más enfática. «Necesitas consuelo» –pensó Rubashov–, «quizás más que yo.» Se sentó sobre el estrecho taburete opuesto a Ivanov, y escuchó.

Todo esto no era nuevo para él; durante años había defendido las mismas tesis con los mismos o semejantes argumentos. La diferencia estaba en que, en aquellos tiempos, él no conocía esos procesos interiores, de los que Ivanov hablaba con tanto desprecio, más que como abstracciones, pero desde entonces había sentido la «ficción gramatical» como una realidad física en su propio cuerpo. Pero estos procesos irracionales ¿se habían vuelto más admisibles simplemente porque él tenía conocimiento personal de ellos? ¿Era menos necesario combatir la «intoxicación mística», solo por el hecho de que se había uno intoxicado con ella? Cuando hacía un año había enviado a Arlova a la muerte, no había tenido suficiente imaginación como para pintarse los detalles de una ejecución. ¿Se habría conducido de modo distinto si hubiera conocido algunos de sus aspectos? O tenía razón, o no la tenía, al sacrificar a Ricardo, Arlova y al pequeño Loewy. Pero ¿qué tenían que ver con la razón o la sinrazón de la medida en sí, el tartamudeo de Ricardo, los pechos de Arlova o los gemidos de Bogrov?

Rubashov empezó otra vez a pasearse por la celda. Sentía que todo lo que había experimentado desde su prisión había sido solamente un prelude; que sus meditaciones lo habían llevado

a un callejón sin salida, o a la entrada de lo que Ivanov había llamado el «burdel metafísico»; y que tenía que volver a empezar desde el principio. Pero ¿cuánto tiempo le quedaba? Se detuvo, tomó el vaso de la mano de Ivanov y luego de llenarlo lo vació de un trago.

Ivanov se quedó mirándolo.

–Eso es mejor –dijo con una sonrisa fugaz–. El monólogo en forma de diálogo es una institución útil. Espero haber reproducido eficazmente la voz del tentador. Qué lástima que la parte contraria no está representada, aunque esto es esencial en sus trucos, ya que nunca se deja arrastrar a una discusión racional. Siempre ataca al hombre cuando está indefenso, cuando está solo y rodeado de una efectiva mise en scène: desde una zarza ardiendo hasta una cumbre de montañas cubierta de nubes; prefiere sorprender durmiendo a las víctimas. Los procedimientos del gran moralista son bastante teatrales y de mala fe...

Rubashov ya no escuchaba. Paseando de un lado a otro se preguntaba si en el caso de que Arlova estuviese viva hoy, la volvería a sacrificar. Este problema lo fascinaba, y le parecía que su solución contenía la respuesta a todas las preguntas...

Se detuvo frente a Ivanov y le preguntó:

–¿Te acuerdas de Raskolnikov?

Ivanov se sonrió con ironía:

–Era de esperar que tarde o temprano llegarías a eso. Crimen y castigo... ¿Pero te has vuelto niño, o has llegado a la senilidad?

–Espera un momento, espera un momento –dijo Rubashov, andando agitadamente–. Todo esto es pura conversación, pero me parece que estamos llegando a la meta. Si mal no recuerdo, el problema es este: si el estudiante Raskolnikov tenía derecho, o no, de matar a la vieja. Es joven y tiene talento; eso equivale a llevar una irredimible promesa de vida en el bolsillo; ella es vieja y completamente inútil para el mundo. Pero la ecuación no cuadra. En primer lugar, las circunstancias lo obligan a asesinar a una segunda persona; esta es la inesperada e ilógica consecuencia de una acción aparentemente simple y lógica. En segundo lugar, la ecuación no puede mantenerse en ningún caso, porque Raskolnikov descubre que dos por dos no son cuatro cuando las unidades matemáticas son seres humanos.

–Realmente –dijo Ivanov– si quieres saber mi opinión, deberían quemarse todos los ejemplares de ese libro. Considera un momento adónde habría llevado esa filosofía nebulosa, ese humanitarismo, si los hubiésemos tomado literalmente, si nos hubiéramos aferrado al precepto de que el individuo es sagrado, y de que no debemos tratar a las vidas humanas según las reglas de la aritmética. Eso hubiera significado que un comandante de batallón no podría sacrificar a un tonto como Bogrov, aunque al no hacerlo corriésemos el riesgo de que nuestras ciudades costeras fuesen bombardeadas impunemente y hechas polvo dentro de un par de años...

Rubashov meneó la cabeza:

-Todos tus ejemplos están tomados de la guerra, es decir, de circunstancias anormales.

-Desde que se inventó la máquina de vapor –replicó Ivanov– el mundo ha estado permanentemente en estado de anormalidad, y las guerras y las revoluciones son justamente la expresión de ese estado. Tu Raskolnikov es, de cualquier modo, un tonto y un criminal, no porque se condujese lógicamente al matar a la vieja, sino porque lo hizo por un interés personal. El postulado de que el fin justifica los medios es y sigue siendo la única regla de ética política; todo lo demás es pura especulación verbal y se funde entre los dedos... Si Raskolnikov hubiese acabado con la vieja por orden del Partido, por ejemplo, para aumentar el fondo de huelga o para instalar una prensa clandestina, la ecuación se habría podido resolver, y la novela, con su engañoso problema, no se habría escrito nunca, con beneficio para la humanidad.

Rubashov no dio ninguna respuesta. Estaba todavía fascinado por el problema de si hoy, después de las experiencias de los últimos meses y los últimos días, hubiera enviado otra vez a Arlova a la muerte. No sabía qué contestar. Ivanov tenía razón, pensando lógicamente, en todo lo que decía; el oponente invisible permanecía silencioso, y solo hacía advertir su presencia por un vago sentimiento de desasosiego. Y también en eso tenía razón Ivanov, al definir la conducta del «opponente invisible», que nunca se prestaba a la discusión y atacaba a la gente solo en los momentos en que estaba indefensa, lo que suponía una conducta muy dudosa...

–No me gusta mezclar ideologías –continuó Ivanov–. Hay solamente dos concepciones en la ética humana, y son dos polos opuestos. Una de ellas es cristiana y humanitaria; declara que el individuo es sacrosanto, y afirma que las leyes aritméticas no se aplican a las unidades humanas. La otra se basa en el principio de que una necesidad colectiva justifica todos los medios, y no solo permite, sino que exige que el individuo se subordine y sacrifique a la comunidad, la que puede disponer de él como si fuese un conejo de Indias para fines de experimentación, o un cordero para un sacrificio religioso. La primera concepción podría llamarse moralidad de antivivisección y la segunda, moralidad viviseccionista. Los embaucadores y los diletantes han procurado siempre mezclar los dos conceptos, pero en la práctica esto es imposible. Cualquiera que tenga la responsabilidad del poder, se encuentra a las primeras de cambio con que tiene que escoger, y se ve fatalmente llevado a la segunda alternativa. ¿Acaso conoces, desde que el cristianismo se hizo religión de Estado, un solo ejemplo de un Estado que haya seguido una política cristiana? No me puedes citar ni uno. Cuando la necesidad aprieta, y en política la necesidad aprieta de modo crónico, los gobernantes tienen siempre que declarar «un estado de excepción» que requiere excepcionales medidas de defensa. Y desde que existen, naciones y clases viven en un estado permanente de mutua autodefensa que las obliga a diferir para mejores tiempos las prácticas del humanitarismo...

Rubashov se asomó a la ventana. La nieve fundida se había vuelto a helar, y brillaba con su irregular superficie de cristales de un amarillo blancuzco. El centinela, con el fusil al hombro se paseaba por la pared de enfrente; el cielo estaba claro y sin luna,

y sobre la torrecilla de la ametralladora se veía un trozo de la Vía Láctea.

–Reconozco –dijo– que el humanitarismo y la política, el respeto por el individuo y el progreso social, son incompatibles. Admito que Gandhi es una catástrofe para la India; que la pureza en la elección de medios conduce a una impotencia política. Estamos de acuerdo en todo lo negativo. Pero mira adónde nos ha conducido la otra alternativa.

–Bien –preguntó Ivanov– ¿adónde?

Rubashov se frotó los lentes con la manga y los miró con sus ojos miopes:

–¡Qué revoltijo, qué confusión hemos hecho de nuestra edad de oro! –dijo.

–Puede ser –replicó Ivanov sonriendo con satisfacción–. Hasta ahora todas las revoluciones las han hecho diletantes moralistas. Recuerda a los Gracos y a Saint–Just, y a la Comuna de París.

Todos iban de buena fe, y perecían a causa de su diletantismo. Por primera vez, somos consecuentes...

–Sí –dijo Rubashov–, tan consecuentes que, en interés de una justa distribución de la tierra, dejamos deliberadamente morir de hambre, en un año, a cinco millones de campesinos y sus familias. Tan consecuentes nos mostramos en la liberación de seres humanos de la explotación industrial, que enviamos diez millones de personas a ejecutar trabajos forzados en las

regiones árticas y en las selvas del Este, en condiciones similares a las de los antiguos galeotes. Tan consecuentes, que para zanjar una diferencia de opinión no conocemos más que un argumento: la muerte, sea en materia de submarinos, de abonos agrícolas, o de la línea del Partido en Indochina.

»Nuestros ingenieros trabajan con la amenaza constante de que un error en los cálculos pueda significar la prisión o el patíbulo; los altos funcionarios de nuestra administración inutilizan y destrozan a sus subordinados, porque saben que serán culpados por el más leve descuido y serán destruidos ellos mismos; nuestros poetas resuelven sus discusiones sobre el estilo literario mediante denuncias a la policía secreta, puesto que los expresionistas consideran a los naturalistas contrarrevolucionarios y viceversa. Así, diciendo actuar en nombre de los intereses de las generaciones venideras, hemos infligido tales privaciones a la presente, que la vida humana se ha acortado en una cuarta parte. Para asegurar la existencia del país, hemos tenido que tomar medidas de excepción y adoptar leyes transitorias, que son, en todo sentido, contrarias a los fines de la Revolución; las condiciones de trabajo son más duras, la disciplina más inhumana, y la reglamentación más depresiva y dañosa que en los países coloniales con mano de obra indígena; hemos rebajado el límite de edad para la aplicación de la pena capital hasta los doce años; nuestras leyes sexuales son más restrictivas que las inglesas del período victoriano, y la adoración a nuestro Caudillo es más bizantina que en las dictaduras reaccionarias.

»En nuestras escuelas y por nuestra prensa se cultivan el chauvinismo, el militarismo, el dogmatismo, el conformismo y la

ignorancia. El poder arbitrario del gobierno es ilimitado hasta un extremo que carece de ejemplo en la historia. La libertad de prensa, la de opinión y de asociación han sido exterminadas tan completamente como lo estaban antes de la proclamación de los Derechos del Hombre. Hemos organizado un gigantesco aparato policíaco, con delatores a quienes se considera como una institución nacional, y con el más refinado sistema científico de tortura física y mental. Azotamos a las sufridas masas del país hacia una futura felicidad teórica, que solamente nosotros somos capaces de avizorar. Pero las energías de esta generación están agotadas; se gastaron en la Revolución; además han sido sangradas copiosamente, y solo queda una masa quejumbrosa, estúpida, apática, de carne dispuesta al sacrificio. Esos son los resultados de nuestra autosuficiencia. Tú llamas a todo esto moralidad de vivisección. A mí algunas veces me parece como si los vivisectores hubiesen desarrollado a la víctima dejándola en pie con los tejidos, músculos y nervios al descubierto...

–Bueno, ¿y qué con eso? –dijo Ivanov con satisfacción–. ¿No lo encuentras maravilloso? ¿Se ha hecho alguna vez algo más estupendo en la historia? Estamos desollando a la humanidad para que eche piel nueva, y eso no es ocupación para los que tengan nervios débiles; además, hubo un tiempo en que eso te llenaba de entusiasmo. ¿Qué te ha cambiado, hasta volverte más delicado que una solterona vieja?

Rubashov deseó contestarle: «He cambiado desde que oí a Bogrov gritar mi nombre», pero se dio cuenta de que esta respuesta carecía de sentido. En vez de eso repuso:

–Para continuar con la misma metáfora: veo el cuerpo desollado de esta generación, pero no veo trazas de la piel nueva. Todos creíamos que podíamos manipular con la historia como si se tratase de un experimento de física, y la diferencia está en que en un laboratorio puede repetirse cuantas veces se quiera el experimento, pero en la historia puede hacerse solo una vez. Danton y Saint–Just subieron al cadalso solo una vez, y aunque se llegase a demostrar que los submarinos de gran tonelaje eran los mejores, no por eso volvería a la vida el camarada Bogrov.

–¿Y qué deduces de ello? –preguntó Ivanov–. ¿Debemos sentarnos con los brazos cruzados porque nunca se puedan prever las consecuencias de un acto, y, por consiguiente, toda acción es un mal? Respondemos de todos nuestros actos con nuestras cabezas, y no se nos puede pedir más. En el campo contrario no son tan escrupulosos. Cualquier general, así sea un viejo idiota, puede hacer experimentos con miles de cuerpos vivientes, y si se equivoca, lo más que le hacen es pasarlo a la reserva. Las fuerzas de la reacción y de la contrarrevolución no tienen escrúpulos ni problemas éticos. Imagínate a Sila, a Gallifat o a Kolchak leyendo a Raskolnikov. A pájaros como tú solo se los encuentra en los árboles de la Revolución. Para los otros es más fácil...

Miró el reloj. Las paredes de la celda se iban coloreando de un gris sucio, y el pedazo de periódico que tapaba el hueco del cristal roto se movía a impulsos de la brisa matinal. En la plataforma del muro opuesto, el centinela seguía paseando.

–Para un hombre con tu pasado –continuó Ivanov– esta súbita repulsión contra los métodos experimentales es algo cándida. Todos los años mueren millones de gentes sin beneficio alguno, por las epidemias u otras catástrofes naturales. ¿Y vamos nosotros a asustarnos ante la necesidad de sacrificar unos cuantos cientos de miles para continuar el más prometedor experimento de la historia? No me refiero a los que mueren por falta de alimento y por la tuberculosis en las minas de carbón y de mercurio, en los campos donde se cultiva el arroz y en las plantaciones de algodón. De esos nadie se ocupa, ni se pregunta cómo ni cuándo. Pero si fusilamos a unos miles de personas que, objetivamente son perjudiciales, los humanitarios de toda la tierra echan espuma por la boca. Sí; hemos liquidado a la parte parásita de los campesinos dejándola morir de hambre. Era una operación quirúrgica, que había que hacer de una vez por todas. Ya hemos olvidado que en los buenos viejos días antes de la Revolución morían en igual cantidad en un solo año de sequía, solo que sin sentido e inútilmente. Las víctimas de las inundaciones del río Amarillo en China ascienden algunas veces a cientos de miles. La naturaleza es generosa en sus insensibles experimentos con el género humano. ¿Por qué el género humano no ha de tener derecho a experimentar en sí mismo?

Hizo una pausa. Rubashov no contestaba. Siguió:

–¿Has leído alguna vez algún folleto de propaganda de una sociedad antiviviseccionista? Te parten el corazón y te dejan quebrantado por algún tiempo; cuando lees que el pobre perro al que han cortado el hígado en pedazos, gime y lame la mano de su atormentador, sientes tantas náuseas como las que tú sentías anoche. Pero si los antiviviseccionistas consiguieran lo

que se proponen, no habría sueros contra el cólera, ni se podría prevenir la tifoidea o la difteria...

Acabó de beberse el resto de la botella, bostezó, se desperezó, levantóse, y se acercó cojeando a Rubashov, que seguía junto a la ventana. Miró hacia fuera.

–Ya es de día –dijo–. No seas tonto, Rubashov. Todo lo que te he dicho esta noche son cosas elementales que sabes tan bien como yo. Te hallabas en un estado de depresión nerviosa, pero ya pasó.

Estaba al lado de Rubashov, junto a la ventana, con un brazo sobre su hombro, y su voz sonaba casi tierna.

–Vete ahora a dormir, viejo camarada –le instó–; mañana termina el plazo y los dos debemos tener la cabeza clara para redactar tu declaración. No te encojas de hombros, bien sabes que estás casi convencido de que firmarás. Si lo niegas es solo por cobardía moral. La cobardía moral ha llevado a muchos al martirio.

Rubashov siguió mirando la grisácea luz del amanecer. El centinela estaba en aquel momento dando media vuelta, y sobre la torrecilla de la ametralladora se veía el cielo, de un gris pálido, con una sombra de rojo.

–Lo pensaré definitivamente –dijo Rubashov al cabo de unos minutos.

Cuando se cerró la puerta detrás de su visitante, Rubashov reconoció que ya estaba casi derrotado. Se tiró en el camastro,

agotado y, no obstante, con una extraña sensación de alivio. Le parecía que se encontraba vacío por dentro, y, al mismo tiempo, sentía como si le hubiesen quitado un peso de encima. La llamada patética de Bogrov había perdido en su memoria algo de su agudeza acústica. ¿Quién podría calificar de traición que se guarde fe a los vivos y no a los muertos?

En tanto que Rubashov dormía profundamente y sin sueños (también se había calmado el dolor del diente), Ivanov, en el camino a su cuarto, hizo una visita a Gletkin. Gletkin estaba sentado a su mesa, minuciosamente uniformado, y trabajaba en unos ficheros. Durante muchos años había tenido la costumbre de trabajar toda la noche tres o cuatro veces por semana. Cuando Ivanov entró en la habitación, Gletkin se puso de pie y se cuadró.

–Ya está arreglado todo –habló Ivanov–; mañana firmará. Pero he tenido que sudar para reparar tu idiotez.

Gletkin no contestó; seguía rígidamente en posición de firme. Ivanov, que recordaba la movida escena que había tenido con él antes de su visita a Rubashov, y sabía lo vengativo que era su subordinado, se encogió de hombros y le sopló un poco de humo en la cara.

–No seas tonto –le dijo–. Todavía tomas las cosas como asuntos personales. Si hubieras estado en su lugar, habrías sido aún más testarudo.

–Yo tengo la fortaleza de que él carece –dijo Gletkin.

–Pero eres un completo idiota –repuso Ivanov–; solo por esa contestación, te debían matar antes que a él.

Se acercó a la puerta cojeando y salió dando un portazo.

Gletkin se sentó a la mesa otra vez. No creía en el triunfo de Ivanov, y al mismo tiempo, lo temía. La última frase de Ivanov había sonado como una amenaza; nunca se sabía si hablaba en serio o en broma. Es probable que ni él mismo lo supiera, como pasaba con todos esos cínicos intelectuales...

Gletkin se encogió de hombros, se ajustó el cuello y los puños del uniforme, y siguió trabajando en el montón de documentos.

TERCER INTERROGATORIO

Hay ocasiones en que las palabras deben servir de pantalla a los hechos. Pero esto debe hacerse de manera que nadie se dé cuenta de ello, y para el caso de que trasluciera, hay que tener preparadas excusas y hacer de ellas uso inmediatamente.

MAQUIAVELO, *Instrucciones a Raffaello Girolami.*

Pero que tu respuesta no sea más que sí, sí; no, no; porque quienquiera que diga más que esto hace mal.

S. MATEO, V. 37.

1

EXTRACTO DEL DIARIO DE N. S. RUBASHOV, EN EL VIGÉSIMO
DÍA DE CAUTIVERIO

... Vladimiro Bogrov se ha caído del columpio. Hace ciento cincuenta años, el día de la toma de la Bastilla, el columpio europeo empezó otra vez a balancearse después de una larga inacción. Habíase separado de la tiranía con gusto, y había continuado, con ímpetu al parecer indomable, subiendo hacia la libertad, elevándose durante cien años, cada vez más alto en las esferas del liberalismo y de la democracia. Pero, sin saber por qué, el paso se fue haciendo más lento; la oscilación alcanzó el punto más alto de su recorrido, donde a la vez se inicia el retroceso, se detuvo un segundo, y empezó la carrera en sentido contrario, con velocidad creciente. Con el mismo ímpetu con que había subido, el columpio llevó otra vez a sus pasajeros de la libertad a la tiranía, y aquel que mirando a la altura olvidó agarrarse, se mareó y cayó.

Todo aquel que desee evitar el vértigo ha de procurar encontrar la ley del movimiento del péndulo, puesto que la historia parece presentar un movimiento pendular que va del absolutismo a la democracia, y de la democracia vuelve a la dictadura absoluta.

La cantidad de libertad individual que un pueblo puede conquistar y conservar depende del grado de su madurez política. El movimiento pendular antes citado parece indicar que la madurez política de las masas no sigue en su desarrollo una curva ascendente continua, como lo hace el crecimiento de un individuo, sino que está determinada por leyes más complicadas.

La madurez política de las masas queda implícita en la capacidad de reconocer sus propios intereses. Esto, sin

embargo, presupone cierto conocimiento del proceso de producción y distribución de los artículos y géneros de consumo. La capacidad de un pueblo para gobernarse a sí mismo democráticamente es, de este modo, proporcionada al grado de entendimiento que posee acerca de la estructura y funcionamiento del cuerpo social.

Ahora bien, cada perfeccionamiento técnico crea una nueva complicación en la maquinaria económica, provoca la aparición de nuevos factores y combinaciones, que las masas no pueden comprender durante cierto tiempo. En cada salto del progreso técnico, el relativamente más lento desarrollo intelectual de las masas queda un paso más atrás que aquel; viene a resultar, de este modo, un descenso en el termómetro de la madurez política.

Pasan décadas, a veces generaciones enteras, antes de que el nivel de comprensión de un pueblo se adapte gradualmente a la modificada condición de la vida, esto es, hasta que vuelve a tener la misma capacidad para gobernarse a sí mismo que tenía en un escalón inferior de civilización. En consecuencia, la madurez política de las masas no puede expresarse en una cifra absoluta, sino solo relativamente, es decir, en proporción al estado de la civilización en aquel momento.

Cuando las masas son conscientes en un grado equivalente al progreso material alcanzado, sigue inexcusablemente un período de predominio democrático, al que se llega pacíficamente o por la fuerza. Hasta que el próximo salto de la técnica (por ejemplo, el descubrimiento del telar mecánico), deja otra vez a las masas en un estado de relativa inmadurez, y

hace posible, y hasta necesario, alguna forma de gobierno absolutista.

Este proceso podría compararse al paso de un barco a través de un canal de esclusas.

Cuando entra en la primera esclusa, el barco está a un nivel más bajo con relación a la capacidad de la misma, y poco a poco, a medida que la esclusa se llena de agua, se va elevando hasta ese nivel. Pero esta nivelación es solo ilusoria, pues al llegar a la segunda esclusa, el proceso tiene que repetirse. Los muros de las cámaras de la esclusa representan el estado objetivo de control de las fuerzas naturales, o sea la civilización técnica; el nivel de agua en la esclusa indica la madurez política de las masas. No tendría significado medir esta última como una altura absoluta sobre el nivel del mar; lo que cuenta es la diferencia de niveles en las cámaras de la esclusa.

El descubrimiento de la máquina de vapor inició un período de rápido progreso material y, en consecuencia, un igualmente rápido período de subjetivo retroceso político. La era industrial es aún joven en la historia, así que la discrepancia entre su extremadamente complicada estructura económica y la comprensión que las masas tienen de esta es todavía muy grande. De esta manera, es comprensible que la relativa madurez política de las naciones en la primera mitad del siglo XX, sea menor que la que tenían doscientos años antes de Jesucristo, o bien al concluir el período feudal.

El error de la teoría socialista fue creer que la conciencia de las masas se desarrolla de un modo constante y continuo, y de ahí

su desorientación ante el movimiento pendular de la última etapa, esa automutilación ideológica de los pueblos. Nosotros creíamos que la adaptación de las masas mundiales al cambio de las circunstancias era un proceso simple que podía medirse en años; mientras que, según la experiencia histórica, hubiera sido mucho más adecuado medirlo por siglos. Los pueblos de Europa están muy lejos todavía de haber digerido mentalmente las consecuencias de la máquina de vapor, y el sistema capitalista se vendrá abajo antes que las masas lo hayan entendido.

En el País de la Revolución, las masas están gobernadas por las mismas leyes de pensamientos que en otras partes. Han llegado a la esclusa superior, pero todavía están por debajo del nivel de la posición más alta del canal. El nuevo sistema económico que ha sustituido al antiguo es aún más incomprensible para ellos. Hay que empezar de nuevo la penosa y laboriosa subida, y pasarán probablemente varias generaciones antes de que el pueblo llegue a entender al nuevo estado de cosas, que ellos mismos crearon con la Revolución.

Hasta entonces, a pesar de todo, es imposible una forma democrática de gobierno, y la cantidad de libertad individual que se puede conceder es aún menos que en los otros países.

Hasta entonces, nuestros dirigentes están obligados a gobernar como si se encontrasen en un espacio vacío, lo que, medido por el patrón clásico liberal, no es espectáculo agradable. Pero no hay que olvidar que todo el horror, la degradación y la hipocresía que resaltan a primera vista, no son más que la consecuencia visible e inevitable de la ley que antes

hemos citado. ¡Desgraciado del tonto y del esteta admirador de la teoría pura que se limita a preguntar el cómo y no el porqué! ¡Pero desgraciada también de la oposición en un período en que las masas no están, relativamente, maduras, como ocurre en el período actual!

En las épocas de madurez política es deber y función de la oposición apelar a las masas, mientras fuera de estos períodos solo los demagogos invocan el «Superior juicio del pueblo».

Durante estas épocas la oposición tiene dos alternativas: apoderarse del poder mediante un golpe de Estado, sin contar con el apoyo de las masas; o arrojarse del columpio en muda desesperación. «Morir en silencio.»

Hay un tercer camino que también es compatible, y que en nuestro país se ha convertido en sistema, que consiste en negar y suprimir la propia convicción, cuando no hay manera de materializarla. Como el único criterio moral que reconocemos es el de la utilidad social, la desaprobación pública del propio criterio para permanecer en las filas del partido es evidentemente más honorable que el acto quijotesco de continuar una lucha sin esperanza.

Todas las cuestiones de orgullo personal, los prejuicios que existen por todas partes contra ciertas formas de humillación, los sentimientos personales de cansancio, disgusto y vergüenza, hay que arrancarlos de raíz...

2

Rubashov había empezado a escribir sus reflexiones sobre el «columpio» inmediatamente después del toque de diana en la mañana del día siguiente a la ejecución de Bogrov y la visita de Ivanov.

Cuando le llevaron el desayuno, bebió un trago de café y dejó enfriar el resto. Su escritura, que durante los últimos días había perdido su carácter haciéndose imprecisa y laxa, volvió otra vez a ser firme y disciplinada; las letras se hicieron más pequeñas e iguales y los floreos abiertos se convirtieron en ángulos agudos. Cuando leyó lo escrito, se dio cuenta del cambio.

A las once de la mañana fueron a buscarlo para dar su paseo, como de costumbre, y tuvo que suspender su trabajo. Al llegar al patio, no le dieron como compañero de ronda al viejo Rip van Winkle, sino a un delgado campesino con alpargatas. Rip van Winkle no estaba en el patio, y solo entonces advirtió Rubashov que no había oído a la hora del desayuno su acostumbrado «Arriba los pobres del mundo». Según las apariencias, se habían llevado al pobre viejo, solo Dios sabía dónde.

Desgraciada y haraposa polilla que había sobrevivido de modo milagroso e inútil a su ciclo vital, para reaparecer en la estación contraria, dar unos cuantos revoloteos en círculo y caer luego convertida en polvo.

Al principio, el campesino trotaba en silencio al lado de Rubashov, mirándolo de reojo.

Después de la primera vuelta se aclaró la garganta varias veces y lanzando una mirada furtiva, dijo:

–Vengo de la provincia D. ¿Ha estado alguna vez allí, excelencia?

Rubashov contestó con un ademán negativo. La provincia D. era una lejana región del Este, de la cual solo tenía una vaga idea.

–Ciertamente está muy lejos –continuó el campesino– y hay que montar en camellos para llegar allí. ¿Es usted un político, excelencia?

Rubashov asintió. Las alpargatas del labriego tenían las suelas abiertas y andaba con los dedos de los pies desnudos, pisando la nieve apisonada; tenía un cuello delgado, y continuamente inclinaba la cabeza mientras hablaba, como si estuviera repitiendo el amén de una letanía.

–También yo soy un detenido político –dijo–; es decir, yo soy un reaccionario. Dicen que todos los reaccionarios deben ser apartados por diez años. ¿Cree usted que me apartarán diez años, excelencia?

Hizo un movimiento con la cabeza y miró de soslayo a los guardias que estaban en el centro del patio en un pequeño grupo, dando patadas en el suelo y sin hacer caso de los prisioneros.

–¿Qué ha hecho usted? –preguntó Rubashov.

–Me descubrieron como reaccionario cuando pincharon a los niños –contestó el campesino–. Todos los años el Gobierno envía una comisión para distintas cosas. Hace dos años llevaron periódicos para leer y muchos retratos de la gente del Gobierno. El año pasado envió una máquina trilladora y cepillos para limpiar los, dientes, y este año mandó unos tubitos de vidrio con agujas para pinchar a los niños. Y vino una mujer con pantalones de hombre que quería pinchar a todos los muchachos uno después de otro. Cuando llegó a mi casa, mi mujer y yo cerramos la puerta; nos declararon reaccionarios, y entonces quemamos los periódicos y los retratos y rompimos la trilladora; un mes después vinieron y nos detuvieron a todos.

Rubashov murmuró algo, pensando en la continuación de su ensayo sobre el gobierno autónomo. Se le vino a la memoria lo que había leído una vez sobre los indígenas de Nueva Guinea, que estando al mismo nivel intelectual que este campesino, vivían no obstante en una completa armonía social y poseían instituciones democráticas sorprendentemente adelantadas... Habían alcanzado el nivel más alto de la esclusa inferior.

El campesino tomó el silencio de Rubashov como un signo de desaprobación y se ensimismó aún más. Tenía los dedos de los pies azules de frío; suspiraba de vez en cuando, y seguía trotando junto a su silencioso compañero.

Tan pronto como volvió a su celda, Rubashov siguió escribiendo. Creía haber descubierto algo en la ley de la «madurez relativa», y trabajaba en un estado de tensión extrema. Cuando le trajeron la comida del mediodía, casi había

terminado; comió su ración, y lleno de satisfacción se echó en el camastro.

Estuvo durmiendo por espacio de una hora, tranquilamente y sin sueños, y se despertó muy descansado. El número 402 había estado transmitiendo en la pared por algún tiempo; evidentemente se sentía menospreciado. Inquiría a Rubashov por el nuevo compañero de ronda, a quien había visto desde la ventana, pero Rubashov le interrumpió. Sonriéndose a sí mismo, transmitió con los lentes:

–ESTOY CAPITULANDO.

Y esperó con curiosidad el efecto. Nada vino durante algún tiempo; el número 402 estaba silencioso. Solo al cabo de unos minutos, expresó:

–PREFIERO QUE ME AHORQUEN...

Rubashov se sonrió y transmitió:

–CADA UNO ACTÚA SEGÚN LA CLASE A LA CUAL PERTENECE.

Esperaba una explosión de rabia del número 402, pero, en vez de eso, los golpecitos sonaron suaves, como si indicaran resignación:

–SENTÍA INCLINACIÓN A CONSIDERARLO UNA EXCEPCIÓN. NO LE QUEDA UNA MIGAJA DE HONOR.

Rubashov se tendió de espaldas, con los lentes en la mano. Se sentía contento y tranquilo.

Transmitió:

–NUESTRAS IDEAS DEL HONOR SON DIFERENTES.

El número 402 transmitió con rapidez:

–EL HONOR CONSISTE EN VIVIR Y MORIR POR LAS IDEAS EN QUE UNO CREE.

Rubashov contestó casi tan rápidamente:

–EL HONOR CONSISTE EN SER ÚTIL, SIN VANIDAD.

El número 402 contestó esta vez más alto, como con rabia:

–EL HONOR ES DECENCIA, NO UTILIDAD.

–¿QUÉ ES LA DECENCIA? –preguntó Rubashov, espaciando cómodamente las letras.

Contrastando con su calma, sonaban furiosos los golpes al otro lado de la pared:

–ES ALGO QUE USTEDES NUNCA ENTENDERÁN –fue la respuesta del número 402 a la pregunta de Rubashov. Se encogió de hombros:

–HEMOS REEMPLAZADO LA DECENCIA POR LA RAZÓN –replicó.

El número 402 no contestó.

Antes de cenar, Rubashov leyó de nuevo lo que había escrito, haciendo una o dos correcciones, y lo copió en forma de carta dirigida al Fiscal General de la República. Subrayó los párrafos que se referían a las alternativas de la oposición, y terminó el documento con la siguiente frase final:

«El que suscribe, N. S. Rubashov, antiguo miembro del Comité Central del Partido, excomisario del Pueblo, excomandante de la segunda división del Ejército Revolucionario, condecorado con la Orden de la Revolución por arrojo frente a los enemigos del Pueblo, ha decidido, en consideración de las razones expuestas anteriormente, renunciar por completo a su actitud de oposición y denunciar públicamente sus errores.»

3

Durante dos días, Rubashov esperó en vano que lo llevaran ante Ivanov; esto le parecía seguro, en cuanto entregó al viejo carcelero el documento donde anunciaba su capitulación, lo que hizo el mismo día que expiró el plazo concedido. Pero aparentemente nadie tenía prisa en ocuparse de él; tal vez Ivanov estaba estudiando su teoría de la «madurez relativa», o más probablemente, el documento había sido remitido a las autoridades superiores.

Rubashov sonreía ante el pensamiento de la consternación que debería haber causado entre los «teóricos» del Comité Central. Antes de la Revolución, y durante algún tiempo

después, no había existido distinción alguna entre los «teóricos» y los «políticos». La táctica que había que seguir en un momento dado se decidía de acuerdo con la doctrina revolucionaria, en discusión abierta: los movimientos estratégicos durante la guerra civil, la requisita de las cosechas, la división y la distribución de la tierra, la introducción de una nueva moneda, la reorganización de las fábricas, en una palabra, todas las medidas administrativas representaban un acto de filosofía aplicada. Cada uno de aquellos hombres cuya cabeza numerada aparecía en la vieja fotografía que había decorado una vez las paredes del despacho de Ivanov, sabía más de economía política, filosofía del derecho y arte de gobernar que todos los catedráticos profesionales de las universidades de Europa. Las discusiones en los congresos durante la guerra civil habían alcanzado una altura a la que nunca había llegado ninguna corporación política; los informes que se publicaban en las revistas científicas de los demás países se parecían mucho a las actas de esas sesiones, con la diferencia que, del resultado de una discusión, dependían la vida y el bienestar de millones de seres humanos y, lo que era más importante, el porvenir de la Revolución.

Ahora la vieja guardia estaba agotada, y la lógica de la historia ordenaba que mientras más estable se fuera haciendo el régimen, más rígido tenía que ser, con el objeto de prevenir la posibilidad de que las enormes fuerzas dinámicas que la revolución había desatado invirtiesen su sentido y la hicieran saltar por los aires. Había concluido la época de los congresos filosóficos; en lugar de los venerables retratos solo una mancha clara había quedado en la pared del despacho de Ivanov, y a la filosofía incendiaria había seguido un período de saludable

esterilidad. Las teorías revolucionarias habían cuajado en un culto dogmático, con un catecismo simplificado y fácilmente comprensible, y con el Número Uno actuando como sumo sacerdote. Todos sus discursos y sus artículos presentaban, hasta en el estilo, el carácter de un catecismo infalible; fueron divididos incluso en preguntas y respuestas, con una persistencia maravillosa en la simplificación grosera de los hechos y problemas actuales. El Número Uno, poseía, indudablemente, un instinto especial para aplicar la «ley de la madurez relativa de las masas». Los diletantes de la tiranía forzaron sus ideas a seguir a la voz de mando, el Número Uno les había enseñado a pensar a la voz de mando.

A Rubashov le divertía pensar en lo que los actuales teóricos del Partido iban a decir de su carta. En las actuales circunstancias, ella representaba la herejía más desenfundada: criticaba a los santos padres de la doctrina, cuya palabra era tabú; se llamaba al pan, pan, y al vino, vino; y se llegaba hasta considerar la figura sacrosanta del Número Uno de un modo objetivo en su contextura histórica. Seguramente, esos infortunados teóricos del presente, cuya única tarea era convertir los súbitos cambios de frente del Número Uno en la última palabra de la filosofía, estarían retorciéndose en la agonía.

El Número Uno se permitía de vez en cuando los más extraños ardidés con sus teorizantes.

Una vez pidió al comité de expertos que editaba el periódico del Partido sobre economía, que le hiciesen un análisis de la crisis industrial norteamericana. El trabajo completo requirió

varios meses de labor; por último, apareció el número especial en el cual (basándose en la tesis expuesta por el Número Uno en el discurso que pronunció en el último congreso) se demostraba, aproximadamente en trescientas páginas, que el auge industrial de Norteamérica era puramente ficticio, y que en realidad los Estados Unidos estaban sufriendo una terrible depresión, de la cual no podrían salir sino tras una revolución victoriosa. El mismo día que apareció el número especial, el Número Uno recibió a un periodista norteamericano y lo hizo estremecerse, y con él al mundo, al pronunciar la siguiente frase sentenciosa, entre dos chupadas de pipa:

–La crisis ha acabado en Norteamérica; los negocios son normales de nuevo.

Los vocales del comité de expertos, seguros de ser degradados y probablemente arrestados, escribieron aquella misma noche sendas cartas en las que confesaban sus «fechorías y mala conducta por haber evidenciado teorías contrarrevolucionarias y análisis engañosos». Aseguraron, además, su arrepentimiento y prometieron repararlas públicamente.

Solamente Isakovitch, un contemporáneo de Rubashov, el único miembro de la redacción del periódico que pertenecía a la vieja guardia, prefirió pegarse un tiro. Los enterados aseguraban después que el Número Uno había ideado toda aquella comedia con el exclusivo objeto de deshacerse de Isakovitch, a quien sospechaba partidario de las tendencias de oposición.

«Todo eso es realmente una comedia bien grotesca», pensaba Rubashov; en el fondo, todos aquellos juegos de manos con la

«filosofía revolucionaria» no eran más que un medio para consolidar la dictadura, la cual, si bien era un fenómeno deprimente, parecía representar una necesidad histórica. Tanto peor para aquellos que tomaban la farsa seriamente, viendo solo lo que pasaba en el escenario sin asomarse a las bambalinas. En los primeros tiempos, la política revolucionaria se decidía en congresos abiertos, mientras que ahora siempre se resolvía entre bastidores. Pero eso era también una consecuencia lógica de la ley de la relativa madurez de las masas...

Rubashov anhelaba volver a trabajar en una tranquila biblioteca, y desarrollar su nueva teoría sobre una base histórica. Los tiempos más fecundos para la filosofía revolucionaria habían sido siempre los del destierro, aquellos períodos de forzado reposo entre otros de actividad política. Se paseaba en su celda, y dejaba a su imaginación jugar con la idea de pasarse los próximos dos años, en los que estaría políticamente excomulgado, en una especie de destierro interior. Su retractación pública le habría permitido el respiro necesario. La forma exterior de la retractación no importaba mucho, y podía contener tantos mea culpa y profesiones de fe en la infalibilidad del Número Uno como cupiesen en el papel. Todo aquello no era más que cuestión de etiqueta, un ceremonial bizantino que se había desarrollado en vista de la necesidad de enseñar a las masas todas las sentencias en forma de vulgarización, a fuerza de repetirlas.

Lo que se quería presentar como verdadero debía brillar como el oro, y lo que se declaraba falso, tan negro como el alquitrán;

en consecuencia, las declaraciones políticas tenían que estar tan repintadas como los muñecos de una feria.

De estos asuntos el número 402 no entendía nada, pensaba Rubashov. Su estrecho concepto del honor pertenecía a otra época. ¿Qué era la decencia? Simplemente una cierta forma de convención, todavía sujeta a las tradiciones y reglas de los torneos caballerescos. El nuevo concepto del honor había que formularlo de modo diferente: servir sin vanidad y hasta la última consecuencia...

«Antes morir que deshonorarse», afirmaba el número 402 seguramente retorciéndose el bigote.

Esa era la expresión clásica de la vanidad personal. El número 402 transmitía sus sentencias con el monóculo, mientras que él, Rubashov, lo hacía con los lentes; esa era toda la diferencia.

Actualmente lo único que importaba era que lo dejaran trabajar pacíficamente en una biblioteca, para ir desarrollando sus nuevas ideas. Tendría que dedicarse a ello muchos años, y escribir un macizo volumen, que sería el primer indicio útil como guía para el entendimiento de las instrucciones democráticas, arrojando luz sobre el movimiento pendular de la psicología de las masas, tal como se podía observar en los tiempos presentes, y que la teoría clásica de la lucha de clases no había llegado a explicar.

Rubashov recorría rápidamente su celda, sonriéndose a sí mismo. Nada importaba con tal que le dejaran tiempo para desarrollar su nueva teoría. Había desaparecido el dolor en el diente y se sentía plenamente despierto, emprendedor y lleno

de nerviosa impaciencia. Dos días habían transcurrido desde su conversación nocturna con Ivanov y desde aquel en que había enviado su declaración, y no pasaba nada todavía. El tiempo, que había volado tan rápidamente en las primeras dos semanas de su detención, caminaba ahora a paso de tortuga, descomponiendo las horas en minutos y segundos. Seguía trabajando a ratos, pero tenía que detenerse constantemente por falta de documentación histórica. Se pasaba cuartos de hora enteros asomado a la mirilla, con la esperanza de ver venir al carcelero que lo llevaría ante Ivanov. Pero el pasillo estaba desierto, con las luces brillando como de costumbre.

Había ocasiones en que esperaba que llegase el mismo Ivanov, para redactar en su celda su declaración, lo que hubiera sido más agradable. Esta vez no se habría opuesto a la botella de coñac.

Se imaginaba la conversación en detalle; cómo iban a trabajar juntos en la pomposa fraseología de la «confesión» y las irónicas observaciones de Ivanov mientras la escribían. Seguía paseando sin dejar de sonreír y miraba el reloj cada diez minutos. ¿No le había prometido Ivanov que vendrían a buscarlo de su parte al día siguiente?

La impaciencia de Rubashov se fue haciendo cada vez más febril, y la tercera noche después de su conversación con Ivanov, no pudo dormir. Estaba despierto en la oscuridad, echado en el camastro, escuchando los desvanecidos ruidos que se sentían en el edificio, dando vueltas de un lado para otro; por primera vez desde que lo detuvieron, deseó la presencia de un cálido cuerpo femenino a su lado. Procuraba respirar con regularidad para

conciliar el sueño, sin conseguirlo, y tuvo que vencer la tentación de iniciar una conversación con el número 402, quien desde la pregunta:

«¿Qué es la decencia?», no había vuelto a dar señales de vida. Pero hacia la medianoche, después de permanecer despierto tres horas, mirando al trozo de periódico pegado a la ventana, no pudo resistir más y golpeó la pared con los nudillos.

Esperó ansiosamente, pero la pared permaneció silenciosa.

Al cabo de un rato volvió a llamar y esperó, sintiendo que una ola caliente de humillación le subía a la cabeza. El número 402 siguió sin contestar. Y con seguridad estaba despierto al otro lado del muro, matando el tiempo con los recuerdos de sus viejas aventuras, porque había confesado a Rubashov que nunca podía dormirse antes de las dos de la madrugada y que había vuelto a los hábitos solitarios de su adolescencia.

Rubashov seguía echado de espaldas, mirando en la oscuridad. La colchoneta se había aplastado, y la manta, demasiado abrigada, le producía una desagradable humedad en la piel; sin embargo, temblaba de frío si se destapaba. Había fumado siete u ocho cigarrillos uno tras otro, y las colillas estaban esparcidas en las baldosas del suelo, alrededor del lecho. Ya había muerto el más ligero rumor y parecía que el tiempo se había detenido, resolviéndose en la oscuridad informe.

Rubashov cerró los ojos y se imaginó que Arlova estaba acostada a su lado, destacándose en la sombra la familiar silueta de sus pechos; olvidó que la habían arrastrado por el corredor,

como a Bogrov. El silencio se hizo tan intenso que parecía mecerse y zumbar. ¿Qué estaban haciendo los dos mil hombres encerrados entre los muros de aquella colmena? El silencio rebosaba con sus respiraciones inaudibles, con sus invisibles sueños, las expresiones ahogadas y entrecortadas de sus temores y deseos. Si la historia se pudiese reducir a números y estudiarse por cálculo, ¿cuál sería el peso de esas dos mil pesadillas? ¿Cuánta la presión de esos dos mil insaciados deseos?

Ahora sentía realmente el casto perfume de Arlova, y su cuerpo debajo de la manta de lana estaba cubierto de sudor...

De pronto se abrió la puerta de la celda con un ruido disorde y fuerte, mientras la luz del corredor le hería en los ojos.

Vio entrar dos guardias de uniforme, con cinturón y revólver, que le eran desconocidos, y uno de los dos se acercó al camastro. Era alto, tenía cara de bruto y una voz ronca que sonó muy recia a Rubashov cuando le ordenó que le siguiera, sin decirle adónde.

Rubashov buscó los lentes debajo de la manta, se los puso y se levantó del camastro. Los pies le pesaban como si fueran de plomo cuando iba por el pasillo al lado del gigante uniformado que le llevaba una cabeza de alto, mientras el otro guardia caminaba detrás de ellos.

Rubashov miró el reloj. Eran las dos de la madrugada, así que debía haber dormido después de todo. Siguieron por el lado que conducía a la peluquería, el mismo que recorrió Bogrov, con el segundo guardia tres pasos detrás de Rubashov. Sentía impulsos

de volver la cabeza, como si le picase la nuca, pero logró dominarse. «Después de todo, no me pueden despertar así, tan sin ceremonia», pensó, sin estar convencido del todo. En aquel momento no le importaba mucho; lo único que deseaba era que concluyese cuanto antes. Procuraba dilucidar si tenía miedo o no, pero únicamente se daba cuenta de un malestar físico, ocasionado por la tensión nerviosa de no volver la cabeza hacia el hombre de uniforme que venía detrás.

Cuando dieron vuelta en la esquina donde estaba la peluquería, advirtió la estrecha escalera de caracol y observó al gigante que marchaba a su lado para ver si acortaba el paso. No sentía temor, pero cuando pasaron la escalera, notó con sorpresa que le flaqueaban las piernas, teniendo que hacer un esfuerzo para reponerse. Al mismo tiempo se sorprendió frotando mecánicamente los lentes en la manga; por lo visto, se los debía de haber quitado sin darse cuenta, antes de llegar a la peluquería. «Todo esto es falso alarde» –pensó–. «Es posible dominarse de la cintura para arriba, pero no se sabe lo que pasará del estómago para abajo. Si me pegan, firmaré lo que ellos quieran, pero mañana lo negaré...»

Anduvieron unos pasos más, y se acordó de la «teoría de la madurez relativa» y del hecho de que ya había decidido capitular y firmar su sumisión. Esto le produjo un gran sosiego, pero al mismo tiempo se preguntó con asombro cómo era posible que hubiese olvidado tan absolutamente sus resoluciones de los últimos días. El gigante se detuvo, abrió una puerta y se hizo a un lado; Rubashov vio una habitación parecida a la de Ivanov, pero con una iluminación tan desagradablemente brillante que

le hacía daño a los ojos. Detrás del escritorio, enfrente de la puerta, se sentaba Gletkin.

La puerta se cerró detrás de Rubashov, y Gletkin lo miró alzando los ojos de la pila de documentos.

–Haga el favor de sentarse –le dijo, con aquella voz seca e inexpresiva que Rubashov recordaba de la primera escena en la celda. También reconoció la ancha cicatriz en el cráneo; la cara estaba en la sombra y la única luz de la habitación procedía de una alta lámpara de pie colocada detrás del sillón de Gletkin. La fuerte luz blanca que producía la bombilla, de una potencia excepcional, cegaba a Rubashov, de modo que tardó algún tiempo en darse cuenta de la presencia de una tercera persona, una secretaria que estaba sentada detrás de una pantalla, en una mesita, con la espalda vuelta hacia él.

Rubashov se sentó enfrente de Gletkin, delante de la mesa, en la única silla disponible. Era una silla incómoda y sin brazos de apoyo.

–Estoy autorizado para interrogarlo, en ausencia del comisario Ivanov –dijo Gletkin.

La luz de la lámpara lastimaba los ojos de Rubashov, pero si se volvía de lado, el efecto de la luz en el borde del ojo era igualmente desagradable. Además, hablar con la cabeza vuelta parecía absurdo y embarazoso.

–Prefiero ser interrogado por Ivanov –dijo Rubashov.

–El magistrado que ha de interrogarlo es designado por las autoridades –dijo Gletkin– y usted tiene derecho a prestar declaración o rehusarse. En su caso, la negativa equivaldría a desautorizar la declaración de su decisión de confesar, que usted escribió hace dos días, y eso terminaría automáticamente con la investigación. En tal instancia, tengo orden de devolver su caso a la autoridad competente, la que pronunciará sentencia por vía administrativa.

Rubashov recapacitó sobre esto con rapidez. Era obvio que algo le había ocurrido a Ivanov.

O lo habían mandado fuera con licencia, o destituido, o arrestado. Quizás se habrían acordado de su vieja amistad con Rubashov; o tal vez de que era mentalmente superior y demasiado ingenioso, o de que su lealtad al Número Uno se basaba en consideraciones lógicas, y no en una fe ciega. Era demasiado listo y pertenecía a la antigua escuela; la nueva escuela la constituían Gletkin y sus métodos. «Vete en paz, Ivanov.» Rubashov no tenía tiempo para compadecerse; tenía que pensar con rapidez y la luz no le dejaba. Se quitó los lentes, parpadeó; sabía que sin ellos estaba desnudo e impotente, y que los fríos ojos de Gletkin fotografiaban en aquellos momentos cada detalle de su cara. Si se negaba a responder, estaba perdido; no podía volverse atrás. Gletkin era una criatura repugnante, pero representaba a la nueva generación, y la vieja no tenía más que aceptar sus términos o resignarse a ser aplastada; no había otra alternativa. Rubashov se sintió súbitamente envejecido; era la primera vez que experimentaba esa sensación, a pesar de haber cumplido los cincuenta años. Se puso de nuevo los lentes y procuró mirar a Gletkin a los ojos,

pero la luz era tan fuerte que lo hacía llorar, y se los quitó otra vez.

–Estoy dispuesto a declarar –dijo procurando dominar la irritación de su voz–, pero con la condición de que no siga usted sus trucos. Apague esa luz y guarde esos procedimientos para los criminales y los contrarrevolucionarios.

–No está usted en situación de imponer condiciones –repuso Gletkin con su voz sosegada– y no voy a cambiar la iluminación de mi despacho por complacerlo. No parece darse cuenta de su posición, especialmente del hecho de que está acusado de actividades contrarrevolucionarias, y de que en el curso de estos últimos años usted lo ha reconocido así dos veces, en declaraciones públicas. Está usted equivocado si cree que esta vez va a salir del paso a tan poca costa.

«Cerdo», pensó Rubashov, «asqueroso cerdo vestido de uniforme». Se puso rojo, dándose cuenta de ello y de que Gletkin lo había observado. ¿Cuántos años tendría este Gletkin? Treinta y seis o treinta y siete a lo sumo; debía de haber tomado parte en la guerra civil siendo un muchacho, y cuando el estallido de la Revolución era un niño. Esta era la generación que había empezado a pensar después de la inundación y que no tenía tradiciones ni recuerdos que la enlazasen con el antiguo mundo desvanecido. Era una generación que había nacido sin cordón umbilical... Y sin embargo, tenía la razón de su parte. Hay necesidad de romper el cordón umbilical, y renegar del último lazo que ata a los vanos conceptos del honor y de la hipócrita decencia del mundo antiguo. El honor consiste en servir sin

vanidad, sin reparar en sacrificios y hasta la última consecuencia.

Rubashov, poco a poco, consiguió dominarse. Siguió con los lentes en la mano y con la cara vuelta hacia Gletkin. Obligado a conservar cerrados los ojos, se sentía aún más desnudo y desamparado que antes, pero eso no lo perturbaba ya. Nunca había sentido tan intensa sensación de soledad.

–Haré todo lo que pueda ser útil al Partido –dijo. La ronquera había desaparecido y seguía con los ojos cerrados–. Le ruego que me haga la acusación en detalle; hasta aquí no se me ha explicado claramente.

Rubashov oyó, mejor que vio, el rápido movimiento de la rígida figura de Gletkin. Crujieron sus puños en los brazos del sillón y respiró un poco más fuerte, como si por un instante su cuerpo se hubiese relajado. Rubashov adivinó que Gletkin estaba experimentando el mayor triunfo de su vida. Eliminar a un Rubashov significaba el comienzo de una gran carrera política, y eso, hacía un minuto, colgaba todavía en la balanza en la imaginación de Gletkin, y más con el sino de Ivanov delante.

Súbitamente se dio cuenta de que él había tenido tanto poder sobre Gletkin hacía un momento, como el que Gletkin tenía sobre él. «Te tengo agarrado de la garganta, amigo» –pensó con una mueca irónica–, «nos tenemos agarrados mutuamente, y si me tiro del columpio te vienes abajo conmigo.» Durante un momento Rubashov estuvo acariciando esa idea, mientras Gletkin, otra vez firme y preciso, hurgaba en sus documentos; luego rechazó la tentación y cerró lentamente los doloridos ojos.

«Hay que destruir los últimos vestigios de vanidad» –se decía–, «y ¿qué es el suicidio más que una forma invertida de vanidad? Este Gletkin, creará, desde luego, que son sus trucos, y no los argumentos de Ivanov, los que me habrán inducido a capitular y, probablemente, Gletkin habrá conseguido también persuadir a las autoridades superiores de esto mismo, dando de esta manera el golpe de gracia a Ivanov.»

«Cerdo» –pensó otra vez Rubashov, pero esta vez sin cólera–. «Eres una bestia con uniforme, que nosotros hemos creado, el bárbaro de esta nueva era que ahora comienza. Tú no te das cuenta de cuál será el resultado final, y si te dieras cuenta, dejarías de sernos útil...» Observó que la luz de la lámpara se había vuelto todavía más intensa; sabía que Gletkin tenía al alcance de su mano un reóstato para aumentar o disminuir la intensidad durante los interrogatorios. Tuvo que volver del todo la cabeza y secarse las lágrimas que le brotaban de los ojos. «Bruto» –volvió a pensar–; «pero es una generación de brutos como tú la que ahora necesitamos...»

Gletkin había empezado a leer el acta de acusación y su voz monótona era más irritante que nunca; Rubashov lo escuchaba con la cabeza vuelta y los ojos cerrados. Había decidido considerar su confesión como una mera formalidad, una comedia absurda, pero necesaria, cuyo tortuoso sentido podrían comprender únicamente los iniciados; pero el texto que Gletkin le leía sobrepasaba en absurdo sus más atrevidas expectativas. ¿Crearía realmente Gletkin que él había proyectado todos esos complotes infantiles? ¿Que durante años no había estado pensando más que en echar abajo el edificio y destruir los cimientos de todo lo que él y la vieja guardia habían

construido? ¿Y que todos ellos, los hombres con la cabeza numerada, los héroes de la niñez de Gletkin, habían sido víctimas, súbitamente, de una enfermedad contagiosa que los convertía en hombres venales y, corrompidos, con el solo deseo de destruir la Revolución? ¿Y que todos esos grandes políticos empleaban para conseguir sus fines procedimientos que parecían sacados de una novela policíaca barata?

Gletkin leía monótonamente, sin entonación, con la voz incolora y árida de la gente que ha aprendido el alfabeto tarde, siendo ya crecida. Justamente estaba leyendo las supuestas negociaciones con el representante de una potencia extranjera, que, según se pretendía, Rubashov había iniciado durante su estada en B., con el objeto de restaurar el antiguo régimen por la fuerza.

Se mencionaba el nombre del diplomático extranjero, y también el lugar y la fecha de la entrevista.

Rubashov escuchó con más atención; se le vino a la memoria el recuerdo de una pequeña escena sin importancia, que había olvidado al minuto de suceder y de la que no había vuelto a acordarse, y trató de fijar la fecha, que coincidía aproximadamente. ¿De modo que esa era la soga con que lo querían ahorcar? Rubashov sonrió y se secó los ojos con el pañuelo.

Gletkin seguía leyendo, inflexiblemente y con mortífera monotonía. ¿Creería en realidad lo que estaba leyendo? ¿No se daba cuenta de lo absurdo del texto? Había llegado a la época en que Rubashov presidía el trust del aluminio, y empezó a leer

estadísticas que demostraban la espantosa desorganización de esa rama de la industria que se había desarrollado demasiado aprisa; la serie de obreros víctimas de accidentes, y el crecido número de aeroplanos que se habían destrozado a causa del material deficiente. Todo esto era consecuencia del diabólico sabotaje de Rubashov. La palabra «diabólico» se repetía varias veces en el texto, entre términos técnicos y columnas de cifras.

Por unos segundos, Rubashov llegó a suponer que Gletkin se había vuelto loco, pues esa mezcla de lógica y disparates recordaba la metódica locura de los esquizofrénicos. Pero el acta de acusación no había sido redactada por Gletkin, quien solamente la leía y también la creía, o por lo menos la consideraba posible...

Rubashov volvió la cabeza hacia la secretaria que estaba en el rincón menos alumbrado. Era pequeña, delgada y llevaba anteojos; estaba afilando su lápiz con esmero y ni una sola vez volvió la cabeza hacia él. Era evidente que consideraba por entero convincentes las monstruosas fantasías que Gletkin leía. Era joven aún, de unos veinticinco o veintiséis años, y también había crecido después del diluvio. ¿Qué podía significar el nombre de Rubashov a esta generación de modernos «hombres de Neanderthal»? Allí estaba él, sentado frente a la cegadora luz del reflector, sin poder abrir los llorosos ojos, y ellos le leían con su voz opaca y le miraban con sus ojos sin expresión, indiferentemente, como si estuviera en la mesa de disección.

Gletkin había llegado al último párrafo de la acusación, que se refería al remate final: el complot para atentar contra la vida del Número Uno. El misterioso X mencionado por Ivanov en su

primera entrevista aparecía otra vez; resultó ser un subgerente de un restaurante del que llevaban al Número Uno un almuerzo frío los días que estaba muy ocupado. Este refrigerio era uno de los aspectos del espartano género de vida del Número Uno, cultivado cuidadosamente por la propaganda, y era justamente por medio de ese proverbial almuerzo frío cómo X, a instigación de Rubashov, iba a preparar un fin prematuro al Número Uno. Rubashov se sonrió a sí mismo con los ojos cerrados; cuando los abrió, Gletkin había cesado de leer y lo estaba mirando. Después de unos segundos de silencio, dijo, con su tono indiferente, más bien sentando un hecho que haciendo una pregunta:

–Ha oído usted la acusación y se confiesa culpable.

Rubashov procuró mirarlo a la cara; no pudo y cerró los ojos otra vez. Tenía una hiriente respuesta en la punta de la lengua, pero en vez de eso dijo, con voz tan baja que la secretaria tuvo que alargar la cabeza para oírle:

–Me confieso culpable de no haber comprendido la compulsión fatal que actúa detrás de la política del Gobierno, y de haber sido partidario, en consecuencia, de la oposición. Me confieso culpable de haber seguido impulsos sentimentales y, al hacerlo, de haberme puesto en contradicción con la necesidad histórica. He prestado oídos a las lamentaciones de los sacrificados, cerrándolos a los argumentos que demostraban la necesidad del sacrificio. Me confieso culpable de haber valorado la cuestión de la culpabilidad e inocencia en un plano más elevado que el de la utilidad y el perjuicio. Finalmente, me declaro culpable de haber colocado la idea de hombre por encima de la idea de humanidad...

Rubashov hizo una pausa y procuró abrir los ojos, que dirigía parpadeando hacia el rincón donde estaba la taquígrafa, tratando de protegerse de la luz; la muchacha acababa de tomar lo que había dicho y le parecía que se dibujaba una sonrisa irónica en su puntiagudo perfil.

–Yo sé –continuó Rubashov– que mi aberración, de haberse llevado a la práctica, hubiera constituido un peligro mortal para la Revolución. Cualquier oposición en los puntos de inflexión de la curva que sigue la historia lleva en sí el germen de una escisión al Partido y, por tanto, de una guerra civil. La democracia liberal y las debilidades del humanitarismo, cuando las masas no están maduras, equivalen a un suicidio para la revolución. Y a pesar de ello, mi actitud de oposición estaba fundada en el deseo de apelar a esos métodos, en apariencia tan seductores, pero en realidad tan mortíferos.

Estoy de acuerdo en que una demanda para una reforma liberal de la dictadura, para una democracia más amplia, para la abolición del terror y para que la organización del Partido no sea tan rígida, sería objetivamente perjudicial en estos momentos y, por consiguiente, de carácter contrarrevolucionario...

Hizo otra pausa, pues tenía la garganta seca y se le había enronquecido la voz. Oía el lápiz de la secretaria trazando los signos taquigráficos en el papel; levantó la cabeza un poco con los ojos cerrados y continuó:

–En este sentido y solamente en este, se me puede calificar de contrarrevolucionario. Con los absurdos cargos criminales contenidos en el acta de acusación, no tengo nada que ver.

–¿Ha concluido usted? –preguntó Gletkin.

Su voz sonaba tan brutal que Rubashov lo miró sorprendido. La silueta de Gletkin, brillantemente iluminada, se recortaba detrás de la mesa en su acostumbrada posición correcta.

Rubashov había estado buscando una expresión que lo caracterizara en el menor número de palabras y la había encontrado: «correcta brutalidad».

–Su declaración no dice nada nuevo –continuó Gletkin, con su voz seca y áspera–. En sus dos confesiones anteriores, la primera hace dos años y la última hace dos meses, confiesa usted públicamente que su actitud había sido «objetivamente contrarrevolucionaria» y opuesta a los intereses del pueblo. Las dos veces pedía usted humildemente perdón al Partido, y renovaba su lealtad a la política del Gobierno. Y ahora espera usted repetir el juego por tercera vez. La declaración que acaba de hacer no es más que un lavado de ojos. Admite usted la existencia de una actitud de oposición, pero niega los actos que son lógica consecuencia de ella. Ya le he dicho que esta vez no escapará tan fácilmente.

Gletkin se detuvo tan súbitamente como había empezado, y en el silencio que siguió, Rubashov oyó el débil zumbido de la corriente eléctrica en la lámpara. Al mismo tiempo, la intensidad luminosa aumentó.

–Las declaraciones que hice en aquel tiempo –dijo Rubashov en voz baja– tuvieron propósitos tácticos. Usted sabe seguramente que un montón de políticos de la oposición se vieron obligados a hacer declaraciones análogas con tal de

permanecer en el Partido. Pero esta vez mis intenciones son diferentes...

–¿Es decir, esta vez es usted sincero? –preguntó Gletkin. Hizo la pregunta rápidamente, y en su voz severa no se notaba ironía.

–Sí –contestó Rubashov con calma.

–¿Y antes usted mentía?

–Llámelo así si quiere –dijo Rubashov.

–¿Para salvar la cabeza?

–Para poder seguir trabajando.

–Sin cabeza no se puede trabajar. Por lo tanto, ¿fue para salvar la cabeza?

–Llámelo usted así.

En el corto intervalo entre las preguntas lanzadas por Gletkin y sus propias respuestas, Rubashov oía solamente el rasguear del lápiz de la taquígrafa y el zumbido de la lámpara. Esta arrojaba verdaderas cascadas de luz blanca, juntamente con un calor continuo que obligaba a Rubashov a limpiarse con frecuencia el sudor de la frente. Procuraba mantener los doloridos ojos abiertos, pero los intervalos en que no lo conseguía se hicieron cada vez mayores; sentía una creciente modorra, y cuando Gletkin, después de la ráfaga de preguntas, dejó transcurrir unos momentos en silencio, Rubashov se dio cuenta, con una especie de interés distante, de que la cabeza le

caía sobre el pecho. Cuando la siguiente pregunta de Gletkin lo zarandeó, tuvo la impresión de haber dormido durante un tiempo indeterminado sin haberse dado cuenta.

–Repito –dijo la voz de Gletkin–. Usted ha reconocido que las anteriores declaraciones de arrepentimiento las hizo engañando al Partido respecto a sus verdaderas opiniones con el objeto de salvar la cabeza.

–Ya he admitido eso –repuso Rubashov.

–Y la desautorización pública a su secretaria Arlova, ¿tenía el mismo objeto?

Rubashov asintió mudamente. La presión en las cuencas de los ojos radiaba sobre los nervios del lado derecho de la cara; y notó que el diente había comenzado a dolerle otra vez.

–¿Sabe usted que la camarada Arlova lo reclamaba constantemente como el testigo principal de su defensa?

–Estaba informado de ello –contestó Rubashov, notando que se acentuaba el dolor del diente.

–¿Sin duda sabía también que su declaración en esos momentos, y que acaba de calificarla de falaz, era decisiva para la condena a muerte de Arlova?

–Estaba informado de ello.

Rubashov empezaba a sentir que todo el lado derecho de la cara era presa de un calambre; sentía la cabeza más pesada y

obtusa, y le costaba trabajo impedir que cayese sobre el pecho. La voz de Gletkin le taladró el oído:

–Por lo tanto, ¿es posible que la camarada Arlova fuese inocente?

–Es posible –concedió Rubashov, con un último resto de ironía que le dejó en la lengua un gusto de sangre y de hiel.

–¿Y fue ejecutada como consecuencia de la declaración falsa que usted hizo con el objeto de salvar la vida?

–Así fue, sobre poco más o menos –dijo Rubashov.

«Granuja» –pensó con rabia impotente y floja–, «desde luego, lo que dices es verdad, y sería difícil decidir cuál de nosotros dos es más canalla. Pero tú me tienes ahora agarrado del cuello, y yo no me puedo defender, porque no está permitido que uno mismo se tire del columpio. Si siquiera me dejaras dormir. Si sigues atormentándome un poco más, me retracto de todo lo que he dicho y me niego a hablar, y entonces todo ha terminado para mí, y para ti también.»

–Y después de todo eso, ¿todavía pretende usted que se le trate con corrección? –siguió diciendo la voz de Gletkin, con la misma correcta brutalidad–. ¿Cómo se atreve a negar sus criminales actividades? Después de todo eso, ¿pide usted que le creamos?

Rubashov abandonó sus esfuerzos para mantener la cabeza derecha. Desde luego, Gletkin tenía razón en no creerle. Hasta él mismo empezaba a perderse en el laberinto de mentiras

calculadas, de simulaciones dialécticas, en esa penumbra que existe entre la verdad y lo ilusorio. La verdad está siempre un poco más allá, y lo que queda es la penúltima mentira, con la que tiene uno que contentarse. ¡Y qué contorsiones patéticas y bailes de San Vito le compelen a uno! ¿Cómo podría convencer a Gletkin de que esta vez era sincero, y de que había llegado ya a la última etapa?

Siempre hay alguien a quien convencer, con quien hay que hablar, que argumentar, cuando lo que se quiere es dormir y desaparecer.

–Yo no pido nada –dijo Rubashov, volviendo la cabeza dolorosamente en la dirección en que sonaba la voz de Gletkin–, sino demostrar una vez más mi devoción al Partido.

–No hay más que una sola prueba que pueda usted dar –siguió diciendo la voz de Gletkin–, una confesión completa y pública de sus criminales actividades, que son consecuencia obligada de esa oposición. Ya nos ha dicho bastante de su «actitud de oposición» y de sus elevados motivos. El único modo en que puede ser útil al Partido es sirviendo de ejemplo y de escarmiento, demostrando a las masas, con su propia persona, las consecuencias a que la oposición lleva de modo ineludible.

Rubashov se acordó del almuerzo frío del Número Uno. Sus inflamados nervios faciales le daban punzadas a plena presión, pero el dolor no era tan agudo y quemante, sino que llegaba embotado y sordo. Pensó en el refrigerio del Número Uno, y los músculos de la cara se retorcieron en una mueca.

–Yo no puedo confesar crímenes que no he cometido –dijo con voz apagada.

–No –resonó la voz de Gletkin–: no, eso no puede usted hacerlo. –Y por primera vez su voz resonó a Rubashov con un cierto dejo irónico.

A partir de ese momento, el recuerdo que guardaba del interrogatorio se hizo más impreciso.

Después de la frase «eso no puede usted hacerlo», que se había quedado en sus oídos a causa de su peculiar entonación, hubo un lapso de incierta duración en su memoria. Más adelante hasta le parecía que se había quedado dormido, y aún recordaba un sueño extrañamente agradable. Debía haber durado solo unos pocos segundos. Era una vaga secuencia de luminosos paisajes, fuera del tiempo, con los álamos familiares que formaban la avenida en la finca de su padre, coronados con unas extrañas nubes blancas que una vez, cuando niño, vio formarse sobre ellos.

El siguiente hecho que recordó fue la presencia de una tercera persona en la habitación, y la voz de Gletkin retumbándole encima:

–Le ordeno que atienda a los procedimientos. –Gletkin debió haberse incorporado e inclinado hacia adelante sobre la mesa–. ¿Reconoce usted a esta persona?

Rubashov movió afirmativamente la cabeza. Había reconocido a Labio Leporino, aunque ahora no llevaba impermeable con que se liaba los entumecidos hombros durante los paseos por el

patio. Una serie familiar de números relampagueó en la mente de Rubashov: «3-1, 1-1, 1-2, 2-4, 3-5»... «Labio Leporino le envía sus saludos». ¿En qué ocasión le había enviado el número 402 ese mensaje?

-¿Dónde y cuándo lo conoció usted?

Le costó cierto esfuerzo hablar; el gusto amargo se le había quedado pegado en la lengua reseca.

-Le he visto repetidas veces desde mi ventana, paseando en el patio.

-¿Y no lo había conocido antes?

Labio Leporino estaba junto a la puerta, unos pasos detrás de Rubashov, y la luz del reflector le daba de lleno. La cara, ordinariamente amarilla, estaba ahora de un color blanco tiza, con su nariz puntiaguda, el labio partido con el verdugón de carne temblando sobre la encía desnuda. Las manos le colgaban inertes a la altura de las rodillas, y Rubashov, que ahora tenía la espalda vuelta a la lámpara, lo veía como una aparición en las candilejas de un escenario. Una nueva fila de cifras cruzó por su memoria: «4-5, 3-5, 4-3, 4-5... fue torturado ayer». Casi simultáneamente, la sombra de un recuerdo que no podía precisar pasó a través de su mente, el recuerdo de haber visto a este desgraciado en su forma original, mucho tiempo antes de que hubiese entrado en la celda 404.

-No sé exactamente -contestó, dudando ante la pregunta de Gletkin-. Ahora que lo veo de cerca, me parece que lo he visto alguna vez.

Sin haber acabado la frase, Rubashov se dio cuenta de que hubiera sido mejor no haberla pronunciado. Deseaba intensamente que Gletkin le permitiera reponerse durante unos cuantos minutos. La forma en que este le lanzaba sus preguntas, en rápidas ráfagas, sin pausa, le recordó la imagen de un ave de rapiña picoteando a su víctima.

–¿Dónde vio a este hombre la última vez?

La precisión de su memoria era cosa proverbial en el Partido.

Rubashov permaneció silencioso. Hacía esfuerzos de memoria, pero no lograba localizar a aquella aparición frente a la luz cegadora, con los labios temblorosos. Labio Leporino no se movía; pasándose la lengua sobre la marca del labio superior, miraba alternativamente a Gletkin y a Rubashov.

La secretaria había dejado de escribir, y solo se oían el zumbido de la lámpara y el crujido de los puños de Gletkin; este se había inclinado hacia adelante y puesto los codos sobre la mesa cuando lanzó la siguiente pregunta:

–¿De modo que se niega a contestar?

–No me acuerdo –dijo Rubashov.

–Bien –dijo Gletkin. Se inclinó todavía más hacia adelante, volviéndose a Labio Leporino como si quisiera hacer presión en él con todo el peso de su cuerpo–: ¿Querrá usted ayudar un poco la memoria del acusado Rubashov? ¿Dónde lo vio usted la última vez?

La cara de Labio Leporino se puso, si cabe, más blanca todavía, y movió los ojos titubeando hacia la secretaria, cuya presencia parecía que acababa de descubrir, como si estuviera buscando un lugar de reposo. Se pasó otra vez la lengua sobre los labios y contestó apresuradamente, de un solo golpe:

–El ciudadano Rubashov me instigó para que envenenase al jefe del Partido.

En el primer momento, Rubashov sintió únicamente sorpresa al oír la voz profunda y melodiosa que salía de los labios de aquel despojo humano. Su voz parecía lo único que había permanecido entero en él, y ofrecía un contraste pavoroso con su aspecto. El sentido de lo que había dicho no lo entendió Rubashov sino unos segundos después. Desde la llegada de Labio Leporino había olfateado un peligro y esperaba un ataque, pero ahora tenía plena conciencia de lo grotesco de la acusación. Un momento después oyó la voz de Gletkin, que sonaba irritada, detrás de su espalda, porque Rubashov estaba vuelto hacia Labio Leporino.

–No le he preguntado todavía eso, sino dónde vio usted por última vez al acusado Rubashov.

«Mal hecho» –pensó Rubashov–. «No debía haber insistido en que se había equivocado en la contestación y yo no lo hubiera notado.» Le pareció que ahora tenía la mente completamente clara, febrilmente despierta y trató de encontrar una comparación: «Ese testigo es como un organillo automático» –pensó– «que ha empezado a tocar una pieza distinta de la

pedida.» La siguiente respuesta de Labio Leporino llegó con voz aún más melodiosa:

–Encontré al ciudadano Rubashov después de una recepción en la delegación comercial en B... Allí fue donde me incitó a llevar a cabo el complot terrorista contra la vida del jefe del Partido.

Mientras hablaba, su acosada mirada se posó sobre Rubashov y no se movió. Este se caló los lentes y contestó a su mirada con aguda curiosidad. Pero en los ojos del joven no leyó ninguna demanda de perdón, sino más bien una confianza fraternal y el mudo reproche de quien está torturado sin remedio. Rubashov fue quien primero desvió los ojos.

Detrás de su espalda sonó la voz de Gletkin, otra vez con suficiencia, brutal:

–¿Puede usted recordar con precisión la fecha de la entrevista?

–La recuerdo perfectamente –dijo Labio Leporino con su voz extrañamente seductora–, fue después de la recepción que se dio con motivo del vigésimo aniversario de la Revolución.

Su mirada seguía clavada en los ojos de Rubashov, como aguardando de ellos una última y desesperada esperanza de rescate. Un recuerdo despertó en la mente de Rubashov, impreciso al principio, con mayor claridad después. Finalmente, recordó quién era Labio Leporino. Pero este descubrimiento no le causó más que una dolorosa sorpresa. Volvió la cabeza hacia

donde estaba Gletkin y dijo tranquilamente, mientras sus ojos parpadeaban a la luz de la lámpara:

–La fecha es exacta. Al principio no reconocí al hijo del profesor Kieffer, a quien solo había visto una vez antes que cayera en sus manos. Hay que felicitarlo por el resultado.

–¿De modo que usted admite que lo conoce, y que lo vio en la fecha y la ocasión antes mencionadas?

–Creo que acabo de decírselo –contestó Rubashov con cansancio. La claridad mental se había desvanecido y en cambio comenzó de nuevo el sordo martilleo–. Si me hubiese dicho desde el principio que era el hijo de mi desgraciado amigo Kieffer, lo habría reconocido mucho más pronto.

–En el acta de acusación figura su nombre completo –dijo Gletkin.

–Yo conocí al profesor Kieffer, como todo el mundo, solo por su «nom de plume».

–Ese es un detalle sin importancia –repuso Gletkin, que otra vez dobló el cuerpo hacia donde estaba Labio Leporino, como para aplastarlo con su peso a través del espacio que los separaba–. Continúe con su declaración, y díganos cómo fue la entrevista.

«Otra vez lo está haciendo mal» –pensó Rubashov, a pesar de la somnolencia–. «No es por cierto un detalle sin importancia, y si yo realmente hubiera incitado a este hombre a llevar a cabo ese complot idiota, me habría acordado de él a la primera

alusión, con nombre o sin él.» Pero estaba demasiado cansado para embarcarse en tan largo razonamiento y además, tendría que volver la cara otra vez a la lámpara, mientras que ahora volvía la espalda a Gletkin.

En tanto que discutían su identidad, Labio Leporino permaneció con la cabeza hundida y los labios temblorosos, bajo la blanca y cegadora luz. Rubashov pensó en su viejo amigo y camarada Kieffer, el gran historiador de la Revolución. En la famosa fotografía de la mesa del congreso donde todos llevaban barba y pequeños círculos numerados, como halos, alrededor de la cabeza, él se sentaba a la izquierda del antiguo jefe. Había sido su colaborador en cuestiones históricas y también su compañero de ajedrez, y, quizá, su único amigo personal. Después de la muerte del anciano jefe, Kieffer; que lo había conocido más íntimamente como ningún otro, recibió el encargo de escribir su biografía. Trabajó en ella durante diez años, pero su obra no estaba destinada a ser publicada. La versión oficial de los sucesos de la revolución sufrió un cambio peculiar en aquellos diez años, y había que volver a escribir las partes representadas por los principales actores, y barajar la escala de valores; pero el viejo Kieffer era testarudo y no entendía nada de la dialéctica interna de la nueva era bajo la dirección del Número Uno.

–Mi padre y yo –continuó Labio Leporino, con su sorprendente y musical voz–. Al volver del Congreso Etnológico Internacional, adonde lo había acompañado, nos detuvimos en B., por el deseo de mi padre de saludar a su antiguo amigo, el ciudadano Rubashov...

Rubashov lo escuchaba con una mezcla de curiosidad y melancolía. Hasta aquí la historia era exacta: el viejo Kieffer había ido a verlo, llevado por la necesidad de desahogar su corazón y también para pedirle consejo. La noche que pasaran juntos fue probablemente el último rato agradable en la vida de Kieffer.

–No podíamos quedarnos más que un día –continuó Labio Leporino, con la mirada pegada en la cara de Rubashov, como si en ella encontrara firmeza y estímulo–. Recuerdo la fecha con tanta exactitud porque justamente era el aniversario de la Revolución. Durante todo el tiempo el ciudadano Rubashov estuvo muy ocupado con la recepción y solo pudo ver a mi padre unos pocos minutos, pero por la noche, cuando terminó la ceremonia en la Legación, lo invitó a su casa y mi padre me permitió que lo acompañara. El ciudadano Rubashov estaba algo cansado y se puso una bata, pero nos recibió con mucho afecto. Sirvió vino, coñac y pasteles, y saludó a mi padre, después de abrazarlo, con las siguientes palabras: «La fiesta de despedida para el último de los mohicanos...»

Detrás de la espalda de Rubashov, la voz de Gletkin interrumpió:

–¿No se dio usted cuenta de la intención de Rubashov de emborracharlo con el fin de conseguir más fácilmente sus planes?

A Rubashov le pareció que una ligera sonrisa vagaba por los labios contraídos del testigo, que por primera vez ofrecía un ligero parecido con el joven que había conocido aquella noche;

pero la expresión se desvaneció rápidamente. Labio Leporino parpadeó varias veces y se pasó la lengua por el labio superior.

–Me pareció algo sospechoso, pero no llegué a darme plena cuenta de la intención –dijo.

«Pobre cerdo» –pensó Rubashov–. «¿Qué han hecho contigo?»

–¡Siga! –tronó la voz de Gletkin.

Labio Leporino tardó unos minutos en reponerse después de esa interrupción; mientras tanto, se oía el ruido que hacía la delgada secretaria afilando con cuidado el lápiz.

–Rubashov y mi padre cambiaron recuerdos durante algún tiempo, pues no se habían visto desde hacía años. Estuvieron hablando de los tiempos anteriores a la Revolución, sobre personas de la generación anterior a quienes yo conocía solo de oídas, y también de la guerra civil. Con frecuencia hacían alusiones que yo no entendía y se reían de cosas para mí incomprensibles.

–¿Bebieron mucho? –preguntó Gletkin.

Labio Leporina parpadeó con desesperación en la luz, y Rubashov notó que se balanceaba ligeramente mientras hablaba, como si se mantuviera en pie con dificultad.

–Creo recordar que bastante –contestó–. En los últimos años nunca había visto a mi padre tan contento ni de tan buen humor.

–Eso ocurrió –resonó la voz de Gletkin– tres meses antes de que se descubrieran las actividades contrarrevolucionarias de su padre, que lo condujeron al patíbulo otros tres meses después, ¿verdad?

Labio Leporino se relamió el labio, miró tristemente a la luz y permaneció silencioso.

Rubashov se había vuelto hacia Gletkin en primer impulso, pero cegado por la lámpara cerró los ojos y se desvió lentamente otra vez, limpiando los lentes en la manga. El lápiz de la secretaria chirrió sobre el papel y se detuvo, y luego se oyó otra vez la voz de Gletkin:

–¿Estaba usted ya en aquel tiempo al tanto de las actividades contrarrevolucionarias de su padre?

Labio Leporino se humedeció los labios.

–Sí –contestó.

–¿Y sabía que Rubashov compartía las opiniones de su padre?

–Sí.

–Refiera las principales frases de la conversación, dejando a un lado lo que no sea esencial.

Labio Leporino había puesto las manos detrás de la espalda, y apoyaba los hombros contra la pared de la habitación.

–Después de un rato, mi padre y Rubashov llevaron el tema de su conversación a los tiempos presentes, hablando con frases despreciativas de la marcha de los asuntos en el Partido y de los métodos que se empleaban en su dirección. Rubashov y mi padre llamaban siempre al jefe del Partido «el Número Uno». Rubashov dijo que desde que el Número Uno se sentaba sobre el Partido con su anchuroso trasero, el aire debajo se había hecho irrespirable. Declaró que esa era la razón por la cual prefería las misiones en el extranjero.

Gletkin se volvió hacia Rubashov:

–¿Eso ocurrió poco antes de su primera declaración de lealtad al jefe del Partido?

Rubashov se ladeó a medias hacia la luz:

–Así fue exactamente –dijo.

–¿Se mencionó la intención de Rubashov de hacer esa declaración? –preguntó Gletkin.

–Sí. Mi padre se lo reprochó, diciéndole que lo había desilusionado. Rubashov se rio, llamó a mi padre un viejo tonto y un Quijote. Afirmó que lo más importante era aguantar el mayor tiempo posible, y esperar la hora decisiva.

–¿Qué quiso decir con esa expresión: «Esperar la hora decisiva»?

Otra vez la mirada del joven buscó la cara de Rubashov con una expresión desamparada y casi tierna; Rubashov tuvo la

impresión absurda de que iba a avanzar desde la pared y a besarlo en la frente. Se sonrió con la idea, mientras oía contestar a la agradable voz:

–La hora en que el jefe del Partido fuese destituido de su puesto.

Gletkin, que había observado la sonrisa de Rubashov, dijo secamente:

–Parece que esas reminiscencias lo divierten mucho.

–Quizá –contestó Rubashov, y cerró los ojos otra vez.

Gletkin se arregló los puños de la camisa y siguió interrogando a Labio Leporino:

–De manera que Rubashov habló de la hora en que el jefe del Partido sería depuesto. ¿Cómo se iba a conseguir eso?

–Mi padre consideraba que llegaría un momento en que la copa rebosaría, y entonces el Partido lo obligaría a dimitir o lo depondría; y que además la oposición debía propagar esa solución.

–¿Y Rubashov?

–Rubashov se reía de lo que decía mi padre, repitiendo que era un tonto y un Quijote.

Después afirmó que el Número Uno no era un fenómeno accidental, sino la personificación de una cierta característica

humana, a saber, de una absoluta creencia en la infalibilidad de las propias convicciones, de la cual sacaba la fuerza para su completa ausencia de escrúpulos. Por consiguiente, el Número Uno nunca abandonaría el poder por su propia y libre voluntad, y tendría que ser suprimido por la violencia. No se podía esperar nada de las resoluciones del Partido, porque el Número Uno tenía todos los hilos en la mano y había hecho su cómplice a la burocracia del Partido, de modo que tuviese que caer con él; y la burocracia lo sabía. A pesar de su somnolencia, a Rubashov le chocó que el joven hubiera retenido sus palabras con tal exactitud. Él mismo no recordaba los detalles de la conversación, aunque no cabía duda de que Labio Leporino lo hacía con fidelidad. Empezó a observar al joven Kieffer a través de sus lentes con renovado interés.

La voz de Gletkin resonó de nuevo:

–¿De modo que Rubashov hizo hincapié en la necesidad de usar la violencia contra el Número Uno, es decir contra el jefe del Partido?

Labio Leporino asintió.

–¿Y sus argumentos, ayudado por un liberal consumo de bebidas alcohólicas, hicieron una fuerte impresión sobre usted?

El joven Kieffer no contestó en seguida. Luego dijo con la voz ligeramente cambiada:

–Yo no bebí prácticamente nada, pero todo lo que dijo me impresionó profundamente.

Rubashov inclinó la cabeza, agobiado por una sospecha que le afectaba casi como un dolor físico y le hacía olvidar todo lo demás. ¿Sería posible que este desgraciado joven hubiese sacado en realidad conclusiones particulares de la línea de pensamientos de Rubashov? ¿Y que ahora estuviese delante de él, en la luz cegadora del reflector, como una consecuencia encarnada de su lógica?

Gletkin no le dejó tiempo para completar su pensamiento:

–¿Y después de esa preparación teórica, vino la instigación directa del hecho?

Labio Leporino no contestó, limitándose a parpadear ante la luz.

Gletkin aguardó unos segundos la respuesta. También Rubashov levantó la cabeza sin proponérselo. Pasaron unos segundos más, durante los cuales solo se escuchó el ligero zumbido de la corriente eléctrica, y después llegó la voz incolora y fría de Gletkin:

–¿Habría necesidad de refrescarle un poco la memoria?

Gletkin pronunció esta frase como sin darle importancia, pero el joven se estremeció como si le hubiesen dado un latigazo; se pasó la lengua por los labios y en sus ojos apareció la imagen de un puro terror animal. Luego dijo con su agradable voz:

–La instigación no fue hecha aquella noche, sino a la mañana siguiente, durante un tête-à-tête entre el ciudadano Rubashov y yo.

Rubashov sonrió. El aplazamiento de la imaginaria conversación hasta el día siguiente era indudablemente un refinamiento de la mise en scène de Gletkin, porque la idea de que el viejo Kieffer hubiese escuchado con júbilo mientras estaban dando instrucciones a su hijo para cometer un asesinato por medio de veneno era una historia inverosímil aun para la psicología de un Neanderthal... Rubashov se olvidó del shock que acababa de recibir, y se volvió hacia Gletkin, preguntándole, mientras parpadeaba dolorosamente:

–¿Es exacto que el acusado tiene derecho a hacer preguntas durante un careo?

–Tiene usted ese derecho –le contestó Gletkin.

Rubashov se volvió hacia el joven, y le dijo, mirándolo a través de los lentes:

–Si mal no recuerdo, ¿usted acababa de terminar sus estudios en la Universidad cuando vino a verme con su padre?

Ahora que por primera vez hablaba directamente a Labio Leporino, la confianza y la esperanza aparecieron en su cara. Hizo un signo afirmativo.

–Eso es, entonces, exacto –continuó Rubashov–, y si recuerdo bien, la intención era que usted empezase a trabajar con su padre en el Instituto de Investigaciones Históricas. ¿Llegó usted a hacerlo?

–Sí –contestó Labio Leporino, y agregó después de un momento de vacilación–: Allí estuve hasta el arresto de mi padre.

–Lo comprendo –dijo Rubashov–. Ese suceso hizo imposible su permanencia en el Instituto, y tuvo que buscar un medio de ganarse la vida... –Hizo una pausa, se volvió a Gletkin, y continuó–: Lo cual demuestra que en la época de esa entrevista ni él ni yo pudimos haber previsto su futura ocupación, y, por tanto, la instigación al envenenamiento es una imposibilidad lógica.

El lápiz de la secretaria se detuvo de pronto. Rubashov adivinó, sin mirarla, que había cesado de tomar notas, y que había vuelto su puntiaguda cara de ratón hacia Gletkin. Labio Leporino miró también a este, lamiéndose el labio superior, pero sus ojos no demostraban alivio, sino más bien azoramiento y temor. El momentáneo sentimiento de triunfo de Rubashov se desvaneció, y tuvo la extraña sensación de haber perturbado la buena marcha de una ceremonia solemne. La voz de Gletkin sonó aún más fría y correcta que de costumbre al preguntar:

–¿Tiene usted que hacer alguna otra pregunta?

–Eso es todo por el momento –contestó Rubashov.

–Nadie ha asegurado que sus instrucciones fuesen un asesinato por medio del veneno –afirmó Gletkin con calma–. Usted dio la orden para llevar a cabo el asesinato, dejando la elección del medio al agente. –Se volvió a Labio Leporino preguntando–: ¿No es así?

–Sí –contestó Labio Leporino, y su voz traslucía una especie de alivio.

Rubashov recordaba que el acta de acusación decía en términos expresos «instigación al asesinato por medio de veneno», pero de pronto todo el asunto le fue indiferente. Que el joven Miguel hubiese realizado en verdad el loco atentado, o planeado algo parecido; que la confesión entera le hubiera sido dictada, o solamente partes de ella; todo ofrecía ahora únicamente un interés de procedimiento legal; no tenía influencia alguna frente al delito que se le atribuía. Lo esencial era que esa desgraciada figura representaba las consecuencias de su lógica, hecha carne. Los papeles se habían cambiado, y no era Gletkin, sino él, quien estaba tratando de embrollar un caso claro con argucias de leguleyo. El acta de acusación, que hasta ahora le había parecido tan absurda, en realidad unía (aunque de manera torpe y desmañada) los eslabones que faltaban, transformándola en una cadena perfectamente lógica.

Y más aún, había un punto en que a Rubashov le parecía que había cometido una injusticia.

Pero estaba demasiado agotado para traducirlas en palabras.

–¿Tiene usted alguna otra pregunta que hacer? –dijo Gletkin.

Rubashov contestó que no con la cabeza.

–Puede usted retirarse –indicó Gletkin a Labio Leporino. Tocó un timbre, y entró un guardia de uniforme que le puso las esposas al joven Kieffer; este, antes de que se lo llevaran, volvió los ojos a Rubashov, tal como acostumbraba hacer al final de los

paseos en el patio. Rubashov sintió su mirada como una carga; se quitó los lentes, los frotó en la manga y desvió los ojos.

Cuando Labio Leporino se retiró, casi lo envidiaba. La voz de Gletkin le raspó los oídos, precisa y con nueva brutalidad:

–¿Admite usted ahora que la confesión de Kieffer concuerda con los hechos en sus puntos esenciales?

Rubashov tenía que mirar otra vez a la lámpara. En sus oídos resonaba un zumbido continuo, y la luz flameaba, caliente y roja, a través de las delgadas membranas de los párpados. Pero no obstante, la expresión «puntos esenciales» no se le escapó, pues con esa frase Gletkin tendía el puente sobre la grieta de la acusación, y abría la posibilidad de cambiar la «instigación al asesinato por medio del veneno» por «instigación al asesinato» simplemente.

–En los puntos, esenciales, sí –admitió Rubashov.

Los puños de Gletkin crujieron, y hasta la secretaria se movió en la silla. Rubashov se dio cuenta de que acababa de pronunciar la sentencia definitiva, y de que había sellado su confesión de culpabilidad. ¿Cómo podrían entender jamás, aquellos hombres de Neanderthal, lo que él, Rubashov, consideraba como delito o como verdad, según sus propios patrones?

–¿Le molesta la luz? –le preguntó Gletkin súbitamente.

Rubashov sonrió. Gletkin pagaba en efectivo. Esa era la mentalidad de un Neanderthal. Y a pesar de eso, cuando la luz se hizo un poco menos intensa, Rubashov se sintió aliviado y

hasta algo inclinado a sentir una especie de agradecimiento. Aunque todavía haciendo guiños, pudo entonces mirar a Gletkin a la cara y volvió a ver la ancha cicatriz en el cráneo afeitado.

–... exceptuando un punto que considero esencial –terminó Rubashov.

–¿Cuál? –preguntó Gletkin, que otra vez se puso tieso y correcto.

«Ahora se figura que me refiero al tête-à-tête con el muchacho, que nunca tuvo lugar» –pensó Rubashov–. «Eso es lo que le importa a él: poner los puntos sobre las íes, aunque los puntos parezcan borrones. Pero, desde su punto de vista, puede tener razón...»

–El punto que me interesa –dijo en voz alta– es este. Es cierto que, de acuerdo con las convicciones que tenía en aquel tiempo, hablé de la necesidad de acudir a la acción violenta; pero al decir eso me refería a la acción política, y no al terrorismo individual.

–¿De manera que prefería la guerra civil? –preguntó Gletkin.

–No. Acción de masas –contestó Rubashov.

–La cual, como usted sabe muy bien, conduce inevitablemente a la guerra civil. ¿Es esa la distinción a la que da usted tanto valor?

Rubashov no contestó. Ese era indudablemente un punto que hacía un momento le parecía muy importante, y que, de pronto, también le era indiferente. De hecho, si la oposición podía

conseguir la victoria sobre la burocracia del Partido y su enorme aparato, solo por medio de la guerra civil, ¿por qué era preferible a echar veneno en el refrigerio del Número Uno, cuya desaparición hubiera ocasionado el colapso en forma más rápida y menos sangrienta? ¿Por qué razón el asesinato político es menos honorable que las matanzas políticas en masa? Ese desgraciado muchacho había tergiversado evidentemente su intención, pero ¿no habría quizás más consistencia en su equivocación que la que había existido en su propia conducta durante los últimos años?

«Todo aquel que combate una dictadura tiene que aceptar la guerra civil como un medio de derribarla, y el que se asuste de la guerra civil más vale que abandone la oposición y acepte la dictadura.»

Estas simples sentencias, que él había escrito hacía muchos años en una polémica contra los «moderados», encerraban su propia condenación. No se sentía en estado de continuar su discusión con Gletkin, y la sentencia de su completa derrota le llenaba de una sensación de alivio, al cesar la obligación de continuar el combate, abandonando la carga de su responsabilidad. Le volvió el estado de somnolencia de antes; sentía el martilleo en la cabeza solo como un eco lejano, y por unos segundos le pareció que detrás del escritorio se sentaba, no Gletkin, sino el propio Número Uno, que lo miraba con aquella extraña e irónica comprensión del último apretón de manos de despedida.

Le vino a la memoria una inscripción que había leído en la puerta del cementerio de Errancis, donde yacían Robespierre,

Saint-Just y otros dieciséis camaradas decapitados. Consistía en una sola palabra:

DORMIR

A partir de ese momento, los recuerdos de Rubashov se hicieron otra vez imprecisos.

Probablemente se quedó dormido unos minutos o quizás segundos; pero esta vez no recordó haber soñado. Gletkin debió haberlo despertado para firmar la declaración alargándole su propia lapicera, la cual, según observó con ligero disgusto, estaba aún tibia por su permanencia en el bolsillo. La secretaria había cesado de escribir, y reinaba un completo silencio en la habitación, mientras que la lámpara, interrumpido su zumbido, daba solamente una luz normal, más bien pálida, al aparecer la aurora en la ventana.

Rubashov firmó.

Todavía continuó el sentimiento de alivio e irresponsabilidad, aunque se había olvidado de la causa; después, borracho de sueño, leyó la declaración en que confesaba haber incitado al joven Kieffer a asesinar al jefe del Partido. Durante unos segundos tuvo la sensación de que todo aquello no era más que una farsa grotesca, y sintió un impulso de tachar su firma y romper el documento; luego todo le volvió a la memoria, se frotó los lentes con la manga y le alargó el papel a Gletkin.

La primero que recordó después fue que nuevamente iba por el pasillo, escoltado por el gigante que lo había conducido al despacho de Gletkin hacía un tiempo inconmensurable. Pasó

medio dormido delante de la peluquería y de la escalera de caracol y se acordó de sus temores de antes al llegar a aquel sitio, sorprendiéndose un poco de sí mismo y sonriendo vagamente en la distancia. Luego oyó la puerta de la celda cerrarse detrás de él, de golpe, y se dejó caer en el camastro con una sensación de deleite físico; vio la luz grisácea del amanecer en el hueco de la ventana, con el familiar trozo de periódico, y se quedó dormido.

Cuando se abrió nuevamente la puerta de la celda, aún no era día claro; a lo sumo podría haber dormido una hora. Pensó al principio que le llevaban el desayuno, pero afuera estaba, en lugar del viejo carcelero, el gigante guardia de uniforme. Y Rubashov comprendió que tenía _que volver a Gletkin para que continuara el interrogatorio.

Se frotó la frente y el cuello en el lavabo con agua fría, se puso los lentes, y otra vez emprendió la marcha por los pasillos. Sus pasos vacilaban ligeramente, sin que se diese cuenta de ello, cuando pasaron por la peluquería y la escalera de caracol.

4

De ahí en adelante, el velo de niebla que cayó sobre la memoria de Rubashov se hizo más espeso, y después no pudo recordar sino fragmentos de su diálogo con Gletkin, que duró varios días con sus noches, con cortos intervalos de una hora o dos. Ni aún podía decir exactamente cuántos días y noches

habían sido, pero sería poco más o menos una semana. Rubashov había oído hablar de este procedimiento de completo aniquilamiento físico del acusado, durante el cual dos o tres magistrados se turnaban para que el interrogatorio fuese continuo. Pero la diferencia del método de Gletkin era que este no quería ser relevado nunca y se exigía a sí mismo tanto como pedía de Rubashov, privándole de este modo del último resorte psicológico: la piedad hacia el maltratado, la superioridad moral de la víctima.

Después de cuarenta y ocho horas, Rubashov había perdido el sentido del día y de la noche, y si luego de una hora de sueño el gigante lo sacudía para despertarlo, ya no podía discernir si la luz gris que entraba por la ventana era la de la aurora o la del crepúsculo. El pasillo, con la peluquería, la escalera de caracol y las puertas cerradas, estaba siempre iluminado por la luz pálida de las lámparas eléctricas. Si durante un interrogatorio la ventana se iba iluminando gradualmente hasta que Gletkin apagaba la lámpara, era de día. Si iba oscureciendo poco a poco y Gletkin encendía la lámpara, era de noche.

Cuando Rubashov sentía hambre durante un interrogatorio, Gletkin mandaba buscar té y sándwiches para él. Pero pocas veces tenía apetito, o más bien dicho, sentía con frecuencia mucha debilidad y le parecía que tenía un hambre espantosa, pero cuando veía el alimento delante de él, le daban náuseas. Gletkin nunca comía en su presencia, y Rubashov, por alguna razón inexplicable, se sentía humillado al pedir alimentos. Todo lo que se relacionaba con las funciones físicas del organismo era humillante para Rubashov delante de Gletkin, quien nunca daba señales de fatiga, ni bostezaba, ni fumaba, y que siempre se

sentaba tieso detrás de la mesa, en la misma posición correcta, con el mismo uniforme planchado y los mismos puños que crujían. La peor degradación que sufría Rubashov era cuando se veía obligado a pedir permiso para ir al retrete, adonde lo conducía el guardia gigante, que se quedaba esperando fuera. Una vez Rubashov se quedó dormido dentro, con la puerta cerrada, y desde entonces tenía que dejarla siempre entreabierta.

Durante los interrogatorios, su condición era unas veces apática, mientras que otras sentía un desvelo forzado y vidrioso; una vez estuvo del todo inconsciente, y con frecuencia se sentía a punto de volver a estarlo, pero un sentimiento de orgullo lo salvaba en el último minuto. Entonces encendía un cigarrillo, parpadeaba un poco, y seguía el interrogatorio.

A veces se sorprendía de ser capaz de aguantarlo, pero sabía que la opinión general concede límites muy mezquinos a la capacidad de resistencia física del hombre y no tiene idea de su asombrosa elasticidad. Había oído de casos de prisioneros a quienes no se les permitió dormir durante quince o veinte días, y que pudieron soportarlo sin morir.

Después del primer interrogatorio con Gletkin, cuando hubo firmado su declaración, se imaginó que todo estaba terminado; pero en el segundo interrogatorio, se convenció de que no había hecho más que empezar. El acta de acusación contenía siete puntos, y no había admitido más que uno. Si pudo creer haber apurado la copa de la humillación hasta las heces, ahora comprendía que la impotencia tiene tantos grados como el poder, que la derrota puede hacerse tan vertiginosa como la

victoria, y que sus abismos son insondables. Y poco a poco, día tras día, Gletkin lo iba empujando escalón por escalón, a bajar la escala.

Pudo, desde luego, hacer las cosas más sencillas. No tenía más que haber firmado todo desde la A hasta la Z o negarlo todo de una vez, y así lo hubieran dejado en paz. Pero un extraño y complicado sentido del deber le impedía caer en esa tentación. La vida de Rubashov había estado tan llena de una idea absoluta, que él había conocido solo de un modo teórico el fenómeno llamado «tentación».

Pero ahora la tentación lo acompañaba a través de los indistinguibles días y noches, en sus tambaleos por el corredor, y frente a la luz blanca de la lámpara de Gletkin. La tentación, que se condensaba en la única palabra escrita en el cementerio de los vencidos: «Dormir.»

Era difícil de resistir, porque era una tentación quieta y apacible, sin pinturas chillonas, no carnal. Era una tentación muda, que no utilizaba argumentos. Todos estos estaban del lado de Gletkin, mientras que la tentación se limitaba a repetir las palabras escritas en el mensaje que había recibido en la peluquería: «Muere en silencio.»

Algunas veces, en los momentos de apatía que se alternaban con lúcidas vigiliadas, los labios de Rubashov se movían, pero Gletkin no podía oír las palabras. Entonces se arreglaba los puños y se aclaraba la voz, mientras Rubashov limpiaba los lentes en la manga, cabeceando adormilado y atontado. Ya había identificado al tentador con el interlocutor silencioso a

quien creía haber olvidado y que nada tenía que hacer, por ningún motivo, en aquella habitación: la «ficción gramatical»...

–¿De manera que niega haber negociado con los representantes de una potencia extranjera que estaba dispuesta a ayudar a la oposición para derrocar el presente régimen? ¿Y no admite el cargo de que estaba dispuesto a pagar cualquier ayuda, directa o indirecta, mediante concesiones territoriales, esto es, sacrificando ciertas provincias de nuestro país?

Sí; Rubashov se negaba a admitir esto, y entonces Gletkin le repetía el día y la hora de su conversación con el diplomático extranjero de que se trataba, y Rubashov recordaba otra vez aquella escena sin importancia que había estado flotando en su memoria mientras Gletkin le leía el acta de acusación. Medio dormido y confuso, se quedaba mirando a Gletkin, dándose cuenta de lo inútil de tratar de explicarle esa escena. Había ocurrido luego de un almuerzo diplomático en la Legación de B... Rubashov había estado sentado al lado del obeso Herr von Z... segundo consejero de la embajada de aquel mismo Estado donde, unos meses antes, le habían roto los dientes, y había sostenido una interesante conversación con él acerca de una variedad, de conejo de Indias que se criaba en una finca de Herr von Z... y en otra del padre de Rubashov; según todas las probabilidades, los respectivos padres de Rubashov y de von Z... habían cambiado alguna vez ejemplares.

–¿Qué ha sido de los conejos de Indias de su padre? –preguntó von Z...

–Los mataron durante la Revolución y se los comieron –contestó Rubashov.

–A los nuestros los convirtieron en grasa ersatz –dijo von Z... con melancolía, y no hizo ningún esfuerzo por ocultar el desprecio que sentía hacia el nuevo régimen de su país, que seguramente solo por accidente no lo había echado a puntapiés de su puesto–. Usted y yo estamos en situación similar –dijo, y vació su copa de licor–. Ambos hemos sobrevivido a nuestro tiempo. La cría seleccionada de conejillos de Indias ha concluido; vivimos un siglo plebeyo.

–Pero no olvide que yo estoy del lado de la plebe –dijo sonriendo Rubashov.

–No es eso lo que quise decir –repuso von Z...–; si me apuraran mucho, también yo estaría de acuerdo con el programa de nuestro monigote de bigote recortado, con tal que no berreará de ese modo. Después de todo, solo pueden crucificar a uno en nombre de la propia fe.

Siguieron sentados un tiempo más bebiendo café, y a la segunda taza, Herr von Z... dijo:

–Si vuelven a hacer una revolución en su país, amigo Rubashov, y derriban al Número Uno, tengan más cuidado con los conejillos de Indias.

–Eso no es probable que ocurra –dijo Rubashov, al cabo de un momento, y añadió–: Por más que parece que se puede contar con esta posibilidad entre los amigos de usted.

–Con toda seguridad –replicó von Z... en el mismo tono ligero– y después de lo que se ha oído acerca de las famosas purgas, algo extraño debe de estar ocurriendo en su país.

–Entonces, debo suponer que entre sus amigos de usted debe de haber ya alguna idea acerca de lo que piensan hacer ustedes en esa muy improbable eventualidad...

En ese momento, Herr von Z..., casi como si hubiese estado esperando la pregunta, contestó:

–Es un secreto, pero hay un precio.

Estaban los dos de pie al lado de la mesa, con las tazas de café en la mano.

–¿Y ese precio, ha sido decidido ya? –preguntó Rubashov, sintiendo, que el tono ligero sonaba demasiado artificial.

–Ciertamente –contestó Herr von Z..., y nombró cierta provincia productora de trigo y habitada por una minoría nacional. No se habló más, y se despidieron entonces el uno del otro.

Rubashov había olvidado esta escena desde hacía años, o al menos no la recordaba de manera consciente. Cháchara trivial de taza de café y copa de coñac, ¿cómo poder explicar a Gletkin su completa insignificancia? Rubashov miraba adormilado a Gletkin sentado frente a él, tan impávido y sin expresión como siempre. No; era imposible comenzar a hablarle de conejos de Indias. Este Gletkin no entendía nada de conejos de Indias. Nunca había tomado café con Herr von Z... Se le ocurrió a

Rubashov pensar en lo mal que leía Gletkin, dando con frecuencia una entonación errónea a las frases. Era de origen proletario, y evidentemente había aprendido a leer cuando ya era adulto. Nunca sería capaz de comprender que una conversación que empezaba con conejos de Indias podía acabar Dios sabía dónde.

–¿De modo que usted admite la conversación? –dijo Gletkin.

–Fue completamente inocua –contestó Rubashov con cansancio, dándose cuenta de que Gletkin lo había empujado otro escalón abajo en la escala.

–Tan inocua –dijo Gletkin– como sus disertaciones puramente teóricas al joven Kieffer sobre la necesidad de deshacerse del jefe del Partido por medios violentos.

Rubashov se limpió los lentes con la manga. ¿Habría sido en verdad la conversación tan inocente como él procuraba hacérselo creer a sí mismo? Por cierto, él no había «negociado» ni convenido nada, ni el obeso Herr van Z... tenía atribuciones para hacerlo; a lo sumo había sido lo que en lenguaje diplomático se conocía con el nombre de «sondeos». Pero esta clase de sondeos constituían un eslabón en la cadena lógica de sus ideas de aquel tiempo, y encajaba, además, con ciertas tradiciones del Partido. ¿Acaso el viejo jefe, poco antes de la Revolución, no había utilizado los servicios del Estado Mayor de ese mismo país, con objeto de volver del destierro para conducir la Revolución a la victoria? Y más adelante, en el primer tratado de paz, ¿no había cedido ciertos territorios como precio de esa misma paz? Un ingenioso amigo de Rubashov había dicho: «El

viejo sacrifica espacio para ganar tiempo.» La «inocua» y olvidada conversación encajaba en la cadena de modo tan perfecto, que resultaba ahora difícil a Rubashov verla de otra manera que a través de los ojos de Gletkin. Este mismo Gletkin, que sabía leer tan mal y cuyo cerebro trabajaba tan torpemente, había llegado a resultados simples y comprensivos, gracias, con seguridad, a que no entendía nada de conejos de Indias... ¿Y cómo, dicho fuese de paso, sabía Gletkin de aquella conversación? O había sido oída por alguien, lo que en aquellas circunstancias era difícil; o el obeso Herr von Z... había estado actuando como *agent provocateur*, Dios sabía por qué complicadas razones. Tales cosas solían suceder antes con bastante frecuencia. Le habían armado una trampa a Rubashov, planeada según la mentalidad primitiva del Número Uno y de Gletkin, y él había caído en la celada...

–Estando tan bien informado de mi conversación con Herr von Z... –dijo Rubashov–, debe usted saber, con seguridad, que no tuvo consecuencias.

–Ciertamente –repuso Gletkin–, gracias al hecho de que lo detuvimos a usted a tiempo, y a que destrozamos a la oposición en todo el país. Si no hubiésemos hecho así, los resultados de la traición habrían surgido con sus consecuencias naturales.

¿Qué se podía contestar a esto? ¿Que en ningún caso los resultados hubieran sido serios, aunque no fuera sino por la razón de que él, Rubashov, estaba demasiado viejo y gastado para obrar de una manera tan consecuente como lo requerían las tradiciones del Partido, y tal como Gletkin habría actuado en su lugar? ¿Que la total actividad de la llamada oposición se había

convertido en cháchara senil, porque toda la generación de la vieja guardia estaba tan gastada como él mismo? Consumida por los años de lucha clandestina; carcomida por la humedad de los muros de las cárceles, entre los cuales había pasado la mitad de su juventud; agotada espiritualmente por la perpetua tensión nerviosa de tener que sumergir el temor físico, sobre el que nunca se hablaba, con el que cada uno debía luchar solitario, durante años, durante decenas de años. Gastada por los años de destierro, las ásperas luchas intestinas dentro del Partido, combatidas con completa ausencia de escrúpulos; más desgastada aún por las innumerables derrotas y la desmoralización de la victoria final. ¿Habría que decir que una oposición organizada contra la dictadura del Número Uno no había existido nunca realmente? ¿Que todo se había reducido a charlas de café, un impotente jugar con fuego, porque esa generación de la vieja guardia había dado ya todo lo que tenía que dar, había sido exprimida hasta la última gota, hasta la última caloría espiritual? Como a los muertos del cementerio de Errancis, no les quedaba ya más que una cosa que esperar: dormir, y aguardar que las generaciones venideras les hiciesen justicia. ¿Qué podría contestar a ese inmovible hombre de Neanderthal? Podría decirle que tenía razón en todo, pero que había cometido un error fundamental: creer que era el antiguo Rubashov quien se sentaba enfrente de él, cuando no era más que su sombra. Que todo se podía reducir a esto: había que castigarlo, no por los actos que había cometido, sino por los que había dejado de cometer. «Uno puede ser crucificado solo en nombre de la propia fe», había afirmado el cómodo von Z.

Antes que Rubashov hubiese firmado la declaración y fuese conducido de vuelta a su celda, para echarse en el camastro,

inconsciente, hasta que el tormento empezase de nuevo, hizo una pregunta a Gletkin. No tenía nada que ver con la discusión del momento, pero Rubashov se daba cuenta de que cada vez que firmaba una nueva declaración, Gletkin se volvía más tratable: era un buen pagador. La pregunta que hizo Rubashov se refería a la suerte de Ivanov.

–El camarada Ivanov está detenido –contestó Gletkin.

–¿Puedo saber la causa? –preguntó Rubashov.

–El camarada Ivanov condujo los interrogatorios de una manera incompetente, y en una conversación privada con usted expresó cínicas dudas con respecto al fundamento de la acusación.

–Tal vez no podía creer en ella –insinuó Rubashov–. Sería posible que tuviera demasiada buena opinión de mí.

–En ese caso –dijo Gletkin–, hubiera debido suspender los procedimientos, y haber informado oficialmente a las autoridades competentes que, en su opinión, usted era inocente.

¿Se estaría burlando de él? Parecía tan correcto e inexpresivo como siempre...

La vez siguiente que Rubashov se inclinó sobre su declaración del día, con la tibia lapicera de Gletkin en la mano (la secretaria se había retirado), dijo:

–¿Puedo hacer otra pregunta?

Mientras hablaba, estaba mirando la ancha cicatriz en el cráneo de Gletkin.

–Se me dijo que usted era partidario de ciertos procedimientos extremos, los llamados «métodos duros». ¿Por qué no ha usado nunca la tortura física en mi caso?

–Usted sabe que la tortura física está prohibida por nuestro código penal –contestó Gletkin en tono indiferente.

Hizo una pausa. Rubashov acababa de firmar el protocolo.

–Además –continuó Gletkin–, hay cierta clase de procesados que confiesan cuando se ven obligados por presión física, pero después se desdicen en la vista pública de la causa, y usted pertenece a esa testaruda clase. La utilidad política de su confesión en la vista estriba en su carácter de voluntaria.

Era la primera vez que Gletkin le hablaba de una vista pública. Pero en el camino de vuelta por el pasillo, cuando marchaba al lado del gigante con pasos cortos y cansados, no era en aquello en lo que pensaba Rubashov, sino en la frase «Usted pertenece a esa testaruda clase». Contra su voluntad, le llenaba de agradable satisfacción.

«Me estoy volviendo viejo y pueril», pensaba cuando se acostó en el camastro. Pero a pesar de ello, el agradable sentimiento de satisfacción le duró hasta que concilió el sueño.

Cada vez que firmaba, después de empeñosa discusión, una confesión nueva, y se tiraba agotado sobre el camastro, sentía una extraña satisfacción, aun con el conocimiento de que lo

despertarían una o dos horas después. En cada ocasión, no tenía más que un deseo: que Gletkin lo dejara dormir un poco más para poder así recobrar su equilibrio mental. Sabía que este deseo no se cumpliría hasta que la batalla no llegase a su amargo final y se pusiese el último punto sobre la última i; y sabía también que cada nuevo combate acabaría en una nueva derrota, y que no había duda posible respecto al resultado final. ¿Por qué entonces, seguirse atormentando y permitiendo que lo atormentasen, en lugar de abandonar la batalla perdida, y lograr, así, que no lo despertasen más? La idea de la muerte había perdido desde hacía mucho tiempo todo carácter metafísico; ofrecía en cambio un significado tentador, tibio y corpóreo: el de dormir. Pero un peculiar y retorcido sentido del deber lo forzaba a permanecer despierto y a continuar la batalla hasta el fin, aun cuando fuese una batalla contra molinos de viento. Seguir hasta el momento en que Gletkin lo hubiese forzado a bajar el último peldaño de la escala, y hasta que, delante de sus ojos cegados, el último borrón de la acusación se hubiera convertido en el apropiado punto de la i. Tenía que seguir el camino hasta el final. Solamente entonces, cuando entrase en la oscuridad con los ojos abiertos, habría conquistado el derecho a dormir y a no ser despertado nunca más.

También en Gletkin se había desarrollado un cierto cambio durante aquella cadena ininterrumpida de días y noches. No era muy perceptible, pero los febriles ojos de Rubashov no lo pasaron por alto. Hasta el final, Gletkin continuó sentándose con la cara inmovible y los puños crujientes a la sombra de la lámpara detrás de la mesa, pero gradualmente, poco a poco, la brutalidad se fue borrando de su voz, en la misma proporción en que él disminuía la intensidad de la lámpara, hasta que llegaba

a ser normal. Nunca sonreía, y Rubashov se preguntaba si el hombre de Neanderthal era capaz de sonreír; tampoco era su voz lo bastante flexible para expresar ningún matiz de sensibilidad. Pero una vez, cuando a Rubashov se le acabaron los cigarrillos, después de una sección de varias horas, Gletkin, que no fumaba, sacó un paquete del bolsillo y lo puso sobre la mesa, al alcance de Rubashov.

En un solo punto consiguió Rubashov la victoria: en la acusación sobre su supuesto sabotaje cuando estaba a la cabeza del trust del aluminio. Era un cargo que no pesaba mucho en la suma total de los crímenes que ya había confesado, pero Rubashov lo combatió con la misma obstinación con que habría combatido un punto decisivo. Estuvieron uno frente al otro casi toda la noche.

Rubashov había refutado punto por punto toda la evidencia aportada y las estadísticas amañadas; con voz ronca por el cansancio había citado cifras y datos, que por milagro aparecían en su embrutecida cabeza; y durante todo el tiempo, Gletkin había sido incapaz de encontrar el punto de partida desde el cual empezar y desenrollar la cadena de lógica. Porque desde la segunda o tercera entrevista, habían hecho una especie de convenio tácito: si Gletkin podía probar que tenía razón en la raíz del cargo, aun cuando esa raíz fuese de naturaleza abstracta y puramente lógica, quedaba en libertad para poner los puntos sobre las íes, como las llamaba Rubashov, añadiendo los detalles que faltasen. Sin darse cuenta de ello, se habían acostumbrado a seguir estas reglas para su juego y ninguno de ellos hacía diferencia entre las acciones que Rubashov hubiese cometido de

hecho, y aquellas otras que pudiera haber cometido como consecuencia de sus opiniones.

Habían perdido, por consiguiente, toda noción del sentido de la realidad y de las apariencias, de la ficción lógica y del hecho. Rubashov se daba cuenta de vez en cuando de esto, en raros momentos de clarividencia, y entonces tenía la sensación de despertar de un extraño estado de intoxicación, mientras Gletkin, por el contrario, no parecía darse cuenta de ello.

Aquella madrugada en que Rubashov no daba su brazo a torcer en la cuestión del sabotaje en el trust del aluminio, la voz de Gletkin parecía haber adquirido una cierta nerviosidad, igual que al principio, cuando Labio Leporino daba respuestas trastornando el orden. Forzó la corriente de la lámpara, cosa que no había hecho hacía mucho tiempo, pero la redujo otra vez cuando vio la sonrisa irónica de Rubashov. Hizo unas cuantas preguntas más, sin resultado, y dijo de manera concluyente:

–¿De modo que definitivamente niega haber ejecutado ningún acto de sabotaje o subversivo en la industria confiada a sus cuidados, ni haber planeado tales actos?

Rubashov asintió con una soñolienta curiosidad respecto a lo que pudiera pasar. Gletkin se volvió a la taquígrafa:

–Escriba: el magistrado examinador recomienda que este cargo se omita por falta de prueba.

Rubashov encendió rápidamente un cigarrillo para ocultar el pueril movimiento de triunfo que lo dominaba. Por primera vez había ganado una batalla sobre Gletkin, y por más que solo fuera

una pequeña escaramuza local en una campaña perdida, era aún una victoria, y hacía muchos meses, quizás años que no experimentaba este sentimiento... Gletkin tomó la declaración de manos de la secretaria, y la despidió, conforme al ritual que seguían últimamente.

Cuando estuvieron solos, y Rubashov se hubo puesto de pie para firmar, Gletkin le dijo, alargándole la lapicera de depósito:

–El sabotaje industrial es, de acuerdo con la experiencia, el medio más eficaz empleado por la oposición para crear dificultades al gobierno, y para producir descontento entre los trabajadores. ¿Por qué sostiene usted de modo tan obstinado que no utilizó, ni intentó, usar ese procedimiento?

–Porque es absurdo técnicamente –dijo Rubashov–. Y porque esa perpetua manía de presentar al saboteador como un espantajo produce una epidemia de delatores que me asquea.

La muy anhelada sensación de triunfo, hizo que Rubashov se sintiera más fresco y hablara más fuerte que de costumbre.

–Si sostiene que el sabotaje es una mera ficción, ¿cuáles son, en su opinión, las causas reales del poco satisfactorio estado de nuestras industrias?

–Los jornales a destajo, demasiado bajos; régimen de esclavitud y la barbarie de las medidas disciplinarias –contestó Rubashov–. Sé de algunos casos en mi trust, en que los obreros fueron fusilados como saboteadores simplemente por alguna negligencia sin importancia, ocasionada por exceso de cansancio. Si un obrero llega dos minutos después a marcar su

tarjeta en el control, lo despiden, y en su documentación le plantan un sello que lo imposibilita para encontrar trabajo en otra parte.

Gletkin se quedó mirando a Rubashov con su inexpresiva mirada, y le preguntó, con su voz tan vacía como siempre:

–¿Le dieron alguna vez un reloj siendo muchacho?

Rubashov se le quedó mirando con asombro, porque el rasgo más característico del hombre de Neanderthal era su absoluta incapacidad para toda clase de humorismo, o, más exactamente, su ausencia de frivolidad.

–¿No quiere usted responder a mi pregunta? –insistió Gletkin.

–Ciertamente –contestó Rubashov, más y más asombrado.

–¿Qué edad tenía usted cuando le dieron un reloj?

–No recuerdo exactamente; entre ocho y nueve años –dijo Rubashov.

–Yo –dijo Gletkin con su voz mesurada de costumbre– tenía dieciséis años cuando me enseñaron que la hora se dividía en minutos. En mi pueblo, cuando los campesinos tenían que ir a la ciudad, debían estar en la estación del ferrocarril al amanecer, y tenderse en la sala de espera hasta que el tren llegaba, lo que solía suceder a mediodía, aunque a veces se retrasaba hasta la tarde o la mañana del día siguiente. Esos son los campesinos que ahora trabajan en las fábricas. Por ejemplo, en mi pueblo se levanta ahora la fábrica de rieles de acero más grande del

mundo. Durante el primer año, los capataces se echaban a dormir entre dos sangrías del alto horno, hasta que se empezó a fusilar a los dormilones. En todos los países los labriegos han contado con cerca de doscientos años para irse habituando al manejo de las máquinas y desarrollar el hábito de la precisión industrial. Aquí han tenido que hacerlo en diez años. Si no los echáramos a la calle o si no los fusiláramos por fruslerías, el país entero se encontraría paralizado, y los campesinos se echarían a dormir en las fábricas hasta que la hierba llegara por encima de las chimeneas, y todo volviese a estar como antes.

Hace un año, vino a visitarnos una delegación de mujeres de Mánchester, Inglaterra. Se le enseñó todo lo que había que ver, y después empezaron a escribir artículos indignados, diciendo que los obreros textiles de Mánchester no hubieran aguantado nunca esos tratamientos. Pero yo he leído que la industria textil en Mánchester tiene dos siglos de antigüedad, y también he leído cuál era el trato que se daba a los trabajadores hace doscientos años, cuando la industria empezó a desarrollarse. Usted, camarada Rubashov, acaba de hacer uso de los mismos argumentos que la delegación femenina de Mánchester. Usted, por supuesto, sabe más que esas mujeres; de manera que tengo derecho a extrañarme de que lo haga. Claro que no hay que olvidar que tiene algo de común con ellas: a usted le regalaron un reloj cuando era todavía un niño.

Rubashov no dijo nada y miró a Gletkin con renovado interés. ¿Qué era aquello? ¿Estaba el hombre de Neanderthal saliendo de su caverna? Pero Gletkin seguía tieso en su silla; tan inexpresivo en su aspecto como de costumbre.

–Puede usted tener razón en algunos aspectos –dijo finalmente Rubashov–. Pero fue usted quien me apartó de la cuestión. ¿Qué interés hay en inventar una víctima propiciatoria y presentarla como causante y responsable de las dificultades, cuyas causas naturales acaba usted de explicar con tanta elocuencia?

–La experiencia enseña –dijo Gletkin– que a las masas hay que darles, para todos los procesos complicados, una explicación simple y fácilmente accesible. Según lo que conozco de historia, veo que la especie humana no ha prescindido nunca de la víctima propiciatoria. Creo que fue en todos los tiempos una institución indispensable. Su amigo Ivanov me enseñó que ella era de origen religioso. Si mal no recuerdo, la expresión vino de una costumbre de los hebreos, que una vez al año sacrificaban a su dios un macho cabrío, al que suponían cargado con todos los pecados que ellos habían cometido. –Gletkin hizo una pausa y se arregló los puños–. Hay también ejemplos en la historia de víctimas propiciatorias voluntarias. A la edad en que usted tuvo su primer reloj, el pope de la aldea me enseñaba que Jesucristo se llamaba a sí mismo el cordero de Dios, que se había sacrificado para redimir los pecados de los hombres. Yo nunca he comprendido en qué pudiera ayudar al género humano que alguien declare que se sacrifica por él. Pero desde hace dos mil años parece que la gente lo encuentra muy natural.

Rubashov se quedó mirando a Gletkin. ¿Qué propósito le animaba? ¿Cuál era el objeto de esa conversación? ¿En qué laberinto se había metido el hombre de Neanderthal?

–Como quiera que sea –dijo Rubashov–, estaría más en concordancia con nuestras ideas decir al pueblo la verdad, en lugar de poblar el mundo con saboteadores imaginarios y con demonios.

–Si alguien hubiese dicho a la gente de mi pueblo que ellos continuaban atrasados y torpes a pesar de la Revolución y de las fábricas, no habría logrado efecto alguno sobre ellos. Si se les dice que ellos son héroes del trabajo, que son más eficientes que los americanos, y que todos los males vienen de los saboteadores y de los demonios, por lo menos se consigue algo. La verdad es aquello que es útil a la humanidad, y la mentira lo que es dañoso. En el bosquejo de historia que el Partido ha publicado para las clases nocturnas de adultos, se asegura que durante los primeros siglos la religión significó un efectivo factor de progreso para la humanidad. Que Jesucristo dijo o no la verdad cuando aseguraba que era hijo de Dios y de una virgen, es cosa que no interesa a ninguna persona sensata. Se dice que esto es simbólico, pero los campesinos lo toman al pie de la letra. Nosotros tenemos el mismo derecho a inventar símbolos útiles para que nuestros labriegos los tomen literalmente y les sirvan.

–Su razonamiento dijo Rubashov –me hace recordar a veces a Ivanov.

–El ciudadano Ivanov pertenecía, como usted a la vieja clase intelectual –dijo Gletkin–; hablando con él se adquieren algunos conocimientos históricos, que no se han podido aprender por falta de estudios. La diferencia estriba en que yo procuro usar

esos conocimientos en beneficio del Partido, mientras que el ciudadano Ivanov era un cínico...

–¿Era...? –preguntó Rubashov quitándose los lentes.

–El ciudadano Ivanov –contestó Gletkin mirándolo con sus ojos inexpresivos– fue fusilado anoche en cumplimiento de una decisión administrativa.

Después de aquella conversación, Gletkin dejó dormir un par de horas a Rubashov. Camino de su celda, Rubashov se extrañaba de que la noticia de la muerte de Ivanov no le hubiese causado mayor impresión, siendo así que lo único que había hecho era desvanecer la sensación de su pequeña victoria sobre Gletkin, dejándolo cansado y soñoliento otra vez. Aparentemente, había llegado a un estado incompatible con otras emociones más profundas. De cualquier manera, aun antes de saber la muerte de Ivanov, estaba ya avergonzado de esa inútil idea de triunfo. La personalidad de Gletkin había alcanzado tal poder sobre él, que hasta los triunfos se convertían en derrotas. Inexpresivo y macizo, se sentaba detrás de su mesa, como la brutal encarnación del Estado que debía su misma existencia a los Rubashov y a los Ivanov. Carne de su carne, había crecido con independencia y se había hecho insensible. ¿No había reconocido el mismo Gletkin que era el heredero espiritual de Ivanov y de los viejos intelectuales? Rubashov se repetía una y otra vez a sí mismo que Gletkin y los modernos hombres de Neanderthal estaban completando el trabajo de la generación con las cabezas numeradas. Que la misma doctrina pareciese tan inhumana en sus labios, se debía simplemente a razones climatéricas. Cuando Ivanov usaba los mismos

argumentos, había siempre en su voz un resabio dejado por el pasado como recuerdo de un mundo que había desaparecido. Se puede renegar de la propia niñez, pero no hacerla desaparecer. Ivanov había arrastrado tras él su pasado hasta el fin, y eso era lo que daba a todo cuanto decía ese resabio de frívola melancolía; por eso Gletkin lo llamaba cínico. Los Gletkin no tenían nada que borrar, no necesitaban renegar de su pasado, porque carecían de él. Habían nacido sin cordón umbilical, sin frivolidad, sin melancolía.

5

FRAGMENTO DEL DIARIO DE N. S. RUBASHOV

... ¿Con qué derecho los que estamos en trance de abandonar la escena, miramos con tal superioridad a los Gletkin? Seguramente deben de haber reído mucho los monos cuando el hombre de Neanderthal apareció por primera vez sobre la tierra. Los monos, altamente civilizados en aquella época, se balanceaban graciosamente de rama en rama; el hombre de Neanderthal era tosco y andaba encorvado sobre el suelo. Los monos, saturados y pacíficos, vivían en medio de juegos sofisticados, o atrapaban pulgas en filosófica contemplación; el hombre de Neanderthal daba zancadas por el mundo con aire sombrío, blandiendo una estaca tremenda. Los monos lo miraban con burla desde la copa de los árboles y le tiraban nueces, pero a veces se horrorizaban, pues mientras ellos comían fruta y tiernas plantas con delicado refinamiento, el

Neanderthal devoraba la carne cruda de los otros animales, que mataba, sin excluir a sus semejantes. Echaba abajo los árboles que siempre habían estado en pie, movía las rocas de sus legendarios emplazamientos y violaba todas las leyes y tradiciones de la selva. Era tosco, cruel, sin dignidad animal, y desde el punto de vista de los supercivilizados monos, representaba un salto atrás en la historia. Los últimos chimpancés sobrevivientes todavía reciben con desprecio la presencia de un ser humano...

6

Al cabo de cinco o seis días ocurrió un accidente: Rubashov se desmayó durante un interrogatorio. Había llegado justamente al punto final del acta de acusación: la cuestión sobre el motivo de las acciones de Rubashov. El acusador definía el motivo simplemente, como «mentalidad contrarrevolucionaria» y mencionaba, como si fuera evidente por sí mismo, que había estado al servicio de una potencia extranjera hostil. Rubashov peleó su última batalla contra esa afirmación del acta. La discusión había durado desde el amanecer hasta la mitad de la mañana, cuando Rubashov, en un momento enteramente desprovisto de dramatismo, se escurrió de lado en la silla y quedó tendido en el suelo.

Cuando volvió en sí al cabo de unos minutos vio el cráneo cubierto de pelusilla del médico, que inclinado sobre él, le echaba agua en la cara con una botella, y le frotaba las sienes:

Rubashov sentía el aliento del doctor, que olía a menta y a pan con grasa, y le dio náuseas; el doctor lo increpó con voz chillona, y aconsejó que lo sacara al aire libre unos minutos. Gletkin había estado mirando la escena con ojos sin expresión, y entonces tocó el timbre, ordenó que se limpiara la alfombra y que llevaran a Rubashov a su celda. Unos minutos después, el viejo carcelero lo sacó al patio para hacer ejercicios.

Durante los primeros minutos, Rubashov pareció como intoxicado por el aire fresco y cortante, y descubrió que tenía pulmones que todavía bebían el oxígeno, tal como el paladar saborea una bebida suave y refrescante. El sol brillaba pálido y claro; eran justamente las once de la mañana, la misma hora en que lo sacaban para pasear hacía tiempo inconmensurablemente lejano, antes de que hubiese empezado esa interminable serie de vagas noches y días. ¡Qué tonto había sido al no apreciar esta bendición! ¿Por qué no podría uno limitarse a vivir simplemente, a respirar y a andar sobre la nieve recibiendo la pálida y tibia caricia del sol en la cara? ¿No sería posible sacudirse la pesadilla del despacho de Gletkin, con la luz cegadora de la lámpara, y la *mise en scène* espectral, y vivir como todo el mundo?

Como era la hora reglamentaria para los paseos, tuvo otra vez por compañero al delgado campesino de las alpargatas, que lo miraba de soslayo cuando Rubashov caminaba a su lado, con pasos ligeramente vacilantes; el labriego carraspeó una o dos veces y le dijo, tras una mirada de precaución hacia los guardias:

–Hace mucho que no lo veo, excelencia. Parece estar enfermo, como si no fuera a durar mucho tiempo. Dicen que habrá guerra.

Rubashov no le contestó nada. Resistió a la tentación de recoger un puñado de nieve y hacerlo una bola en la mano. El círculo se movía lentamente alrededor del patio; unos veinte pasos adelante, otra pareja iba dando zancadas sobre la nieve, dos hombres de aproximadamente la misma estatura, con abrigos grises, cada uno con una nubecilla de vapor delante de la boca.

–Pronto será la época de la siembra –dijo el campesino–. Después del deshielo las ovejas irán a las montañas. Se tarda tres días en llevarlas. Antes, todos los pueblos del distrito enviaban sus ovejas el mismo día. Emprendían la marcha al salir el sol, y se veían ovejas en todas partes, en todos los campos y senderos, y todo el pueblo acompañaba a los rebaños durante el primer día. Tal vez usted nunca haya visto, excelencia, tantas ovejas juntas, tantos perros y tanto polvo; tanto balar y tantos ladridos. ¡Madre de Dios, cuánta alegría!

Rubashov, la cara alzada hacia el sol, que aunque todavía pálido no dejaba de templar el aire suavemente, miraba a los pájaros revolotear sobre la torrecilla de la ametralladora.

La plañidera voz del labriego siguió:

–Un día como hoy, en que se huele la nieve derritiéndose en el aire, me gusta mucho. Ninguno de los dos durará mucho, excelencia. Nos han aplastado porque somos reaccionarios, y porque aquellos tiempos en que éramos felices no deben volver...

–¿Era realmente tan feliz en aquellos días? –preguntó Rubashov; pero el campesino solo murmuró algo ininteligible,

en tanto que la nuez le subía y le bajaba rápidamente en la garganta.

Rubashov lo miraba de soslayo, y al cabo de un rato dijo:

–¿Recuerda usted la Biblia cuando dice que las tribus en el desierto empezaron a gritar: Nombremos un capitán y volvamos a Egipto?

El campesino asintió ansiosamente sin comprender. Entonces fueron conducidos otra vez al edificio...

Pasado el efecto del aire fresco, volvieron las náuseas y el mareo. En el momento de entrar, Rubashov se agachó, tomó un puñado de nieve, y se frotó con ella la frente y los ojos, que le quemaban.

No lo llevaron a la celda como esperaba, sino directamente al despacho de Gletkin, que seguía sentado a su mesa, en la misma postura en que Rubashov lo había dejado, ¿cuánto tiempo hacía? Parecía que no se hubiese movido durante su ausencia. Las cortinas estaban echadas, la lámpara encendida, y daba la impresión de que el tiempo se había detenido en aquella habitación, como en un estanque putrefacto. En tanto que se sentaba frente a Gletkin, la mirada de Rubashov cayó sobre una mancha húmeda en la alfombra. Recordó su descompostura. No había pasado, después de todo, más que una hora desde su salida de la habitación.

–Supongo que se siente mejor ahora –dijo Gletkin–. Estábamos en la cuestión final del motivo de sus actividades contrarrevolucionarias.

Miró con alguna sorpresa la mano derecha de Rubashov, que reposaba en el brazo del sillón y todavía conservaba un pedacito de nieve; Rubashov siguió su mirada, sonrió y levantó la mano hacia la lámpara. Ambos miraron el trozo de nieve fundirse lentamente en la mano de Rubashov al calor del foco.

–Esta cuestión del motivo es la última –dijo Gletkin–. En cuanto firme esta declaración habremos terminado.

La lámpara emitía una luz más fuerte que de costumbre, y Rubashov parpadeó.

–... Y entonces podrá usted descansar –terminó Gletkin.

Rubashov se pasó la mano por las sienes, pero la frescura de la nieve había desaparecido. La palabra «descansar», con la que Gletkin había terminado su frase, permanecía suspendida en el silencio. Descansar y dormir. «Nombremos un capitán y volvamos a las tierras de Egipto»...

Parpadeó fuertemente a través de los lentes mirando a Gletkin.

–Usted conoce mis motivos tan bien como yo –dijo–; sabe perfectamente que no actué ni por tener una «mentalidad contrarrevolucionaria», ni por estar al servicio de una potencia extranjera.

Todo lo que pensé y todo lo que hice fue de acuerdo con mis propias convicciones y con mi propia conciencia.

Gletkin había sacado una carpeta del cajón de su mesa, buscó algo en ella, sacó una hoja de papel y la leyó con su voz monótona:

–... «Para nosotros la cuestión de la buena fe subjetiva no tiene interés. Aquel que esté equivocado debe pagar, aquel que esté en la razón deberá ser absuelto. Esa era nuestra ley.» Usted escribió esto en su diario poco después de ser arrestado.

Rubashov sintió debajo de sus párpados la familiar oscilación de la luz. En la boca de Gletkin esa frase que había pensado y escrito adquiriría un sonido peculiar, descarnado, como si una confesión destinada únicamente a los oídos del sacerdote anónimo, se hubiese reproducido en un disco de gramófono.

Gletkin había sacado otra hoja de la carpeta, y únicamente leyó otra frase, con sus inexpresivos ojos clavados en Rubashov:

–«El honor consiste en servir sin vanidad, hasta la última consecuencia.»

Rubashov procuró resistir su mirada.

–Yo no veo –dijo– cómo puede servir al Partido el hecho de que sus miembros tengan que arrastrarse en el polvo delante de todo el mundo. He firmado todo lo que usted ha querido que firme. Me he declarado culpable de haber seguido una política falsa y objetivamente perjudicial. ¿No es eso bastante para usted?

Se puso los lentes, esquivó con desesperación la lámpara, y terminó con voz cansada y ronca:

–Después de todo, el nombre de Nicolás Salamanovich Rubashov es, en sí mismo, un trozo de la historia del Partido. Si lo arrastran por el fango, no hacen más que ensuciar la historia de la Revolución.

Gletkin volvió a mirar la carpeta.

–También puedo contestar a eso con una cita de sus propias obras: Usted escribió: «Es necesario inculcar cada sentencia en las masas a fuerza de repetición y simplificación. Lo que se presenta como verdadero debe brillar como el oro, y lo falso debe ser tan negro como el alquitrán. Para el consumo de las masas, los procesos políticos deben estar pintarrajeados como cartelones de feria.»

Rubashov siguió silencioso. Luego dijo:

–De manera que esa es su intención: yo voy a hacer el papel de diablo en su tinglado de títeres, y tendré que retocarme, rechinar los dientes y sacar la lengua; voluntariamente, además. A Danton y a sus amigos no les pidieron eso, por lo menos.

Gletkin cerró la carpeta, se inclinó un poco hacia adelante y se arregló los puños:

–Su testimonio en la vista pública será el último servicio que pueda hacer al Partido.

Rubashov no contestó. Tenía los ojos cerrados y parecía que se esponjaba al calor de la lámpara, como un hombre dormido al sol; pero no había medio de escapar a la voz de Gletkin.

–Su Danton y su Convención –dijo la voz– no eran más que una comedia galante comparada con la que se representa ahora. He leído algunos libros sobre ellos; aquella gente llevaba pelucas empolvadas y declamaba sobre el honor personal. A ellos, lo que únicamente les preocupaba era morir con un bello rasgo, sin importarles si ese rasgo hacía bien o mal.

Rubashov no dijo nada; sentía un zumbido en los oídos, y sobre él, la voz de Gletkin parecía rodearlo por todos lados, martillándole sin misericordia el cráneo doliente.

–Usted sabe lo que aquí se ventila –continuó Gletkin–. Por primera vez en la historia, una revolución no solo ha conquistado el poder, sino que además lo ha conservado. Hemos convertido a nuestro país en un baluarte de la nueva era, un baluarte que cubre una sexta parte de la tierra y contiene un décimo de la población total del mundo.

La voz sonaba ahora detrás de Rubashov; Gletkin se había levantado y paseaba por la habitación. Era la primera vez que esto sucedía, y sus botas crujían a cada paso, esparciéndose un perceptible olor a cuero y a sudor.

–Cuando la Revolución triunfó en nuestro país, creímos que el resto del mundo nos seguiría.

En lugar de ello sobrevino una ola de reacción que amenazó barrernos. Dentro del Partido existían dos corrientes. Una de ellas la formaban aventureros que necesitaban arriesgar lo que ya habíamos ganado para promover la revolución en el extranjero. Usted pertenecía a ese grupo. Nosotros nos dimos cuenta de que esa corriente era peligrosa, y la hemos liquidado.

Rubashov necesitaba levantar la cabeza y decir algo, pero estaba demasiado cansado. Los pasos de Gletkin le resonaban en la cabeza. Se dejó caer hacia atrás, y mantuvo cerrados los ojos.

–El jefe del Partido –prosiguió la voz de Gletkin– poseía una perspectiva más amplia y una táctica más tenaz. Se dio cuenta de que todo dependía de poder sobrevivir al período de reacción, conservando intacto el baluarte. Se dio cuenta de que tendrían que pasar diez años, quizá veinte, quizá cincuenta, antes de que el mundo estuviese maduro para una nueva ola revolucionaria. Hasta entonces tenemos que aguantar solos. Hasta entonces no tenemos más que un solo deber: no perecer.

Una frase sobrenadó vagamente en la memoria de Rubashov: «Es deber del revolucionario preservar su propia vida.» ¿Quién había dicho eso? ¿Él mismo? ¿Ivanov? En nombre de ese principio él había sacrificado a su secretaria Arlova. ¿Y adónde lo había llevado a él?

–No perecer –resonaba la voz de Gletkin–; hay que defender a toda costa el baluarte, sea cual fuere el sacrificio. El jefe del Partido reconoció este principio con claridad meridiana, y lo aplicó con firmeza. La política de la Internacional tenía que subordinarse a nuestra política nacional; quienquiera que no comprendiese esta necesidad tenía que desaparecer. Hubo que liquidar físicamente a los mejores equipos de funcionarios que teníamos en Europa, y no retrocedimos ante el hecho de tener que aplastar a nuestras propias organizaciones en el extranjero cuando los intereses del baluarte así lo requirieron. No retrocedimos ni ante la idea de cooperar con la policía de los

países reaccionarios cuando se trataba de suprimir un movimiento revolucionario que estallaba fuera de ocasión. No cejamos ni ante la traición a nuestros amigos ni ante la alianza con nuestros enemigos para defender el baluarte. Esa fue la tarea que la historia nos había asignado a nosotros, a los representantes de la primera revolución victoriosa. Los miopes, los estetas, los moralistas no lo entendían. Pero el jefe del Partido entendió claramente que todo dependía de una sola cosa: saber aguantar.

Gletkin interrumpió sus paseos por la habitación parándose detrás de la silla de Rubashov. La cicatriz en el cráneo afeitado brillaba con el sudor. Jadeaba, limpiábase la cabeza con el pañuelo, y parecía embarazado por haberse salido de su reserva habitual.

Se sentó otra vez detrás de la mesa, se arregló los puños, bajó un poco la luz, y continuó con su inexpresiva voz de costumbre:

–La línea del Partido quedó netamente definida, y su táctica determinada por el principio de que el fin justifica los medios; todos los medios, sin excepción. Dentro del espíritu de este principio, el fiscal pedirá para usted la pena de muerte, ciudadano Rubashov.

»La facción de ustedes, ciudadano Rubashov, está vencida y destrozada. Querían dividir al Partido, aunque sabían que una división en el Partido significaba la guerra civil. Sabían el descontento que reinaba entre los campesinos, que no han entendido todavía el sentido de los sacrificios que se les piden; y en una guerra, que podría haber estallado en meses, esas

corrientes podían conducir a una catástrofe. Por lo tanto, existía la necesidad absoluta de que el Partido permaneciese unido. El Partido debe ser una masa fundida en un molde, llena de absoluta confianza y ciega disciplina. Usted y sus amigos, ciudadano Rubashov, hicieron un desgarrón en el Partido. Si el arrepentimiento de ustedes es verdadero, deben ayudar a reparar ese desgarrón. Ya se lo he dicho; este es el último servicio que el Partido demanda de todos ustedes.

»La tarea es sencilla. Usted mismo lo ha dicho: “dorar lo verdadero, ennegrecer lo falso”. La política de la oposición es falsa, la tarea de usted consiste, por consiguiente, en hacer que la oposición aparezca como despreciable, haciendo que las masas entiendan que formar parte de la oposición es un crimen, y que los jefes de la oposición son criminales. Este es el lenguaje simple que las masas entienden, y si usted empieza a hablar de sus complicados motivos, solo conseguirá sembrar la confusión entre ellas. Su tarea, ciudadano Rubashov, consiste en evitar que se despierte en su favor ninguna simpatía o piedad. La simpatía y la piedad por la oposición son un peligro para el país.

»Camarada Rubashov, espero que habrá comprendido lo que el Partido espera de usted.»

Era la segunda vez, desde que se habían conocido, que Gletkin le llamaba «camarada».

Rubashov levantó con rapidez la cabeza, sintiendo una ola de calor que lo invadía, una ola contra la cual era inútil luchar. La barbilla le temblaba ligeramente, mientras se ponía los lentes.

–Comprendo.

–Observe –continuó Gletkin– que el Partido no le ofrece nada en cambio. Algunos de los acusados han sido convencidos con presión física. Otros, con la promesa de respetarles la vida, o la de los parientes que teníamos como rehenes. A usted, camarada Rubashov, no le proponemos ningún trato, ni le prometemos nada.

–Comprendo –repitió Rubashov.

Gletkin echó una mirada a la carpeta.

–Hay un párrafo de su diario que me impresionó –prosiguió–; aquel en que escribió: «He pensado y actuado como tenía que hacerlo. Si acerté, no tengo nada de que arrepentirme; si cometí errores, pagaré.»

Levantó la vista del expediente y miró con fijeza a Rubashov a la cara:

–Usted cometió errores, camarada Rubashov, y pagará por ellos. El Partido solo le promete una cosa: después de la victoria, cuando llegue el día en que eso no pueda hacer daño, se publicarán los archivos secretos; y entonces el mundo sabrá lo que había detrás del teatrillo de títeres, como usted lo ha llamado, para que tuviésemos que moverlos con arreglo al manual de historia... –Dudó unos segundos, se arregló, los puños, y terminó algo torpemente, en tanto que la cicatriz se le enrojecía–: Y entonces, a usted y a algunos de sus amigos de la vieja generación, se les otorgará la simpatía y la piedad que hoy se les niega.

Mientras hablaba, había estado empujando la declaración hacia Rubashov, colocando su estilográfica a un costado. Rubashov se levantó y dijo con forzada sonrisa:

–Siempre me había preguntado a qué se parecía un hombre de Neanderthal cuando se ponía sentimental. Ahora ya lo sé.

–No lo entiendo –dijo Gletkin, que también se había puesto de pie.

Rubashov firmó la declaración, en la cual confesaba que había cometido sus crímenes, impulsado por motivos contrarrevolucionarios, y al servicio de una potencia extranjera. Al levantar la cabeza, su mirada cayó sobre el retrato del Número Uno que colgaba de la pared, y otra vez reconoció aquella expresión irónica con la que se había despedido de él hacía años; ese melancólico cinismo con que miraba sobre la humanidad desde el omnipresente retrato.

–No tiene importancia que usted no lo entienda –dijo Rubashov–. Hay cosas que solamente entiende la vieja generación, los Ivanov, los Rubashov y los Kieffer. Eso ya se ha acabado.

–He dado orden de que no lo molesten hasta que se vea la causa –dijo Gletkin después de una corta pausa, otra vez tieso y circunspecto, pues la sonrisa de Rubashov lo irritaba. Y continuó–: ¿Tiene usted algo más que pedir?

–Dormir –contestó Rubashov, y se detuvo ante la puerta abierta; pequeño, envejecido, insignificante, con sus lentes y con su barba, junto al gigantesco carcelero.

–Daré órdenes para que no se perturbe su sueño –prosiguió Gletkin.

Cuando la puerta se cerró detrás de Rubashov, Gletkin se acercó a la mesa del despacho y quedó inmóvil unos segundos. Después llamó a su secretaria.

Esta se sentó ante su mesita habitual, en el rincón.

–Lo felicito por su éxito, camarada Gletkin –dijo.

Gletkin redujo la intensidad de la lámpara al grado normal.

–Con la ayuda de esto –dijo mirando la lámpara–, más la falta de sueño y el agotamiento.

Todo depende de la fortaleza física.

LA FICCIÓN GRAMATICAL

No nos muestres la meta sin el camino, porque los medios y los fines están tan mezclados en la tierra, que al cambiar uno cambian los otros; cada sendero diferente nos ofrece una nueva perspectiva.

FERDINAND LASALLE, *Franz von Sickingen*.

1

«Cuando le preguntaron si se confesaba culpable, el acusado Rubashov contestó: ‘Sí’, con voz clara. A la otra pregunta del fiscal acerca de si el acusado había obrado como agente de la contrarrevolución, contestó otra vez: ‘Sí’, en voz muy baja...»

La hija del portero Vassilij leía lentamente, destacando cada sílaba por separado; había extendido el periódico sobre la mesa,

y seguía las líneas con el dedo, alisándose, de vez en cuando, el florido pañuelo que llevaba en la cabeza.

«... Habiéndosele preguntado si deseaba un abogado para su defensa, el acusado contestó que renunciaba a ese derecho. El tribunal procedió entonces a la lectura del acta de acusación...».

El portero Vassilij estaba acostado en la cama con la cara vuelta a la pared, y Vera Vassilijovna no estaba segura de que el viejo estuviese dormido o despierto; a veces refunfuñaba algunas palabras para sí mismo, pero ella no le hacía caso. Seguía con la costumbre de leer el periódico todas las mañanas, por «razones de educación», aunque después del trabajo en la fábrica tenía que asistir a una reunión de su célula y volvía tarde a casa.

«... La relación de los cargos dice que el acusado Rubashov es probadamente culpable en todos los puntos contenidos en el acta de acusación, mediante evidencia documental y también por propia confesión durante las investigaciones preliminares. Contestando a una pregunta del presidente del Tribunal respecto a si tenía alguna queja de la forma como lo habían tratado en las investigaciones preliminares, el acusado respondió negativamente, agregando que había confesado por su propia voluntad, en sincero arrepentimiento de todos sus crímenes contrarrevolucionarios...»

El portero Vassilij no se movió. Encima de la cama, directamente sobre su cabeza, estaba colgado el retrato del Número Uno, y al lado, un clavo mohoso sobresalía de la pared;

hasta hacía muy poco tiempo había estado allí la fotografía de Rubashov, vestido de comandante de voluntarios.

La mano de Vassilij buscó automáticamente el agujero del colchón donde solía esconder su grasienta Biblia, pero poco después del arresto de Rubashov su hija la había encontrado y hecho desaparecer, por «razones de educación».

«... Contestando preguntas del fiscal, el acusado Rubashov procedió a describir su evolución desde que había sido oponente a la línea del Partido hasta convertirse en contrarrevolucionario y traidor a la patria. Delante de un público en tensión, el acusado declaró del modo siguiente: Ciudadanos jueces, voy a decir lo que me obligó a capitular delante del magistrado examinador, y delante de vosotros, los representantes de la justicia de nuestro país. Mi historia demostrará cómo la más ligera desviación de la línea del Partido debe acabar necesariamente en un bandidaje contrarrevolucionario. El inevitable resultado de los esfuerzos de la oposición fue que nos vimos sumidos cada vez más en la ciénaga. Voy a describir mi caída, para que pueda servir como advertencia a todos aquellos que en esta hora decisiva todavía dudan, ocultando la desconfianza que sienten hacia la dirección del Partido y la rectitud de la línea que este sigue. Lleno de vergüenza, arrastrándome por el polvo y viéndome muy cercano a la muerte, voy a pintar el triste sino de un traidor, para que pueda servir de lección y de aterrador ejemplo a los millones de seres de nuestro país...»

El portero Vassilij se había dado vuelta en la cama y apretaba la cara contra el colchón.

Delante de sus ojos estaba el retrato del barbudo comandante de voluntarios, Rubashov, que en los peores trances solía decir tales palabrotas que era una alegría oírle. «... Arrastrándome por el polvo y muy cercano a la muerte...» Vassilij gimió sordamente. La Biblia había desaparecido, pero sabía muchos pasajes de memoria.

«... En este momento, el fiscal interrumpió la narración del acusado para pedirle algunos detalles respecto a la suerte de la ciudadana Arlova, antigua secretaria de Rubashov, que había sido ejecutada por actividades contrarrevolucionarias. De las respuestas del ciudadano Rubashov se deduce que este, arrinconado por la vigilancia del Partido, había cargado la responsabilidad de sus propios crímenes en Arlova, para salvar la cabeza y continuar así sus ignominiosas actividades. Rubashov confiesa este repugnante delito con cínica franqueza, y ante la observación del fiscal: ‘Usted carece aparentemente de todo sentido moral’, el acusado contesta con una sarcástica sonrisa: ‘Aparentemente’. Su conducta provocó entre los asistentes repetidas y espontáneas demostraciones de furor y de desprecio, que fueron rápidamente reprimidas por el presidente del Tribunal. En una ocasión, estas manifestaciones del sentido revolucionario de la justicia, se cambiaron en risa y diversión, cuando el acusado interrumpió la descripción de sus crímenes, con la pretensión de que se suspendiese la vista por unos minutos ya que estaba sufriendo de ‘intolerable dolor de muelas’. Es típico del correcto proceder de la justicia revolucionaria que el presidente accediera inmediatamente a ese deseo. En efecto, encogiéndose de hombros, ordenó que se suspendiese la vista por unos minutos.»

El portero Vassilij descansaba de espaldas, pensando en los tiempos en que Rubashov era conducido en triunfo a la salida de los mítines, después que lo habían rescatado de los enemigos extranjeros, y de cómo aparecía en la tribuna apoyado en sus muletas, debajo de las banderas rojas y las decoraciones, mientras, sonriendo, se frotaba los lentes en la manga, sin que cesaran ni un momento los vítores y las aclamaciones.

«Y los soldados lo llevaron al lugar llamado Pretorio, y allí se reunió la banda completa. Y lo vistieron de púrpura, y lo hirieron en la cabeza con una flecha, y lo escupieron; y doblando las rodillas, lo adoraron.»

–¿Qué está usted rezongando? –le preguntó la hija.

–Nada que te importe –le respondió el viejo Vassilij, y se volvió contra la pared. Buscó con la mano en el hoyo del colchón, pero estaba vacío. Cuando su hija quitó el retrato de Rubashov y lo tiró al cajón de la basura, ni siquiera protestó; era demasiado viejo para resistir las penalidades de la cárcel.

La muchacha suspendió su lectura y puso sobre la mesa el calentador Primus, para preparar el té, esparciéndose un fuerte olor a petróleo por el cuarto.

–¿Estaba usted atendiendo? –le preguntó la hija.

Vassilij la miró obedientemente.

–Lo oí todo –dijo.

–Ya ve usted –continuó Vera Vassilijovna echando petróleo en el calentador–, él mismo reconoce que ha sido un traidor, y si no fuera verdad, no lo diría. En la reunión de célula de nuestra fábrica, hemos aprobado una resolución que van a firmar todos.

–Bastante entiendes tú de todo esto –suspiró Vassilij.

Vera Vassilijovna lo miró de tal manera que lo obligó a volverse de nuevo contra la pared.

Cada vez que lo miraba de ese modo, Vassilij se acordaba de que era un estorbo para las aspiraciones de Vera Vassilijovna, quien deseaba quedarse con el cuarto de la portería para vivir con el joven mecánico de la fábrica con quien se había casado. Hacía tres semanas que estaban inscriptos en el registro matrimonial, pero la pareja carecía de vivienda, y el muchacho tenía que dormir con dos compañeros. Era cosa corriente; a veces pasaban años antes de que el comité de la vivienda asignase un cuarto.

Finalmente se prendió el Primus, y Vera puso la tetera encima.

–El secretario de la célula nos leyó la resolución aprobada, en la que se pide que todos los traidores sean exterminados sin misericordia. Cualquiera que se compadezca de ellos también es un traidor y debe ser denunciado –explicó intentando dar un tono de voz apropiado al caso–. Los trabajadores deben permanecer vigilantes. Cada uno ha recibido una copia de la resolución, a fin de recoger firmas.

Vera Vassilijovna sacó una hoja de papel ligeramente arrugada del bolsillo de la blusa y la extendió sobre la mesa. Vassilij estaba

ahora tendido de espaldas con el clavo mohoso sobre la cabeza, y miró de soslayo el papel que estaba cerca del calentador Primus, pero retiró la vista con rapidez.

«Él dijo: Te digo, Pedro, que antes que cante el gallo tres veces, tres veces renegarás de Mí diciendo que no me conoces...».

El agua en la tetera empezó a zumbar. El viejo Vassilij preguntó con expresión socarrona:

–¿Deben firmar también los que combatieron en la guerra civil?

La hija permaneció de pie, inclinada sobre la tetera, con su pañuelo floreado en la cabeza.

–Nadie está obligado –dijo con la misma peculiar mirada de antes–. En la fábrica saben, desde luego, que vivía en esta casa. El secretario de la célula me preguntó si usted y él fueron amigos hasta el final, y si hablaban mucho juntos.

El viejo Vassilij se sentó en el colchón de un brinco, pero el esfuerzo le hizo toser y las venas se hincharon en su cuello flaco y escrofuloso.

La hija puso dos vasos en el borde de la mesa y en cada uno de ellos echó un poco de polvo de té, que sacó de un cartucho de papel.

–¿Qué está usted rezongando otra vez? –le preguntó.

–Dame ese condenado papel –dijo el viejo Vassilij.

La hija se lo pasó diciendo:

–¿Se lo leo para que sepa lo que firma?

–No –contestó el viejo, poniendo su nombre debajo de lo escrito–. No quiero saberlo. Ahora dame el té.

La hija le pasó el vaso, y los labios de Vassilij siguieron moviéndose mientras sorbía, a pequeños sorbos, el pálido líquido amarillo.

Después que tomaron el té, la hija siguió leyendo el periódico; la vista de los acusados Rubashov y Kieffer terminaba ya. La parte de los cargos que se refería al proyectado asesinato del jefe del Partido había levantado oleadas de indignación en el público, y se oían continuamente gritos de: «¡Fusilen a esos perros rabiosos!» El fiscal hizo su pregunta final, concerniente a los motivos de los hechos, y el acusado Rubashov, que parecía estar exhausto, contestó con voz cansada y trabajosa:

«Yo solo puedo decir que nosotros, o sea, la oposición, habiéndonos propuesto derribar el gobierno del País de la Revolución, utilizamos los procedimientos que nos parecieron más adecuados para nuestro propósito, y que eran tan viles; como el propósito mismo.»

Vera Vassilijovna empujó la silla hacia atrás.

–Es repugnante –dijo–. Da náuseas ver cómo se arrastra por el suelo.

Soltó el periódico y empezó a limpiar ruidosamente el Primus y los vasos, mientras Vassilij la miraba desde la cama; el té caliente le había infundido valor. Se sentó en el lecho.

–No te imagines que tú entiendes –dijo–. Dios sabe lo que tendría en la cabeza cuando dijo esto. El Partido les ha enseñado a todos ustedes a ser astutos, y todo aquel que se vuelve demasiado astuto pierde la decencia. No está bien que se encojan de hombros –prosiguió con cólera–. Ahora ocurre en el mundo que la decencia y el talento están reñidos, y cualquiera que elija uno de ellos tiene que prescindir del otro. No es bueno para el hombre pensar demasiado las cosas, y por eso está escrito: «Que tus palabras sean: sí, sí; no, no; porque cualquiera que dijese más que esto, hace mal.»

Se dejó caer en el colchón y volvió la cabeza, para no ver la cara que ponía su hija. Hacía tiempo que no la había contradicho con tanta energía, y esto podía dar lugar a algo malo, desde que se le había metido en la cabeza que necesitaba el cuarto para ella y para su marido. Uno tenía que ser astuto en esta vida, porque después de todo era muy duro a su edad tener que ir a la cárcel o verse obligado a dormir a la intemperie debajo de los puentes. Pero había que elegir: o conducirse decentemente, o con habilidad, porque las dos cosas no podían ser.

–Le voy a leer a usted el final de la audiencia –anunció la hija.

El fiscal había acabado el interrogatorio de Rubashov. A continuación, el acusado Kieffer fue preguntado una vez más, y repitió sus afirmaciones precedentes sobre el proyectado asesinato en todos sus detalles. «... Interrogado por el

presidente si deseaba hacer alguna pregunta a Kieffer, ya que tenía este derecho, el acusado Rubashov contestó que renunciaba a ello. Con esto concluyó la audiencia de los testigos, y el juicio se suspendió. Luego, al reanudarse, el fiscal empezó a hacer el resumen...».

El viejo Vassilij no escuchaba el discurso del fiscal. Se había vuelto hacia la pared y se había dormido. No supo desde cuánto tiempo había estado durmiendo, ni cuántas veces su hija echó aceite a la lámpara, ni las veces que llegó con el dedo al final de una columna y volvió a empezar con la siguiente. Solo despertó cuando el fiscal, resumiendo su alegato, pidió la pena de muerte. Tal vez la hija había cambiado el tono de voz al final, o quizás había hecho una pausa; sea como fuere, Vassilij estaba despierto otra vez cuando ella llegó a la última frase del discurso del fiscal público, que estaba impresa en un tipo negro y bien destacado:

«Pido para esos perros rabiosos la pena de muerte.»

Entonces se permitió a los acusados decir sus últimas palabras.

«... El procesado Kieffer se levantó, y dirigiéndose a los jueces, pidió que se le perdonara la vida en consideración a su juventud. Admitió la bajeza del crimen, procurando atribuir la responsabilidad total a su instigador, Rubashov. Al hacer esto empezó a tartamudear agitadamente, provocando así las risas de los espectadores, que fueron reprimidas con rapidez por el presidente. Después se permitió hablar a Rubashov...».

El periodista pintaba aquí con vivos colores cómo el procesado Rubashov «examinó al público con ojos febriles, y no

encontrando ni una sola cara que demostrase piedad o simpatía, dejó caer la cabeza con desesperación».

Las palabras finales de Rubashov fueron breves, con lo que se intensificó la desagradable impresión que había producido toda su conducta ante el tribunal.

«Ciudadano presidente –declaró el acusado Rubashov–. Hablo aquí por última vez en mi vida. La oposición se encuentra batida y destrozada, y si me preguntase a mí mismo: ‘¿por qué voy a morir?’, no sabría qué contestarme. No existe nada por lo que valga la pena morir, si uno muere sin arrepentirse y sin haberse reconciliado con el Partido y el Movimiento ante el país, ante las masas y la totalidad del pueblo. Las mascaradas políticas, las farsas de las conspiraciones y disputas han terminado. Estábamos políticamente muertos antes de que el ciudadano fiscal pidiese nuestra cabeza. Desgraciados de los vencidos a quienes la historia convierte en polvo. No tengo que ofrecer más que una sola justificación, ciudadanos jueces: no evité responsabilidades, ni busqué que todo esto fuese fácil para mí mismo. La vanidad y los últimos restos de orgullo me susurraban: ‘Muere en silencio, no digas nada’; o ‘muere con un rasgo noble, con un conmovedor canto de cisne en los labios; vuelca tu corazón y desafía a tus acusadores’. Hubiese sido más fácil para un viejo rebelde. Pero vencí la tentación. Con eso mi tarea ha terminado. He pasado y queda saldada mi cuenta con la historia. Pedir misericordia sería un escarnio y una mofa para todos. No tengo nada más que decir.»

«... Después de una breve declaración, el presidente leyó la segunda sentencia. El Tribunal Supremo de la justicia

Revolucionaria ha condenado a los procesados a la máxima pena: fusilamiento y confiscación de bienes.»

El viejo Vassilij miró el clavo mohoso encima de su cabeza y murmuró:

–Hágase tu voluntad. Amén.

Y se volvió hacia la pared.

2

Todo había terminado, y Rubashov sabía que antes de la medianoche habría dejado de existir.

Daba vueltas por la celda, a la que había regresado luego del estruendo de la vista pública; seis pasos y medio hasta la ventana y seis pasos y medio de vuelta. Cuando se detuvo para escuchar, en la tercera baldosa negra a partir de la ventana, el silencio entre las cuatro paredes blanqueadas se le venía encima como en las profundidades de un pozo. No comprendía aún por qué todo había quedado tan tranquilo, dentro y fuera, pero sabía que ya nada vendría a perturbar su paz.

Mirando hacia atrás, podía recordar con precisión el momento en que esta bendita quietud se había abatido sobre él. Había ocurrido en la vista, antes de comenzar su último discurso. Estaba creído de que había hecho desaparecer por el fuego los

últimas vestigios de egoísmo y vanidad de su ser consciente, pero en aquel momento, cuando sus ojos escudriñaban las caras del público, encontrando únicamente indiferencia y escarnio, había sentido por última vez deseo de un mendrugo de piedad, como si, helándose, hubiese deseado calentarse con sus propias palabras. Había sentido otra vez la tentación de hablar de su pasado, de alzarse una vez más y desgarrar la red en que lo habían envuelto Ivanov y Gletkin; de gritar a sus acusadores como Danton: «¡Habéis puesto vuestras manos sobre mi vida entera; ojalá se levante para desafiaros...!» ¡Oh, qué bien se sabía el discurso de Danton ante el Tribunal Revolucionario! Se lo había aprendido cuando muchacho y podía repetirlo palabra por palabra: «Necesitáis ahogar en sangre la República. ¿Hasta cuándo las únicas huellas de la libertad deberán estar grabadas en las losas de las tumbas? La tiranía está en pie, ha arrojado el velo, lleva la cabeza alta y marcha sobre nuestros propios cuerpos.»

Las palabras habían quemado su lengua, pero la tentación no había durado más que un momento; después, cuando empezó a pronunciar su último discurso, la campana del silencio se había hundido otra vez sobre él. Reconoció que era demasiado tarde.

Demasiado tarde para andar otra vez el mismo camino, para hollar una vez más en las sepulturas de sus propias huellas; las palabras no podían deshacer nada.

Demasiado tarde para todos ellos. Cuando llegase la hora de aparecer por vez postrera ante el mundo, ninguno de ellos podría convertir la barra de los acusados en una tribuna; ninguno de ellos podría desgarrar el velo que cubría la verdad,

revelándola al mundo, ninguno de ellos podría devolver la acusación a sus jueces, como Danton.

Los había que estaban silenciosos por el miedo, como Labio Leporino; otros que esperaban salvar su cabeza; otros, por último, arrancar a sus mujeres o a sus hijos de las garras de los Gletkin.

Los mejores de ellos guardaban silencio para prestar este último servicio al Partido, dejándose sacrificar como otras tantas víctimas expiatorias y, además, aun los mejores tenían una Arlova sobre su conciencia. Todos estaban demasiado ligados a su pasado, presos en la red que ellos mismos tejieron, según las leyes de su propia ética y lógica retorcidas; todos eran culpables, aunque no de los hechos de los que los acusaban. No había retirada posible para ellos, y su salida del escenario tuvo lugar con estricto apego a las reglas de su extraño juego. El público no esperaba cantos de cisne de ninguno de ellos. Tenían que conducirse con sujeción a lo que mandaba el libreto, y su papel era de aullar como los lobos en la noche...

En consecuencia, todo había terminado, y no quedaba nada más que hacer. Ya no tenía que aullar con los lobos; había pagado y su cuenta estaba saldada. Estaba como el hombre que perdió su sombra, liberado de toda atadura. Había seguido todos sus pensamientos hasta su conclusión lógica y obrado en consecuencia hasta el mismo final; las horas que le quedaban pertenecían al interlocutor silencioso, cuyo dominio empezaba justamente donde el raciocinio lógico acababa. Lo había denominado: «ficción gramatical», con ese rubor de hablar en

primera persona del singular que el Partido inculcaba a sus discípulos.

Rubashov se detuvo delante de la pared que lo separaba del número 406. La celda estaba vacía desde la partida de Rip van Winkle; se quitó los lentes, miró alrededor furtivamente y transmitió: «5-4, 3-5».

Se quedó escuchando con un sentimiento de rubor infantil, y llamó otra vez: «5-4, 3-5».

Siguió escuchando, y otra vez repitió los mismos signos. La pared permaneció muda. Hasta entonces nunca había transmitido conscientemente la palabra «Yo». Probablemente nunca.

Escuchaba. Los golpes se desvanecieron sin resonancia ni respuesta.

Rubashov continuó paseando por la celda. Desde que la campana del silencio se había hundido sobre él, estaba dándole vueltas a ciertas cuestiones que hubiera querido resolver antes de que fuera demasiado tarde. Eran cuestiones bastante ingenuas, referentes al significado del sufrimiento, o más exactamente, a la diferencia entre el sufrimiento que tiene algún sentido y el sufrimiento insensato. Era evidente que solo el sufrimiento con sentido era inevitable, en tanto que estaba enraizado en la fatalidad biológica. Por el contrario, todo sufrimiento con origen social era un simple accidente, y, por lo tanto, absurdo y sin objeto. El único fin de la Revolución había sido la abolición del sufrimiento evitable. Pero había resultado que la abolición de esta segunda clase de sufrimiento era solo

posible al precio de un temporario y enorme aumento en la suma total del primero.

Por consiguiente, la cuestión se planteaba así: ¿Estaba aquella operación justificada?

Evidentemente lo estaba si se refería uno al género humano en abstracto; pero aplicada al «hombre» en singular, a la cifra «5-4, 3-5», al ser humano real de carne y hueso, el principio conducía a una consecuencia absurda. Cuando muchacho, había creído que trabajando para el Partido encontraría respuesta a todas las preguntas de esta especie. El trabajo había durado cuarenta años, y ahora volvía a la perplejidad original de su juventud. El Partido le había tomado cuanto él había ofrecido, pero nunca le había proporcionado ninguna respuesta. Ni tampoco lo hacía el interlocutor silencioso, cuyo mágico nombre había golpeado en la pared de la celda vacía; se hacía el sordo a las preguntas directas, por muy urgentes que fuesen.

A pesar de eso, había algunos procedimientos para acercarse a él. A veces respondía inesperadamente a una melodía, o al simple recuerdo de ella, o a las manos plegadas de la Pietà, o a ciertas escenas de su juventud. Como un diapasón respondía a ciertas vibraciones, y una vez que arrancaba se producía ese estado que los místicos llamaban «éxtasis» y los santos «contemplación»; el más grande y serio de los psicoanalistas modernos había reconocido ese estado como un hecho real, y lo llamaba «sentido oceánico». Indudablemente, la personalidad se disolvía como un grano de sal en el mar; pero, al mismo tiempo, ese mar infinito parecía estar contenido en el grano de sal, que no podía localizarse ya ni en el tiempo, ni en el espacio.

Era un estado en el que el pensamiento perdía su dirección y empezaba a dar vueltas en círculo, como la aguja de una brújula en el polo magnético; hasta que, por último, se soltaba de su eje y se lanzaba libremente al espacio, como un rayo de luz en la noche; hasta parecía que todos los pensamientos y sensaciones, hasta la misma alegría y el dolor, eran solamente las rayas del espectro del mismo rayo de luz, desintegrándose en el prisma de la conciencia.

Rubashov daba vueltas por su celda. En sus buenos tiempos se hubiera ruborizado por estas infantiles meditaciones, pero ahora no se avergonzaba, porque cuando la muerte se aproxima, la metafísica se torna real. Se detuvo ante la ventana e inclinó la frente contra el vidrio. Sobre la torrecilla de la ametralladora podía verse un trozo de cielo azul. Era un azul pálido, y le recordaba aquel particular azul que veía en el parque de su padre, cuando, siendo niño, se tendía sobre la hierba a mirar los álamos balancearse con lentitud contra el cielo. Aparentemente, bastaba un trozo de cielo azul para originar el «sentido oceánico». Había leído que, según los últimos descubrimientos en astrofísica, el volumen del mundo era finito, aunque el espacio no tenía límites, y se contenía en sí mismo, como la superficie de una esfera. Nunca había sido capaz de entender eso, pero ahora sentía un urgente deseo de comprender. También recordaba dónde lo había leído; durante su primera detención en Alemania, los camaradas habían logrado entrar de contrabando un ejemplar del órgano del Partido, que se imprimía ilegalmente; en la primera hoja venían tres columnas acerca de una huelga en una fábrica de hilados, y en la parte baja de una de ellas, seguramente para llenar un hueco, habían impreso en letra menuda el descubrimiento de

que el universo era finito; pero como faltaba la mitad de la página, nunca había podido saber lo que seguía.

Rubashov estaba de pie junto a la ventana, golpeando la pared con sus lentes. Cuando era muchacho había tenido intención de estudiar astronomía, pero durante cuarenta años solo estuvo haciendo otra cosa. ¿Por qué no le había preguntado el fiscal «Ciudadano Rubashov, ¿qué sabe usted del infinito?»? No hubiese sido capaz de contestar, y allí, allí estaba el verdadero origen de la culpa. ¿Podía haberla mayor?

Después de haber leído esa información periodística, en la soledad de su celda y con las coyunturas todavía lastimadas del último día de tormento, había caído en un extraño estado de exaltación; lo había invadido el «sentido oceánico». Había sentido luego vergüenza de sí mismo. El Partido no aprobaba tales estados, calificados de misticismo pequeño burgués o refugio en la torre de marfil. También los llamaba «una deserción del trabajo de la lucha de clases». El «sentido oceánico» era contrarrevolucionario.

Cuando uno se prepara para la lucha hay que tener ambos pies sólidamente plantados en tierra. El Partido enseñaba a uno cómo debía hacerlo. El infinito era, políticamente, una cantidad sospechosa; el «yo», era también una cualidad sospechosa. El Partido no reconocía sus existencias y la definición de un individuo era: una multitud de un millón, dividida por un millón.

El Partido negaba la libre voluntad del individuo, y al mismo tiempo le exigía un autosacrificio voluntario. Negaba su capacidad para escoger entre dos alternativas, y al mismo

tiempo le exigía que constantemente eligiese la legítima. Le negaba la facultad de distinguir entre el bien y el mal, pero al mismo tiempo hablaba patéticamente de crimen y traiciones. El individuo estaba colocado bajo el signo de la fatalidad económica, era una rueda en un engranaje del mecanismo de un reloj al que se había dado cuerda para toda la eternidad y que no podía ser detenido ni influido; y el Partido pedía que la rueda girase en contra del mecanismo y cambiase de sentido. Evidentemente, había algún error en los cálculos, y la ecuación no cuadraba.

Durante cuarenta años había estado combatiendo contra la fatalidad económica. Era el principal mal de la humanidad, el cáncer que le roía las entrañas. Allí era donde había que operar, y el resto del organismo curaría. Todo lo demás no era más que diletantismo, romanticismo y charlatanismo. No se puede curar a una persona atacada de una enfermedad mortal con exhortaciones piadosas. La única solución es el bisturí del cirujano y su frío cálculo. Pero dondequiera que se había aplicado el cuchillo, una nueva llaga aparecía en el lugar de la antigua. Y tampoco esta vez cuadraba la ecuación.

Durante cuarenta años había vivido observando rígidamente los votos de su orden, el Partido, ateniéndose a unas reglas elaboradas por el cálculo más frío. Había quemado los restos de la vieja e ilógica moralidad con el ácido del razonamiento. Se había apartado de las tentaciones del interlocutor silencioso, combatiendo contra el «sentido oceánico» con todo su poder. ¿Y a dónde le había llevado todo aquello? Premisas en verdad irrefutables le habían conducido a un resultado completamente absurdo, las intachables deducciones de Ivanov y Gletkin lo

habían llevado al sobrenatural y fantasmagórico juego del tribunal público. Quizá no fuera conveniente para el hombre llevar todos sus pensamientos hasta su conclusión lógica.

Rubashov miraba a través de la reja de su ventana el trozo azul que se veía sobre la torrecilla de la ametralladora. Recapacitando sobre su pasado, le parecía ahora que durante cuarenta años había estado combatiendo a ciegas, debatiéndose frente a la razón pura. Tal vez no era conveniente para el hombre libertarse del todo de las viejas ataduras y frenos contenidos en las frases: «No lo harás», y «No puedes»; que le permitirían arrasar con todos los obstáculos que se le opusiesen a la meta.

El azul había empezado a teñirse de rosa, e iba cayendo en la oscuridad; alrededor de la torre una bandada de pájaros negros hacía círculos con lento y deliberado batir de alas. No, la ecuación no cuadraba. Evidentemente, no era bastante dirigir los ojos del hombre hacia una meta y ponerle un cuchillo en las manos, no era conveniente para él hacer experimentos con un cuchillo. Quizá más adelante, algún día. Por el momento era demasiado joven y desmañado. ¡Con qué encarnizamiento había trabajado en el gran campo experimental, la patria de la Revolución, el baluarte de la libertad!

Gletkin justificaba todo lo que había sucedido con tal de conservar el baluarte. Pero ¿y si se miraba dentro? No, es imposible construir un paraíso con cemento. El baluarte deberá preservarse, pero ya no contiene un mensaje, ni un ejemplo que dar al mundo. El régimen del Número Uno ha manchado el ideal del Estado socialista, lo mismo que algunos papas medievales

ensuciaron el ideal de un imperio cristiano. La bandera de la Revolución estaba a media asta.

Rubashov deambulaba por su celda. Todo estaba tranquilo y casi oscuro, y no tardarían mucho en llegar a buscarlo. Había, evidentemente, un error en la ecuación, o mejor dicho, en el conjunto del sistema matemático del pensar. Ya había tenido intuición de ello, desde el asunto de Ricardo y la Pietà; pero nunca se pudo atrever a reconocerlo del todo. Quizá la Revolución había llegado demasiado pronto, como un aborto de miembros desproporcionados y deformes. Tal vez todo había sido un error cronológico. También la civilización romana parecía estar condenada hacia el siglo I antes de Cristo; parecía tan fundamentalmente podrida como la nuestra. También entonces los mejores habían creído que el tiempo estaba maduro para un gran cambio; y a pesar de eso, el viejo y gastado mundo duró otros quinientos años. La historia tiene un pulso lento y cuenta en generaciones, mientras el hombre cuenta en años. Era posible que se estuviera todavía en el segundo día de la creación. ¡Cómo le hubiera gustado vivir para construir la teoría de la madurez relativa de las masas!...

La celda estaba en silencio. Rubashov solo oía el crujido de sus pasos sobre las baldosas.

Seis pasos y medio hacia la puerta, por donde vendrían a buscarlo; seis pasos y medio hasta la ventana, detrás de la cual caía la noche. Pronto todo habría terminado. Pero cuando se preguntó:

«¿por qué voy a morir?», no encontró respuesta.

Había un error en el sistema, que tal vez residía en el precepto que hasta entonces creyó incontestable, y en nombre del cual había sacrificado a otros e iba él mismo a ser sacrificado: el precepto de que el fin justifica los medios. Esto era lo que había matado la gran fraternidad de la Revolución, que había obligado, a todos ellos, a luchar a ciegas. ¿Qué había escrito una vez en su diario? «Hemos tirado por la borda todas las convenciones, y nuestra única guía es la lógica consecuente; estamos navegando sin lastre ético.»

Era posible que el origen del mal estuviese allí. Tal vez no conviniera al género humano navegar sin lastre. Y quizá la causa era una brújula defectuosa, que daba un derrotero tan torcido que la meta se perdía en la niebla.

Ahora tal vez vendría la época de la gran oscuridad.

Tal vez más adelante, mucho más adelante, surgiría un nuevo movimiento con flamantes banderas y un espíritu nuevo, con conocimiento, tanto del fatalismo económico como del «sentido oceánico». Quizá los miembros del nuevo partido usarían cogullas de monje y predicarían que solo la pureza de medios puede justificar los fines. Tal vez enseñarían el error de creer en el dogma que un hombre es el producto de dividir un millón de hombres entre un millón, e introducirían una nueva aritmética basada en la multiplicación: que al juntar un millón de individuos se formará una nueva unidad, que no será una masa amorfa, sino que desarrollará una conciencia y una individualidad propias, con un «sentimiento oceánico» un millón de veces mayor, en un espacio ilimitado, aunque contenido en sí mismo.

Rubashov se detuvo y escuchó: se oía un redoble apagado en el corredor.

3

El redoble sonaba como si el viento lo trajese de la distancia; estaba lejos aún; se iba acercando. Rubashov no se movió; sus piernas no estaban ya sujetas a su voluntad, y sentía cómo la gravedad de la tierra subía lentamente hacia ellas. Retrocedió tres pasos hacia la venta sin quitar la vista de la mirilla. Respiró profundamente y encendió un cigarrillo. En aquel momento, oyó golpecitos en la pared, junto al camastro:

–SE LLEVAN A LABIO LEPORINO. LE ENVÍA SUS SALUDOS.

La pesadez abandonó sus piernas. Se acercó a la puerta y empezó a golpear rítmicamente sobre el metal, con las palmas de las manos. Era inútil transmitir a la celda 406, que estaba vacía; allí se rompía la cadena. Redoblaba, con los ojos pegados a la mirilla.

En el pasillo la luz eléctrica lucía como de costumbre. Pudo ver, como siempre, las puertas de hierro de los números 401 y 407. El redoble aumentó. Los pasos se aproximaron, lentos y arrastrados; se los oía claramente sobre las baldosas. De pronto, apareció Labio Leporino en el campo de su visión. Allí estaba, con los labios temblorosos, igual que bajo el reflector de la lámpara de Gletkin; las manos, esposadas, colgaban detrás de la

espalda con un retorcimiento peculiar. No podía ver los ojos de Rubashov detrás de la mirilla, pero fijaba los ojos en la puerta con una mirada ciega y expectante, como si toda la esperanza de salvación estuviese detrás de ella. Se oyó una orden, y Labio Leporino prosiguió obediente. Detrás de él iba el gigante de uniforme, con su cartuchera.

Desaparecieron del campo visual de Rubashov, uno tras otro.

El redoble se fue apagando; todo estaba tranquilo nuevamente. Del muro próximo al camastro llegó el mensaje:

–SE HA PORTADO BASTANTE BIEN...

Desde el día que había informado al número 402 de su capitulación, este no le había vuelto a hablar. Ahora siguió:

–USTED TIENE TODAVÍA DIEZ MINUTOS. ¿CÓMO SE SIENTE?

Rubashov se dio cuenta de que el número 402 había empezado la conversación para hacerle más fácil la espera. Le estaba agradecido por ello. Se sentó en el camastro y contestó:

–QUISIERA QUE TODO HUBIESE CONCLUIDO...

El número 402 continuó:

–USTED NO EXHIBIRÁ LA PLUMA BLANCA. TODOS LE SABEMOS MUY VALIENTE.

Hizo una pausa, y luego repitió velozmente sus últimas palabras:

–MUY VALIENTE.

Era obvia su ansiedad por evitar que la conversación llegase a un punto muerto.

–¿SE ACUERDA USTED: «PECHOS COMO COPAS DE CHAMPAÑA»? ¡JA! ¡JA! UN VERDADERO DEMONIO...

Rubashov atendía a los ruidos en el pasillo. No se oía nada. El número 402 parecía adivinar sus pensamientos, porque le transmitió:

–NO ESCUCHE. YA LE AVISARÉ A TIEMPO CUANDO VENGAN... ¿QUÉ HABRÍA HECHO SI LO HUBIERAN PERDONADO?

Rubashov lo pensó un momento y contestó:

–ESTUDIAR ASTRONOMÍA.

–¡JA! ¡JA! –dijo el número 402–. YO TAMBIÉN, QUIZÁ. LA GENTE DICE QUE TAMBIÉN LAS ESTRELLAS POSIBLEMENTE ESTÉN HABITADAS. ¿ME PERMITE HACERLE ALGUNAS SUGERENCIAS?

–CIERTAMENTE –respondió Rubashov, sorprendido.

–PERO NO LO TOME A MAL. SON CONSEJOS TÉCNICOS DE UN SOLDADO. VACÍE LA VEJIGA. SIEMPRE ES MEJOR EN ESTOS CASOS. EL ESPÍRITU ESTÁ DISPUESTO, PERO LA CARNE ES DÉBIL. ¡JA! ¡JA!

Rubashov sonrió y, obedientemente, se dirigió hacia el balde.

Luego se sentó otra vez en el camastro y transmitió:

–GRACIAS. EXCELENTE IDEA. ¿Y CUÁLES SON SUS PROYECTOS?

El número 402 permaneció silencioso por unos segundos. Luego transmitió, algo más lento que antes:

–ME QUEDAN DIECIOCHO AÑOS TODAVÍA... NO COMPLETOS. SOLAMENTE 6.530 DÍAS...

Hizo una pausa y añadió:

–REALMENTE LE TENGO ENVIDIA –Y luego, después de otra pausa–, PIENSE EN ELLO. OTRAS 6.530 NOCHES SIN UNA MUJER.

Rubashov no dijo nada. Después le transmitió:

–PERO PUEDE LEER, ESTUDIAR...

–NO TENGO CABEZA PARA ESO –transmitió el número 402, y luego, apresuradamente–. YA VIENEN...

Se detuvo, pero unos segundos después añadió:

–¡QUÉ LÁSTIMA! CON LA AGRADABLE CONVERSACIÓN QUE TENÍAMOS...

Rubashov se levantó del camastro. Se quedó pensando un momento y transmitió:

–ME HA AYUDADO USTED MUCHO. GRACIAS.

La llave giró en la cerradura y se abrió la puerta. El gigante de uniforme apareció juntamente con un civil, que llamó a Rubashov por su nombre y empezó a devanar el texto de un documento.

Mientras le retorcían los brazos detrás de la espalda y le ponían las esposas, oyó que el número 402 transmitía apresuradamente:

–LE ENVIDIO A USTED. LE ENVIDIO A USTED. BUEN VIAJE.

Fuera, en el pasillo, habían empezado los redobles otra vez. El sonido le acompañó hasta que llegaron a la puerta de la peluquería. Rubashov sabía que detrás de cada mirilla lo observaban sus compañeros de prisión, pero no volvió la cabeza ni a derecha ni a izquierda. Las esposas le lastimaban las muñecas; el gigante se las había apretado demasiado; llevaba estirados los brazos, que también le dolían.

La escalera de caracol apareció y Rubashov acortó el paso. El civil se paró en lo alto de los escalones; era pequeño y tenía ojos ligeramente protuberantes. Le preguntó:

–¿Tiene algún otro deseo?

–Ninguno –contestó Rubashov, y empezó a bajar la escalera, mientras el otro se quedó arriba, mirándole con sus ojos saltones.

La escalera era estrecha y mal alumbrada, y Rubashov tenía que poner cuidado para no caerse, al no poder tomarse del

pasamano. El redoble había cesado, y oía al hombre de uniforme que bajaba tres escalones detrás de él.

La escalera daba vuelta en espiral. Rubashov se inclinaba hacia adelante para ver mejor; los lentes se le cayeron y, rodando de escalón en escalón hasta el último, se hicieron añicos. Rubashov se detuvo un segundo, dudando, y luego siguió a tientas el resto del descenso. Oyó que el hombre que venía detrás se agachaba y se ponía en el bolsillo los lentes rotos, pero no volvió la cabeza.

No veía casi nada, pero tenía terreno sólido bajo los pies. Empezó a andar a lo largo de un corredor de paredes borrosas, cuyo fin no podía ver. El hombre de uniforme se mantenía a tres pasos de distancia. Rubashov sentía su mirada fija en la nuca, pero no volvió la cabeza. Tenía que poner con precaución un pie delante de otro.

Le parecía que llevaban andando por el pasillo varios minutos, y nada sucedía aún.

Probablemente oiría cuando el hombre de uniforme sacase el revólver de la funda; así que hasta entonces estaba seguro. ¿O es que el hombre procedería como el dentista, que oculta sus instrumentos en la manga mientras se inclina sobre el paciente? Rubashov procuraba pensar en otra cosa, pero tenía que concentrar toda su voluntad en no volver la cabeza.

Era extraño que el dolor del diente hubiese cesado en el momento en que el bendito silencio cayó sobre él en el tribunal. Tal vez el absceso se había abierto en ese mismo instante. ¿Qué les había dicho entonces? «Me arrodillo delante de mi país, de las masas y de la totalidad del pueblo...» ¿Y qué, entonces? ¿Qué

les había sucedido a esas masas, a ese pueblo? Durante cuarenta años había deambulado en el destierro, con amenazas y promesas, con imaginarios terrores y recompensas imaginarias. Pero ¿dónde estaba la Tierra Prometida? ¿Es que existe esa tierra para el errante género humano? Esta era una cuestión a la cual le hubiera gustado encontrar respuesta antes de que fuese demasiado tarde. Tampoco a Moisés le había sido permitido entrar en la tierra prometida, pero al menos él pudo verla de lejos, desde la cumbre de una montaña, extendida a sus pies. De esta manera era fácil morir, con la visible certeza del propio ideal ante los propios ojos. A él, Nicolás Salmanovich Rubashov, nadie lo había llevado a la cumbre de una montaña; dondequiera que volvía los ojos no veía más que desiertos y la oscuridad de la noche.

Un golpe sordo le hirió detrás de la cabeza, pero a pesar de que había estado esperándolo, lo tomó desprevenido. Sintió, vagamente, cómo las rodillas se le doblaban debajo del cuerpo, en tanto que este giraba dando una media vuelta. «Qué teatral –pensó mientras caía–, y sin embargo no siento nada.» Quedó contraído en el suelo, con la mejilla apoyada en las frías losas. Lo rodeó la oscuridad, como si el mar se lo llevase meciéndolo en su superficie nocturna. Los recuerdos pasaron a través de él como los jirones de niebla sobre el agua.

Se oía afuera que alguien estaba llamando a la puerta, y soñó que venían a detenerlo; pero ¿en qué país se encontraba?

Hizo un esfuerzo para meter el brazo dentro de la manga de la bata. ¿De quién era el retrato en colores que colgaba encima de

su cama, y lo miraba? ¿Era el Número Uno, o era el otro? ¿El de la sonrisa irónica o el de la mirada vidriosa y glacial?

Una figura informe se inclinó sobre él, y percibió el olor a cuero fresco de la cartuchera; pero ¿qué emblema llevaba la figura en las mangas y las hombreras del uniforme? Y, ¿en nombre de quién levantaba el negro cañón de la pistola?

Recibió en la oreja un segundo golpe, aplastante. Entonces todo quedó en silencio. Allí estaba el mar otra vez con sus resonancias. Una ola lo elevó lentamente. Avanzaba desde lejos, subiendo y bajando sosegadamente, como un encogimiento de hombros de la eternidad.

FIN



ACERCA DEL AUTOR

ARTHUR KOESTLER (Budapest, 1905 - Londres, 1983) Novelista y ensayista en lengua inglesa de origen húngaro. En 1926 dejó Hungría y se marchó a un kibbutz en Palestina. Fue dibujante de arquitectura en Haifa, vendedor en un bazar y periodista en El Cairo. Se adhirió al Partido Comunista en 1932 y en 1937 pasó tres meses en las prisiones franquistas, experiencia que describió en *Testamento español* (1937).

Ya desde el comienzo de la Guerra Civil española había roto definitivamente con el Partido Comunista y se convirtió en un activo opositor al régimen soviético. En su obra más conocida, *El cero y el infinito*, reflejó, a través de la experiencia de su personaje Roubachof, los mecanismos de los procesos y purgas de Moscú y los métodos empleados para las autoinculpaciones de los propios revolucionarios. El relato es un análisis de la

compleja psicología de aquellos hombres, apresados entre valores humanistas y metafísicos, y en la implacable máquina de exterminio en nombre de la Historia. Esta obra, escrita en 1940, lo consagró como novelista político.

Otra novela suya muy conocida es *Los gladiadores* (1939), cuyo protagonista es Espartaco, una exploración entre ficción e historia sobre el tema de los revolucionarios, en la que trazó un paralelo singular entre la trayectoria de los gladiadores y la Alemania de los nazis. El volumen *Escoria de la tierra* fue dedicado a la memoria de sus colegas exiliados de Alemania que se suicidaron cuando Francia capituló.

Koestler expresó acerca de este libro: "Si he narrado mis aventuras, es porque ellas son típicas de esa especie de la humanidad a la que pertenezco: los exiliados, los perseguidos, los expulsados de Europa; de los miles y millones que, a causa de su raza, de su nacionalidad o de sus creencias, se han convertido en la escoria de la tierra". En 1945 publicó una colección de ensayos, *El yogui y el comisario*, confrontando dos puntos de vista radicales para cambiar la sociedad. Gravemente enfermo, se suicidó en 1983, acompañado en esta última decisión por su mujer.